ALBERT FORNS

Jambalaya

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

JAMBALAYA

JUAN FORS

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Título de la edición original:
Jambalaia

Edición en formato digital: mayo de 2016

© de la traducción, Ricard Vela, 2016

© Albert Forns, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3725-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PRÓLOGO

EL CUENTO DE LA CUENTA ATRÁS

CUATRO. Albert Forns nunca dijo lo que dicen que dijo en sentido literal. Ténganlo en cuenta cuando lo busquen en Google. Pueden fiarse de sus fotografías, eso sí, que se aproximan a la verdadera fisionomía de un treintañero que parece ir por la vida disfrazado de literato (poeta, periodista, novelista) interesante. En este caso, el disfraz no es ninguna impostura sino la consecuencia de un elaborado proceso de adaptación al entorno. No al entorno real, por supuesto, sino al literario, que es el que de verdad importa. Al ser el protagonista mutante de sus propios libros, Forns necesita un empaque lo suficientemente versátil para resultar verosímil en cualquier situación. En cualquier situación literaria, se entiende, ya que su risueño exotismo podría servirle igual para interpretar a un entrenador kirguís de balonmano, a un suboficial de la nave *Enterprise*, a un bailarín funky de vídeo de Bruno Mars, al pérfido mayordomo de una millonaria agonizante, al protagonista deprimido de una novela gráfica finlandesa o, si lo exige el guión, al Albert Forns propiamente dicho.

TRES. Decir que Forns practica la autoficción es quedarse melancólicamente corto. Por eso siempre habrá quien, con la impaciencia de los cocineros cocainómanos, querrá añadir a eso otros ingredientes disparatados que intenten enfatizar la textura, el sabor y el valor nutritivo de sus novelas. Será, que conste, un esfuerzo estéril, ya que lo primero que percibes al leer a Forns es que él ha leído más que tú y que, por más que te esfuerces, cualquier intento de definirlo mejor de lo que él se define a sí mismo resultará tan frustrante como lo es para la sombra de Lucky Luke intentar desenfundar más rápido que el vaquero ex fumador. Para que quede claro: *Jambalaya* transcurre en un decorado endogámico que subraya el carácter metaliterario del relato y la cínica gratitud de quienes alguna vez se han visto beneficiados por

una beca a la creación. Literatura sobre literatos y, dentro de esta categoría, literatura sobre literatos con problemas para saber qué demonios tienen que escribir para seguir siendo (o pareciendo) literatos. La apuesta, como ven, no sería el colmo de lo apasionante. Pero ahí es donde interviene el retráctil y envolvente talento de Forns. En, pese a la desprestigiada textura de la baraja que maneja, repartir cartas que llevan al lector a sentirse en posesión de apuestas desconcertantemente ganadoras. No se me vengan arriba: nos movemos en el territorio de la digresión y los contraargumentos entendidos como pretextos para sortear la obviedad de los planteamientos, los nudos y los desenlaces. Ya dijo Jean-Luc Godard: «¿Planteamiento, nudo y desenlace? Vale. Pero ¿hace falta que sea en ese orden?» Y nos movemos en el reino de la primera persona deconstruida a la manera de cualquier maestro del género con el que ustedes tengan a bien identificarse y cuyo nombre y apellido pueden, si así lo desean, escribir en la línea de puntos que sigue: … … … … … … … … … … . .

DOS. En multitud de novelas y películas siempre llega un momento en el que el protagonista se ve obligado a decidir qué cable cortar, si el azul o el rojo. En general, el mecanismo activa o desactiva un peligroso artefacto que, en función del presupuesto y la desfachatez ideológica de los productores, acaba con los unos, con los otros o con todos. En *Jambalaya* la cuenta atrás tiene que ver con la amenaza tangible del paso del tiempo aplicada al mundillo de una comunidad de escritores atrapados por sus respectivas crisis creativas y, al mismo tiempo, por la necesidad de redimirse de su propia impostura a través de la literatura subvencionada por algún filántropo prestigioso. Los cables azul y rojo son, por lo tanto, metafóricos, pero la cuenta atrás se materializa en los días que van transcurriendo sin que el protagonista haya dado golpe o en los remordimientos que le provoca poder llegar a ser —o parecer— mezquino y desagradecido.

UNO. La metodología de la cuenta atrás recomienda al lector o al espectador identificarse con la responsabilidad y el peligro que conlleva elegir el cable adecuado. Y, al contrario de lo que ocurre en las películas de superhéroes, en su novela Forns crea un artefacto que, compuesto por una metralla de elementos aparentemente frívolos y de obsolescente valor antropológico, invita al lector a desear que le explote en las manos y ponga en evidencia las debilidades que, con dosificada y potente precisión, va describiendo

desde su implacable omnisciencia.

CERO. He dejado para el final la cuestión de Enrique Vila-Matas como referente confeso de Albert Forns. A primera vista, puede parecer que, tanto en sus libros como en las numerosas entrevistas que concede (Forns pertenece a la categoría de los novelistas que hacen todo lo posible para acumular motivos para no escribir), ha preferido confesar sus influencias antes que dejarlas en manos de etiquetadores desaprensivos. Es una estrategia astuta pero inútil. De entrada, puede que Forns active la pereza general de los especialistas, que aceptarán su diagnóstico de parecidos razonables con una docilidad aparente, pero de ahí a que vayan a tragarse sin rechistar que los padres sin hijos adoptan a sus hijos huérfanos y viceversa media un abismo. Y puede que, viendo las cosas desde muy lejos y sin llevar las gafas de leer, existan parecidos y correspondencias de maestro y discípulo entre los libros de Vila-Matas y los de Forns. Pero no descarten que todo forme parte de un plan, de otro juego más para borrar las fronteras entre lo real y lo ficticio, lo vivido y lo imaginado, lo teorizado y lo absurdo. Hace unas semanas, Vila-Matas y Forns coincidieron en un plató de televisión y se tiraron los tejos con la misma alegría con la que los actores de cine mudo se lanzaban tartas de nata. Como niños en los autos de choque, sonreían al confesar su recíproca admiración, y la moderadora, que tenía cosas más urgentes aunque menos importantes en las que pensar, les creyó. Pero en realidad se trataba del simulacro del ensayo de una estrategia para evitar que otros te condenen a llevar una etiqueta que aborrecerías llevar y ponerte tú mismo la que de verdad te apetece. Quizá por eso Vila-Matas tuvo la sabiduría de no condenar a Forns a cadena perpetua y, con la facilidad para el sabotaje que le caracteriza, afirmó que sería muy extraño que ahora sus respectivas obras compartieran una remota consanguinidad formal pero que quizá «más adelante». Otra vez la táctica de la cuenta atrás. «Más adelante» es el tiempo que vuelve a activarse para ponernos a prueba. El tiempo que, al deslizarse decrecientemente con la viscosidad de la arena de un reloj, nos invita a multiplicar nuestra capacidad para sorprendernos, a disfrutar de cada frase y a esperar que, posmoderno o hipster, deconstruido o autoficticio, masturbador o wiquipédico, logremos administrar nuestro derecho a decidir si el talento de Forns y el sano desconcierto con el que, a través de su portentosa capacidad de observación, nos conduce hacia rincones inhóspitos de nosotros mismos se convertirán, como ocurrió con Vila-Matas, en un vicio

imprescindible.

SERGI PÀMIES
Barcelona, mayo de 2016

Al acqua alta

1

El avión es un autocar del IMSERSO en versión turistas norteamericanos. Ellos con chalecos de safari y bermudas con bolsillos, lamentando interiormente que no les dejaran embarcar el rifle de mira telescópica; ellas con blusas ramplonas de Macy's y peinados a lo Barbara Bush. Han desayunado en el bufet libre del Majestic, ajenos a las miradas que despertaban las sandalias con calcetines, y los taxis los han dejado en el aeropuerto con un cargamento imposible de maletas. Los hay por docenas, son los Charlies y las Nancys, americanos entrados en la edad madura, self-made men de la América profunda que han aceptado el viaje a Europa a regañadientes para que sus mujeres se callaran. Después de Londres, París y Roma, Barcelona es el final de cuatro semanas de recorrido por la vieja Europa, cuatro semanas de hacer cola en los monumentos, de retratarse donde hay que retratarse y de bostezar frente a los cuadros que deben verse en los museos de todas partes. Ella vuelve decepcionada, creía que su francés del instituto le serviría, pero no la han entendido en ninguna parte; él vuelve contento, tras un mes de ese bárbaro darle patadas al balón, estará en casa a tiempo para el Midsummer Classic de béisbol.

Ya en la cabina, el ejército de azafatas disuelve los corrillos de señoras que cotorrean mientras en las pantallas empieza el videoclip con las instrucciones de seguridad. Acostumbrado a la narración soñolienta de las compañías europeas, aquí todos son actores con sonrisas exageradas que interpretan coreografías raperas con los cinturones de seguridad en la mano, Jay-Z coge el avión, Hollywood conquista la aviación. Estoy más tranquilo, ya sé colocarme la mascarilla: en el caso de que el avión sufra un fallo multiorgánico y acabemos convertidos en plancton, podré seguir respirando con normalidad.

Me repantigo en la butaca 43E, no hay nadie en la 43F y proyecto con lascivia un viaje sin nadie al lado, en el que pueda apalancarme y construirme un business class improvisado. Disfruto especulando sobre qué bebida escogeré cuando pasen con el carrito.

¿Vino tinto? ¿Blanco? ¿Cerveza? Incluso me planteo decir «y deje otra botellita de tinto para mi señora, que ha ido al lavabo», pero todo queda en nada cuando veo a una gordita atolondrada que se aproxima. Se presenta, se disculpa por su bolso, grande como un burro, me dice que vive en Nueva York, que trabaja en no-sé-qué de la ONU e incluso me pregunta cosas, pero al cabo de un par de minutos se da cuenta de que yo respondo sólo con ajás y consigo que me deje en paz. La mala educación es una lengua internacional, la indiferencia es el nuevo esperanto. Abre su bolso Mary Poppins y saca dos neceseres y un paraguas antes de que aparezca un libro. Obviamente, no puedo evitar el fisgoneo: *Grain Brain: The Surprising Truth about Wheat, Carbs, and Sugar. Your Brain's Silent Killers* (Little, Brown, 2013; *Cerebro de grano: la verdad sorprendente sobre el trigo, el azúcar y los carbohidratos, los asesinos silenciosos de tu cerebro*). Ahora lamento haberme comportado como un idiota con ella, podríamos haber charlado durante todo el viaje, eso del azúcar y de los tóxicos en la dieta es mi tema, me obsesiona desde hace años.

Empezamos a correr por la pista y en las pantallas arranca *El Gran Gatsby* de Baz Luhrmann, pero yo paso de más coreografías y cancanes y me pongo con *La versión de Barney* (Sexto Piso, 2011). Me lo ha recomendado Emma, dice que el protagonista le recuerda a mí. El texto es una especie de testamento firmado por un viejo alcohólico, podrido de dinero ganado produciendo series de televisión infumables, y todo el libro es una larguísima carta de amor a su tercera esposa, Miriam, la mujer de su vida. No puede entender por qué demonios se marchó, Barney la echa de menos durante páginas y páginas, porque se largó después de haber tenido tres hijos juntos, de haberlos criado y de haber sido una pareja con gancho, de haber sido los reyes del mambo. Pero todo eso ha terminado, ella ha escogido a otro más joven, un profesor aburrido que, pese a que no tiene la gracia que tenía él, la hace feliz y no le da quebraderos de cabeza. Y Barney venga a beber y a llorar, venga a recordarla y venga a berrear. Apenas la he empezado hace un rato, y quizá no está bien que lo diga yo mismo, pero Barney me parece un tipo sensacional.

El primer servicio de catering lo han despachado minutos después de despegar, un snack hipercalórico de bollería industrial —que tanto la Grain Brain como yo hemos declinado— y la posibilidad de beber algo. Ella ha pedido un té, yo una botellita de tinto. Enseguida me ha dedicado una mirada reprobadora, «¡el alcohol tiene azúcar, insensato!» En realidad, he estado a punto de responderle «pero tiene muchos beneficios cardiovasculares», pero

he pensado que era mejor mantener la mímica silenciosa, mejor mantener el encanto. La Grain Brain ha dejado a un lado el libro y mira arrobada a Leonardo DiCaprio, y yo me fijo en los azafatos y las azafatas mientras degusto el Sangre de Toro. Ellos son George Costanzas latinos, supongo que para atender a los pasajeros que sólo hablan español, y ellas tienen pinta de mammys inglesas a las que la hija acaba de hacer abuelas pariendo a los dieciséis años. Me encanta que sean todos tan normales, hombres feos y mujeres rechonchas contra la dictadura de las minifaldas y los zapatos de tacón.

En las pantallas, Gatsby se acerca al final. Acabo de acordarme de que la mansión del protagonista, aquella Babilonia de mucha pela y poca tela, está situada en Long Island. Tal vez aún exista y pueda visitarla. Sigo con las miserias de Barney, que ahora acaba de soltar una sonata de pedos en el bar de un hotel, aprovechando que la conquista del día se está retocando el maquillaje en el baño: después sabrá que es de pago y que si no afloja no hay servicio. Cuando levanto la vista, veo que la tripulación nos reparte una especie de posdesayuno o prealmuerzo, una intercomida en forma de pizzeta humeante, que de entrada ponía los dientes largos pero que ha resultado tener ese sabor de cartón-trigo patentado por Eismann que tienen todas las pizzas congeladas de Europa occidental. La riego con una segunda botellita de Sangre de Toro.

Entre las batallitas de Barney, repletas de borracheras incontinentes y de conversaciones seniles, se encuentra la tirria constante que siente por los francófonos de Canadá. Despotrica todo el rato de los independentistas quebequeses, y me parece que tendría gracia una novela así ambientada en Cataluña, la historia de un personaje entrañable que renegara continuamente de la catalanidad. Ya me imagino el escándalo entre las solteronas convergentes. Me entusiasmo con la idea y voy esbozando una trama de amor en medio de una espiral infinita de referéndums y de manifestaciones, cuando un extraño ruidillo me distrae de mi fabular. Llega del asiento de atrás y suena a sorber saliva, a melodía de gargajos. Me doy la vuelta, es un viejo que está sobando y hace ruidos con la boca: en cada espiración está a punto de perder la dentadura y en cada inspiración la pesca en un adagio adormilado.

Con la tercera dosis de vinaza me doy cuenta de un par de cosas: *a*) en el espacio exterior el alcohol sube más rápido, a causa de un principio de la termodinámica atmosférica que ahora mismo no sabría explicaros, y *b*) los vuelos transoceánicos se parecen cada vez más a las granjas de pollos: tienes que sobrevivir embutido en tu

jaula de ochenta centímetros cuadrados y dejar que te vayan cebando a base de trigos transgénicos y de carbohidratos bajo la apariencia de inocentes snacks. Pienso que somos mayoría, pienso que podríamos rebelarnos: *we are the 99 %*, queremos más espacio, queremos mejores vinos, queremos salmón ahumado Shetland y cortarles el pescuezo a los de primera. Pero no digo nada, soy un cobarde, seguro que en Auschwitz habría dicho que sí a todo y acatado la tiranía, no como Emma, mi bomboncito, que habría acabado ahorcada porque siempre se subleva contra las injusticias. Nos han ofrecido pollo para almorzar, o para cenar, o para la puta comida que toque ahora, precisamente pollo, y llevado por la mala conciencia y por el remordimiento he escogido la opción vegetariana, pasta con brócoli, también precongelada. «Entre el vino, la pizza y la pasta, los carbohidratos harán que te estalle la cabeza», la Grain Brain no dice nada pero se le entiende todo. Ella ha llevado de culo a las azafatas porque dice que quiere ensalada sí o sí, dice que es un derecho nutricional amparado por los estatutos de la aerolínea. Unas horas más tarde, cuando por la pantalla ya parece que estamos a punto de asomarnos a Long Island, solicito una última transfusión, que George Costanza me sirve con cara de tú mismo, y me dispongo a afrontar las páginas finales del Barney. Es una ecuación que me encanta: un viaje transoceánico = un libro leído. Tengo que viajar más.

Pobre Barney, pobre Barney, hace años que su mujer lo ha dejado, pero él no puede dejar de pensar en ella. Incluso sintoniza su programa de radio, ya que ha vuelto al oficio de cuando era joven, antes de que él la retirara para que cuidase de sus hijos, y llora y se emborracha y refunfuña y a veces le manda cartas con nombres falsos que ella lee en antena, cartas en las que se hace pasar por oyentes abandonados por sus esposas que le escriben a Miriam para pedirle consejo. Yo estaba convencido de que al final la recuperaría, creía que habría un final feliz lleno de sexo en la tercera edad, pero faltan veinte páginas y lo veo muy crudo, todo parece indicar el desenlace más fatal de todos: morir de añoranza y en soledad. Es jodido que te abandonen, quiero decir que es ley de vida y que hoy por ti y mañana por mí, ya sé que hemos de vivir felices y que no tiene sentido estar con alguien si no hay amor, pero qué quieres, morir de añoranza es una puta mierda. Quizá sea el alcohol, que me ha ablandado, pero no hay derecho, este libro merecería un final feliz, en este mundo no hay justicia, y de repente la frase de Emma me vuelve a la cabeza, «el protagonista me recuerda a ti», no puedo dejar de pensarlo y la idea me aterra.

Seguro que sí, seguro que yo seré como Barney, un viejo amargado que llora y recuerda a su bomboncito desaparecido, y de repente me doy cuenta de que estoy soltando los mismos berridos que hemos soltado hoy mismo, hace unas horas, en el aeropuerto: todo iba bien y parecíamos dos adultos capaces de despedirse sin montar el numerito, hasta que ha dejado de ir bien y nos hemos comportado como dos adolescentes, Romeo y Julieta Redux, y venga kleenex y venga mocos en plena cola, a la vista de todo el mundo, el numerito completo. No me gusta llorar en público, la gente que llora en público no tiene ningún tipo de elegancia ni buen gusto ni respeto por los demás, pero yo soy Barney y no quiero ser Barney, «noooo quieeeero seeeer Baaaarneeeey», sollozo y gimo mientras el viejo desdentado de atrás se ha despertado y me golpea el asiento. Me disculpo, me enjugo las lágrimas de la llorera y pido más vino. La Grain Brain le hace señas a Costanza para que no me traiga más vino, y yo me doy cuenta y le digo que quién se ha creído que es, ¿mi tutora legal? No quiero ser Barney, ¿lo entiendes? No quiero perder a la mujer de mi vida, quiero madurar a su lado y tener hijos con ella y envejecer con ella, soportarnos los pedos mutuamente, porque el día que tus pedos dejen de hacerle gracia, mal asunto, y la Grain Brain me mira con cara de lleváoslo o inyectadle un calmante, y yo hago un último intento de explicarle a ella y al latino que sólo pido algo muy sencillo. «¿Agua?», pregunta la Grain Brain con sarcasmo. Pedazo de bruja, sólo quiero que nuestro amor sea de película, que seamos DiCaprio, pero no el de *Gatsby* sino el de *Titanic*, «my heaaaart will go oooon», y el latino me dice que no cante, que hay gente durmiendo y que si sigo armando escándalo me desembarcará directo a la policía. ¡No quiero ser Barney! ¡No quiero ser Barney!, golpeo la bandeja abatible y se me cae el vaso de vino al suelo mientras el latino va a buscar ayuda. Por el amor de dios, no pasa nada, señor copiloto, tranquilícense todos, esto no es ningún escándalo ni un secuestro aéreo, es sólo que no quiero ser un viejo amargado que vive del pasado, no quiero una vejez cínica, no quiero ser un pelmazo, quiero que seamos unos abuelillos con sentido del humor, de esos que con setenta años adoran la Viagra y todavía se dan besos. ¿Por qué lo ha dejado la mujer, a Barney, si es un tío cojonudo? Un poco tozudo, eso sí, y un poco alcohólico, vale, pero ¿dónde encontrarás a un tío como él? ¿Por qué se ha ido? ¿Quizá porque no se puede aguantar todo? ¿Quizá porque ya estaba harta? ¿Y si mi Emma también se marcha?

Esa idea me destroza, pero ya no grito, ahora solamente lloro, y la Grain Brain se ha ido con la tripulación, veo que mantienen un

conciliábulo en la cabina y que deciden que se siente en primera clase, a todos los tontos se les aparece la virgen. No puedo dejar de llorar, estoy más ancho, pero ¿y qué? Aquí al lado debería tener a mi Emma, ¿qué demonios hago yo en un avión rumbo a América en lugar de estar a su lado? Y en este momento debe de caerme un torrente de lágrimas por las mejillas, lagrimones de borracho, seguro, porque la mammy azafata que lidera la segunda misión de paz se ha agachado para consolarme y yo me he arrojado hacia ella, me he pegado a esa masa de carne para llorar y he llorado sobre su pecho, ese pecho de madraza que, ahora lo entiendo todo, ha sido escogido en un casting, las mejores especialistas para atender lloros de añoranza en mitad del Atlántico.

El resto del viaje no habría sido demasiado complicado si no hubiera sido por la maleta trasladacadáveres que me he empeñado en traer, llena de los libros que nunca me pueden faltar. El viacrucis para llegar al metro ha sido considerable, pero una vez en Penn Station, donde debía coger el tren, las escaleras mecánicas no funcionaban y, cuando he intentado levantar el muerto, mis pantalones han dicho basta. Ha sido muy rápido, cuestión de un segundo: he oído el desgarrón fatal y, antes de que mi cerebro fuera capaz de procesarlo, ya estaba notando una extraña corriente de aire a la altura de los muslos que confirmaba mis peores sospechas. Un siete desde el culo hasta media pierna. Me he arrastrado hasta los lavabos como he podido, por delante de las 600.000 personas que pasan diariamente por la estación de ferrocarriles más utilizada de los Estados Unidos, mostrándoles los calzoncillos a los mil pasajeros que pisan Penn Station cada minuto, y allí he abierto la maleta, me he cambiado los pantalones y he vuelto a cerrarla saltando sobre ella con la furia de un neandertal.

Todo ello me ha hecho llegar justísimo al andén, temiendo que el tren estuviera lleno y me tocara ir de pie, pero no. Curiosamente, las filas de la derecha del vagón sí que van embutidas, pero en las de la izquierda no hay sentada ni un alma, así que me repanchigo bien y dejo las bolsas en los asientos de delante, ocupando cuatro plazas en total. Temo que exista algún tipo de segregación por asientos, que los de la derecha sean los de clase turista y los de la izquierda estén reservados a viajeros especiales, pero qué va, cuando el tren arranca y emergemos a la superficie lo entiendo todo: durante las dos horas de trayecto hasta el final de Long Island, las maravillosas vistas de las playas atlánticas quedarán a la derecha, mientras que a la izquierda sólo podré ver un talud de

hormigón. Acostumbrado a los cercanías del atardecer, llenos de trabajadores, me ha sorprendido que este tren sea una fiesta continua. El vagón está lleno de jóvenes montando bulla, saltando sobre los asientos, cantando himnos alcohólicos y flirteando entre sí. Y bebiendo, yo creía que el botellón era una práctica peninsular, pero ya veo que es como la «Macarena», patrimonio universal. Me ha recordado el ambiente de aquel cercanías de medianoche hacia Sant Celoni de comienzos de 2000, el trayecto más peligroso de la historia. Parecía un tren que transportara presos de máxima seguridad, pero en realidad llevaba a la muchachada a la discoteca Pont Aeri. Peleas a navajazos, comas etílicos y chavales metiéndose rayas en medio del vagón… Los de hoy llevan ropa surfera, sombreros fedora y barbas de Matusalén, pero se comportan igual que aquel otro ganado.

Me imaginaba que el rebaño hipster se bajaría en los Hamptons, pero veo que me acompañarán hasta Montauk. Nos detenemos un rato, una fuerte tormenta ha derribado árboles sobre la vía. Se quejan, le sueltan unas cuantas coces al cristal, pero, salvo eso, nada, siguen gritando y bebiendo. Al final nos hemos retrasado más de una hora, pero en el convoy había wifi y he pasado el tiempo mandándole mensajitos a Emma. «¿El viaje bien?», me pregunta. «Huy, sí, todo muy tranquilo.» Cuando el sol se pone, llegamos a la estación, final de línea. «Bienvenidos al fin del mundo», dice el maquinista por megafonía, «Montauk, final de trayecto.» El andén está medio vacío, la hipsterada ya se ha ido y yo me quedo rezagado arrastrando el sarcófago. Por toda la estación, un reguero de adhesivos amarillos, «Respeten Montauk», que los chavales se han dedicado a arrancar. Fuera, el taxi todavía me espera a pesar del retraso. Un grupo de surfistas intenta birlármelo, pero por suerte el tío es íntegro, «tenía instrucciones estrictas y un sij siempre cumple su palabra», me dice. Se merecería una propina, pero sólo tengo billetes grandes y decido hacerme el europeo. Eso sí, aprovecho su amabilidad para que me meta el muerto en el maletero, sus pantalones seguro que no son tan caros como los míos.

Cuando por fin llego a la granja, me esperan a oscuras: se ha ido la luz por culpa de la tormenta y se alumbran con velas. Primero he pensado que era una performance para impresionarme, alguna clase de ritual orgiástico, algo tipo «¡quítate la ropa y canta “Like a Virgin”!», pero no, porque me dejan cenando solo, a base de sobras, mientras ellos salen fuera a beber. Luego me uno a ellos, me ponen una copa en la mano y empiezan a interrogarme, que si Barcelona,

que si Messi, que si sé hacer una paella y bailar flamenco. Sacando ánimos de donde puedo, les digo que soy catalán, que de flamenco nada, que nosotros sardanas, pero me parece que no han entendido gran cosa. El vino es bueno —argentino, me parece—, pero no me tengo en pie, así que les digo que estoy KO por el jet lag, que mi reloj interno ya marca las seis de la mañana. Una chica asiática me señala el cuarto que tengo que ocupar mientras los demás, me ha parecido entender, se van a hacer surf.

2

Sant Jordi, terraza del Condes de Barcelona

¿La vida de escritor? Bhuy fién, grmhahias. Quiero decir que muy bien, gracias, perdone pero era uno de foie, van muy buscados, hace media hora que intentaba pillar uno. Pues lo que le decía, todo muy bien, a ver, crematísticamente hablando, esto de escribir ni un duro, un montón de kilómetros arriba y abajo y gasolina a manta para hacer presentaciones donde Cristo perdió el gorro, problemas para cobrar las liquidaciones… ¿Críticas? Unas cuantas, en realidad muchas, hablar de José Tomás ha funcionado y mucha gente ha picado el anzuelo, pero si uno se para a leer las críticas nada de nada, paja, la mayoría son superficiales, cháchara pura. Pues sí, todos dicen lo mismo, nadie va al fondo del texto. Si fuera por las críticas, ahora yo sería el Guardiola de la literatura catalana y todos estos mandarines me estarían manteando, y aquí me tiene, hace un rato el director de *La Vanguardia* me ha confundido con un camarero. Bueno, sí, tampoco puedo quejarme demasiado, llevo el mismo traje que los camareros, pero también parece un camarero aquel político y a él todo el mundo le da palique… El último periodista con el que he tratado, por ejemplo, me pasó un cuestionario por mail, estaba obsesionado con mis manías a la hora de escribir, si lo hacía en pijama o vestido, si escribía descalzo o qué cócteles bebía para inspirarme, pero sobre el libro ni una sola pregunta. Cava para mí, guapa, rosado ya está bien. Eso sí, a veces se agradece que no te hagan preguntas. Mire, siempre me habían parecido pedantes esos escritores que, cuando les preguntan por la novela anterior, ponen cara de asco y dicen que les resulta imposible hablar de ella porque es una etapa cerrada y ahora mismo están muy lejos de todo eso. Pero ahora me está pasando lo mismo, cada vez me da más pereza responder a las mismas preguntas, «¿cómo se te ocurrió transformarte en un torero?», «¿conociste de verdad a José Tomás?», cada vez me veo más lejos de las plazas de toros y de los trajes de luces. ¿Le suena eso que

decía Martin Amis, lo de que hacer promoción es trabajar como empleado de un yo anterior? Pues eso mismo. No pases de largo, moza, que uno de esos pinchos de langostino lleva mi nombre. Te cojo dos, que con una pierna no se puede andar. A ver, ¿por dónde íbamos? ¿La vida de un escritor, decía? La vida de un escritor ha sido creérmelo y confiar en que cuando me vaya de aquí no me cobrarán los canapés. Y en cuanto a lectores, muy pocos, para entendernos, nadie me ha parado por la calle para decirme «tú eres el de la novela esa». ¿Que eso no le pasa ni a Sánchez Piñol? Ah, vaya, yo lo daba por hecho. ¿Que me lo tome con paciencia? Con paciencia y una de estas barquitas de salmón, me lo tomaré. La cifra no la sé exactamente, unos 2.000 o 3.000. No puede uno ganarse la vida con esto, es obvio. Pero tampoco reniego de ello, ¿eh? Escribir una novela, ser capaz de acabarla y ponerle el punto final no se paga con dinero. ¿Sabe que tuve una especie de epifanía cuando escribí el final? Se lo juro, apúntelo, que queda muy bien cuando lo cuento. Fue en una biblioteca, estaba perdiendo la mañana distraído con una Erasmus alemana de esas que destilan amor en cada movimiento, en cada colocarse un clip en el pelo o responder un whatsapp, no podía quitarle los ojos de encima, me tenía paralizado, yo ya había proyectado toda mi vida a su lado, navegando los dos en un sofá de Ikea y un mar de niños rubios brincando a nuestro alrededor. Oh, mire, ¡chupitos de gazpacho! Coja uno, ¡son apoteósicos! Lo cierto es que, cuando se marchó la Erasmus, yo me quedé mirando mi texto y me di cuenta de que prácticamente ya lo tenía, de que me faltaba muy poco para terminar. Sin distracciones, me empleé a fondo y en un par de horas le puse el punto final. Y entonces me quedé… paralizado. Se lo juro, los brazos y las piernas no me respondían, se me nublaron los ojos, sentí temblores extasiantes por todo el cuerpo… Vuelve a llenármela, guapa, sin miedo, hasta arriba, que hoy voy andando. Pues fue por lo menos un minuto de éxtasis. No, de ver a la virgen no, no era esa clase de éxtasis, era algo más sexual. Exactamente, como una mamada, ¡bien visto! No lo sé, tanto sacrificio para escribir bien y mire a su alrededor. ¡Si la mayoría de los que están aquí arriba son actores o divas del corazón! ¿Escritores? ¿Ellos? Permítame que lo dude. Son máquinas de vender libros, eso sí, pero escritores… Deben de haber contratado a buenos escritores, o ni eso, tienen a un mono aporreando teclados y luego alguien les arregla el desaguisado. Hace unas horas, por ejemplo, en la rambla de Catalunya estábamos sentados yo, el señor Rafael Chirbes y uno que sale en una serie de Telecinco, esa cosa de los *Mazapanes.*

Gavilanes, eso. Pues, ¿quién tenía una cola para firmar libros que te caías de culo? Obviamente yo no, y tampoco el señor Chirbes. La mejor novela del año según el *Babelia*, según *El Mundo*, la mejor novela del año según dios y su padre, y la cola se la llevaba el Gavilán. Sí, hombre, ya sé que este mundo es así, pero no por eso dejaré de indignarme. Claro que le disculpo, y no me marcho, no, no se preocupe, que de aquí van a tener que echarme.

¡Madre mía, qué ven mis ojos, las novísimas de la literatura catalana! ¿Cómo va eso, Rodoredas? Ya veo de qué vais, ya, ¡de tintorro! Ah, ¿de calimocho? ¡Pues mejor, volvemos a los quince años! ¡Un calimocho para mí también, garçon! Sí, mujer, ahora me entono, tú no te preocupes, que me dijeron que me ocupara primero de la comida, que desaparece enseguida. Hay que ver, parece una boda del Upper Diagonal, ¡no sabía que la editorial tuviera tanta pasta! Y qué vistas, la Pedrera aquí enfrente es para caerse de culo… Eso sí, vaya imagen que da toda esta gente. Los libreros sudando la gota gorda en el paseo, vendiendo libros durante todo el día y alimentándose con un triste bocadillo, y aquí arriba lleno de políticos, empresarios y encorbatados de todo tipo abalanzándose sobre la comida. Menudos muertos de hambre… Y esta mañana qué, ¿habéis firmado mucho? La misma miseria que yo, dos firmas, las dos a conocidos. No, a ver, fracaso-fracaso tampoco. Pierdes el día de brazos cruzados, pero… ¿Y la gracia de ver Sant Jordi desde el otro lado? Tienes razón, es un zoológico, con tanta gente que pasa y te mira, sólo han faltado los cacahuetes para ser Copito de Nieve. Y oye tú, Vernis, aparte de hoy, ¿cuántos has vendido hasta ahora? Bueno, pero es poesía, la poesía no cuenta, ¡no la lee ni dios! ¿Y tú, Llucia? ¿Cuántos dices? ¡Ahí es nada, vaya superbestsellerista! Yo no tantos, no tantos, me han dicho que 4.000 o 5.000. Nada que ver con los que va a vender aquel de allí, por ejemplo. Sí, el del traje lila. Fíjate cómo se arrastra, mira cómo se abraza a todo el mundo: seguro que el año que viene le dan el Llull. El de este año no lo he leído, pero todo el mundo habla mal de él, seguro que será el libro de la temporada. Y mira cómo brinda ahora con el maestro en gaya ciencia, dicen que no se le entiende ni un verso, pero como le hacía falta cambiar de coche, pues escribió el poemario en un santiamén. No, ya no se sube a las mesas, ahora recita más tranquilito. ¿Ese de ahí? No me suena de nada. ¿Un artista? ¿Seguro que no es el homeless que se cuela cada año? Y oye, Llucia, ¿cómo te lo has montado para que te traduzcan? ¿Un agente literario? ¿Y ellos se encargan de todo? ¡Joder, un 20 %, cómo astillan! Oye, te escribo un mail y me lo cuentas bien todo,

porque ya veo que éste es un mundo muy pequeño y tenemos que salir de aquí. ¡Sí, majo, sí, otro calimocho, que te das buena mano! ¿Y ese piojo resucitado qué? Dicen que paseó el libro por todas las editoriales hasta que engatusó a esos pobres inocentes. Sí, el makinavaja que habla con el repóquer aquel. Mujer, ¿no sabes lo que es un repóquer? Uno que se ha llevado los cinco grandes premios a obra inédita. Ya lo decía Vallcorba, demasiados premios dados de cualquier manera. Joder, Vernis, ¿qué coño haces? ¿Un porro ahora? ¿Aquí en medio? Tía, ¡pero si el alcalde y el consejero están justo detrás de ti! Allá tú, ya lo rularás, yo voy a buscar fideuá. ¿Es ésta la cola de la fideuá? Vale, pues yo soy el último. Qué, menudo festín, ¿eh? Me lo habían contado, pero no me lo imaginaba, aquí no hay crisis que valga, ¡aquí atan los libros con longanizas! Mucho gusto, encantado. Sí, el de la novela del torero. Exactamente, la del título enrevesado. ¿La has leído? No, si es muy normal, yo no he leído las novelas de prácticamente ninguno de los que están aquí. ¿Y qué haces en la vida? ¿Agente literaria? Madre de dios, qué casualidad, precisamente ahora hablaba de vosotros con Llucia. Mira, desde este momento y hasta que nos sirvan la fideuá puedes convencerme. No puedo quejarme, se ha hablado de la novela, pero necesito traducciones, si no, no habrá manera de viajar ni de que me inviten a más sitios para seguir la ruta de la fideuá. No muchos, en realidad 6.000 o 7.000 ejemplares, pero esperemos que hoy aumente la cifra… De coña, vamos a hacerlo así, voy a verte y hablamos. Mi plato lleno hasta arriba, ¿eh, chico? Eh, hola de nuevo, venga, vamos a acabar la entrevista. ¿Está seguro de que quiere publicar todo esto? Ya lo entiendo, ya, Sant Jordi visto por un novato, la experiencia de un debutante. Sí, claro, un artículo bien fresco, como esos cócteles que reparte aquel garçon. ¿Le importa que coja uno? Sí, sigamos, por dónde íbamos, la vida de un escritor, me preguntaba. ¿Esta tarde? Volver a firmar, sí. Huy, estupendo, el contacto con los lectores es fantástico, una maravilla, me harán falta un par de gintónics para concienciarme. Pues claro, un día fabuloso, los libros, el ambiente. ¿Mucha gente? Pues, hombre, bastante, ¡una cola que no estaba mal! Familiares, amigos, la suegra, que me ha obligado a firmar libros para todas sus amistades, una cola bonita. También algún desconocido, también. Y ahora el postre, ¡qué momento de felicidad! Corra, dicen que el brownie es fantástico. ¡Cójalo, hombre, que se acaban, que por un día no pasa nada, que hoy la editorial tira la casa por la ventana! Yo ya empiezo a estar un poco harto, ¿usted no? La vida de escritor… La mar de bien, ¡¿no lo ve?!

3

El jet lag existe, he dormido muy inquieto y a las seis ya estaba despierto. Ahora ya hay luz y sopla el viento, el último coletazo de la tormenta. El último frente antes del calor fuerte, decían ayer. Estamos en el extremo de Long Island, esa isla alargada que nace debajo de Manhattan. Brooklyn y Queens como el maxilar inferior de una mandíbula de cocodrilo que se extiende doscientos kilómetros hasta aquí, y Montauk como el pajarito que se sostiene en el último colmillo. El último paraje antes del Atlántico, Montauk, el pueblo de la novela. Desde la ventana el día parece prometedor, pero yo tengo un no sé qué de inquietud en el estómago, esa falta de aire de la angustia. Y entre eso y el viento que silba al colarse entre los tablones, decido que me quedaré en la cama hasta bien entrada la mañana. Una parte de mí me dice que debería levantarme, que para eso he venido, pero la acallo con facilidad. Le mando mensajes a Emma, la llamo, le digo que la echo de menos, quizá hoy no tanto como ayer, pero exagero y mantengo el mismo grado de añoranza: el arte de la vida en pareja. Le mando una foto del techo, una de mis pies, un selfie legañoso, las vistas desde la ventana. «Creía que se vería el mar», me dice. «Yo también lo creía, bomboncito», le contesto, «pero no está muy lejos, debe de estar a un par de kilómetros.» Navego por internet, miro lo que decís en Twitter. Hacia las ocho de la mañana, un ruido infernal consigue que me levante: es un hombre que conduce una segadora a cien por hora, derrapando y todo. Ha empezado trazando un círculo alrededor de la casa, una especie de yin y yang que luego se ha encargado de igualar. En menos de un cuarto de hora ha cortado todo el césped.

Ayer no me costó nada socializar, pero hoy me da una pereza terrible. Me paseo por el cuarto en pijama, deshago la maleta y vuelvo a tumbarme, no hay manera de desperezarme. Hasta que oigo movimientos en la habitación de al lado. Entonces me entra la prisa de golpe y decido que me ducharé rápido, que en la granja me tocará compartir el baño y no quiero que el de al lado se me

adelante. Compartir lavabo, el gran drama de mi generación. Bajo a desayunar y desde la escalera oigo que ya hay gente en la cocina. Respiro hondo y me mentalizo por última vez: «Venga, chaval, que tú puedes, aguanta, serán sólo cinco minutos de interacción.»

He superado el desayuno bastante bien, sólo la he pifiado con el café. No tanto a la hora de decidir cuál de las nueve variedades escoger —Eight O'Clock Roasted Coffee Arabica, New England Coffee Hazelnut Crème, New England Coffee French Vanilla, New England Coffee Eye Opener, Shoprite Naturally Decaffeinated Coffee, Folgers Simply Smooth Decaf, Nescafe Taster's Choice, Fairtrade Organic Rich Earthy Coffee y Maxwell House Original Roast—, sino a la hora de infusionarlo: al poner el café europeo en la máquina americana, me parece que he ahogado la cafetera, pero ya me han explicado el método autóctono y he salido de la cocina convertido en un experto en zumo de calcetines. La socialización, en cambio, ha funcionado mucho mejor. Parece que este verano seremos cinco conviviendo en la granja: Hank, un dramaturgo de Minneapolis; Melissa, una escritora de Florida; Kayle, una periodista de Singapur que vive en Nueva York y prepara su primera novela, y Mateusz, un poeta de Polonia. Ya los he agregado a todos en Facebook, a partir de ahora seremos amigos para siempre.

También he conocido a Jim, el encargado de todo esto. Es el Schumacher que segaba el césped a primera hora, un hippie de la vieja escuela, incorruptible, que parece que acabe de bajarse del bus psicodélico de Ken Kesey. Melena gris, chaqueta vaquera con todos los parches y homenajes que puedas imaginarte —The Doors, Zappa o Jefferson Airplane, pero también insignias anti-Vietnam, anti-NRA y anti-Bush y chapas pro gays, pro mescalina y pro Malcolm X— y en los pies una especie de sandalias tibetanas que no debe de quitarse nunca, porque están tan sucias que hacen juego con la roña de los juanetes. Apenas saludarme, ya me ha dicho que hablara con él si necesitaba drogas, que él es el *canal seguro*. «No hagas el tonto buscando por otras vías, que te meterás mierda y dormirás en la cárcel.» Desprende una energía insólita, una especie de voracidad existencial extraña, viniendo de alguien que se ha metido de todo. Vamos, que no es el típico ex yonqui de paisaje neuronal devastado. Es un hombre orquesta: tanto puede hacer la compra diaria como arreglar cañerías o preparar la cena. Tiene una verborrea impresionante y es un pozo inagotable de anécdotas: durante los diez minutos que ha estado en la cocina llenando la nevera, nos ha hablado de una bailarina que se creía que era Alanis Morissette y la

imitaba todo el rato, y de un pintor egipcio que se tomó demasiado en serio lo de que te pagaban el viaje hasta la granja, y en lugar de coger el tren llegó en taxi directamente desde el aeropuerto, tres horas de trayecto y setecientos dólares de factura. Jim me ha descrito Montauk en dos minutos: el nombre del pueblo proviene de la tribu india que vivió aquí durante siglos. Dice que el entorno es muy bonito, que hasta Walt Whitman le dedicó un canto en *Hojas de hierba*. En el siglo XVIII, el asentamiento indio se convirtió en un pueblo de pescadores, atraídos por las aguas con más peces de América, y parece que en el siglo XXI el pueblo de pescadores se convertirá en una colonia de pijos de Nueva York. «Hasta hace cinco o seis años esto era el paraíso: los ricos se quedaban en los Hamptons y allí despeñaban sus Bentleys, hacían esquí acuático con helicóptero y no nos tocaban los cojones. Pero ahora no, ahora nos están convirtiendo en el último Hampton, los dados por culo. Ahora el pueblo está de moda, como si esto fuera el color pistacho, y las dos discotecas nuevas han llenado la playa de jóvenes que lo destrozan todo.» Despotrica contra los de Nueva York con un discurso que me suena, idéntico al retrato que hacen en el Ampurdán de los meaplayas de Barcelona. Tras despacharse a gusto, se ha ido a limpiar el tejado, donde la tormenta ha dejado unas cuantas ramas, y nos ha prometido que por la tarde nos llevará a dar una vuelta por el pueblo. «El señor Albee siempre viene a cenar, pero tiene el coche averiado y hoy tenemos que ir a buscarlo.»

La mañana es espectacular, el viento se ha llevado las nubes y ha dejado un sol radiante. Me instalo en las mesas del jardín intentando escribir, intentando empezar la nueva novela. Nueva novela. NUEVA NOVELA. **NUEVA NOVELA**. Es la primera vez que lo verbalizo, hasta ahora no me había atrevido ni a imaginármelo, vivía con ese vacío interior que te queda después de parir la novela anterior. Es una sensación muy extraña, ese período sin sentido en que caes cuando terminas un libro, cuando te has sacado de encima aquello que te ha ocupado y dado sentido durante años. Más que parir a un hijo, acabar una novela es que el hijo se largue de casa. Es esa descolocación, acompañada de una extraña autoperspectiva, como de verte desde lejos: tu rutina ha desaparecido y de repente te haces preguntas existenciales, quién soy, adónde voy, casi mejor que me quite estas medias rosas. He tenido sensaciones similares después de unas vacaciones, al empezar en un nuevo trabajo o al llegar de un viaje largo, hasta que estableces nuevas rutinas y el día

a día vuelve a absorberte. Todo se reordena y ese verte desde fuera desaparece para siempre.

Y ahora que vuelvo a escribir, ahora que todo empieza de nuevo, noto que la inquietud ha desaparecido, que el psicoanálisis se ha esfumado y que vuelvo a estar encaminado. Eso sí, una inquietud se va y aparecen otras: ha desaparecido la sensación de no saber quién soy y ya vuelvo a ser novelista, pero en cambio me envuelve de nuevo la retahíla de supersticiones y de temores que me acompañan cuando escribo. El diablillo de las ideas fallidas, el gusanillo del esto no vale nada, el loro que repite que no sabrás hacerlo otra vez. Los mil fantasmas que, durante los años que tarde en gestar la nueva novela, me convertirán en un ser intratable y paranoico.

Lo llaman granja, pero podrían llamarlo balneario y no andarían desencaminados. Árboles enormes, un jardín que se extiende hasta donde alcanza la vista, una piscina —llena de hojas y de animalillos: no me busquéis allí— y hasta un monovolumen para nosotros, para cuando tengamos que salir. Enseguida me distraigo y dejo de escribir, en buena parte porque no tengo mucho más que contar. Hacia mediodía entro a comer algo, pues tengo más hambre, y eso que hoy he desayunado dos veces. La angustia de escribir + la nevera llena es una combinación letal.

Mientras vuelvo a calentar unos macarrones que parecen comestibles, Hank, que está fregando sus platos, me pregunta si quiero acompañarlo a dar un paseo. Acepto sin pensármelo mucho, la excusa para descuidar mis obligaciones literarias es una frase del cineasta Švankmajer que me ha mandado Emma para desearme suerte: «Antes de empezar a rodar una película, escribe un poema, pinta un cuadro, haz un collage, escribe una novela… Solamente el cultivo de la universalidad de expresiones te garantizará hacer una buena película.» Cultivar la universalidad de expresiones, qué gran eufemismo para escaquearse. Nos dirigimos hacia el pueblo y Hank me cuenta su proyecto actual, una obra de teatro ambientada durante los disturbios raciales de Ferguson. Dos mujeres, una blanca y una negra que se manifiestan codo con codo, empiezan a charlar de repente. «Aparentemente, coinciden», me cuenta, «pero luego se van dando cuenta de que viven en mundos opuestos.» Huy, sí, qué interesante, el día del estreno espérame sentado. Me pregunta qué estoy haciendo yo y le digo que tengo una idea en la cabeza, pero que, básicamente, mi manera de trabajar es sentarme y esperar a que me pasen cosas. El mamonazo bosteza mientras hablo. Al llegar al primer desvío de la carretera, propone ir hacia la playa y evitar el

pueblo. Estamos un rato en silencio, pero enseguida me asalta el sentimiento de culpa, no dar conversación es de mal compañero, y me pongo a buscar temas en mi cabeza: pienso en preguntarle si le gusta el fútbol, así nos aseguraríamos unos minutos de charla, un hablar tranquilamente sobre nada que con un poco de habilidad —jugadores míticos, ligas extranjeras— podría alargarse toda la tarde. Pero es él quien rompe el silencio de repente.

—¿Sabes lo que es la revelación progresiva? —¿Es una pasti? Le pido que lo repita—. Revelación progresiva, la idea de una espiritualidad por acumulación y no por elección.

Pongo cara de no tengo ni idea pero continúa que te escucho, y él empieza a divagar.

—Todas las religiones se autoexcluyen, y en cambio nosotros podemos tener costumbres católicas y a la vez seguir el ramadán, y terminar el día con plegarias budistas… La revelación progresiva permite que te construyas tu propia espiritualidad a partir de vivencias, de lo que te cuenta la gente, de los libros que has leído y de religiones con las que has estado en contacto.

Ante nosotros aparece el océano Atlántico, que ruge, se agita, restalla y satura todo el espectro acústico. Celebro este alboroto, estaba a punto de convertirme. Observo que, mar adentro, flotan decenas y decenas de puntos negros, pingüinos con neoprenos que van y vienen y hacen turnos para pillar la ola y cabalgarla hasta la orilla. Pasa una avioneta con un cartel: «¿El Tiburón Cansado? ¡Mételo en otro lado!»

—Aquí el nudismo no se estila, ¿verdad? —digo yo—. ¡Si lo llego a saber, me traigo el bañador!

—Hombre, si te gustar nadar entre tiburones, esta playa es ideal —me contesta. Trago saliva, adiós a un verano en remojo—. A mí lo que me fastidia es bañarme entre surfistas, una vez casi me abren la cabeza. ¡Son un peligro público!

—No será para tanto…

—De verdad, la mayoría son unos cabezas huecas, no van al teatro, no leen, no militan en ninguna causa… Sólo marihuana, ropa cara y tías buenas.

—Joder, tío, ¡vaya eslogan que te ha salido! ¡Seguro que votas a los republicanos!

—En los ochenta tuve amigos surfistas, sé de lo que hablo.

A medida que los zapatos se me llenan de arena, me doy cuenta de que se trata de una playa muy distinta de las mediterráneas. Ésta es enorme, salvaje. Allí tenemos bloques y bloques de apartamentos compitiendo por la costa, rascacielos gigantes que se pelean por

cada centímetro en primera línea, y aquí, en cambio, sólo hay matorrales, como mucho una construcción cada medio kilómetro, caserones enormes rodeados de dunas y de vegetación. Aquí la sensación es de libertad, pero también de soledad. Nunca verás a las típicas viejas cotillas que intentan sintonizar tu conversación desde sus toallas, pero, al mismo tiempo, nunca te sentirás arropado por la gente ni podrás pasar desapercibido entre la masa. Aquí te sientes solo, no formas parte de una colectividad.

El de Minneapolis sigue parloteando, que si cuando era joven leyó la Torá, que si tenía una novia Hare Krishna, pero no le escucho. Me parece que todo eso de la progresividad espiritual yo lo he practicado siempre, a mí no tiene que regalarme el ¡*Despertad*! Si me distancié de los católicos fue precisamente por ese dogmatismo que gastaban, «o con nosotros o contra nosotros», por esa intolerancia y esa insuficiencia, la convicción privada de tener razón escapándoseles por debajo de la nariz. La misma convicción íntima que Hank tiene ahora mismo, mientras saborea en silencio su propio sermón politeísta. Yo le digo que a mí eso de la fe me ha parecido siempre new age.

—¿Y la Biblia qué? —prosigo—. El primer libro de autoayuda de Occidente. Por no hablar de la irrupción de lo sobrenatural en el asunto, de los milagros y de los ángeles alados. Cambias a Vangelis por el canto gregoriano y no irás desencaminado. Y si al chute de autoayuda le añades un viaje psicodélico, ¡te queda una literatura fantástica de primera!

Oigo una avioneta que se acerca en sentido contrario, pero no es la misma de antes, ésta arrastra una pancarta donde se lee «Respeten Montauk, respeten nuestro hogar», con el mismo grafismo que los adhesivos de la estación. Dado que Hank calla, sigo con el monólogo interreligioso.

—Y ya que has sacado el tema, yo soy de los que creen que lo más parecido a dios que tenemos es internet. ¿Un ser sobrenatural que lo sabe todo y que puede hacer de nosotros lo que le dé la gana? ¡Eso era HAL, o Skynet! Ahora ya nos tiene a todos pegados a la pantallita, conectados y en plegaria, y en el futuro ya lo verás, cuando le convenga decidir que ha llegado la hora de matarnos, hará que nuestro coche automático tenga un accidente, o que el marcapasos deje de funcionar de repente.

Al abandonar la playa, he seguido hablando del dilema de la vagoneta y de las tres leyes de la robótica cuando, de pronto, un sonido brutal ha emergido de la nada. Al principio no sabía lo que

era, pero lo he descodificado en un segundo y se me ha helado el espinazo. Una ráfaga de cuatro disparos que nos asusta a mí y a los estorninos.

—¿Es lo que creo que es? —le pregunto a Hank.

Él asiente con la cabeza. Yo aguzo el oído, pero del estallido ya no queda nada, por todas partes el silencio veraniego, caliente como una manta que lo tapa todo. Pero Hank sigue asintiendo con la cabeza, como si me leyera el pensamiento, como si me dijera que no es un producto de tu imaginación paranoica, que los has oído de verdad.

—Ya te acostumbrarás —me dice—, pero no pienses en sangre, lo más probable es que sea un vecino al que le gusta hacer el animal disparando contra botellas y latas.

Quizá sí, pienso yo, quizá tienes razón, pero en este escopetazo yo he visto claramente cuatro tiros a bocajarro, un agujero en el cráneo y sangre y cerebro que lo salpican todo, alguien que mata a alguien, la mafia rusa, francotiradores, las mil películas de turno. Disparar: la muerte sin dificultad, un estampido que satura el vúmetro y detiene el mundo, la pistola como un utensilio de cocina, como un abrelatas o una batidora, intuitiva y fácil, eficacia garantizada, satisfacción instantánea, pruébela y si no le gusta le devolvemos el dinero.

Cuando nos acercamos a la granja, el intercambio de monólogos vira hacia la meditación. Según Hank, todo dios medita. Por lo menos, todos los famosos: David Lynch, Lena Dunham, Paul McCartney… Meditaban los Beatles y medita hasta Jerry Seinfeld; hoy en día, si no meditas no eres nadie. Le confieso que lo he intentado varias veces, leí que Carrère lo hacía y, qué quieres, yo no podía ser menos. Aparte de que me toca por distrito —vivo en Gràcia, el barrio del tofu, la banca ética y las sectas blandas—, la idea de poder detener el cerebro me ha fascinado siempre. «Leí dos o tres manuales sobre el tema por internet», le cuento, «pero no salió bien, y cada vez que lo intentaba alguien llamaba por teléfono para venderme alguna promoción.» Él me cuenta que lo hace cada día, que debo insistir en ello, que los beneficios de la meditación para los escritores están documentados y son más que evidentes.

—¿Y qué me dices del mindfulness? ¿Lo has probado? —le pregunto mientras entramos en la cocina—. Yo tengo una amiga que lo practicaba y mano de santo. «Antes me peleaba con todo el mundo», me dijo, «y me di cuenta de que no eran ellos, era yo.»

Dice que me prestará un libro sobre el tema, pero yo le he dicho que no hace falta, que ya lo estudiaré por mi cuenta, y dios Google me lo ha revelado al instante: «Los creyentes de la revelación progresiva, también conocida como fe bahá'í, entienden todas las religiones del mundo como partes integrantes de la suya; por tanto, Moisés y Mahoma, Jesús y Buda, serían profetas con revelaciones sucesivas, que marcarían etapas en la historia de una única religión global.» Lo que yo decía, otra secta.

—La estación de tren ya la conocéis, ¿no?

Estamos todos metidos en el monovolumen, intentando mirar a través de los cristales, todavía sucios por el chaparrón de ayer. Jim nos hace de guía.

—Es la que salía en *Eternal Sunshine of the Spotless Mind* —dice Mateusz, el polaco, desde el asiento del copiloto.

—Es posible —responde Jim.

—¿No la has visto? —pregunta Kayle desde atrás—. ¡Es aquella de Jim Carrey y la canción de Beck sonando todo el rato!

—Ni idea.

—¡La de Kate Winslet con el pelo de color naranja! —insiste ella —. ¡Clementine Tangerine!

—¡No sé de qué coño me hablas, chata! La verdad es que voy poco al cine. Antes todavía, pero el del pueblo chapó, ahora es un gimnasio de spinning, y bajar a los Hamptons me da pereza. Y esto de aquí es el Montauk Manor —dice señalando una especie de construcción medieval—, el hotel más grande del pueblo. Cuando lo empezaron, en los años veinte, estaba previsto que tuviera un millón de habitaciones. Pero el dinero sólo les llegó para edificar este trozo y así se quedó.

—Parece un castillo infantil decapitado —opina Mateusz.

—Y aquello de allí es el rascacielos de Fisher, el millonario.

—¿Cuántas plantas tiene? —pregunto.

—Ni idea, cuéntalas.

—¿Veinte? —digo. Paso de contarlas.

—El pirado se montó un ático de cojones, tenía buenas vistas. Era un megalómano, quería transformar esto en Disneylandia y levantar un montón de rascacielos; por suerte el proyecto se quedó en agua de borrajas. Y lo que veis allí es el Memory Motel. —Y nos señala el típico motel Bates de mala muerte, de una sola planta y en forma de L, con un montón de coches aparcados frente a las habitaciones.

—¿Es el de la canción de los Stones? —pregunta Hank desde

atrás.

—Exactamente, *You're just a memory / of a love that used to be* . Se dice que la crearon aquí. Según la leyenda, Hannah era la camarera, pero a mí no me engañan, el negocio ha sido toda la vida de los Liu, una pareja de chinos muy majos. Y aquí a la izquierda están los dos locales que os decía, El Tiburón Cansado y El Descanso del Surfista. Son los bares del momento, todos los putos hámsters gafapastas venís aquí —dice mientras me mira por el retrovisor.

—Querrás decir hipsters.

—Eso mismo —dice él sosteniéndome la mirada. Y, como yo no la aparto, me hace el gesto de cortarme el cuello.

—Ayer ya vinimos —deja caer Mateusz—, y estaba tan petado como hoy.

Caray, esto de la salida nocturna no lo sabía yo. En el parking ya no cabe un coche más y el atasco es considerable, tienen a dos voluntarios con sombreros en forma de tiburón que dirigen los coches hacia la playa para que aparquen allí, dibujando hileras en la arena delante de media docena de bañistas que se quejan.

—De noche se montan unos pollos monumentales… —dice Jim —. ¡La madre que parió a la juventud! Claro que es ley de vida, nosotros también la liábamos parda… —Y ahora se ríe para sí mismo—. Venga, que aún es pronto para recoger al señor Albee. Os llevaré a la mejor cueva de Montauk.

Parece ser que todas las instalaciones portuarias están en esta especie de bahía, el lago Montauk, resguardadas del océano. Antes, los muelles estaban directamente en el Atlántico, pero cada vez que había un huracán se lo llevaba todo, y en los años veinte decidieron unir el lago y el mar con dinamita. Al final del parking del puerto, lleno de camiones con hielo, furgones refrigerados y montañas de redes y de jaulas, se encuentra El Atún Rojo, una cabaña que se levanta al borde del agua, entre barcas y amarraderos. Podría ser un almacén más, si no fuera por las dos sirenas de escayola, una de las cuales ha perdido un brazo, que sostienen el rótulo luminoso. En el ojo de buey de la puerta, en un papel pegado de cualquier manera, dice: «Los turistas no sois bienvenidos». Al abrir la puerta oímos ya la música country, el local es todo de madera y vemos decenas de cabezas de ciervos, búfalos y muchos más trofeos en las paredes. Es extraño, no hay una sola referencia a la pesca, se diría que estamos

en algún lugar de las Rocosas, que esto es un club social de cazadores. A esta hora el local está medio vacío, las barcas todavía deben de estar faenando. En la barra sólo hay un parroquiano desdentado que charlaba con el barman, pero cuando nos han visto entrar han interrumpido la conversación. Se hace un silencio tenso, nos miramos amenazadoramente, están a punto de desenfundar, pero finalmente reconocen a Jim, que cierra la comitiva.

—Eh, Magnolies, ¿vuelves a traernos chiquillos? —dispara el barman.

—¿A quién haféis adoftado, esta fez? —suelta el desdentado, siguiéndole la corriente.

—Ya sabes que aquí los forasteros y los críos no son bienvenidos —continúa el dueño—. Pero estas princesas ya deben de tener pelo en el chumino, ¿verdad, Jim?

—Cierra el pico, Dan, son de confianza. Y prepara seis lingotazos, que nos estamos bebiendo encima.

—Vale, vale —dice él—. Hola, nenes, ¿cómo estamos?

El tal Dan nos mira a todos de uno en uno, teatral, pero su forma de pasar revista no tiene nada que ver con como lo miramos nosotros a él. El tío va sin camiseta, sólo lleva un delantal de cuero que le deja los brazos y la espalda al aire, y además el espécimen es peludo de verdad. Tiene pelusa por todas partes, el pobre animal, desde los hombros hasta el cogote. Puesto que ninguno de nosotros le dice nada, estupefactos ante la bestia, él sigue a la suya.

—Bienvenidos a El Atún Rojo, el último bar del último pueblo, el último bar antes del fin del mundo. Estáis en el único bar de Montauk para la gente de Montauk, aquí no encontraréis ni turistas ni irlandeses borrachos. No me toquéis los cojones y yo tampoco os los tocaré, ésta es la norma principal. —Y en ese momento debe de haber notado un picor en algún punto de la mata de pelo, porque se pone a rascarse el hombro compulsivamente—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, privad con responsabilidad, que ya sois mayorcitos, respetad y haceos respetar, más o menos sería esto. Y aquí los móviles están prohibidos, apagadlos si no queréis acabar pescándolos en el lago. Compré el bar en 1989 y pretendo que siga siendo un bar de 1989.

—Aquí dentro todafía manda George Fush fadre —dice el de la boca podrida de la barra, que ha estado observando la escenita y no ha podido contenerse.

Nos sentamos en una mesa redonda bastante tronada, con un montón de frases y de corazones grabados a cuchillo en la madera. Jim trae birra para todos, mientras Melissa fotografía a hurtadillas todas las testas de animales de la sala.

—¿Te gustan estos bichejos? —le pregunta Jim cuando Melissa se sienta.

—En mi casa somos cazadores —responde ella, tecleando sin que la vea Dan—, se los estoy mandando a mi padre, le gustará ver todas estas piezas.

—¿Sabéis de dónde viene toda esta taxidermia? —dice Jim, señalando la cabeza de ciervo más cercana—. No las ha comprado el orangután. Estas bestias son de los clientes. ¿Alguno de vosotros está casado?

Sólo Mateusz levanta la mano.

—Pues ya sabes cómo va, siempre llega el día en que la mujer se tuerce: «Haz el jodido favor de sacar toda esta mierda de casa, ¡no quiero verla más!» Los parroquianos traían los trofeos aquí y Dan los acabó coleccionando.

—¿Tenéis escopetas en casa? —le pregunto a Melissa.

—En el piso de Tampa no, las tenemos en el rancho familiar de Ocala. Son rifles, tenemos tres o cuatro rifles de caza. —Me sonríe, se aparta la media melena rubia de los ojos y se sumerge de nuevo en el móvil.

—¿Con mira telescópica y toda la pesca? —le pregunto.

—Tenemos un Winchester antiguo, pero el más nuevo ya tiene puntero láser —responde ella, y vuelve a su teléfono.

—¿Y pistolas?

No me habrá oído, o pasa de mí, porque continúa acariciándose el ego digital. ¡Chica, un poco de educación! Cuando ve que la conversación se ha interrumpido y que todos la miramos reprobándola, chasquea la lengua y deja finalmente el móvil sobre la mesa.

—¿Qué decíais? Ah, sí, pistolas. También tenemos pistolas, una Smith & Wesson, una Colt… A mi padre le gusta mucho ese mundo.

—Un día en América y ya he oído disparos y he conocido a la primera persona con pistola —le digo—. ¿Y no te acojona?

—Las tenemos en armarios especiales, ¿eh? —dice ella, y vuelve a mirar su aparatito—. No sé, a mí tampoco me parece tan peligroso… En Florida, tener armas en casa es normal.

—En el sur, tener un rifle es como tener perro —suelta Hank.

—Pues si quieres decirlo así, adelante —dice ella sin levantar los ojos de su miniyó, ensortijándose el pelo con los dedos—. Si quieres, llámame sudista, me da igual. Pero si va a salir el tema, ya te adelanto lo que yo pienso: no entiendo por qué no hemos de poder tener armas.

Observo cómo Hank se agita y hace todo lo posible para

contenerse. Como la tensión aumenta, decido que es el momento de una confesión para relajar el ambiente.

—En directo no he visto nunca un arma, pero seguro que me cagaría de miedo. Cuando sacan una escopeta en el teatro se me ponen por corbata, no soporto a los actores que apuntan al público, me entra un pánico infinito y tengo que taparme la cara…

—Son falsas —dice Hank.

—Claro que son falsas. Pero qué le voy a hacer, no puedo soportar que alguien me apunte. Y eso que cuando era pequeño jugaba con pistolas de mentira, como si fuera James Bond…

—Eso lo hemos hecho todos, Messi —interviene Mateusz—, después de ver una peli de James Bond creerte que eres un espía, después de ver una peli de gente muy inteligente y creerte superlisto…

—El problema, según lo veo yo, es que en el escenario no quedan reales —explica Hank—. Por eso yo nunca meto pistolas en mis obras. Una vez me encañonaron de verdad y, creedme, ninguna historia, ninguna película se acerca a esa sensación, es imposible de recrear.

—Cuanto estuve en Rusia también me encañonaron —cuenta Mateusz—, y es exactamente como dices. No me dan miedo exactamente, pero las prefiero bien lejos de mí.

—Pues ya os podéis ir acostumbrando, chatos, porque aquí las tendréis bien cerca —dice Jim, que nos escuchaba sin intervenir—. En la granja no veréis ninguna, pero Dan tiene una escopeta aquí mismo, debajo de la barra.

En ese momento llega Kayle, exaltada y con cara de asco. Había ido al lavabo hacía mucho rato y ya nos temíamos que le hubiera pasado algo.

—¿Qué era lo que decía ese tipo sin dientes? ¿Que aquí aún mandaba Bush padre? —dice ella—. Pues tiene razón, ¡no limpian el baño desde la guerra del Golfo!

Me adelanto para pagarlo todo, que quiero quedar bien, quién sabe si la reputación de los catalanes ha llegado hasta aquí. En la barra, el barman y el pescador sin dientes seguramente no me ven, porque siguen charlando como si yo no estuviera.

—Y entonces fajé la fentanilla y les grité: «¡Largaos de aquí, maricones!» —El desdentado termina la frase y a continuación se mea de risa mientras se golpea las rodillas.

—¿Darse la mano en público? ¡Ni que esto fuera Provincetown! —dice el hombre más peludo de América, que vuelve a rascarse de

repente, esta vez el sobaco. Es el momento de intervenir.

—Hola, Dan. Mira, cóbramelo todo.

—A ver, ¿qué teníais? —Acaba sus rascamientos como buenamente puede y, todavía con la comezón, observa su propia letra apartándose la nota de la vista, utilizando los brazos como catalejo. Hace números en la caja y vuelve con el ticket—. Son cuarenta y ocho dólares. Pero mira, ya que eres amigo de Jim, voy a hacerte el precio de los de aquí.

—Oh, fantástico. ¿Y cuánto es, entonces?

—Cuarenta y ocho dólares.

Regresamos al monovolumen y yo vuelvo a meterme detrás, con las chicas. «¿Lo has pagado todo tú? ¡Eres mi persona preferida del mundo!», me dice Kayle. ¡Caramba, aún mojaremos! Todos nos hemos hartado del bar menos Jim, y es extraño, porque ese ambiente redneck no le pega. Cruzamos el pueblo, sus avenidas, el parque de bomberos, las calles residenciales, todo muy Playmobil, de pueblo de postal, y les comento que esta América idílica me gusta mucho, ir viendo todas las casitas una al lado de la otra sin ningún tipo de valla, con el caminito para aparcar el coche y los columpios totalmente a la vista. Buenas tardes, querido vecino; buenas tardes, querida vecina; casas y casas a la vista, con los niños jugando a pie de carretera.

—En Cataluña es imposible imaginarse nada parecido —les cuento—. Allí lo primero que haces cuando te compras un terreno es levantar una valla y proteger la finca, todo el mundo se oculta tras muros de cemento o setos de cipreses.

—Debe de ser un tic de cuando construíais murallas —dice Jim.

—Antes aquí aún era distinto —contesta Hank—. En Minneapolis no llegué a verlo, pero dicen que antes todo el mundo dejaba la puerta abierta y que había buen rollo entre vecinos.

—Eso siempre me ha sonado a mito fundacional —responde Jim.

—En cualquier caso, a partir del 11-S las cosas han cambiado mucho —prosigue Hank—, hemos pasado de los felpudos en las puertas con el «Bienvenidos al calor del hogar» a plantar carteles de alerta con «No pasar, respuesta armada».

—En realidad, ahora vas a volver a ver vallas —dice Jim—. Por esta zona están los chalets más increíbles del pueblo, y todos tienen muros, cámaras y, unos cuantos, guardias de seguridad. Esto de esconderse detrás de rejas y de fosos es típico del 1 %, para protegerse de que los linchemos. ¡Su puta mala conciencia los

traiciona!

Hemos dejado atrás el núcleo urbano y tomamos una carretera que bordea la costa, con muchas subidas y bajadas. Jim conduce rápido aposta, y a cada salto sentimos un vacío en el estómago.

—Pues sí que está poco urbanizado este pueblo —comenta Hank.

—Si fuera por los constructores, esto sería el sálvese quien pueda, y nuestro bosque estaría destrozado como los Hamptons, pero aquí los vecinos nos movilizamos a tiempo y conseguimos crear el Parque Natural Roosevelt, que prohíbe las nuevas construcciones. Si veis alguna casa fuera del pueblo, es de antes de las manis. Hacia el faro está Eothen, las cabañas donde vivió Warhol en los sesenta. Bueno, vivir es un decir, a sus cachorros sí que te los topabas, salían y fumaban una mierda muy distinguida, pero a él no le vimos nunca la peluca. Y hacia la parte de los Hamptons están todas esas villas de la carretera vieja que veis por allí. —Y señala a continuación las casas que se vislumbran entre la vegetación, a lado y lado de la carretera.

—¿Y ésas son muy caras?

—¿Ésas? Nada, calderilla, prepara cuatro o cinco milloncejos.

—Me pillas en mal momento —dice Kayle—, pero espérate a que publique la novela y lo hablamos.

—Allí, entre los pinos, por ejemplo, es donde vive Robert De Niro. —Jim señala hacia la izquierda.

—«You talkin' to me?» —dice Hank poniendo cara de Travis.

—Exactamente. —Jim se ríe—. Ya lo veis, una choza de nada, el mamonazo. Y al otro lado vive ese cantante… ¡Sí, hombre, ese que tiene nombre de chucho!

—¿Lassie? —digo yo, abriendo juego.

—¿Snoopy? —propone Mateusz desde delante.

—Rufus Wainwright —sentencia Melissa, que rompe el tablero y liquida la partida.

—¡Oh, Rufus! ¡RUFUS, TE AAAAAMO! —grita Kayle a mi lado. Melissa se lleva las manos a la cabeza, «dejad que me baje», pero Mateusz y yo pasamos de ella y nos sumamos al coro—. ¡RUFUS, TE AMAAAAMOS!

—¡Callaos, coño! —protesta Jim—. ¡Dan acabará teniendo razón, sois peores que los niños!

Hacemos mutis un poco avergonzados, y él aprovecha el silencio para seguir intubándonos el tour «El Montauk de los famosos» que no le ha pedido nadie.

—Y en esta fortificación de la derecha vive Paul Simon.

—Na-na-na-ná, Mrs. Robinson… —entono yo, contento de ser el primero.

—Querrás decir «And here's to you Mrs. Robinson». O bien, «God bless you, please Mrs. Robinson». Pero ¿na-nana-na? —me dice Jim, en tono burlón.

—En mi país, las canciones en inglés tienen todas la misma letra… —le suelto.

—La chabola de la izquierda es del millonario Gabriel Ice, el dueño de Hwgaahwgh.com. Y al otro lado está el Falcon Crest de Cynthia Nixon.

—No me suena —digo yo.

—Es la pelirroja de *Sex and the City* —puntualiza Melissa.

—¿Miranda? ¡Era mi preferida! —salta Kayle.

—Y ya estamos llegando, esta última es la de Ralph Lauren y aquélla la del señor Albee.

—El Gurney's está por aquí, ¿verdad, Jim? —pregunto yo—. Es que no me querría ir de Montauk sin verlo.

—Sí, te lo encontrarás en el siguiente cruce, pero nosotros giraremos antes —contesta él mientras reduce la velocidad. Y lo miramos todos extrañados, porque ha dirigido el coche hacia un rótulo en el que dice DAVIS.

—¿Quién es Davis? ¿Otro amigo tuyo?

Dejamos el coche en el patio y cuando se apaga el motor ya lo oímos: el Atlántico. El ir y venir de las olas nos satura los oídos. Junto a la carretera hemos visto una pista de tenis y una piscina, pero la atracción principal de ese caserón son, sin ninguna duda, sus espectaculares vistas sobre la playa. El jardín, de césped, decorado con hortensias y árboles frondosos, se asoma a un pequeño despeñadero de cinco metros, y abajo, después de una franja de arena, está el mar infinito.

—¿Qué, ya se han quedado todos boquiabiertos? —Nos volvemos, del interior de la casa han aparecido dos perros y un aristócrata.

—Muy buenas tardes, señor —dice Jim, mientras acaricia a los dos collies que han corrido a recibirlo—. Chicos, os presento al señor Edward Albee.

El señor Albee es bajito, tiene el pelo blanco y un bigote astuto. Lleva una camisa cara y unos pantalones de pinzas, un impecable uniforme de millonario si no fuera por unas Reebok blancas que cantan. Pero él avanza con andares distinguidos, como si llevara unas Church's en lugar de unas bambas de rapero. Luego se apoya

en una escultura de bronce, la Venus de Willendorf haciendo contorsionismo.

—Un servidor ya puede ir llenando la casa de arte contemporáneo, o haber colocado el Henry Moore aquí en medio, a la vista de todos, que no falla, ustedes se enamoran siempre de las vistas.

—¡Son alucinantes! —digo yo.

—No se equivoquen, tener una panorámica tan fascinante dentro de casa es una trampa. Cada vez que veo el mar, lo maldigo: ¡nunca escribiré un personaje tan atractivo!

—Son los chicos de la última hornada, señor —dice Jim.

—Escritores, ¡por fin alguien que habla mi idioma! Sepan que me he pasado todo el mes de julio cenando con bailarines —dice Albee con cara de contrariedad—. Y les seré franco, quien no los conozca que los compre.

—Perdone el retraso, señor —se excusa Jim mientras llena el comedero de los perros—, pero los he llevado a dar una vuelta por el pueblo…

—Nos ha llevado a El Atún Rojo —le digo yo.

—¡Es usted incorregible, James! Con la de bares que hay en Montauk… ¡y tiene que llevarlos a todos allí! Así pues, ya han conocido a la diva.

—¿A quién?

—¡A Dan, el rey de los osos! Ese peludo lloró a Rock Hudson más que yo, no me digan que no se han fijado. El Atún es un bar de gays que no saben que lo son.

—¿Cómo encontró este paraíso? —le pregunta Hank, todavía absorto por el paisaje.

—Pues mire, le responderé la verdad: nunca había oído hablar de Montauk hasta que llegué aquí persiguiendo a la actriz Uta Hagen. Entonces ella vivía cinco casas más allá, y yo quería convencerla de que fuera Martha en *¿Quién teme a Virginia Woolf*? No me extraña que al pueblo lo llamen «El Final». Cuando llegas aquí, todo es maravilloso; en cambio, llegar es el fin del mundo. ¡Pero las vistas! Me enamoré de las vistas. Y del rugido de las olas, por supuesto. ¿Las oyen? No se acaba nunca, es maravilloso. Hace cincuenta años que convivo con ellas y aún no me he aburrido. Contraté a una agente inmobiliaria del pueblo y al cabo de unos meses ya me estaba instalando aquí.

—Guau —dice Hank, que aún está embobado mirando al mar.

—Pero no se crean, en aquellos tiempos las cosas no costaban lo que ahora…

—¿Y el rótulo de DAVIS en la entrada? —le pregunto yo.

—Querido, me costó muchos años hallar esta tranquilidad. Algo tenía que hacer para mantenerla, ¿verdad? —responde él—. ¿Qué? ¿Estos escritores no tienen hambre? ¡Vamos, James!

Primera cena como dios manda en la granja, si exceptuamos lo de ayer. Un Jim en delantal ha sacado tres fuentes del horno: en una hay churrascos, en la segunda brócoli y en la tercera jambalaya, una especie de arroz criollo que preparan en Louisiana. Él nos sirve y se va, dice que nunca se queda a cenar. Nos pide que guardemos lo que sobre en tuppers para mañana. O sea que puedo alimentarme de sobras todo el mes, ni en mis sueños más gandules me imaginaba poder salvarme de cocinar. Mientras nos llenamos los platos, Jim sube del sótano tres botellas de ese vino argentino y Mateusz empieza a abrir la primera.

—Y qué, señor Albee, ¿todavía escribe? —pregunta Hank para romper el hielo. Todos estamos un poco acojonados, así que le agradecemos que él, el más veterano de la granja, dirija la conversación.

—Todavía escribe, todavía dirige… Cuando uno se hace viejo, todas las preguntas empiezan con un «todavía», ¿no se han fijado? Quizá los hay que, cuando se retiran, dejan de hacer lo que hacían, especialmente si te dedicas a cosas que no te gustan. Pero yo no pienso parar nunca, ¡soy escritor desde los seis años!

—¿Desde los seis años?

—Con seis años decidí que iba a ser escritor, sí. Y desde entonces he ejercido de una forma u otra.

—¿El típico niño que llenaba libretas secretas?

—¡Dios me libre, querida! Para ser escritor no hace falta escribir; en realidad, los buenos lo hacemos más bien poco. Mi familia adoptiva era rica y conservadora. Porque supongo que ya saben que soy adoptado, ¿no? —Los dos norteamericanos asienten con la cabeza, pero los europeos y la asiática no teníamos ni idea—. En casa eran antisemitas, antiirlandeses, antinegros… Antitodo. Yo acabé llevándoles siempre la contraria, y aquí me tienen, soy un pelmazo liberal y descreído. Pero, claro, si me hubiera adoptado una familia de izquierdas ahora quizá sería un reaccionario de manual…

—Lo dice con mucha tranquilidad —dice Hank.

—Con mucha distancia —añado yo.

—Queridos míos, ¿y qué quieren que haga? Me guste o no, eran mis padres. ¿Que me compraron? Pues sí, por 133 dólares

exactamente, hace unos años encontré mi precio en el certificado de adopción. Pero no se preocupen, duermo muy bien por las noches. ¿Les parece que tengo cara de sufrir algún trauma?

Se ha acabado el vino, pero Mateusz, más atento que yo, ha abierto otra botella. Nos vamos a llevar bien con este polaco. Cuando vuelvo a llenarme la copa, veo a qué nombre responde el matarratas, Postales del Fin del Mundo. No me extraña que huela tan mal, nunca había oído que hicieran vino en la Patagonia. Se lo sirvo a los compañeros y hago ademán de llenarle la copa al señor Albee, pero lo rechaza, tapándola con la mano.

—Gracias, querido, pero no bebo vino.

—¿Ni un poquito?

—Ya no —dice Albee, matando el tema con la mirada. A continuación, retoma su historia—. Mis padres vivían en Larchmont, a las afueras de Nueva York.

—Allí hay mucha pasta —dice Hank.

—Sí, éramos propietarios de teatros. Empezó el bisabuelo Albee con un circo, un freak show que recorría el país exhibiendo el cerdo más grande de América o el único pollo del mundo con cara humana, ese tipo de excentricidades. Y el negocio funcionaba: para que se hagan una idea, cuando me adoptaron, administraban más de cuatrocientas salas de costa a costa. Nunca me faltó de nada, tenía todo lo que podía desear: trenes eléctricos, perros, caballos… Y todos los años la abuela nos llevaba a Florida. Y no crean que íbamos en coche: la buena mujer, que dios tenga en su gloria, había comprado dos vagones de tren, y cuando quería, los enganchaba a los convoyes que salían de Penn Station hacia Miami. El coche me lo reservaban para ir al colegio. Con chófer, naturalmente. Era un Rolls Royce… Ya pueden imaginarse qué clase de niño era yo.

—Un niño insoportable —se le escapa a Kayle. Y nos callamos todos de golpe.

—Exactamente, querida, insoportable, yo no lo habría dicho mejor. Me expulsaron de media docena de escuelas e internados. Mis padres estaban obsesionados con la seguridad. Era la época del secuestro de los Lindbergh, ¿saben?

—Ni idea —confieso yo.

—Secuestraron al hijo de Charles Lindbergh, el aviador —explica Hank para los de fuera—, y hasta que no lo encontraron, muerto, los periódicos siguieron el caso día a día y todo el país vivió una psicosis colectiva.

—«La historia periodística más importante desde la muerte de Cristo», la llamaron.

—Vamos, la Madeleine McCann de hace ochenta años —resumo yo.

—Ustedes se lo pueden tomar alegremente —nos regaña Albee —, pero Larchmont era una burbuja, un barrio ajeno a la crisis, ajeno a la inmigración, inmune a todo. Y el drama de los Lindbergh marcó una época, marcó a toda una generación. Mis padres vivían perpetuamente amedrentados y decidieron que encerrarme en internados era mucho mejor que tenerme en casa. Se equivocaron, por supuesto.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Si lo que quieren es tener controlado a un hijo, no lo lleven nunca a un internado. Nos escapábamos constantemente y acabamos siendo asiduos de los bares del pueblo, allí descubrí el whisky. Al final llegamos a tenerlo automatizado: mis padres ya me matriculaban en un nuevo internado antes de que les llegara la notificación de expulsión, era un engranaje perfecto. Y al final, con doce años, me llevaron a la Academia Militar Valley Forge de Pennsylvania.

—¿De qué me suena eso? —dice Hank.

—Queridos, he estado en la URSS y he visitado sus prisiones, pero no son nada comparadas con aquello —continúa Albee.

—Esa afirmación es muy fuerte… —dice Kayle.

—Miren, allí toda la educación giraba en torno a dos únicas asignaturas: sadismo y masoquismo. Y, huelga decirlo, el muchacho que era yo acabó con una ligera predilección por una de las dos.

—¿Se refiere a palizas? —pregunta Hank.

—Y muchas cosas más… Sólo pensábamos en huir de allí. Llegué a gastarme la paga navideña de la abuela en un pasaje para el primer barco hacia París. Por supuesto, el día de la verdad no me atreví, sólo tenía quince años. Todos han leído *El guardián entre el centeno*, ¿no? Quizá Salinger escribió la novela, ¡pero les aseguro que yo la viví en primera persona! Holden Caulfield soy yo, habla de mi vida allí. En realidad, el Colegio Pencey que describía Jerome está basado en Valley Forge, él también vivió ese infierno.

—¿Jerome? ¿Conoció a Salinger? —le pregunto yo.

—Querido, ésta es otra pregunta que me hace todo el mundo. Él era siete años mayor que yo, pero si hubiéramos coincidido en Valley Forge, ¡seguro que nos habríamos escapado juntos de aquel campo de concentración! Eso sí, hasta el purgatorio tiene su parte buena. Arte, literatura, música… Aunque fuera a garrotazos, allí descubrí la cultura.

La cena prosigue con el señor Albee como centro absoluto de atención. Nos cuenta cómo se marchó de casa a los diecinueve años, antes de que su madre lo echara. Luego ha seguido relatando batallitas de juventud en Greenwich Village, donde conoció a músicos, a los escritores de la beat generation y a la mayor parte de los expresionistas abstractos. Todo lo que cuenta son cantos de sirena, he tenido que atarme al palo mayor para que frases como «el Nueva York de los sesenta era el París de los veinte», «Kerouac era un pesado» o «¿la Cedar Tavern? Demasiada testosterona para mi paladar», no me arrastraran por la borda. Y, en medio de toda esta Babilonia de la contracultura, a él le tocó ser el dramaturgo más importante de su generación.

—Y, ya en el Village, escribí mi primera gran obra, *The Zoo Story*.

—Es un diálogo entre dos desconocidos que se encuentran en un banco de Central Park —nos cuenta Hank, que de nuevo se da cuenta de que los europeos nos quedamos en fuera de juego—. Es una de las lecturas obligatorias de mis clases de Siracusa.

—Queridos, si quieren leerla, la encontrarán en la biblioteca. La cuestión es que hasta ese momento yo vivía de la pensión que me pasaba la abuela y de hacer trabajillos de todo tipo. Trabajé en la radio del barrio, vendiendo discos en Bloomingdale's, colocando libros en Schirmer's… Hasta que encontré un trabajo estable que no me exprimía el cerebro: repartir telegramas para la Western Union. ¿Sabían que todos los que recibían telegramas en Nueva York vivían en un sexto piso sin ascensor? Un servidor lo descubrió entonces. Suerte que con *The Zoo Story* ya pude dedicarme a escribir.

—¿Con una obra le bastó para vivir? —pregunto yo.

—De cobrar treinta y ocho dólares con los telegramas, pasé a cobrar sesenta y ocho a la semana de derechos de autor. En aquella época, llevarse el 10 % era el mínimo, no como ahora, que el dramaturgo apenas llega al 5 %.

—Con las novelas, si consigues un 10 % puedes darte por satisfecho —comento yo.

—En los circuitos teatrales alternativos, yo he llegado a cobrar el 8 % —dice Hank—, pero las salas son tan pequeñas que no te llega para nada.

—En Polonia los derechos de autor son un mito —dice Mateusz —. Yo vivo de recitales y de cursos, sólo Zagajewski come de los libros que vende.

—Resumiendo: ¿cuál de ustedes puede vivir de escribir? —pregunta Albee. Sólo Melissa levanta el brazo.

—Malvivo, pero salgo adelante —dice ella—. También es cierto que vivo en Florida y no en Nueva York.

—¿El periodismo cuenta como escritura? —pregunta Kayle, levantando el brazo tímidamente.

—Si es su pasión, sí, querida —responde él. Y Kayle tiene que bajar el brazo—. De hecho, con *The Zoo Story* empecé a hacer dinero —continúa Albee—, pero no fue hasta *¿Quién teme a Virginia Woolf*? cuando pude dejar de preocuparme por el dinero.

¿Quién teme a Virginia Woolf? fue un éxito absoluto. Estuvo meses en cartelera, fue adaptada en todo el mundo y desde entonces no ha parado de representarse. En pocos años, este combate dialéctico entre George, un profesor de historia, y Martha, su mujer, se convirtió en un clásico moderno, y el mundo del teatro enloqueció. Estrenada en plena crisis cubana de los misiles, esa interminable noche etílica fue un escupitajo en la cara del sueño americano, en la pantomima de los felices años cincuenta. Un matrimonio que se descuartiza vivo, jugando a juegos perversos durante dos horas largas, desafiándose e insultándose ante la atónita mirada de la platea y un par de invitados de piedra. La crítica o bien atacó con ferocidad la guerra total de Edward Albee, o bien lo colocó en el Olimpo, tomando copas con los tres grandes dramaturgos americanos del siglo, Eugene O'Neill, Arthur Miller y Tennessee Williams. Precisamente, el padre de Blanche DuBois estaba en el estreno de *Virginia Woolf*, y se quedó tan impactado con ese sórdido recital de golpes bajos que volvió durante dos semanas seguidas. La pieza ganó el Tony a la mejor obra y a las mejores interpretaciones, y se quedó a las puertas de ganar el Pulitzer en medio de una insólita polémica que llevó todavía a más gente a los teatros: el comité de críticos la propuso como la mejor del año, pero los empresarios y los editores, que tomaban la decisión final, decidieron vetarla y declararon el premio desierto, alarmados por los guardianes de la moral. Más tarde se supo que la mayoría votaron en contra sin haberla visto, y cincuenta años más tarde el Pulitzer fantasma de Edward Albee sigue siendo la mancha más negra del premio literario más importante de América. Y, después de Broadway, aquella noche de los platos rotos llegó a Hollywood. Incluso los que no son aficionados al teatro han visto la película con Richard Burton y Elizabeth Taylor poniéndose verdes en una espiral de locura. En ese momento estaban casados, era el quinto matrimonio de la actriz. Es uno de esos clásicos en blanco y negro que recuperan cada Navidad, consiguió nominaciones a todas las categorías de los Oscar existentes entonces, y se llevó cinco

premios, entre ellos la segunda estatuilla para Liz Taylor. Albee se quedó sin el pisapapeles al mejor guión, pero no lo necesitaba, con una sola obra había llegado a lo más alto. En cuestión de meses, Albee era un dios que había descendido a la tierra, el James Dean de los teatros, el Jackson Pollock de los escenarios. Se había saltado el estadio de promesa y la etiqueta de dramaturgo emergente. «Al realismo de la generación anterior le ha añadido la tradición surrealista europea de Beckett o de Ionesco», decían los académicos. Durante la década siguiente, Edward Albee fue el dramaturgo más representado en los campus universitarios de los Estados Unidos después de Shakespeare. Y si con la obra de teatro ganó una fortuna, con la película hizo saltar la banca: le pagaron medio millón de dólares de entrada —cuatro millones de dólares al cambio actual— y un porcentaje de todas las ganancias.

Una reflexión sobre esa primera cena en la granja. Solamente hay una cosa peor que no entenderlos: que no te entiendan. Ese momento en que toda la atención se concentra en ti, en que has conseguido que te miren todos, en que te has desmarcado de la película y tienes metros por delante para correr y para decir eso tan divertido. Y tú no desaprovechas la ocasión y cuentas aquella anécdota insuperable…, pero no te entienden. Durante un segundo ves cómo intentan atar cabos, y cuando te das cuenta de que levantan las cejas y la broma no ha surtido efecto, tú lo vuelves a intentar reformulando la frase definitiva en tu inglés macarrónico, enunciando el meollo de la gracieta de otra forma, y lo intentas forzando la voz, exagerando el crescendo final, pero tampoco provoca reacción alguna. Al final ves que se vuelven hacia algún otro lado, «chaval, no sé qué coño estás diciendo». La conversación continuará en el otro extremo de la mesa y a ti te quedará toda la noche la sensación de haber fallado un gol cantado, de haber hecho un Julio Salinas lingüístico de campeonato.

A pesar de que vamos bastante pedos, decidimos acabar el día en El Tiburón Cansado. Cuando le hemos dicho que nos acompañara, Melissa ha puesto cara de espanto y ha corrido a encerrarse en la habitación, pero el resto fichamos todos. Mucho más ambiente que a media tarde, que ya es decir, a un kilómetro la carretera ya está atascada y oímos el jaleo desde aquí. Acabamos por aparcar en la playa, en hilera sobre las dunas. La música suena tan fuerte que hay gente que se monta su fiesta en la arena, bailando alrededor de hogueras y de barbacoas. Veo a dos tíos con

una especie de manguera acabada en un embudo que están cebando de cerveza a una chica, y de repente me apetece comer foie gras. De la terraza se elevan haces de luz que barren el cielo una y otra vez, como si quisieran proyectar la tiburón-señal, como los cañones antiaéreos barrían el cielo buscando bombarderos nazis hace setenta años. Seguimos un caminito lleno de antorchas hawaianas y llegamos al primer patio, que ya está de bote en bote. Kayle intenta decirme algo, pero no lo entiendo, sólo la oigo cuando se me arrima al oído y me grita un «vaya gentío» que por poco me revienta el tímpano. Mateusz hace el gesto universal de ir a buscar bebidas, hay una cola monumental pero emplea una táctica polaca y se cuela, este tío es fantástico, va sacando cócteles y nos los pasa por encima de las cabezas de la gente. Son una especie de granizados azules, rojos y blancos que simulan la bandera americana, un George Washington sobre Hielo, parece que lo llaman. La música es como la arena que pisamos, implacable, se escurre por todas partes, el chumba chumba se nos adhiere como una segunda piel y en las orejas no nos cabe nada más. Bailamos, porque aquí no puedes hacer otra cosa, somos abejas al ritmo del disc-jockey, que de vez en cuando baja el volumen y le pide a la gente que grite, que ruja y que se desgañite antes de volver a poner el chumba chumba a todo gas. Voy a buscar una ronda, la cola infernal continúa y, de repente, se me cuelan unas tías. Malditas táctica polacas. En el espejo, detrás de la barra, alguien ha escrito: «Tenemos cerveza más fría que tu ex». Finalmente me despacha un tío con una camiseta en la que dice «¿Quieres tiburón?» y una flecha hacia su entrepierna. Me sirve con una sonrisa forzada, empiezo a pasar gintónics a los colegas, pago con la Visa, un atraco alucinante por cuatro copas que ni siquiera están cargadas. Bailamos y bailamos, Mateusz es el rey de la pista, baila como los rusos, baila como los moldavos, como los de Kazajistán, baila jopak, baila trepak, baila kalinkakalinka-kalinka balanceándose adelante y atrás y saltando. La gente lo mira y le dedica algunos «woooos», ha conseguido que se creara un corro a su alrededor y me pide que me añada. Ni de coña, me rompería todos los huesos. Hank está unos metros más allá, habla con una chica que recoge vasos y que lleva en la camiseta «¡Ataca, tiburón!», y la misma flecha de antes hacia el felpudo, mientras que Kayle charla con un jovenzuelo con naves de Star Wars tatuadas en los brazos que blande una cámara de fotos con un flash gigantesco, el típico fotógrafo de fiestas que te saca siempre guapo o, como mínimo, menos sudado y bebido de lo que en realidad estás. Tres tecnobaladas y dos white russians más tarde, la escena se ha

recompuesto, Mateusz ya no baila, porque está rodeado por un grupo de chicas, y el que habla con el fotógrafo de Alderaan es Hank. Kayle le está hablando de mí a una pareja que podrían ser honeymooners, y yo intento seguirles la corriente, pero con la música no oigo nada, de manera que asiento con la cabeza y sonrío sin saber qué coño les está contando. El fotógrafo nos pide que nos pongamos juntos, que nos hará una foto para la web en la que trabaja. «Eres mi persona preferida del mundo», le grita Kayle. El impacto del flash es tan brutal que me lobotomiza durante unos instantes. Unos cuanto hits trepanaoídos después, es Hank quien paga la ronda. Mateusz y yo lo acompañamos, y mientras esperamos me entretengo mirando cómo bailan las gogós, que ahora cambian el turno: las bailarinas vestidas de policía terminan su trabajo y las sustituyen cinco Caperucitas Rojas que muestran carnes de todas las etnias, como un anuncio de Benetton. Me gustaría cambiarle el agua al canario, pero hay una cola espantosa. «¿Tú no vas nunca al lavabo?», le pregunto a Mateusz entre gritos. «¡En la discoteca nunca!», me contesta. «Siempre meo en la barra. ¡Pruébalo, nadie se da cuenta!» Dos meadas y tres triples baipases con hielo más tarde, estamos toda la peña bailando en medio de la pista, Atenea nos ha rociado con una gracia prodigiosa porque somos como dioses, somos inmortales, somos los reyes del mundo. Entonces se para la música, por un momento pienso que la fiesta se ha terminado y nos van a echar, pero el pinchadiscos coge el micrófono y le da la bienvenida a un tal Gronkowski, «¡el hijo de puta más rápido de la NFL!», y los focos ya no nos iluminan a nosotros, sino que se concentran sobre el palco vip y enfocan a un posadolescente supercuadrado que baila como un loco, como si la música aún continuara, baila tres veces más revolucionado que los demás, como si esto fuera un gimnasio y él hiciera spinning hostiando la pera loca al mismo tiempo. Suda como un cerdo, va sin camiseta, es un armario, dirías que se ha pasado de creatina. Cuando oye que lo llaman, Gronkowski se detiene y saluda al público, luego silba para que vuelva la música y el DJ se arranca de nuevo.

—¿Quién es ese tío? —le pregunto a Hank.

—¿Quién? ¿Gronk? ¡La nueva estrella de los Patriots! ¿No te suena? ¡Ganó la Super Bowl el año pasado!

—¿No se supone que los deportistas no se drogan?

—No creo que vaya de coca —dice el de Minneapolis—, éste siempre va espitoso, es la vigorexia.

Al día siguiente, Kayle comparte en Facebook un artículo en

Buzzfeed, «Quince imágenes que prueban que El Tiburón Cansado es EL LUGAR del verano», con las fotos del chaval del *Halcón Milenario* en los bíceps. Es uno de los artículos más leídos, en pocos minutos ya lo han compartido miles de veces. Hay fotos de las tías buenas, de los cócteles, de la playa y del Gronkosaurio. Nosotros no salimos.

Creía que aguantaría un poco más, pero no. El momento ha llegado a media tarde, cuando no hacía ni veinticuatro horas que estaba en la granja. No sé muy bien por qué, ha sido después de hablar con ella, se me ha activado algún resorte y he tenido que hacerlo. Toda precaución es poca, como siempre que estoy fuera de casa. He revisado a conciencia todas las rejillas de ventilación, detrás de los espejos y de los cuadros. Cuando me he quedado tranquilo y convencido de que no había cámaras a la vista, he bajado las persianas y me he asegurado de que la puerta estuviera bien cerrada. He abierto el ordenador y antes de empezar he pegado un post-it para tapar la cámara del portátil, la misma cámara con la que le mandaba besos a Emma hace apenas cinco minutos.

4

Barcelona, un bar cualquiera

Pido una cerveza y unas aceitunas mientras hojeo la prensa. Los periódicos independentistas dicen que ya está hecho, la prensa española que ni de coña. Entra el escritor número uno, que también trabaja en una editorial. Gafitas, poco pelo y un sombrero que le debe de parecer distinguido. De lejos se diría que es Carlos Ruiz Zafón.

—Mira, güey, esto de los agentes literarios está bien si eres el puto Vargas Llosa, que vende libros a carretadas. Pero tú no eres el puto Vargas Llosa, ¿verdad? ¿Qué aspiraciones tienes tú? Publicar tu puta novela, la segunda, ¿no? Pues piensa que los agentes literarios se te quedarán el 20 %, independientemente de quién te la publique, sólo porque RESPIRAS. ¿Que te la publica una editorial pequeña como la mía? Pues se quedarán el 20 % de lo que consigan sacarnos. ¿Que te la publican en Mórdor? El 20 %. ¿Que ganas un puto premio literario de los tuyos? ENSÉÑAME LA PASTA, el 20 %. Se quedarán el 20 % de todo lo que rasques, aunque ellos no hayan movido un puto dedo. En el ámbito catalán, tener agente va bien cuando empiezas, cuando necesitas encontrar editorial, pero, que yo sepa, tú ya tienes una, ¿no?

—Sí, pero…

—¿Tienes editorial o no, güey? ¡Y si no la tienes siempre te puedes venir con nosotros! ¡Piensa que somos David contra Goliat! ¡Piensa que el trabajo bien hecho no tiene fronteras! ¡Que el perfume bueno viene en frasco pequeño!

—Que sí, que ya tengo editorial. Oye, ¿y las traducciones qué?

—Conseguir traducciones es muy lento y da mucho trabajo. Sería la parte en que los agentes sí que tienen alguna utilidad… Si no fuera porque es lo que menos les gusta hacer. Además, sólo conseguirás traducciones si te ha ido bien, si no, no hay manera. Y no habrás vendido mucho, ¿verdad? ¿Cuánto has vendido, güey? He oído que llevas unos 7.000…

—Mmm, no, en realidad un poco más. Unos 8.000, creo.

—Vaya puta miseria. ¡Hace unos años habrías vendido 80.000 con la misma mierda de novela!

—¡Eh, tío!

—Mierda de novela es un decir, aún no he podido leerla, pero entiéndeme: este mismo libro habría vendido diez veces más cuando las putas bibliotecas aún compraban y las librerías eran centros de peregrinación, cuando Laie era el Apple Store de entonces. ¡Todo eso ha pasado a mejor vida, güey, ahora no compra libros ni dios, los jóvenes ya no leen y los cuatro que se atreven a hacerlo nos piratean por internet! ¡Es la puta guerra y nos están atizando por tierra, mar y aire! ¡Comprar libros se está convirtiendo en una rareza, en una cosa exótica!

—Si te digo la verdad, yo no compro libros desde hace un montón de años. Los escribo, pero no los compro. Los cojo de las bibliotecas o intento gorrearlos de la prensa.

—Yo tampoco compro libros, a mí me los regalan, güey.

—¿Puedes parar de llamarme *buey*?

—Perdona, güey, se me ha pegado.

—Total, que me desaconsejas que hable con un agente.

—Pues claro, los agentes son como parásitos, elementos que se han introducido en el proceso editorial para chuparnos la sangre a todos, ¡tanto a los autores como a los editores! Y qué quieres que te diga, ¡la puta vaca ya no puede estar más flaca!

—Oye, ¿y eso de que te ayuden a reescribir la novela?

—Sólo se meten en harina con el texto si huelen a dinero, pero si eres un novato no esperes que se deslomen, güey. Además, qué caray, ya basta de intrusismo: ¡para editar ya estamos los putos editores! Mira las grandes correspondencias entre autores y editores: Rodoreda-Sales, Bernhard-Unseld… ¿Eran todos estos míticos epistolarios correspondencias a tres bandas, con el agente de por medio? ¡Pues no! Mira, con los agentes literarios pasa como con las frutas y las verduras: ¿qué necesidad hay de intermediarios si el productor y el consumidor se conocen? Hazme caso, ¡pasa de los putos agentes, güey, cultiva la literatura de proximidad!

El mismo bar, una hora más tarde

Pido la tercera cerveza y otro platillo de aceitunas. Entra el escritor número dos, alto como un pino y con una calva reciente, divertida, sobre una cara de niño pícaro que es toda simpatía. Lleva una camiseta de *The Twilight Zone*. Me dice que ha dormido poco,

entre una guardia muy jodida en el trabajo y su hijo, un demonio que no se está quieto.

—A ver, chaval, ¿tú cuánto has vendido?

—9.000 o 10.000, más o menos.

—Búscate un agente, hazme caso.

—¿Para qué?

—Para que te ayuden, hombre, te hacen la vida más fácil.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Se encargan de todas las relaciones con la editorial. ¿Que el libro tiene poca prensa? Llaman y les meten bronca para que se esfuercen más. ¿Que ya no quedan libros tuyos en La Central? Llamada, bronca, ya hay libros en La Central. Son eficientes, son limpios y no hacen preguntas: son especialistas en hacer el trabajo sucio.

—¿Y eso no lo puedes hacer tú? ¿Llamar a la editorial directamente?

—No, chico, no, el poco tiempo que tú tienes dedícalo a escribir, no a pelearte con pelagatos. Además, ¿cómo coño negociarás un adelanto? ¿O cómo discutirás la publicidad? Porque, si quieres vender, tienen que anunciarte, para ir bien deberías conseguir estampar tu careto por todos los buses de Gotham City. O pelearte con las condiciones de un contrato de traducción. ¿Cómo sabrás si te dan poco o te dan mucho? ¡Yo soy escritor, chaval, no un bróker de Wall Street! En la agencia se encargan de eso, les aprietan las clavijas todo lo que pueden y yo vivo tranquilamente y con las manos limpias de sangre.

—Pero a mí me gusta tratar con la editorial. Seguir el proceso, consultarles un montón de cosas… ¡Son nuestros aliados, ¿no?!

—Pero, chaval, ¿qué coño dices? Esto es una guerra, ¿no lo ves? Es una guerra con muchos frentes y la nuestra es la trinchera de los escritores. ¡Los editores son el enemigo, siempre al acecho para pillar al escritor con más potencial, mantenerlo como rehén y chupárselo todo! La época de los grandes editores mecenas ya terminó, chico, el editor que perdía cuartos contigo porque confiaba en tu creatividad ha pasado a mejor vida. No te fíes de los editores: cuando un editor te halaga es porque huele la guita, y a las primeras de cambio te meterá una letra pequeña inesperada en el contrato y cataplum, caerás en la trampa.

—No hace falta que me lo cuentes, ya lo viví en mis carnes. Pero los agentes tampoco son angelitos. El 20 % de todo me parece un robo…

—Sí, chico, sí, los agentes literarios son un elemento más del

tablero de ajedrez, pero tienes que aliarte con ellos, y saber que vuestra relación es estrictamente comercial.

—Nada personal, estrictamente comercial.

—Exactamente, sólo negocios. Y respecto al 20 %… Cuando te consigan la primera traducción, lo verás muy claro: ellos se quedarán el 20 %, pero sin ellos no habrías conseguido nada, te habrías quedado con el 100 % de cero y sin la traducción, la promoción y la publicidad…

El mismo bar, dos horas más tarde

Pido la sexta cerveza y unas bravas, que me ha entrado hambre. Entra el escritor número tres con el casco puesto, los parroquianos lo toman por un atracador y se asustan, pero cuando se lo quita el bar se llena de sonrisas, lo han reconocido de la tele. Hace días que no nos vemos, y como me quiere abrazar me levanto para corresponderle, qué tal, cómo vamos, y cuando me siento, tiro la birra al suelo. Pedimos dos más.

—La verdad es que no tener agente literaria te imposibilita conseguir traducciones. Las agentes son la nueva aristocracia del mundo literario, la jet set de la Buchmesse. Las que dirigen el cotarro, hablando en plata. Antes, los editores eran los amos de todo, y en el bar del Frankfurter Hof podías ver a decenas de pelotilleros pagándole los gintónics al Herralde de turno. Pero ahora ya no hay fidelidades, una agente literaria con poder puede desplumar a una editorial en menos que canta un gallo y arrebatarle sus primeros espadas. Hoy en día las agencias lo dominan todo: someten a las editoriales más prestigiosas, gozan de unos contactos que impresionan y trabajan con las mejores scouts del mundo…

—¿Las mejores escorts del mundo?

—¡Scouts, no escorts! Son cazatalentos literarias, informadoras a las que contratan para que se adelanten a las tendencias que están por llegar y a los autores que lo van a petar: una buena scout tiene que ponerte sobre la pista de la Ferrante antes de que sea la Ferrante, para entendernos.

—¿Quién es la Ferrante?

—Además, las agentes trabajan 100 % para ti, y eso no lo hace tu editor. Tu primera novela, por ejemplo, aquella apología encubierta de la tauromaquia más rancia.

—¡Eh, tío, sin faltar!

—Seguro que cuando acabaron de editarte se pusieron con la siguiente, sin parar. ¿O me equivoco? Y tu editor no fue a ninguna

feria a venderte, ni se sentó a pensar a qué periodistas les apetecería leerte.

—Bueno, no, pero…

—¿Lo ves? No te cuidan, amigo mío, estás desamparado. Hoy en día las editoriales son inmensas churrerías, y a ti te ha tocado el papel de chucho reseco que ayer no se vendió. Si quieres que te dediquen atención mediática, más allá de los cinco minutos de gloria del día del lanzamiento, debes pelearlo con las agentes.

—Oye, ¿y por qué dices todo el rato «las agentes»? ¿Sólo son mujeres o qué?

—El agente más temido del planeta es el señor Wylie, pero, aparte de éste, hablamos de un mundo controlado por señoras.

—¿Y por qué?

—Pues, ya que lo preguntas, no tengo ni una pizca de intuición. Ni idea, vaya. Pero, volviendo a lo que te decía antes, ellas pisan todas las ferias literarias, presentando los muestrarios de sus autores, ofreciéndote al mundo. Y piensa que si no eres la estrella de su catálogo, si eres un triste segunda fila, también te pueden empaquetar: ¿quieres a Ken Follett o a cualquier as de mi colección? De acuerdo, pero de propina tendrás que editarme también a estas tres «promesas». Y entre esos saldos colocará tu novelita.

—Que si mi novela es rancia, que si soy un triste segunda fila… Cómo vienes hoy, ¿eh?

—Discúlpame, es que salgo de una tertulia y voy a mil. Venga, vamos al grano: ¿cuántos has vendido?

—Unos 10.000.

—Hostia, chaval, lo siento, pero definitivamente eres un saldo total. Pero no te preocupes, que traducción llama a traducción, y jugando en tercera puedes ganarte el pan mientras escribes la novela buena de verdad.

—¿Qué quiere decir buena de verdad?

—Una novela lo suficientemente idiota para que se venda sola.

El mismo bar, tres horas más tarde

La cabeza me da vueltas y me planteo anular mi cita con el último escritor al que he convocado, pero antes de que me decida lo veo entrar, con la americana de pana y al cuello el fular de intelectual francés, el uniforme de la tribu urbana del 68. Él pide un gintónic, y yo pienso primero que sí, que qué caray, pero cambio de idea y pido una cerveza sin alcohol.

—¿Sin alcohol? ¿Pero qué coño haces, criatura?

—Ha sido una tarde muy larga —le digo.

—¿Sabías que trabajé en una coctelería cuando era joven? Me tocaba ir con camisa almidonada y pajarita. Allí aprendí que no hay nada más alcohólico que alguien que va por el mundo pidiendo cerveza sin alcohol.

—Bueno, ¿qué me cuentas de los agentes literarios? ¿Cuál es tu experiencia?

—¿Mi experiencia? Nefasta. Con las agentes me ha pasado como con las mujeres, siempre me han tomado el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—A mí me vino a buscar ella, hace más de diez años. Los libros se vendían bien, de 10.000 en 10.000. Porque oye, ¿tú cuántos has vendido?

—Pues ésos, más o menos.

—Así que ya sabes de qué hablo. Se vendían bien y la agente se encaprichó conmigo. Y fue insistente, no creas. Te prometo que no me la podía sacar de encima, ¡menuda lapa! Me invitaba a restaurantes caros, se lo había leído todo y tenía un entusiasmo indecible por mi obra. Me regalaba botellas de champán, primeras ediciones de Sartre, que si te conseguiré traducciones, que si te convertiré en el Bassani catalán… Y firmé con ella, claro. Al principio fue apasionante, me llamaba cada día para contarme cómo estaba el mercado y yo me sentía halagado. Rápidamente me consiguió un adelanto para la novela siguiente y nos repartimos el dinero, pero luego la cosa se fue enfriando, hasta que desapareció del todo. Que puedo entenderlo, estas cosas pasan, pero…

—Vaya jeta.

—Durante estos diez años nada de nada, ni una llamada, ni un triste mail. ¡Ni traducción alguna, ya te lo puedes imaginar! Al contrario, el editor con el que firmamos el adelanto no paraba de perseguirme para que le entregara el texto, un texto que no salía ni saldría nunca, y ella había desaparecido del mapa, no intercedió en ningún momento. E incluso intenté devolverle el dinero, y que ella retornara su 20 %, pero cuando contacté con sus gestores me dijeron que ni hablar, que una agencia no devuelve nunca un adelanto.

—¿Y qué hiciste?

—No hice nada.

—¿Y cómo es eso?

—No creas, es una buena táctica, muchos líos se solucionan solos si no haces nada de nada. En la editorial cambiaron de editor

y el nuevo no sabía nada del precontrato, así que dejaron de perseguirme. Hasta el año pasado. Cuando acabé por fin una novela nueva y acordé publicarla en otra parte, ¿si adivinas quién volvió a llamarme?

—La agente.

—Pues claro, la agente, gritándome por teléfono y preguntándome por qué no les había dicho nada de ese contrato, que me habrían gestionado un porcentaje más alto. Les canté las cuarenta, que mandaba huevos llamarme al cabo de diez años, y rebajó el tono, me presentó mil excusas y se disculpó.

—¿Y al final qué hiciste?

—Les dije que no podía pagarles su parte de los derechos porque, de hecho, ahora trabajaba con otra agente.

—¿Ah, sí? ¿Y ahora qué agente tienes?

—Ninguna, pero dejaron de presionarme enseguida. No hay nada que les dé más miedo que una pelea entre agentes.

5

Me levanto con una resaca brutal a causa de la tiburonada nocturna de ayer. Me tomó dos cafés —Maxwell House Original Roast— y me preparo un Lázaro, zumo de frutas y paracetamol, por aquello de que resucitó de entre los muertos. Eso sí, al mediodía escribo, estoy desencadenado, quizá es la cafeína, en un momento me salen las dos páginas típicas sobre las virtudes inspiracionales de la resaca, el poder poético y místico de la ingestión masiva de alcohol. Un gran despliegue de toda una teoría sobre los beneficios de trincar para conseguir versos mejores e ideas más clarividentes, la metáfora de los búfalos y el reordenamiento neuronal, «he ido al fin del mundo y he vuelto», «la Patagonia, el Olimpo de las musas», etcétera. Os lo voy a ahorrar.

Estoy en el sofá, distraído con el Tinder de Mateusz. Dice que se lo instala siempre que duerme fuera de casa, para mantenerse en forma. Pasamos el rato discriminando cachos de carne, «a ésta me la tiraba, a ésta ni de coña». Como en la vida, en la granja hay dos tipos de personas. Las serias, que llegan con un proyecto firme y trabajan horas y horas para que avance, y las dispersas, las que tenemos alguna idea en la cabeza pero nos pasaremos las semanas tumbados a la bartola, leyendo y divagando, buscando la inspiración en la tele o en el alcohol. Si trazáramos esa línea en el suelo, la división en la granja Albee sería clarísima: los europeos pululamos todo el día por el comedor o nos pasamos la tarde frente a la tele, intentando entender las jodidas normas del béisbol, mientras que Kayle y Hank trabajan mucho y Melissa no parece que salga nunca de su cuarto, podría estar muerta o desangrándose y ni nos enteraríamos. Europa, la vieja Europa, lidera el grupo de investigación aplicada sobre pitchers, strikes y pickoffs, y qué queréis que os diga, ésta es mi liga: para mí, escribir es acertarle de lleno a la bola, mandarla bien lejos y reposar en la primera base —el sofá— unas cuantas horas, hasta que, más por remordimientos que por ganas, toque pegarle otro batazo. Mateusz lo ha resumido

muy bien, dice que sólo escribe cuando le resulta «estrictamente necesario», y ahora mismo lo que nos resulta estrictamente necesario es descubrir por qué este tío está descalificado si sólo ha bateado una vez. Jim, que nos ve siempre en el sofá, dice que cada año pasa lo mismo. Y no sólo con los escritores. Dice que hay artistas plásticos que son aplicados, las típicas hormiguitas guiadas por el mantra picassiano de «que la inspiración te encuentre trabajando», y también pintores gandules, que confían en el destello de una idea genial.

Nos cuenta el caso de Luciano Di Rosa, un artista que estuvo en la granja el septiembre pasado. El tío se pasó semanas enteras haciendo surf, buscando la inspiración, y de repente la última semana se encerró en el estudio a trabajar. Curiosamente, su fogonazo coincidió con la desaparición de la cafetera que yo cortocircuité el otro día. Los italianos y los franceses iniciaron el segundo motín del té, hartos de tener que tomar aguachirle. «Los senté a todos y les monté el número», cuenta Jim, «pero la máquina no apareció y tuve que comprar otra.» Finalmente, el último día, cuando todo el mundo exponía lo que había hecho, el tío presentó una reproducción exacta de la cafetera de tres metros de altura. «Unos días después llegó un tráiler para llevársela, y se vendió en la Bienal de Florida por un dineral.»

En Facebook recibo el mensaje de un conocido: «¡Eh, tío, tu novela me ha encantado!» ¿Cómo? ¿Que te ha encantado? Dos años de trabajo, 3.000 horas de escritura, ¿y a ti todo lo que te provoca es un «tu novela me ha encantado»? ¿Nada más? ¿Ninguna opinión un poco más elaborada? No te pido que me escribas 600.000 caracteres de vuelta, pero al menos cuatro líneas, algo que supere un triste me gusta en Facebook, el tuit pelota o las tres estrellitas de Goodreads, por favor.

La primera novela en cifras:

Meses invertidos: 16
Dedicación diaria: 7 horas de media, con máximos de 12 horas y muchos mínimos de 0
Páginas: 354 (por lo menos 90 son paja)
Dinero conseguido: 3.950 euros
Impuestos: 1.050 euros
Salario mensual si viviera sólo de escribir: 246 euros
Entrevistas: 16 (2 buenas, 8 regulares y 6 nefastas)

Periodistas que han escrito mal mi nombre: 5
Mails de amigos que hacía tiempo que no veía: 6
Mails de amigos pidiéndome pasta: 1
Elogios de gente a la que admiro: 8
Insultos: 3
Tuits del consejero de Cultura: 0
Presentaciones: 4
Asistencia máxima: 30 personas (tengo una familia muy grande)
Asistencia mínima: 0 personas (Girona, ¿dónde si no?)
Invitaciones para escribir en revistas y periódicos sin cobrar: 5
Invitaciones para escribir en revistas y periódicos cobrando: 0

Escribir cuesta mucho. Es mucho más cómodo leer, ver lo que han escrito los demás. O, mejor aún, perder el tiempo en las redes sociales, esa regresión voluntaria al estadio en el que nos comunicábamos con interjecciones. Kayle me recomienda un perfil de Twitter para escritores que lleva por título NULLA DIES SINE LINEA. Dice que está muy bien, recoge máximas de escritores conocidos, algunos consejos sobre cómo construir una novela, en definitiva, las estrategias que siguen los escritores de verdad. Éste es el consejo de hoy:

Si estoy días sin escribir no me preocupo.
Sé que mi subconsciente siempre trabaja.
ARTHUR C. CLARKE

No hay manera de escribir nada, mi subconsciente debe de estar ocupado. Decido apagar el ordenador y salir a correr: hacía un par de años que no lo hacía, pero me llevé el uniforme en previsión de algún impulso atlético repentino, los caminos de la escritura son inescrutables. El circuito que me *recomienda* Jim —«¿Salir a correr? ¡No desaproveches tu juventud, chato!»— son sólo cuatro kilómetros, pero para mí ha sido como hacer un ironman por los Alpes. El paisaje está muy bien, no os lo niego, no hay ni un alma. Empiezas por acercarte al Montauk Manor, esa especie de Stratford-upon-Avon situado en mitad de la nada, y luego basta con seguir la carretera y esquivar las ardillitas atropelladas. La ruta habría sido fantástica si no hubiera sido porque a la mitad del circuito me lo he encontrado de cara, clavándome la mirada desde la lejanía: el perro. Estábamos quizá a cien metros uno del otro, pero para él ha sido amor a primera vista. Ha echado a correr hacia mí como un poseso, con la furia con la que corre un defensa para placar al

quarterback, pero yo no soy ningún Gronkowski, a mí me dejará demacrado. Podría decir que, mientras lo veía galopar a cámara lenta, fijándome en cada detalle de los dientes y en cada salpicadura de saliva, se han arrancado las *Valkirias* y me han pasado un montón de fotos por la retina, desde esa en la que estoy en la bañerita y se me ve la pilila hasta aquella en el parque de atracciones en la que lloro porque todo me da miedo. Podría decir que he visto el álbum completo en dos segundos, con el audiocomentario familiar incorporado, pero es mentira, caería en un tópico literario absurdo y gastado, de manera que os lo ahorraré sin ahorrároslo. La verdad siempre es menos épica y más humana: me he quedado paralizado mirando la baba que disparaba con cada salto, y cuando me he dado cuenta el chucho ya estaba a medio camino. Entonces he tenido el clásico momento de pánico, ¿doy media vuelta aunque sepa que me alcanzará, o hago como si tal cosa y sigo adelante? ¿Le planto cara a la vida o salgo por patas? Eso de tener que elegir entre dos muertes igual de absurdas es difícil. He hecho de tripas corazón y he seguido adelante, mientras recordaba eso de que los perros «huelen» el miedo. Otro topicazo: en ese momento me tendría que haber bañado en testosterona, porque lo tenía muy cerca y aún galopaba, diez metros para el impacto. Antes de la colisión, he dedicado el último segundo a lamentar profundamente este hippismo americano de no ponerles vallas a las casas, ¡hacen falta más vallas, hombre, orden y control, cada uno en su casa y dios en la de todos! La cuestión es que ya se me echaba encima cuando, por arte de magia o por obra de san Antonio, la bestia se ha detenido en seco justo a un metro de mí, en la frontera del asfalto. Ha frenado de golpe, como si en los límites de su propiedad hubiera una valla electrificada invisible, una barrera electromagnética que delimitara hasta dónde podía llegar, si das un paso más te autocombustionarás. Eso sí, el animal ladraba con furia a un metro de mi cara, ladraba como nosotros les gritamos a los árbitros, pero al menos yo estaba vivo, podía contarlo. Finalmente he bordeado la finca, con el perro poniéndome verde todo el rato, acompañándome y acordándose de mis muertos desde la barrera.

La cena de hoy será interesante, Albee quiere saber de qué van nuestros proyectos. Mientras hacemos cola para servirnos —langosta, espinacas y jambalaya, hoy con trozos del churrasco que sobró ayer—, le pregunto a Kayle cómo le ha ido el día. «No me puedo quejar, he escrito dos páginas», me dice. No tiene la cortesía

de preguntarme lo mismo y se lo agradezco de todo corazón. Cuando ya estamos sentados, Hank inicia la ronda contando su proyecto, *Ferguson*, la conversación entre dos chicas durante las protestas por la paliza y el asesinato de aquel chico afroamericano, Michael Brown, a manos de la policía. Nos describe el contexto de las protestas antisistema, pero también cuestiones técnicas, estructurales, cómo se lo imagina: lo tiene todo en la cabeza.

—Discúlpeme, querido, pero hay un detalle que no me ha quedado claro. ¿Usted fue o no fue a las manifestaciones? —le pregunta Albee.

—No, pero lo he seguido mucho en la prensa —responde Hank.

—¿Y en el Occupy? ¿Estuvo usted allí? —continúa insistiendo Albee.

—Tampoco.

—Ya veo. Lo que usted cuenta parece interesante, pero qué quiere que le diga, sin pisar el terreno, acabará haciendo el pardillo —dice Albee—. Un escritor no sólo ha de estar documentado, también debe parecerlo. Si necesita información de primera mano, siempre puede hablar con James, que estuvo en Zuccotti Park desde el primer fin de semana. No me dirá que ya ha empezado a escribirla, ¿verdad?

—No, todavía la estoy pensando, no suelo escribir nada hasta el final.

—Lo celebro —responde Albee, y Hank respira aliviado.

Ahora le toca a Melissa, pero no tiene ganas de hablar, pasa de interactuar y para ella estas cenas son un estorbo: todos lo notamos. Con desgana, nos cuenta que empezó con un máster de Bellas Artes en Florida y que se especializó en escritura creativa: le costó un pastón, 60.000 dólares por tres años de carrera, aún los está pagando. Como me cae mal, le cuento que en Europa la universidad es gratuita. Se le encienden los ojos, y por un momento tengo miedo de que salte por encima de la mesa y se me tire al cuello. Por lo que deduzco de lo que cuenta, es experta en ir de granja en granja, llegó a Montauk procedente de una casa de escritores en California y dentro de cuatro semanas se marchará directamente a una colonia en el Upperstate de Nueva York. Empezó escribiendo relatos y ahora se dedica a las novelas, su primer libro va de una pareja que empieza queriéndose mucho y, a medida que avanzan los relatos, las broncas entre ellos son cada vez peores. Este resumen le ha interesado mucho a Albee. No me extraña, ése es su tema. Pero ella no quiere hablar más de ello, asegura que no es autobiográfico y escurre el bulto. Ahí es nada con los cuentos ésos: salieron en Simon

and Schuster y parece que le pagaron una pasta. Luego ha hablado de su segundo libro, su primera novela, *Cuando el corazón dice no*, sobre una pareja de juventud que se reencuentra en la vejez e intentan enamorarse, pero no hay manera. Bueno, sus palabras han sido que «al final se acaban dando cuenta de que no funciona». Como si lo viera, más peleas conyugales, éstas con Indasec. Salió el año pasado, ella cambió de agente —ahora trabaja con Wylie—, y se ha vendido aún mejor, se lo han traducido a no sé cuántos idiomas. Finalmente nos cuenta lo que prepara ahora, la historia de un naufragio. Dice que el Robinson Crusoe de su novela será una mujer de hoy.

—Todos hemos leído el *Robinson* y conocemos el mito de estar solo en el mundo —dice ella—, pero yo investigo su vigencia y las derivadas de género.

—¿A qué se refiere, querida? —pregunta Albee—. No me dirá que nos encontramos ante un «¿qué te llevarías a una isla desierta?» contemporáneo…

—De entrada, me pregunto cuánto tardarían en encontrarnos —arranca Melissa, apartándose el flequillo rubio de la frente—. Construyo la historia en paralelo con la gente que dejamos aquí, cómo es la vida de Alexa, la protagonista, en la isla, y cómo viven la tragedia su familia y su pareja, Frank, un diseñador gráfico superexitoso. En el momento del naufragio habían reñido, y ella se pregunta si él la echa de menos, si aún piensa en ella, si tendrán posibilidades de estar juntos de nuevo.

—Ajá —resopla Albee.

—Habrá muchas sensaciones, muchos sentimientos, en esta novela. Será una especie de historia coral, contada con el efecto Rashomon. —Mateusz y yo nos miramos y decidimos volver a llenar nuestros vasos—. En otro capítulo me interrogo sobre las dependencias. A quién añoraremos y a quién no, si echaremos de menos el móvil o las redes sociales. Y también intento verlo todo desde la perspectiva femenina, ya que me parece que Defoe era muy androcéntrico.

—Supongo que *Lost* te habrá influido mucho —dice Mateusz.

—Quizá sí, pero muy indirectamente —responde ella, que vuelve a tocarse el pelo y ahora sonríe con desgana, evidenciando que esta pregunta ya se la han hecho mil veces—. Empecé a ver la primera temporada de la serie y la dejé para no contaminarme. Pero eso es entretenimiento, yo estoy haciendo un trabajo más profundo.

—¿Y lo tiene muy adelantado? —pregunta Albee.

—No tanto como me gustaría. Pero por eso he venido aquí, para

poder trabajar tranquila y aprovechar todas las horas del día. —Y, seguidamente, fuerza aún más la mueca para dedicarnos su sonrisa más falsa—. Y ahora, si me disculpan, me voy a trabajar un rato más.

Cuando Mateusz toma la palabra, ya se ha trincado una botella él solo. Nos cuenta de dónde le viene lo de escribir poesía, de dónde le nace la vocación. Su madre era bibliotecaria, y dice que, cuando era pequeño, al salir de clase se aburría esperándola en el trabajo, así que empezó a leer traducciones de ingleses y americanos. «Whitman, pero también Milton o Browning y los Beats. O sea que, al contrario que todo el mundo, yo empecé descubriendo la poesía narrativa, que contaba una historia, y luego llegué a la forma, al simbolismo y a las metáforas.» Nos describe su irrupción en el mundo poético de Cracovia, cuando se llevó, con veinte años, los tres premios más importantes del país empleando seudónimos distintos. Mientras charla se va sirviendo Postales, se enrolla mucho, pero su historia es apasionante, y cuando adopta el rol de showman es imbatible. Es la prueba viviente de que los escritores necesitan un poco de aceite en el motor para soltarse. De natural es un tío más bien callado, pero cuando se pone es un gran orador: modula la voz, hace pausas dramáticas… Supongo que Albee no lo corta por eso. Finalmente, nos cuenta que en los últimos años se ha dedicado a montar festivales. «Es la única manera de vivir de esto y de ver mundo a la vez: cuando invitas a poetas internacionales, sabes que antes o después ellos te invitarán a ti.» Cuando da por terminado el discurso, Albee le hace notar que el soliloquio ha estado muy bien, pero que todavía no ha explicado qué narices está escribiendo en Montauk. Entonces nos revela que está aprovechando la estancia para terminar una serie de poemas sobre su vida sexual.

—Se trata de una reconstrucción de mis relaciones con las diferentes mujeres de mi vida. Una especie de autobiografía sexual en verso. La idea es que acabe saliendo un libro entero.

—Ése no es el proyecto con el que se presentó —dice Albee, sorprendido.

—Es que la antología de cartas falsas desde Auschwitz la terminé antes de venir. Y ahora estoy con esto —dice Mateusz, sosteniéndole la mirada. Albee se la sostiene hasta que suspira con resignación.

—Sepan que recibo cientos de solicitudes al año, y que me esfuerzo por escoger los proyectos más singulares, pero siempre,

siempre, invariablemente hay alguien como usted, alguien que me la pega —dice Albee mientras nos mira a todos—. En fin… Como mínimo, podría decirme qué estructura sigue. ¿Qué hace? ¿Un poema para cada aventura?

—Exactamente, un poema por polvo, es la única norma —confirma Mateusz—. Y titulo el poema con el nombre de la chica.

—A mí con tres poemas me bastaría —le digo mientras vuelvo a llenar nuestras copas.

—¡Entonces sería más bien una plaqueta! —se ríe mientras brinda conmigo.

—Lo que escribe no debe de ser alegórico, por lo que creo entender… —añade Albee, retomando el timón de la conversación.

—Es explícito, muuuuy explícito —responde el polaco.

—Ufff —replica Albee—. ¿Y esto todavía les gusta allí en Polonia? ¿No les parece ya muy pasado?

—Huy, no —responde Mateusz—, tendría que ver cómo se llenan los recitales.

—Permítame una recomendación: relea a Whitman. Ya me ha dicho que lo conoce bien.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, el viejo Walt y yo —dice el polaco.

—Pues repáselo de nuevo. Su aproximación al sexo era optimista y moderna, le puede servir para afrontar el proyecto con una mirada limpia, y alejarlo de la tentación de convertirse en el Bukowski de la Alta Silesia…

Esta noche estoy de suerte, la vida y los milagros de san Mateusz me han salvado. Albee dice que tiene sueño, y quedamos en que Kayle y yo les contaremos nuestros proyectos mañana. Me acabo el resto de Fin del Mundo de un solo trago mientras pienso en qué coño le voy a decir a esta buena gente.

Esta noche ha sido un momento importante, no me lo pasaba tan bien desde mi primera visita a la Tate Modern. Mira que había oído hablar de ello, mira que había leído cosas por internet, pero verlo en directo ha sido una experiencia deslumbrante. La capilla Rothko, la cúpula de Ginebra, el vestíbulo del Orsay. Imagináoslo, la Gran Galería del Louvre en medio de Montauk, con todas las obras maestras de América alineadas una junto a otra, mirándome. Debo de haber sacado unas mil fotos, no faltaba ni una, de todas las medidas y todos los colores, chillonas o clasiconas, antiguas o nuevas. Es cierto que el pop art y sus iconos siempre me han gustado, pero no esperaba hiperventilar tanto. Todos los símbolos

de un país y de su gente, de sus sueños y de sus anhelos, al alcance de la mano y del bolsillo, las cajas Brillo y las sopas Campbell y el resto de las hermanas y primas alineadas en pasillos y pasillos interminables, dispuestas pacientemente en estantes y estantes de jabones y refrescos y sopas instantáneas, de cervezas y bambas y pollos ultracongelados, y así hasta acumular 150.000 productos en una sola nave industrial, la esencia completa de América bajo el mismo techo.

No, la verdad es que de entrada no tenía ningún tipo de interés en visitar el Walmart, el McDonald'sAppleAmazon de los centros comerciales, la cadena de supermercados que ha barrido al resto de las cadenas de supermercados del país que inventó las cadenas de supermercados, pero hace tantos días que Kayle y Mateusz insistían en ir que finalmente he cedido, y nos hemos acercado hasta allí después de pasar por el Tiburón. «¡Es el Yankee Stadium del consumismo!», me decía ella. «¡Es el gulag de la comida preparada!», juraba él. Yo no alcanzaba a entender la obsesión que tenían ambos por ir allí a las tantas de la noche, por perder unas gloriosas horas de sueño para visitar una tienda vacía. He protestado un poco, pero Kayle ha empezado con el rollo de que si no salgo nunca no viviré experiencias, de que los escritores buenos de verdad son los vivenciales… Finalmente, me he dejado arrastrar y a los treinta segundos de entrar en el Walmart ya estaba entusiasmado. El pasillo central, por ejemplo, es una gran avenida destinada a destacar un solo producto cada vez, como una pasarela de moda con juegos de luces y todo. Y el tamaño importa: todos hemos visitado supermercados, pero ver esculturas de cuatro metros de altura acumulando pisos y pisos de packs de bebidas, 12.000 latas de golpe, un millón y medio de calorías apiladas en cuatro metros cuadrados, me ha costado de asimilar. Y después de la escultura carbonatada, un altar dedicado a las chocolatinas, y luego un tótem de homenaje a los Doritos con una especie de fuente de Mountain Dew manando a perpetuidad… En un solo pasillo de la fama, todas las grasas saturadas que han conquistado el mundo.

Cuando he vuelto en mí, ya no he visto a ninguno de mis colegas, se han ido todos a su aire para explorar esos pasillos vacíos de gente y llenos de objetos, todos y cada uno de los cuales innecesariamente imprescindibles. Warhol ya lo intuyó y al final el tiempo le ha dado la razón: sus latas de sopa no eran sólo diseños interesantes que simbolizaban una época; eran iconos del grado de civilización al que se había llegado, y probablemente su cumbre. Cuando nos extingamos, perdurará el rojo indestructible de la lata

de Coca-Cola al lado de las pirámides de Egipto y de las pinturas de Lascaux.

Diez pasillos más tarde, me distraigo en la sección de farmacia, embobado con los condones anglosajones e intentando decidirme entre unos Trojan, unos Sir Richard's y unos Billy Boy, soñando que el nombre haga la cosa, cuando oigo un meeeec-mec de claxon detrás de mí..

—¿Qué, Messi, te apuntas?

Mateusz y Kayle están subidos a dos sillas de ruedas eléctricas, unas motoretas con un cesto incorporado en la parte frontal.

—Son para los clientes —dice el polaco—. En la entrada hay dos o tres más que están libres y con la batería cargada.

Obviamente, me he apuntado, fascinado por la simplicidad de las marchas automáticas, otra cumbre de la civilización americana. A partir de ahí nos hemos pasado la noche motorizados, haciendo el fittipaldi por los pasillos. ¿Quién quiere arrastrarse pudiendo volar entre los anaqueles? ¡Aquí andar es de perdedores! Eso sí, suerte que hemos ido de noche, cuando el riesgo de atropellar a alguien baja en picado. Probando la marcha atrás, he derribado un par de expositores, menos mal que Kayle estaba cerca y me ha ayudado a apilar los trescientos Dodotis. Hacia las dos de la mañana nos damos cuenta de que no vemos a Mateusz por ninguna parte. Lo llamamos, está en el aparcamiento, en pleno resopón. Salimos a buscarlo y nos lo encontramos vaciando cervezas y atiborrándose de beef jerky, unas lonchas de buey deshidratado que al parecer inventaron los indios quechuas.

—¿Qué, ya le estás dando?

—¡Tanta marca de cerveza me ha dado sed! Lástima que no las vendan de una en una, así que me he tenido que llevar el pack de doce. Si queréis una, no tenéis más que decirlo.

—¡Bravo, Mateusz, eres el Bukowski de Silesia! —dice Kayle. Yo me sirvo, ella pasa y vuelve adentro. El polaco me acerca el jerky y también lo pruebo, pero no tengo el valor de tragármelo.

—¿Qué porquería es ésta, tío? —le digo mientras escupo—. ¡Asqueroso es poco!

—No hay para tanto —contesta él—. Es un poco fuerte, pero acompaña bien al alcohol y da sed. Mira, Messi, para ser un Bukowski tienes que entrenarte. O sea que nada de comer verduras y arroces integrales. Le tienes que dar caña al cuerpo desde ahora mismo, comer picantes, abusar de las especias y privar a diario. Es el método Hemingway: tienes que pasarte todos los días, que, si no,

el cuerpo se malacostumbra, se vuelve débil y luego es incapaz de aguantar nada. Al final no podréis hacer ni una triste barbacoa sin acabar con dolor de estómago…

—Creo que paso —le digo—. Nunca he querido ser un Bukowski.

Mateusz me mira, traga el beef jerky que tenía en la boca y se pone a mear en las ruedas del monovolumen.

—Pues el viejo ya puede decir misa, que a mí Bukowski siempre me ha parecido cojonudo —dice mientras va haciendo dibujos con los regueros de la meada.

—Hombre, cuando tienes dieciséis años, pues vale —puntualizo yo.

—Cuando tienes dieciséis años y ahora —dice sacudiéndosela—. Que sí, que de acuerdo, que los niñitos de dieciséis años que lo idolatran han hecho mucho daño, pero en esencia me sigue pareciendo válido. Si lo miras bien, más allá del enfant terrible, del provocador de los cuatro biempensantes, decía las cosas por su nombre: que el trabajo nos aliena, que el alcohol nos libera, que todas las tías están locas… Y eso es lo que nos hace falta en este mundo.

Mientras acaba de abrocharse, doy el último trago. Me hace el gesto de pasarme otra, pero le digo que no, que por hoy ya tengo bastante.

—No sé en Polonia —le digo—, pero en Barcelona Bukowski nos gusta cuando somos jóvenes porque sacamos el Peter Pan que llevamos dentro. Nos fascina su vida de bares y de cervezas y de hostiarse con el primero que pasa, y que después corra a escribirlo en un poema. Y nos imaginamos a nosotros mismos salvajes y libres, diciendo todo lo que se nos pase por la cabeza, viviendo al límite y escribiéndolo. Pero pruébalo, chaval —y aquí, finalmente, cedo y cojo otra cerveza—, prueba a ir borracho todos los días, intenta mamar al límite todas las noches. Inténtalo y mañana me lo cuentas. Prueba a ir a bares de borrachos y a buscar pelea, que al cabo de dos días te darás cuenta de que eso no es para ti.

—No tienes ni idea —dice Mateusz.

—La inteligencia es eso, precisamente —continúo yo—, saber aprovechar la literatura. Leerlo, hacer el crápula con él un rato y dejar que se parta la cara solito.

Última incursión antes de marcharnos. Tengo hambre, me acerco al Dunkin' Donuts del Walmart y cojo el azul con forma de monstruo de las galletas. No me lo acabo. Empiezo mi vuelta

motorizada, me encuentro a Mateusz en la sección de armamento, intenta convencer a la encargada de que le abra el armario de los arcos y las flechas. Dice que hace años que caza ciervos con un arco recurvado en los bosques de Polonia. Estoy metido en una novela de Stephen King. Me largo pitando, y unos pasillos más allá me quedo fascinado por el retablo de la caja registradora. Una clienta de 150 kilos, con un marido de 150 kilos, es despachada por una cajera de 150 kilos. Mantienen una conversación cotidiana, banal, ajenos a la conjunción cósmica de un encuentro que provocaría sobrepeso en cualquier ascensor. Ahora estoy metido en una película de David Lynch.

De vuelta en el coche, compartimos nuestros respectivos hallazgos. Mateusz ha comprado mahonesa de beef jerky y chicles de beef jerky, Kayle se ha llevado media tienda de ropa, y yo les enseño las chorradas que he encontrado entre los saldos: una gorra JESUS LOVES ME, unos panqueques, un saco de chocolatinas de calabaza a punto de caducar —del Halloween pasado—, un casco de bicicleta con un cuerno de unicornio en la frente y un bote de colonia Andy Warhol Montauk.

—¿La colonia es para ti? —me pregunta Mateusz.

—No, para Emma. Se la llevaré como recuerdo.

—¡Oh, qué dulce! —dice Kayle—. ¡Eres mi persona preferida del mundo!

—Ah, claro, se la llevarás como recuerdo —responde el polaco —. Para que recuerde un lugar donde no ha estado nunca.

6

Siempre he sido un gran aficionado a las revistas de decoración. Me encanta embelesarme con la finca del marqués de vete-a-saber-dónde, o con el ático del especulador bursátil de moda que, además de joder el planeta y hundirnos a todos en la miseria, todavía ha tenido tiempo de decorarse el pisazo con mariposas de Damien Hirst, caniches de Jeff Koons o el cuadro de Jed Martin que los retrataba a ambos. Para mí, zambullirme en una de esas revistas es pura literatura visual, es imaginarme un mundo de cocinas limpias y de camas inmaculadas, donde los días siempre son soleados y nadie se deja nunca unos calzoncillos sucios por el suelo. Por eso, entrar en el principal del Ensanche donde Bela Morini tiene su agencia me ha provocado una sensación similar; de repente me he zambullido en un mundo de mosaicos hidráulicos, lámparas de diseño y molduras en el techo y en las paredes. Ya sólo espero un mayordomo discreto que me acerque una bandeja con una copa de Dom Pérignon, o mejor que sea una mayordoma prominente y equívoca que se vierta el champán por la pechera, sin querer. Pero no hay bandeja ni champán, volvamos a la realidad, que esto es una casa muy seria, un laboratorio de hacer dinero. Me recibe una muchacha, Greta, que me pregunta si quiero un café. No bien respondo, una segunda muchacha se levanta y corre a preparármelo, con una simpatía extrema, mientras Greta me muestra el palacete.

—Esta habitación nos encanta, es un híbrido entre biblioteca y cuarto para invitados. Los extranjeros que representamos pueden dormir aquí cuando vienen a Barcelona. Es sencillo, un sofá cama de los cómodos y un pequeño lavabo con ducha…, pero monísimo, ¿no? Hoy ha dormido aquí un editor portugués, y cuando se marchaba nos ha dado las gracias diciendo que había dormido en *o melhor hotel literário do mundo*!

—¿Y estos libros son de los escritores a los que representáis? — Estoy alucinando, hay miles de libros, con centenares de ejemplares iguales de cada autor.

—Intentamos tener unos veinte ejemplares de cada título que sacamos, en todas las lenguas a las que conseguimos traducirlo. Mira este rincón, por ejemplo. Estos tres estantes son los libros de tu amigo Jordi.

Allí están todas las traducciones, desde *Lost Luggage* (Atria Books, 2013) hasta *Bagages perdus* (JC Lattès, 2013) o *Valigie Smarrite* (Mondadori, 2012), ahora mismo no me acuerdo de más títulos, porque el cerebro se me ha recalentado y he tenido que reiniciarlo. Se me comen los nervios e intento librarme de Greta con una finta poco elegante.

—Ya sé que es un abuso, pero ¿verdad que podría utilizar este fantástico lavabo antes de empezar?

—Claro, claro, estás en tu casa —me dice improvisando una sonrisa de circunstancias—. Bela te espera en su despacho.

Corro el pestillo de manera maquinal, me desabrocho la bragueta como puedo, y mientras descargo, nervioso, me veo en el espejo, sudado y tembloroso. Tranquilo, joder, tranquilo, sobre todo que no se te note la excitación, hoy no la cagues, que estas chicas pueden catapultarte, te pueden encender la mecha, pueden hacer despegar tu carrera literaria y colocarte en órbita, no la cagues ahora con un comentario estúpido o mirándoles demasiado el escote. En ese momento me percato de que de tanto temblar me ha dado un calambre en la pierna, me tiembla la pierna derecha, me tiembla la mano derecha y estoy salpicando toda la taza.

—Le dejo el café en la galería, ¿de acuerdo? —me dice la chica de recepción desde fuera—. ¡Corto y con mucha cafeína, tal como me lo ha pedido!

La joya de la corona de este paraíso del diseño es la galería interior en la que está el despacho de Bela, una suite con ventanales tan grande como mi piso de Providència, con libros, obviamente, pero también con un sofá Hoffmann, un cactus gigante, fotografías de artista en las paredes, el taxi newyorker con el que acabo de tropezarme y una infinidad de detallitos que, si tuviera que describirlos, convertirían esta novela en el catálogo de Colette. Y ella, claro está, por fin la veo, la famosa Bela Morini, la superagente literaria, glamurosa y sofisticada, la viva imagen de la eficiencia y del misterio, que le está explicando algo a Greta.

—Pues ayer Pisón estuvo encantador. Una de esas cenas inolvidables, él tenía muchas ganas de contar anécdotas… Terminamos tarde, pero fue fabuloso.

—¿Y ya has quedado hoy con Trueba?

—Pues todavía no, ¿puedes arreglarlo tú? A las ocho y media

estaré a punto… ¿Lo llevamos donde siempre?

—Perfecto, llamo y les pido el reservado. A primera hora hemos comprado los billetes para Frankfurt, luego ya te pondré al día con la agenda que tenemos hasta ahora. ¡Ah, y ayer Enrique nos mandó su segunda novela! ¡Una semana antes de lo que esperábamos!

—¿Y has tenido tiempo de leerla? —pregunta Bela.

—No, me la reservo para el sábado…, me pasaré el fin de semana con él, je, je, je. A ver si el lunes puedo decirte lo que me parece.

No sé si todo esto es coreografía o improvisación, pero en realidad me tranquiliza muy poco. Retorna el tic nervioso de mi pierna, así que me amorro al café con mucha cafeína que me ha servido la asistenta para intentar serenarme. Hasta que, de repente, la superagente me mira.

—¡Aquí tenemos al escritor! —me dice Bela, disculpando a Greta y sentándose en la butaca presidencial—. Perdona, estábamos aprovechando para despachar cuatro cosillas… Por fin nos conocemos, ¿eh? ¿Cómo te han tratado mis brujas?

—¿Brujas?

—¿No lo sabías? En el mundo literario nos llaman las brujas. Aún no sé si es en plan simpático o con cinismo…

—Quizá les asusta que no haya ni un hombre en tu equipo… —le digo.

—¡Qué dices, pero si el mundo de las agencias es todo así! En el negocio prácticamente no ha habido ningún hombre. La Balcells, la Kerrigan, la Pontas, nosotras…

—¿Y eso por qué? ¿Qué hace que sea un oficio de mujeres?

—Yo diría que es por la psicología. Hace mucha falta, saber ser implacable a la hora de negociar con editores, y a la vez tener mucho tacto y paciencia con los autores.

—Les hacemos un poco de madres —dice Greta, que nos mira con un montón de papeles en las manos.

—Exactamente —remata Bela, que le dedica una mirada «¿no tienes trabajo?» de reacción inmediata—. Entonces, ¿qué, manos a la obra?

Me siento frente a Bela y no puedo dejar de fijarme en un par de jarrones orientales que presiden la mesa, entre los bolígrafos. A primera vista parecen dos teteras, pero también podrían ser urnas funerarias con las cenizas de sus últimos autores fracasados.

—Tal como te dije por mail, leí tu novela en el reader, mientras volvía de Nueva York…

—¿Lees en digital?

—Sí, aquí todo lo hacemos digital. Si tuviéramos que imprimir todos los originales que nos llegan, gastaríamos montañas de papel, y ya hace tiempo que decidimos hacerle un favor al planeta. Como te decía, tu novela me gustó bastante, debo decirte que este tipo de libros acostumbran a autoagotarse, a debilitarse, y tú conseguiste que el ritmo se mantuviera hasta el final. O, bueno, prácticamente hasta el final.

—Sí, al final me enrollo demasiado, me lo ha dicho mucha gente.

—No, pero de verdad, me sorprendió que aguantaras. Lo que haces es interesante pero exigente, y saliste adelante. O sea que de entrada tengo que felicitarte. También has tenido bastante prensa, ¿no?

—Sí, no puedo quejarme. Supongo que por el aura que arrastra el torero, que le picaba la curiosidad a mucha gente. Está claro que mucha gente también me ha dicho que no la han leído por la manía que le tienen. La Cataluña antitaurina, ya sabes de qué va. Supongo que, entre el título con su nombre y lo de ser una voz nueva, a los periodistas les ha gustado.

—Puede que sí, las voces nuevas siempre tenéis un gancho especial. Pero venga, vamos al grano: ¿cuántos ejemplares has vendido?

—Pues no lo sé exactamente, ya hemos tirado la segunda edición… No lo sé, ¿unos 10.000? O quizá más bien 5.000. Vaya, más de 3.000 seguro que sí. En la editorial me dicen que no lo puedo saber hasta fin de año…

—¿Hasta fin de año? ¿Qué dices, hombre? ¿No tienes acceso a la base de datos? Mira esto —me dice mientras se vuelve hacia el ordenador—, aquí puedes ver las ventas en tiempo real, los datos de la distribuidora, ¡hasta los que se han quedado en la Documenta! Todos trabajamos con este sistema. A ver, la F… Ostras, ¿no serás tú este que ha vendido tanto? ¡100.000 ejemplares! Ah, no, Follett. Tú debes de ser este de aquí, 10.000… Tampoco, Forsyth. ¿Aún se venden los libros de este señor? ¡Creía que estaba muerto y enterrado! —Se zambulle un poco más en la pantalla—. ¡Ahora sí, este de aquí eres tú! ¡645 ejemplares vendidos!

—¿Sólo 645? —digo con un hilo de voz—, no puede ser, tiene que haber un error… —Me tiemblan las piernas y noto que vuelvo a necesitar un lavabo con urgencia.

—Te habrán dicho los que han impreso, o los que están colocados, los que han enviado a la distribuidora y ahora deben de estar en el almacén. ¡O quién sabe si ya los han devuelto y están a

punto de pasar por la trituradora! —De repente, la cara de semidiosa fascinante de Bela se ha teñido con una sombra extraña, terrorífica. ¿Me lo parece a mí o ha saboreado cada sílaba de la palabra tri-tu-ra-do-ra?

—Vaya. ¿Y esos 700 ejemplares vendidos son muchos o pocos?

—¿Los 645? —¡Ha vuelto a hacerlo! ¡Ha paladeado la cifra hasta la última sílaba!—. Pues depende de para qué. Para tener contenta a tu mamaíta, 600 ejemplares está bastante bien, ¿no? Pero para vivir de esto es una cifra de miseria, tesoro.

—¿Y si no miramos tanto las ventas? Es literatura catalana, ya sabes cómo va la cosa… ¿Te parece que habría alguna posibilidad de traducirla?

—Hombre, la cifra de ventas es lo primero que me preguntan los editores extranjeros, y como mínimo habría que añadirle un cero. Con 6.500 libros colocados podríamos empezar a hablar del tema. Pero, tranquilo, en estos casos la segunda novela es la que marca la diferencia, y si funciona siempre quedará la posibilidad de traducir los textos anteriores.

—O sea que por el momento no hay posibilidad de traducirla.

—Me temo que no, pero piensa que la literatura es una carrera de fondo. Nosotros representamos a autores consolidados, pero si quieres podríamos ayudarte a que te consolidaras. Venga, di, cuéntame de qué va esa segunda novela que preparas…

7

Al día siguiente me levanto tarde, después de la alarma de las 9.15, «Venga, chaval, levántate pronto y aprovecha la mañana»; la de las 10.15, «¡Venga, pichabrava, que hace un sol de película!», y la de las 11.15, «La granja está ardiendo». Me estaba descongelando uno de los panqueques de la tía Jemima —comprados ayer en el Walmart: Aunt Jemima Frozen Buttermilk Pancakes, dos dólares la docena—, cuando ha entrado Jim con aire jovial y con cinco bolsas de plástico compostable: la compra del día.

—¿Qué? ¿Cómo fue vuestra pequeña excursión?

—¿Ya te lo han dicho?

—Me lo ha contado Kayle a primera hora. ¡Manda huevos, tronco!

—¿Qué pasa?

—Mira que en Montauk hay sitios para ver.

—Hombre, a mí me flipó bastante, no me esperaba algo tan mastodóntico.

—¿Y la gente qué? También mastodónticos, ¿no?

—Hombre, pues ahora que lo dices, ¡unos cuantos!

—¿En el Walmart? ¡Pero si aquello es el Woodstock de los obesos! Kayle me ha contado que pillasteis unas sillitas eléctricas, ¿no? Son para que los mórbidos puedan comprar hasta reventar. Si les haces comprar de pie, corres el riesgo de que se cansen y entiendan que toca perder peso; Walmart se lo ahorra.

—¿De dónde sacas lo de que son para obesos? Nosotros las cogimos y nadie nos dijo nada.

—Ésta es la otra: nunca van a decir que son «sillas para gente gorda», porque no quieren ofender a su gallina de los huevos de oro. Dirán que son sillas «para quien las pueda necesitar». Eufemismos, chato, eufemismos para no excluir y no señalar, bienvenido al país de lo políticamente correcto. Aquí cualquiera que tenga dos dedos de frente sabe que los carritos eléctricos son para los gordinflas. Cualquiera menos los europeos, que siempre vais con el puto lirio en la mano. ¡A mí no me verás nunca en el Walmart,

jamás! No lo tenían fácil, pero han concentrado todo lo que me irrita en un solo espacio. Ya lo irás viendo, todo el país está plagado de esta mierda de hipocresía que le quita los duros a todo el mundo sin tocarle los huevos a nadie. La mandanga de los packs de comida, por ejemplo.

—Las promociones.

—Sí, las calabacillas de chocolate que te dejaste aquí: hazme el favor de esconderlas o me las acabaré papeando yo. Antes podías comprar sólo una, o quince, pero ahora tienes que quedarte ciento cincuenta calabazas. En esa casa de locos todo funciona así. No puedes comprar un solo helado, tienes que llevarte una docena. ¿Y cómo crees tú que se llaman estas promociones, chato?

—No lo sé, ¿«talla gigante»?

—Respuesta incorrecta. Fíjate bien, en el Walmart, cuando compras un pack de veinticuatro colas, estás comprando el «tamaño familiar»; cuando compras treinta bolsas de patatas te estás quedando el «pack de fiesta». Pero ni familia ni fiesta ni hostias, el 99 % de las veces se lo tragará uno de esos hipopótamos completamente solo, montándose la fiesta en solitario. Pero si les llaman Party Pack o Family Size no les corroe la culpa.

—Tienes razón, todo es a escala industrial.

—Por eso no verás nunca un Walmart en las grandes ciudades. No es solamente que a los de Nueva York les parezca un súper para palurdos, es que nadie compraría un kétchup de cuatro kilos porque en los apartamentos de Manhattan no sabrías dónde meterlo.

—Me cuesta creer que no hagáis nada al respecto… En Europa, la obesidad es un problema de salud pública, porque cuando alguien queda incapacitado acabamos pagándolo entre todos.

—¡Quita, quita, qué coño dices! ¿Estás hablando de socialismo? —Y se carcajea solo—. Por mí ya estaría bien, pero esto no es Europa, chato, esto está más podrido, aquí somos más borregos.

—Si tú lo dices…

—Aquí el beneficio lo mueve todo. Y para «maximizar el beneficio», como dicen en Wall Street, sólo se puede hacer una cosa: reventar los precios. Y los supermercados se llenan de gente pobre comprando malos alimentos.

—Tampoco es culpa suya.

—De eso me quejo, ellos sólo son víctimas de este engaño. Pero tú no te preocupes, te juro que en esta casa todo lo que comeréis, beberéis y fumaréis será ecológico, aunque tenga que hacer cien kilómetros para conseguirlo.

—Hombre, en el Walmart tienen una sección ecológica, lo vi

ayer —le digo.

—Los muy putas se han fijado en que también pueden hacer pasta con eso. Pero ¿te has preguntado cómo coño conseguirán producir algo ecológico más barato que los demás? Un pollo de súper se manda al matadero al cabo de cuatro semanas, pero los ecológicos tardan como mínimo tres meses en estirar la pata. ¿Cómo coño se lo montarán para que les salgan los números?

—No lo sé, pero tú me lo vas a decir —le digo.

—Harán lo que han hecho siempre, irán a los reguladores y harán lobby para aguar y rebajar las leyes, y acabarán haciendo que la etiqueta ecológica sirva para limpiarse el culo. En fin, que hacen lo que les sale de los huevos, no hay remedio. Bueno, sí, podemos hacer gasto en los pocos granjeros que todavía quedan, y resignarnos mientras contemplamos el derrumbamiento. —Ha terminado de ordenar la compra y empieza a liarse un porrito.

—La farmacia dentro del súper, eso sí que me flipó.

—Un clásico, a todos los europeos os flipa. Y eso, chato, también promueve la obesidad.

—Y una mierda.

—Pues claro. Porque te automedicas, y te ahorras la visita al médico y que te cante las cuarenta. Y vas comprando. ¿Viste las pastillas para el ardor de estómago?

—Pues no, no me fijé.

—Han convertido los calmantes estomacales en caramelos con sabor a fresa. Así no parece que te tomes un medicamento, no vaya a ser que reflexiones y tomes alguna decisión. Ahora te tragas un caramelito rosa después de cada comida y listos.

De vuelta en mi cuarto, investigo esta conspiración adiposa que tanto alarma a Jim. Primero era escéptico con su paranoia, pero a medida que navego no paro de encontrar evidencias hipercalóricas por todas partes. Doy con un estudio de la Universidad de Carolina del Norte que dice que cada vez que se instala un SuperCenter Walmart la obesidad se incrementa en esa zona en un 2,3 %. Pero el problema no es solamente de Walmart, es de toda la sociedad. Más de 150 millones de americanos o bien son obesos o bien tienen sobrepeso, y en sólo una década, entre 1990 y 2000, el peso medio de los americanos aumentó casi cinco kilos. Actualmente, los Estados Unidos son la primera potencia planetaria en baloncesto, béisbol e índice de masa corporal, sólo superados por los países de la Micronesia o por las barrigas de los emires de Kuwait.

Entre los causantes de esta «epidemia mundial» —la

denominación no es mía ni de Jim, sino de la OMS, el enemigo público número uno de los fabricantes de embutidos— se encuentran Walmart y las consecuencias del «siempre precios bajos», pero para ser justos también habría que señalar el fast-food, la aportación americana más relevante a la gastronomía mundial desde la patata. En los últimos treinta años, los locales en que atiborrarse de Big Macs y Big Kings y las franquicias para tomarse una Pecado Carnal, unos Tacos Locos o unas Gorditas Cheesy Crunch se han triplicado, y, por contra, cada vez tienes que recorrer más kilómetros para encontrar un restaurante donde te preparen unas verduritas al vapor y un pescado a la plancha. El régimen del fast-food alimenta diariamente a uno de cada cuatro americanos, y las multinacionales lo tienen claro, este Reich debe durar mil años. Para mantenerse a perpetuidad, hace años que las grandes cadenas trabajan con un objetivo publicitario único: los niños. Críos que no saben ni hablar ya son capaces de identificar al payaso de McDonald's. «Dejad que los niños se acerquen a mí» podría ser el lema de la empresa, un mantra empresarial que todavía sigue recitándose. En el documental *Super Size Me* —seguro que todos lo habéis visto, estuvo nominado a los Oscar—, el tragabigmacs Morgan Spurlock visita un colegio, y Ronald McDonald es más conocido entre los chiquillos que Jesucristo, ocupando el segundo lugar en el ranking mental de los niños, sólo superado por Papá Noel. No está nada mal, sobre todo viendo que le ha copiado la táctica de regalarles juguetes a los niños. Dicen que cuando aciertan con muñequitos muy buscados, como las princesas de *Frozen* o los *Cars* de Pixar, las ventas pueden pasar de diez a cien millones de Happy Meals en una semana. Pero con los pequeñajos no les basta, y el asedio a los chiquillos se extiende, como una custodia compartida, durante toda la escolarización: el fast-food ya ha entrado en colegios, institutos y campus, y Subway, Taco Bell o Pizza Hut se han instalado en los comedores. Si tienes quince años y puedes elegir, ¿por qué te decantas?, ¿por un plato de judías verdes con patatas o por pizzas, tacos y hamburguesas? Eric Schlosser, autor de *Fast Food Nation* (Houghton Mifflin, 2001), explicaba que la última tendencia para abducir a los jóvenes era invertir en material escolar. Entre las pioneras se cuenta la petrolera Exxon, que facilitaba gratuitamente libros de texto a los chicos en los que se aseguraba que los combustibles fósiles eran la energía del futuro. Si se sigue por ahí, pronto veremos ejercicios de matemáticas en los que las peras y las manzanas de los cálculos se habrán transmutado en hamburguesas Big Kahuna y Royale with Cheese.

Que la expansión del fast-food vaya vinculada al crecimiento de la obesidad no es casualidad: hoy en día, más de la mitad del gasto en alimentos de una familia americana se hace fuera de casa, y desde el primer McDonald's el tamaño de las hamburguesas no ha dejado de multiplicarse. «Nadie quería comprar dos hamburguesas para no parecer un tragón; por lo tanto, inventaron una que era mayor», resumía Spurlock. Después del Whopper llegó la doble con queso, después de los tres pisos llegaron los dos por uno. Y con las patatas y las bebidas lo mismo: desde el primer vaso de un McDonald's, que contenía 0,20 litros de bebida en 1955, el tamaño de los refrescos se ha multiplicado exponencialmente. En 1980, la empresa 7 Eleven inventa el Big Gulp, el vaso de litro, y los tamaños crecen y crecen hasta que en 2006 llega el Team Gulp, también de 7 Eleven, un barreño de récord Guinness para remojar los pies en cuatro litros de refresco. Como curiosidad, con la compra del vaso más grande de KFC —el cubo Mega Jug, de casi dos litros (ochocientas calorías y cincuenta y seis cucharadas de azúcar incorporadas)—, la empresa daba un dólar para combatir la diabetes de los niños. Es una táctica espléndida, un dólar contra la diabetes infantil con cada dosis de diabetes infantil.

Medio mundo enfermo por comer demasiado y el otro medio enfermo por comer poco. Como el hambre, la obesidad es una plaga mundial que también mata, y en Europa no nos quedamos cortos: en la implantación masiva de la obesidad quizá vamos un poco a rebufo, pero la proliferación de multinacionales de comida basura ya es nuestro pan de cada día. El periodista Rafa Panadero contaba que, cuando se estrenó *Super Size Me* en España, las presiones de McDonald's fueron tan fuertes que, aunque no se consiguió prohibir su estreno —se habría considerado censura, un ataque a la libertad de expresión—, bloquearon su publicidad. Haciendo lobby a través de la aparentemente inocua Asociación para la Autorregulación de la Comunicación Comercial —una entidad formada por los mismos anunciantes—, se recomendó a las televisiones que no hicieran publicidad del documental, ya que el film «generaba desprecio hacia una marca». Y todas las cadenas se apuntaron, no fuera a ser que ofendieran a uno de sus principales anunciantes. A raíz de la película, las empresas de comida rápida impulsaron algunos cambios para limpiar su imagen, pero no pasaron de la cosmética: McDonald's dejó atrás los menús «gigantes» —ahora son sólo «grandes»— e inició una campaña en la que decía que «no existen los alimentos buenos y los alimentos malos». Para reforzarlo, popularizaron una retahíla de ensaladas como alternativa sana a la

hamburguesa, pero que con los azúcares que llevan en las salsas y las grasas que incorpora la carne —porque ahora resulta que una ensalada ha de llevar pollo incorporado—, ya igualaban las calorías del Big Mac.

Como fenómeno de masas, era necesario que Walmart entrara en la cultura popular, y esta vez no han sido Andy Warhol ni los Simpson, sino el ingenio en internet el que ha catapultado a la empresa al estrellato digital. Y todo lo ha provocado una web, PeopleofWalmart.com, que reúne fotografías de la gente más friki encontrada en los hipermercados. Los usuarios envían fotos robadas de los raros del pueblo, desde abuelas con tanga hasta señoras que pasean a sus hijos sujetos con arneses de perro, o familias enteras que hacen la compra vestidas de Superman. La web las clasifica con un sistema de votaciones y las ordena en rankings por estados.

Cuando era pequeño, si me ponía un jersey de cuadros con unos pantalones de rayas o pretendía llevar zapatos con el chándal de gimnasia, mi madre me decía: «No puedes salir así a la calle, hijo mío, esto no es América.» People of Walmart es la prueba de que no andaba del todo desencaminada. Vale que aquí sólo se recogen los casos más excéntricos, el chaval que se ha rapado el pelo en forma de árbol de Navidad, o la clienta que se pasea vestida de centurión romano, pero en definitiva se trata de una señal de que la gente no se arregla para ir al Walmart, que allí puedes encontrarte a gente comprando en pijama tranquilamente, y más si vas tan tarde como nosotros.

El primer nombre del Big Mac era The Aristocrat. Lástima que a la clientela paleta le parecía difícil de entender y aún más de pronunciar, y tuvieron que apresurarse a inventar un nombre más popular.

—Oye, Jim, ¿cómo es que hay tantos inmigrantes obesos? —Me lo encuentro en el jardín durante mi tercer paseo matinal, y no falla, su palique me atrapa—. Estaba dando un paseo por People of Walmart y había una porrada de fotos de hispanos barrigudos…

—Joder, chato, eso no me lo había planteado nunca. No lo sé, supongo que es mimetismo, llegas a América y quieres parecer yanqui, ¿no? Y, para conseguirlo, haces lo que hacen los de aquí, comes donde comen ellos… ¡No querrás que tu hijo se harte de frijoles si todos sus amigos comen hamburguesas!

Rato perdido en Twitter. Eso sí, el NULLA DIES SINE LINEA de hoy es muy bueno:

Siempre habrá gente que preferirá la mediocridad.
T. S. ELIOT

Estoy mucho más tranquilo, por lo menos no me quedaré sin lectores.

Del parloteo incontinente de Jim me ha parecido entender que en algunos supermercados hay un problema de tallas, y me he puesto a investigar. Escribir no, pero perder el tiempo con tonterías, el rato que quieras. Según parece, hay grandes superficies donde es difícil encontrar la talla S, y donde la XS ha desaparecido directamente porque allí no va nadie tan delgado. Son los efectos colaterales: según aumentaba la medida de las hamburguesas, aumentaba la de las camisetas. Y eso desemboca en el fascinante fenómeno del «vanity sizing», que he descubierto hace un rato: digamos que mides setenta y ocho centímetros de cintura. Según la estandarización internacional, tendrías que llevar una M. Pero ah, no, en los grandes almacenes americanos no: allí tienes una S. Y no te pruebes la M porque te quedará grande. «No me lo puedo creer, ¿me habré adelgazado?» ¿Atiborrándote como siempre cómo quieres adelgazarte, so memo? En realidad, tú mides lo mismo, pero en América gastarás una talla menos. El «tallaje vanidoso» es un mecanismo más para normalizar la obesidad: en cualquier lugar del mundo gastarías la talla XL, pero, tranquilo, en América sólo llevarás camisetas de la medida Large. Quizá por eso los americanos compran tan poca ropa cuando viajan: coger el avión les engorda dos tallas.

Nosotros podemos quejarnos de que el trabajo nos apoltrona, de que los horarios en Barcelona son antiproductivos, de que necesitamos una reforma horaria, de que si tal, de que si cual, pero el modelo sedentario por antonomasia es el americano. No es que lo puedas hacer todo en automóvil, es que estás prácticamente obligado a ello. Y ese totalitarismo automovilístico responde a una táctica premeditada: durante los años treinta, la ciudad de Los Ángeles, la capital mundial actual de la automovildependencia, tuvo una de las mejores redes de transporte público del mundo, con decenas de líneas de autobús, centenares de tranvías… Pero a partir de 1936 se inicia un plan secreto de la General Motors y de otras empresas del gremio —desde las petroleras hasta los fabricantes de

neumáticos— para imponer el automóvil. Lo hacen a través de otro holding aparentemente inocuo, el National City Lines, que empieza a comprar líneas y líneas de tranvías en decenas de ciudades norteamericanas para desmantelarlas. Y lo mismo hacen con los autobuses, compran líneas perfectamente rentables y las cierran, y empujan a la gente hacia los coches particulares, y el gobierno, a construir más autopistas para poder albergarlos. Es en ese momento cuando nace la primera ley universal del diseño de autopista, «nunca construirás las suficientes». Años más tarde, la General Motors sería multada por emplear tácticas monopolísticas contra la competencia del tranvía eléctrico, pero el mal ya estaba hecho.

Vivir al volante, conducir para ir a trabajar, para ir al bar, para ir al supermercado. En América, el 20 % de las comidas se toman en el coche. El éxito del modelo McDonald's, en realidad, es que fueron los primeros en adaptarse a la filosofía drive-through: eliminaron de sus menús cualquier plato que tuviera que comerse con cubiertos, y ahí nacieron las hamburguesas, las patatas y los refrescos que conocemos actualmente. Hoy por hoy, los Estados Unidos son un drive-in de tres husos horarios y nueve millones de kilómetros cuadrados, donde puedes sacar dinero en cajeros automáticos desde el coche o comprar medicamentos y tabaco bajando la ventanilla. Aquí conducir es caminar, hay barrios residenciales en los que no puedes pasear, los vecinos llaman a la policía y viene una patrulla a interrogarte. Si haces footing no te paran: correr es hacer algo.

En América sólo hay un lugar donde pasear tranquilo: un centro comercial. Eso sí, tendrás que coger el coche para llegar allí.

La tarde se está haciendo muy larga. Buscaba constatar que el sexo y el automóvil no están reñidos con uno de esos vídeos de «venga, nena, sube a nuestra furgoneta que te llevamos», pero finalmente me he decantado por una orgía universitaria. Una falsa orgía universitaria, para ser más exactos. Pero está muy bien, me ha gustado, por una vez las chicas no parecían prostitutas. Quiero decir que por lo menos eran jóvenes y alguna no se había operado los pechos. Y, sobre todo, no gastaban esas uñazas insoportables: las uñas de palmo son la prueba definitiva e irrefutable, el test instantáneo para distinguir la pornografía comercial de la casera. La escena ha empezado con un montón de adolescentes jugando al Beer Pong en versión despelote. En el momento en que la partida estaba realmente emocionante, con un siete a seis a favor de los chicos, las dos jóvenes, que era evidente que cobraban, se han

quedado en bolas y han empezado a besarse, sin que viniera a cuento, dejando la partida a medias, saltándose la normativa internacional del Beer Pong. Pero nadie se lo ha reprochado, nadie les ha dicho «nada de escena lésbica, chicas, haced el favor de acabar la partida». Entonces, una de ellas ha empezado a intercambiar fluidos con un chaval que, como quien dice, pasaba por allí, uno que ya se veía que no era actor porque era más bien un saco de granos, mientras los demás lo contemplaban y gritaban «¡venga, dale!», en un ejemplo clásico de división del trabajo. Pornográficamente, es decir, gimnásticamente, la escena no valía gran cosa, pero he acabado hipnotizado por el culo de la fornicadora secundaria, que ya me ha cautivado antes de que empezara todo. Era un culo «formidable, eviterno, exacto», un trasero de primer orden, «inolvidable, chispeante, sinfónico», un pandero «impresionista, voluptuoso, olímpico», si seguimos adjetivándolo con retahílas triples Josep Pla. En definitiva, un culazo de gelatina, que me ha recordado que hacía rato que no papeaba y me ha llevado a la cocina por enésima vez.

Los yanquis pobres juegan al Beer Pong, y los Rich Kids of Instagram al Dom Pérignpong.

La dictadura ecológica de Jim: una nevera llena de carne, quesos y jambalaya, armarios repletos de leches de arroz, leches de avena, de quinoa y de vaca, estantes con zumos de manzana, de pera, de piña o de granada, bandejas con frutas llegadas de todo el mundo, todas las marcas de café imaginables y ni una triste caja de galletas o un poco de azúcar procesado. Y ni rastro de los panqueques ni de las chocolatinas que compré ayer, se los debe de haber comido alguien. La cocina más surtida del hemisferio occidental y ni una triste guarrería para picar.

A la segunda novela tendría que añadirle sexo, me lo recomendó un lector. ¿Sacarle brillo a la banana cuenta? «Sexo con alguien a quien quieres de verdad», como decía Woody Allen. En las normas de la casa lo dice bien claro: prohibido hacer sexo en las habitaciones. Cada vez que me amo a mí mismo, me siento un delincuente.

Philip Larkin: «El amor otra vez: cascársela a las tres y diez.»

Como me quedo con ganas de saber más cosas sobre la obesidad, decido comprar en Amazon algún libro sobre el tema, pero en lugar

de literatura científica el buscador me devuelve un montón de placebos y de panfletos que le quitan hierro a la epidemia.

Me topo, por ejemplo, con *The Big Fat Surprise* (Simon and Schuster, 2014), de Nina Teicholz, una especie de manifiesto contra la dieta mediterránea que asegura que la mantequilla, la carne y el queso son imprescindibles para una dieta sana. Los fragmentos que destaca Amazon son impagables: «Diversos científicos os mostrarán que hemos estado evitando la carne, el queso, la leche entera y los huevos sin sentido. ¡Dejad atrás el sentimiento de culpa e incorporadlos a la dieta!» Lo que sí que hay en nuestra nevera es queso, haré otro viaje a la cocina para celebrarlo.

A continuación, la web me propone *Big Fat Lies* (Archangel, 2015), «la verdad sobre la obesidad, la enfermedad y la salud», con un texto de contraportada de una lógica aplastante. «Sin que nos diéramos cuenta, alguien inventó que el exceso de peso conllevaba enfermedades. Sí, ya lo sé, me vais a decir: "¿Y los ataques al corazón? ¿Y la diabetes?" Bueno, si fuera cierto que perder peso nos cura, con una liposucción debería bastar para poner fin a la diabetes. ¿Y a que no es así?» La demagogia siempre me ha gustado, ¡este libro es para mí!

El mito del colesterol es el Santo Grial de un montón de volúmenes, a cuál más fascinante: *The Cholesterol Conspiracy* (Warren H. Green, 1991) es uno de los pioneros, la biblia de los que niegan que el colesterol causa enfermedades cardiovasculares. Lleva una faja en la que se dice que «el colesterol es el mayor engaño científico de la historia». En el mismo estante virtual encuentro *The Great Cholesterol Myth* (Fair Winds Press, 2012), y entre los críticos que lo valoran en Amazon aparece un médico del corazón que nos incita a abandonar los cereales para desayunar y volver a los huevos revueltos cada mañana. El libro va acompañado de una secuela, *The Great Cholesterol Myth Cookbook* (Fair Winds Press, 2013), con cien recetas saludables que chorrean carne roja. En este mismo grupo también se *encuentraCholesterol is Not the Culprit* (Spacedoc Media, 2014), con un huevo frito espléndido con forma de corazón en la portada.

Hay títulos de todos los colores, la mayoría en la línea de la conspiración secreta y el engaño masivo, para que nos quede bien claro que los que quieren que adelgacemos son los poderosos: lo verdaderamente antisistema, lo antipoderes fácticos de verdad, es alimentarnos de Bocabits. *The Obesity Paradox* (Avery, 2014) insiste en aquella idea de posguerra de que la gente delgada es propensa a padecer enfermedades, y por lo tanto defiende que acumular kilos

es lo más saludable que podemos hacer. Y, sin llegar a comparar a los comehojas con Hitler —que, no falla, ¡era vegetariano!—, en *The Obesity Myth* (Gotham, 2004) aseguran que «la manía de perder peso» provocó el impeachment de Bill Clinton.

La autoayuda también se asoma a las páginas obesas de Amazon. *Fat! So*? (Ten Speed Press, 1998) es un manifiesto para que te veas guapo peses lo que peses, «porque el miedo a estar gordo ya afecta a más americanos que el pánico a hablar en público o a sufrir un ataque nuclear». Éste también lo compro, porque coincido con él plenamente: todos preferimos que nos caiga un misil en el porche antes que despertarnos obesos una mañana. También compro *XL Love* (Rodale Books, 2014), la guía definitiva para entender cómo hacen el amor millones de americanos, en concreto ese uno de cada tres que es obeso o padece sobrepeso. La contracubierta promete episodios de gimnasia extrema y suculentas escenas de sexo con mucha carne, exactamente el tipo de lectura alimentosa que yo buscaba.

Al final de tanta autoayuda, encuentro un título que me reconcilia con el mundo. Se trata de *Obesidad al alcance de todos* (Grijalbo, 2008), y lo firma el caricaturista mexicano Rius. «A los que todavía no habéis accedido a la obesidad globalizada, este libro os dará la información necesaria para conseguirlo», dice en la contraportada. «No son necesarios grandes esfuerzos, solamente tenéis que comer porquerías.»

Ya estaba pagando toda esta bibliografía negacionista cuando Amazon me ha sorprendido con una serie de inquietantes recomendaciones. Primero libros sobre Montauk, hasta aquí todo correcto, saben desde dónde me conecto y me aconsejan el anecdotario local. Pero lo que me ha dejado helado de verdad son las sugerencias siguientes: todo tipo de libros y accesorios para sacarle punta al lápiz, desde vibradores y consoladores hasta clásicos de la literatura erótica, o libros ya más interesantes, como una historia cultural de la masturbación, desde los romanos hasta Donald Trump, que me hace gracia y acabo metiendo en la cesta. Este sex-shop virtual de entrada es simpático, pero conforme le doy vueltas me invade la inquietud. ¿Cómo lo han sabido? ¡Si tengo la cámara tapada con un post-it! ¿Quién se lo ha dicho? ¿Puede ser que tengan acceso a mi historial de navegación? Inquieto por si mis preferencias sexuales ya campan por internet, decido limpiar la memoria del ordenador al instante, y borro cualquier rastro de mis paseos por el lado salvaje de la vida.

8

—Pues a ver, Bela, la idea de esta segunda novela es contar una historia de amistad, la amistad que me une al pintor Alex Santorini. Y, con esa excusa, recrear nuestras conversaciones, explicar sus proyectos, describir su proceso artístico, hablar de sus dudas creativas… Y, alrededor de todo eso, indagar y hacer un poco de investigación ensayística sobre Gerhard Richter, Tracey Emin y los artistas que le han inspirado a lo largo de su carrera. La idea es hacer lo que hizo Erice con Antonio López, pero en literario. Aunque quizá no has visto la peli del membrillo. —Bela niega con la cabeza—. Está bien, es aburrida pero está muy bien. En cualquier caso, la idea es ir a verlo e inmortalizarlo todo, reproduciendo nuestras conversaciones y retratando su día a día de pintar, inaugurar exposiciones, ferias de arte, bienales… Pero también su vida personal, sus problemas de pareja, sus infidelidades constantes, tan vinculadas a su oficio… Y al final pensaba que podríamos viajar los dos a Roma para visitar al pintor Cy Twombly, su ídolo de toda la vida, y que éste fuera el gran clímax final. Pero Twombly se murió, y entonces pensé en visitar a Tàpies, pero también se murió, así que no quiero decidir todavía a quién visitaremos al final, para que no se nos muera también por el camino.

—Muy bien, ya me hago una idea. Harás la misma novela de los toros cambiando al torero por un pintor —responde Bela Morini. Me clava la mirada y yo me echo a temblar.

—¡No, mujer, no es lo mismo! Aquí no hay nada de transformarme en nadie, esta historia es totalmente diferente…

—Pero el planteamiento es idéntico al de la primera. Mezclar géneros con fragmentos de realidad, reproducir charlas con tu objeto de estudio… En la primera hablabas de pintores obsesionados por la tauromaquia, en esta hablarás de los pintores que han marcado a Santorini…

—Sí, eso sí.

—Harás la típica novela de pintores, una versión actualizada de *La obra* de Zola o aquella breve de Balzac.

—*La obra maestra desconocida*… Sí, es uno de los referentes.

—Exactamente. Y tú volverás a ser el protagonista, ¿me equivoco?

—Sí. Quiero decir que no, que no te equivocas.

—Tú vuelves a ser el protagonista, como en una especie de continuación: después del torero buscabas tema y lo has encontrado bien cerca, en el amigo pintor. Y escribirás su historia de la misma manera, siguiendo la misma estrategia, en busca de referentes y de ideas que apuntalen tu tesis. En lugar de perseguir toros y enrollarte con folclóricas, aquí habrá inauguraciones de exposiciones y bienales de arte, como si cambiaras el ámbito de investigación, para entendernos. Y si en la primera hablabas de autenticidad y de plagio, aquí hablarás de la representación de la realidad, de las relaciones entre la naturaleza y el arte…

—Sí, y también de muchos otros temas, como la perseverancia, la fisicidad de la pintura, el miedo al fracaso…

—Y acabarás yendo de viaje a Roma y harás la crónica del viaje, como cuando acompañaste al torero de gira por América del Sur.

—Mmm…

—Y, finalmente —dice Bela, reclinándose en el sillón—, volverás a hacer autoficción.

—Mujer, Twombly está muerto, si meto el viaje a Roma me lo tendré que inventar seguro. —La miro, ella levanta una ceja—. Pero tienes razón, eso de inventarme cosas y decir que las he hecho de verdad me ha funcionado siempre muy bien…

—Ya os conozco, a los de la autoficción. Resulta que sois tímidos y os construís autobiografías llenas de inventos. Pero, bueno, tampoco te acuso de nada, ¿eh? Es el género de moda, ¡lo hacéis todos!

—¿De moda? ¡Lo que está de moda es la novela histórica! O el erotismo picantuelo para las menopáusicas…

—Los géneros masivos son la intriga histórica, la novela negra y las mil sombras de Grey, pero entre los que os consideráis literarios sí, la mezcla de autobiografía y ficción es la última tendencia. Y mira que es más viejo que ir a pie: ¿qué son los Evangelios, si no? Pero ahora ha vuelto a ponerse de moda, inventar personajes ya no se lleva, ahora todos trabajáis con personajes reales.

—La verdad, no sé qué decirte.

—En fin, que seguro que en tu cabeza todo eso es muy coherente, el pintor pintando, el pintor conversando, la búsqueda de referentes… Pero me suena demasiado igual a la primera novela, y a tus lectores también se lo parecerá, hazme caso. De hecho, diría

que eres un caso clásico de autor que no sabe separarse de la primera novela, que no sabe cortar el cordón umbilical y sigue dando vueltas y vueltas alrededor de los mismos temas.

—Ah, mira, ahora soy «un caso clásico». Al menos no estoy solo…

—Oh, no, os pasa a la mayoría, sobre todo a los obsesivos. Y sólo tiene una solución: tienes que vaciarte. Ya entiendo que después de tantos meses, o bueno, de tantos años —este «tantos años» ha vuelto a sonar burlón, ¡estoy seguro!— escribiendo una novela, os cueste dejarla atrás, pero tienes que vaciarte. Hazme caso, suelta lastre, olvida todo lo que has hecho hasta ahora, abandona todo lo que te obsesiona y descansa, espera hasta que te quedes en blanco. Tienes que cambiar de etapa, ¿entiendes? Ahora mismo sigues sumergido en la estructura y en el método de la primera, continúas escribiendo como en la primera, y has de frenarlo, debes despegarte de ella. No corras a escribir esto del pintor, que te acabará saliendo otra autoficción. Estate unos años sin escribir, a ver qué es lo que llevas dentro de verdad, y entonces ya escribirás lo que tengas que escribir.

Y en este punto Bela ha dado por terminada la conversación. Lo ha hecho con una pequeña mirada al reloj, un vistazo espontáneo de lo más preparado.

—Bueno, gracias por los consejos —le digo levantándome—. Debo esperar, esperar hasta que note que me quedo en blanco. Y mientras me vacío del todo…, ¿qué hago?

—¡Pues viaja! Ve mundo y vuelve a llenarte, por ejemplo. Pero no quieras escribir tan seguido o lo harás atrapado por ti mismo, por tu propia sombra y por tu mismo estilo. —Ella también se ha levantado y me acompaña hacia la puerta. La sigo como un corderito—. No sé, y si por tu trabajo no puedes viajar y ver mundo, al menos sal con los amigos, ve a ver películas o vete a vivir a Ripoll. O lee, si quieres, escoge novelas que no se parezcan en nada a lo que has hecho hasta ahora. No sé, aquí tenemos muchas novelas, llévate alguna. —Y repasa las estanterías del pasillo con el dedo—. Ésta de aquí, por ejemplo. ¿Has leído *Montauk*?

Un cartel que promete una vista panorámica de la isla: OVERLOOK. Ha sido él quien ha propuesto pararse aquí. Un aparcamiento para cien coches por lo menos, a esta hora vacío. El coche de ella es el único sobre las rayas divisorias pintadas en el asfalto. Es la mañana. Día de sol. Arbustos y maleza alrededor del aparcamiento vacío; nada de vistas panorámicas, por tanto, pero hay un sendero que conduce a

través de la maleza y no han necesitado largas deliberaciones: el sendero los llevará hacia la gran vista panorámica. Luego ella ha vuelto al coche. Él espera. Tienen tiempo. Un fin de semana entero. Él permanece de pie. En Berlín serán ahora las tres de la tarde… A ella se le ha ocurrido que para ver el Atlántico no le hace falta, en realidad, su bolso de mano. A él todo le resulta un tanto inverosímil, pero transcurrido un rato lo ve como una simple certeza: susurros en los arbustos, a continuación los pantalones de ella (el azul claro ajado, por supuesto) y sus pies en el sendero, detrás de muchas ramas y tallos su pelo bastante rojo. Es una especie de sendero, no siempre distinguible, un sendero silvestre. Primero ha ido él delante, a ratos lo hace ella. Hace ya rato que andan. El Atlántico no puede quedar lejos. En la altura, una gaviota solitaria. En algunos lugares huele a flores. Se trata de plantas extrañas. Él se entretiene observándolas y ella ha seguido avanzando, de forma que durante unos momentos él no alcanza a verla. Durante unos momentos le parece una fantasía o un recuerdo lejano: ese caminar en compañía de una mujer joven. Luego vuelve a verla delante, esperándolo: ¿hacia dónde, ahora? No lo sé, dice él. Avancemos, dice ella, y vuelve a liderar la expedición. El paisaje no le resulta extraño, por más que él no ha estado aquí en toda su vida. Esto no es Grecia. La vegetación no se parece en nada. Sin embargo, él piensa en Grecia, después otra vez en Sylt. Le molesta que le vengan de continuo los recuerdos. Los dos llevan ya media hora de camino. Quieren ver el Atlántico. Sabe dónde se encuentran: MONTAUK.

MAX FRISCH, *Montauk* (páginas 11-12)

En el mundo hay millones de libros que no he leído. Entre ellos se contaba el *Montauk* de Max Frisch (Laetoli, 2006), pero le puse remedio esa misma tarde. Leí *Montauk* en el Mariona, el bar de chinos que está delante de la agencia, lo leí en el 39 y lo terminé en la azotea de Providència, minutos antes de quedarme sin sol.

En el año 1974, el escritor suizo Max Frisch está de viaje promocional por América. Nueva York, Toronto, Montreal, Boston, Cincinnati, Chicago, Washington. Le acompaña Lynn, una joven asistente de su editorial norteamericana. Todo empieza con un beso en el apartamento de ella y acaba con una escapada a Montauk. Él tiene sesenta y tres años, ella la mitad. De manual. National Car Rental, Gurney's Inn, la playa y el faro. «¿Eres de los que roncan?» En las primeras páginas, una declaración de intenciones: «Me

gustaría describir este fin de semana, sólo este fin de semana. Cómo ha sido posible, cómo continuará.»

El libro es la narración de aquella escapada. Un mosaico de escenas en Montauk y de recuerdos del pasado. Ora describe un paseo por la playa, ora evoca su primer divorcio, ora recuerda cómo conoció a su mejor amigo W. Diálogos, momentos. Una visita al supermercado, una partida de ping-pong. Un dietario fragmentario que presenta la verdad sin añadidos, pero también la memoria, que en cualquier momento puede interrumpir la acción para trasladarnos a Roma o a Berlín, donde le espera su segunda esposa. No hay nada más, ni principio ni final, ni trama ni suspense.

Nunca sabré si Bela tenía alguna intención oculta al regalarme *Montauk*. O si tiene media docena de ejemplares junto a la puerta para dárselos a los pesados de la autoficción. El caso es que conmigo funcionó: ese primer mes lo leí dos veces, y desde entonces he vuelto a visitarlo a menudo. *Montauk* se convirtió en un motor, en una inspiración, en un leitmotiv. Al menos sobre el papel, se convirtió en la novela que me gustaría escribir.

9

Mi mayor temor: repetirme.
MAX FRISCH, *Montauk*

Veo a la gente de la granja con sus proyectos, llenos de invenciones y de personajes, y me encuentro atascado, dándole vueltas a una estructura antigua, «incapaz de cortar el cordón umbilical». Oficialmente ya he abandonado el proyecto del amigo pintor, ha quedado archivado en la carpeta de «proyectos descartados», al lado de aquella novelita de verano persiguiendo el amor en Formentera —más tarde, una cervecera me la plagiaría de punta a cabo— y de aquel collage que tenía que llamarse *Theatrum Mundi*, una historia construida a base de pegar citas de libros famosos y que una amiga experta en copyright me quitó de la cabeza. Ahora busco ideas nuevas por todas partes, leo y releo el *Montauk* de Max Frisch, pero nada, no se me ocurre nada. Inventar no es para mí, soy incapaz, será un defecto de fábrica. Bela me diría que tranquilo, que vaciarse lleva tiempo, pero he venido a Montauk para escribir y lo único que no he parado de hacer es estar tumbado y cascármela.

«Siempre escribo el mismo libro», decía Paul Auster en una entrevista. En realidad, hay un montón de autores que han escrito la misma novela toda su vida y les ha ido bastante bien. Vila-Matas escribe siempre novelas similares, las de Cercas se parecen. Miranda July también protagoniza sus libros, y todas las neuras que aparecen son suyas. Por no hablar de Houellebecq y de sus novelas, siempre variaciones autobiográficas, ampliaciones del campo de batalla económico hacia el mundo del sexo para hacerle pagar a su madre que lo abandonara de pequeño. Pero no son sólo los escritores, con los pintores también pasa mucho, pintar siempre el mismo cuadro es un imperativo: Barceló lleva treinta años pintando pulpos; y fíjate en Pollock o en Rothko o en Tàpies: inventa un estilo y échate a dormir. ¿Por qué en literatura hemos de hacer lo contrario? ¿Por qué las novelas tienen que ser siempre diferentes?

Los deportes, por ejemplo, nunca son diferentes. Creo que era el mismo Auster el que equiparaba los partidos de béisbol a las novelas de género, «donde siempre se da la misma fórmula repetida infinitamente, con normas claras pero con ligeras variaciones que hacen que el público no se canse nunca». Y el símil también funciona con el fútbol: en todos los partidos hay tíos que corren tras un balón durante minutos y minutos, que son las muchas frases llenas de obviedades, diálogos y descripciones. Y de vez en cuando un gol, la idea feliz que salva una novela y cambia el marcador.

Sobre la persecución de la novedad, imposible superar a Dalí:

—¿Podría decirme algún artista nuevo que le guste?

—¡Muy fácil, Velázquez!

Chuck Palahniuk decía que la mejor manera para hacer avanzar una novela atascada es sacar el tema en una fiesta y esperar a ver qué dice la gente. Ni documentación ni historias, él ponía el ejemplo de las perversiones sexuales que llenan la novela *Asfixia* (Mondadori, 2001). «Fue dejar caer el tema y correr a tomar notas.» Todo el mundo se animó, «yo conozco el caso de una mujer que fue a urgencias enganchada a una botella de cava», «a mí me han hablado de un hombre que se machacó la polla con el aspirador», y en poco rato ya tenía una buena lista. A mí, esta táctica me ha servido unas cuantas veces: cuando saqué el tema en familia un domingo de Pascua, conseguí un rosario impagable de toreros enrollados con folclóricas, y más adelante logré provocar una fantástica lluvia de ideas sobre matadores pillados por cornadas gracias al saber incomparable de dos colegas en una cena de empresa. Sólo hay un tema sobre el que la gente de una fiesta no hablaría, sobre el que no se abonarían a decir lo primero que les pasa por la cabeza: la masturbación. Tú diles a tus amigos que hablen de meneársela, o confiesa que le das a la manivela tres veces al día, y empezarás a ver caras de incomodidad a tu alrededor, algún reproche y maniobras evasivas para cambiar de tema al instante. Según un estudio sobre tabúes sexuales de 2003, el sexo autogestionado sigue siendo el tabú líder, tanto en hombres como en mujeres, un tabú que, según las mismas encuestas, no parece que vaya a desaparecer nunca.

Solamente en Francia, a la autoficción literaria la han llamado de veinte maneras distintas: *roman autobiographique, roman personnel, otobiographie* (Derrida), *romanautiobiographie* (Henri Godard), *bi-autobiographie, récit autosocio-biographie, récit*

transpersonnel, nouvelle autobiographie, roman faux, roman du je, hétérographie o *autobiographie fictionelle*, pero también *essai autobiographique, le mentir vrai, traité de memóire* o *surfiction, autofabulation, autobiographie fantastique*, etcétera. La investigación no es mía, sino de Philippe Gasparini en *Est-il je? Roman autobiographique et autofiction* (Éditions du Seuil, 2004), quien añade que en el extranjero esta perversión tiene todavía más denominaciones: *Ich Roman* en Alemania, *shishôsetsu* en Japón, *autographical fiction, self-narration* o *faction* en los Estados Unidos, y *autoficción* o *figuración del yo* en España. Solamente en Francia, los autores que practican la autoficción son cientos, y, en la península, localizar a alguien que invente los personajes desde cero va camino de ser más complicado que encontrar un corro de níscalos.

Siempre he creído que todos lo hacíamos, pero no tengo modo de comprobarlo. En internet hay expertos que dicen que lo hace el 99 %, y que el 1 % restante simplemente lo ha olvidado. Pero también recuerdo charlas, mayoritariamente con chicas, que confesaban no haberlo hecho nunca. Decido preguntárselo a los compañeros a la hora de la cena, con una larga aclaración previa para que entiendan que no es chismorreo, sino pura documentación. Mateusz me dice que naturalmente que lo hace, «¿por quién me tomas?». Hank es reticente a participar en esta majadería, pero asiente con la cabeza. Y también Kayle. Melissa no ha bajado a cenar, por tanto, si descuento su «no sabe / no contesta», el resultado de la encuesta casera es de un 100 % inapelable. Pero… ¿y en el resto del mundo?

¿Por qué se masturba la gente?

Mientras espero a que me mandéis las encuestas y llevamos a cabo el vaciado, encuentro en internet distintas encuestas sobre los hábitos onanistas. La web de *Cosmopolitan*, nada sospechosa de promover una sexualidad liberada entre las jóvenes, encuestó a 2.000 lectoras y el 95,1 % lo hacía, el 64,1 % con las manos y un 29,5 % con vibradores y otros artilugios. El 6,4 % restante lo hacía con agua, disparándose el chorro de la ducha, «¡apúrate, hija, que llevas una hora en el baño!». Las mujeres *Cosmopolitan* lo hacen principalmente antes de acostarse, y entre los motivos para hacerse un dedo aparecen liberar un poco de estrés, el aburrimiento e intentar dormir mejor. Las encuestas indican una utilización masiva de pornografía para ligar la salsa —un 60 % de las lectoras ve

porno por internet— y constatan un descenso brutal de las revistas en papel y de un sistema que marcó una época: los teléfonos eróticos, que a comienzos de la década de 2000 ya utilizaba menos del 1 % de la población. Las encuestas también iluminan otro ámbito que siempre me había hecho sentir mal: un 50 % de las mujeres se ha consolado en el trabajo, y un 60 % de los hombres. En el váter en la mayoría de los casos (gracias a dios).

¿Por qué la gente practica la autoficción?

• La ficción se ha agotado, fabular ya no tiene credibilidad.

• La gente tiene ganas de historias verídicas: puesto que cada vez vivimos existencias más aburridas, buscamos las emociones en las vidas de los demás. El cotilleo del rellano de la escalera ha mutado, y eso explica el éxito de los culebrones y la adicción a las redes sociales.

• Los géneros se mezclan: la no ficción se acerca a la novela, la ficción se aproxima al periodismo.

• El culto a la autoficción huele a individualismo extremo: ya no se persigue a las minorías; al contrario, ser de una minoría es motivo de orgullo. Y el «yo» es la minoría máxima, la minoría extrema.

MASTURBACIÓN — ENCUESTA AL LECTOR

Querido/a lector/a, ¿se ha masturbado usted alguna vez?

Sí ☐
No ☐

¿Lo hace en la actualidad?

Sí ☐
No ☐

¿Cuántas veces a la semana?

1 ☐
2 ☐
3 ☐
4 ☐

de 4 a 16
más de 16 veces

¿Con qué se excita?

Pensando en gente
Revistas
Vídeos
Mirándose al espejo
Otros (especificar)

¿Dónde lo hace?

En la cama
En el lavabo
En la ducha
En el trabajo
En el transporte público

¿Utiliza ayudas?

Vibradores
Muñecas hinchables
Frutas y verduras
Animales de compañía

¿Llega al orgasmo?

Siempre
Casi siempre
A veces
Prácticamente nunca
Nunca

¿Tiene sentimiento de culpa?

Sí
No

¿Seguro?

ESPAÑA

FRANQUEO PAGADO

CARTAS

Sí

No

Quizá un cosquilleo...

Editorial Anagrama
Carrer del Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

En resumen: toda autoficción es onanismo, la norma número uno de las escuelas de escritura, «tu historia nunca es importante», vuelta como un calcetín. Una aparente destrucción de las convenciones que, en el fondo, esconde cosas distintas: un ego enorme, problemas para crear personajes, un ego enorme, problemas para empatizar con los demás, un ego enorme, complejo de Peter Pan, un ego enorme, miradme, MIRADME, **MIRADME**. El mal de los actores en versión tímida, literaria. Queremos perdurar por escrito, decir chorradas en internet no nos basta. Ser el narrador no nos basta, también queremos ser el protagonista y el antagonista, el héroe y la bestia, el príncipe, la princesa y el dragón. Queremos salir en todas las fotos: somos unos egocéntricos de película.

Ya veo lo que estoy haciendo aquí. Puesto que mi vida es un aburrimiento total, os estoy hablando de las cuatro cosas distintas que he hecho últimamente: vida literaria, fiestas y presentaciones de libros y el viaje a los Estados Unidos. El viaje a América es la novela, la excusa de la novela. Y mira que me lo dijo mi amigo, el editor Manel: «Escribe sobre lo que quieras, pero nunca hagas un libro de viajes: a nadie le importan una puta mierda los viajes de los demás.» Vila-Matas no nos cuenta nunca su aburrida vida en Travessera de Dalt, sus novelas necesitan la chispa de lo excepcional, y nacen con la excusa de que asiste a un congreso o porque lo invitan a pasar un mes en la *documenta*, la Meca del arte contemporáneo. *Kassel no invita a la lógica* (Seix Barral, 2014) es eso, contar esos treinta días en que se alteró su normalidad, pasarse dos años encerrado en Barcelona recreando y reviviendo aquella experiencia y aquel mundo, exprimiendo toda su literariedad.

Ya vuelvo a citar a Vila-Matas o al editor Manel, ya vuelvo a tirar de personajes de la primera novela. ¡Vacíate, macho, rompe con el pasado, corta el cordón umbilical!

Por la noche salgo fuera, a esperar la llamada de Emma. Me quedo sentado en el porche, está oscureciendo, la puesta de sol es impresionante, de verdad, si tuviera vuestro número ahora mismo os mandaría una foto. De repente oigo un ruido de patos, y cuando levanto la vista los veo en perfecta formación, trazando una especie de A en el cielo. Siento añoranza, y la A que esbozan es tan perfecta que enseguida trazo la E, añado unas M y me imagino un ejército de patos creando mensajes publicitarios en el cielo. Como en *Celebrity* de Woody Allen, cambiando los aviones a reacción por una

escuadrilla de aves entrenadas a conciencia. Un «I LOVE YOU» serían cuarenta y seis patos, y a diez dólares la pieza podría salir por 460. Un «DRINK COKE» (cincuenta patos) costaría quinientos dólares, y un «QUIEN CALCULA COMPRA EN SEPU» (unos trescientos animales) lo podríamos dejar en mil dólares redondos. Estoy sensiblón, la llamo con la excusa de contarle el plan de negocio. Emma está comiendo en casa de sus abuelos, y a media llamada, a medio «te quiero, bomboncito», «yo más», «yo infinito más que tú», oigo la voz de su abuelo, que grita desde el otro lado de la sala.

—¡Dile que no se la menee mucho!

Finalmente ha llegado la cena de la verdad, la hora de contar mi historia. Jambalaya picante para celebrarlo, Postales para regarlo y un nudo de campeonato en el estómago. Mira que podría haber aprovechado la tarde para prepararlo, en lugar de perder el tiempo con el Beer Pong y el peso de las pajas. Siempre me pasa lo mismo. Pensaba pasar el apuro en primer lugar, pero Kayle toma la palabra, supongo que para conseguir que yo me ponga aún más nervioso. Cuenta su infancia en Singapur, dice que llegó a América a estudiar y que ya se quedó, que aunque vive del periodismo siempre ha escrito, que hace un par de años publicó un libro de cocina y que ahora prepara su primera novela, una historia sobre la juventud en Singapur durante los años noventa.

—Eran tiempos de fiesta, de drogas, y teníamos muchas ganas de comernos el mundo —oigo que dice cuando consigo serenarme.

—¿Y qué interés pueden tener para mí sus fiestas y sus drogas, querida? ¿Qué interés puede tener una novela así? —la pincha Albee.

—Bueno —dice ella con voz temblorosa—, retrato un cambio de época. Éramos la primera generación de Singapur que quería ser libre, que vivía las contradicciones de la sociedad tradicional y el mundo globalizado. De hecho, la acción transcurre en Singapur, pero podría hablar de Hong Kong o de Shanghái, de cualquier ciudad de Asia, en realidad.

—Comprendo, está haciendo un retrato generacional. Muy bien, muy interesante —deja caer él con sarcasmo, y levanta la mirada, buscando carne fresca, olfateando a su próxima víctima. Me sirvo Fin del Mundo, lleno las copas de todo el mundo hasta la mitad y la mía hasta arriba, como por descuido. Finalmente, tomo aire y me lanzo.

Les cuento que tenía un proyecto pero que me he visto obligado

a abandonarlo porque se parecía demasiado a mi primera novela, y que ahora mismo estoy un poco perdido. Les digo que básicamente me gusta escribir sobre mí, ser el protagonista de mis historias. «Quizá porque en mi casa nunca soy el protagonista, siempre manda mi mujer», añado, intentando provocar alguna sonrisa entre mis compañeros. No lo logro. Todos me miran. Trato de hacer callar este silencio mortuorio con palabras, y hablo compulsivamente durante un par de minutos, que si el Walmart, que me alucinó, que si la playa, que me tira mucho pero que con los tiburones ni de coña, que si no puedo parar de masturbarme. Miradas de estupefacción, mal tema para hablar en la mesa, cada vez voy peor. Finalmente me centro, hago un hidalgo (hijoputa el que deje algo), y acabo confesándoles que lo que realmente me gustaría es romper con todo esto, escribir diferente, deshacerme de esta primera persona opresora. Y que por eso decidí venir a Montauk, siguiendo el rastro de Max Frisch.

—¿Lo conocéis? —les pregunto. Los americanos dicen que no, sólo Albee y Mateusz asienten.

—Es un gran dramaturgo —dice Albee—, y conocía su novela sobre el pueblo, pero no la he leído.

—Es un clásico de la literatura alemana —añade Mateusz—, yo lo leía en la biblioteca. La típica historia del escritor madurito que se liga a una groupie, se la lleva a Montauk y se pasan el fin de semana follando.

—Obviamente es mucho más que eso —digo yo atragantándome, y repruebo a Mateusz con la mirada—, en realidad es una novela experimental que combina presente y pasado, acciones y recuerdos, primera persona y tercera… Para mí, Montauk es muchas cosas a la vez.

—Ya lo veo. Y usted cree que viniendo aquí escribirá como él —me suelta Albee.

—Bueno, al menos es una manera de empezar —le contesto—. Lo que sí tengo claro es que quiero hacer algo diferente, quiero encontrar una voz nueva, pero no lo consigo. De momento, todo lo que estoy escribiendo aquí sigue la línea de antes, ese «yo» «yo» «yo» constante. Por eso me va tan bien estar aquí y escuchar cómo lo hacéis vosotros.

—Yo diría que usted tiene un problema de egocentrismo literario —sentencia Albee—. No es el primer caso que veo. Debería confiar más en sus personajes, abandonarse más. Que no le den miedo. Conviva con ellos, y haga el favor de escucharlos hasta que le hablen.

—No sabría ni por dónde empezar.

—Querido mío, ya encontrará su camino. A mí me funciona llevármelos a pasear —confiesa Albee—. Me llevo a los personajes a la playa y allí hago que dialoguen. Si son lo suficientemente fuertes y sus voces siguen interesándome al cabo de unos meses, les escribo una obra. Pruébelo y ya me lo dirá. Y, sobre todo, no se precipite, no escriba nada hasta que lo tenga claro.

24 de junio de 1968, playa de Montauk

Después del almuerzo, Albee sale a pasear. Lo acompañan unos nuevos personajes, una mujer y un hombre, Nancy y Charlie, aún no sabe qué relación tienen. Baja por la escalera de madera hasta la playa, que ya está llena de veraneantes. Desata la perra, se descalza, y en su cabeza la pareja empieza a hablar. Se hacen reproches, están tensos, entre ellos se ha roto algo.

Dos horas más tarde, Albee se sienta agotado en el jardín, mirando hacia la playa. Hay más bañistas que antes, empiezan a llegar a mediados de junio y no se marchan hasta septiembre. El paseo ha sido productivo, a la altura de Ditch Planes, Billie se ha encaprichado de un collie como ella, pero en lugar de perseguirse se han sentado juntos, uno al lado del otro, intercambiando algunos lametones. Se ladraban de vez en cuando, pero en general parecían dos perros que charlaban y tomaban el sol. Son como nosotros, ha pensado, quizá tampoco hemos evolucionado tanto. Le da vueltas, quizá la conversación entre los perros podría servir de algo, hasta que de repente ve algo extraño en la playa, cinco hombres trajeados que caminan por la arena. Cuatro de ellos negros, y un cuarto, más bajito, con un traje azul marino. «¡Vaya chalados, con corbata y mocasines y todo!» Este último va saludando a todo el mundo, algunos bañistas se levantan para darle la mano, y cuando no se levantan es él quien se agacha. «Eran Richard Nixon y sus guardaespaldas. Ojalá hubiera podido leer el futuro, y ojalá hubiera sido un buen francotirador. ¡Habría salvado América sin moverme de casa!»

La búsqueda «Richard Nixon + Montauk» en Google tiene una segunda entrada destacable. Cinco años antes de aquel paseíllo por la playa en campaña electoral, el entonces vicepresidente Nixon se peleó con Nikita Jrushchov en una cocina del pueblo. Pero no fue precisamente en Montauk, sino a unos cuantos miles de kilómetros, en el parque Sokólniki de Moscú. El marco era un intercambio entre

los Estados Unidos y la URSS, los rusos tenían que exhibir sus últimos avances en Nueva York y los americanos exponían las nuevas casas prefabricadas Leisurama, el paradigma de la típica casa americana, en la capital rusa. En aquel tour inaugural en Sokólniki, la tensión entre el premier ruso y Nixon fue aumentando, y fue justamente cuando estaban en la cocina de la Leisurama cuando tuvo lugar la conversación que dio la vuelta al mundo.

—Señor Jrushchov, quiero mostrarle nuestra cocina. Todas las casas de California son así. ¿Había visto alguna vez una lavadora integrada? —le preguntó Nixon señalándole la lavadora.

—Bah, nosotros también tenemos lavadoras, ¿qué se han creído? —respondió el ruso.

—¿Y no le parece que sería mejor que compitiéramos para ver quién fabrica las mejores lavadoras, en vez de pelearnos por quién tiene los misiles más potentes?

—Seguro que sí, pero dígaselo a sus generales, que son los primeros en competir con los cohetes. Y que sepa que en esto —dijo Jrushchov señalando la lavadora— también les ganaremos.

Aunque el intercambio de reproches acabó en tablas, aquella pelea retransmitida en todo el mundo puso las casas Leisurama en el mapa. Llegaron a venderse en Macy's, donde se instaló una completa en la novena planta, que podía visitarse para probarla entre los expositores de ropa y el menaje del hogar. Se vendían con el todo incluido más todo incluido de la historia: incorporaban tanto los electrodomésticos como las sábanas, desde los vasos Duralex hasta los cepillos de dientes, por únicamente 13.000 dólares de entonces, un 40 % más baratas que la media. El comprador sólo tenía que instalarla y presentarse con la manduca para llenar la nevera. Para que el norteamericano estándar se animara a comprarlas, el promotor instaló doscientas de ellas de una sola vez en Culloden Point, al norte de Montauk. De manera que las cocinas Leisurama son las cocinas de Montauk. Ahora se han convertido en una pieza de coleccionista, y hay millonarios aburridos que han llegado a pagar un millón de dólares por una de esas casas viejas en las que ya no queda ni un vaso original.

Los personajes, menudo barrizal. ¿Quién los inventó? Y aún más importante: ¿por qué coño lo hizo? Quizá es mi mochila periodística, pero hace muchos años que sé que, por mucho que invente, nada podrá igualar a un personaje de verdad. La realidad siempre supera la ficción, cualquier persona de verdad es mejor, más compleja e interesante que lo que yo pueda acabar

inventándome. ¿Qué necesidad hay de ocultarme tras personajes que ni me interesan a mí ni interesarán a los lectores?

Los personajes: siempre malas copias de mí mismo, el principal obstáculo entre yo y una ficción convincente.

10

12 de mayo de 1974, playa de Montauk

A media tarde, Edward Albee vuelve a llevarse a los protagonistas de *Seascape* de paseo. Nancy y Charlie ahora ya son una pareja a punto de jubilarse, otro marido y otra esposa made in Albee, expertos en tirarse los trastos a la cabeza. En el otro lado del escenario, la conversación de los collies ha evolucionado, ahora son un par de lagartos que los observan y los juzgan desde la distancia. En la obra definitiva, hablarán los cuatro. Hace ya mucho que estos personajes están con él, los tiene clarísimos. Sopla el viento de siempre, pero también hace calorcillo, la playa está desierta. Desata a Billie, que echa a correr sola, y en la cabeza del dramaturgo se inicia una nueva pelea. El origen de la discusión de hoy es el béisbol, Nancy no lo soporta y pagaría por irse de viaje a Europa, en cambio el ideal de Charlie es pasarse el verano siguiendo a los Yankees apoltronado en el sofá. Pero es un clásico matrimonial; ninguno de los dos habla de béisbol, en realidad.

> Una playa de varias millas de longitud, cuyo final queda fuera del alcance de la vista, se pierde por ambos extremos en una luz lechosa, violácea, de vapores. En la arena hay dos tumbonas con cojines ajados, ninguna más, se mire a donde se mire. ¿De quién serán? Ni un alma a la redonda. Ellos ocupan los dos asientos tal como están: más o menos paralelos, a una distancia uno del otro algo mayor que la longitud de un brazo. Se tumban. A la vista, el Atlántico oscuro y unos pies descalzos. Él carga la pipa con el pulgar derecho y con una precaución que requiere unos instantes, instantes sin memoria. Mira hacia el mar mientras tú enciendes ahora una cerilla, luego una segunda y una tercera. Sopla viento en el borde del mar y él da con precaución la primera calada, corta, después la segunda, larga. En ese momento no existe nada más que ellos dos en las tumbonas que no han movido de sitio, ya que no les pertenecen. A todo esto, pasa por allí un perro

vagabundo. Lynn lee: trabajo de la oficina, pues ayer se marchó antes de las tres, y de vez en cuando para de leer. En este momento peina sus largos cabellos contra el viento, una tentativa infructuosa, agradable de ver.

A Lynn le apetece echar ahora una carrera. Él se queda aquí sentado.

MAX FRISCH, *Montauk* (páginas 72-74)

Dos horas más tarde, cuando ya vuelve de su paseo, Albee ve a un par de personajes estrambóticos sentados en sus tumbonas. Las instalaron para cuando bajaran a la playa, pero no las utilizan nunca. Billie se ha adelantado para saludarlos. Son una chica pelirroja que charla sonriente con un señor mayor, mucho mayor que ella, más viejo que el mismo Albee. El hombre lleva gafas negras de pasta y fuma en pipa. Él le acerca la mano en silencio, la perra se la lame y sigue hacia casa. Luego, la del pelo naranja echa a correr hacia el agua agitando los brazos, juguetona. Se arremanga las perneras de los pantalones y se moja los pies. Después vuelve, el hombre de la pipa la espera en la tumbona, fumando, y mirándola alternativamente a ella y al mar. «Buenas tardes», los saluda Albee cuando llega a su lado. «Buenas tardes», responde ella, y el hombre de la pipa le hace una reverencia con la cabeza.

Ese viernes 10 de mayo de 1974 en que Frisch y Lynn cogieron el coche y se plantaron en Montauk, en la recepción del Gurney's Inn debió de atenderlos Nick Monte. Alguien me dijo que si quería que me leyera la gente de derechas debía hablar de emprendedores, supongo que Nick Monte ya servirá. Angelo Montemarano, su padre, funda Angelo's, el primer restaurante italiano de Brooklyn, en 1906. Entonces el negocio parece próspero, con el comedor lleno de paisanos, pero el patriarca Montemarano muere muy joven, y el joven Nick deja el instituto con dieciséis años para tirar solo del carro. Eso sí, con una ayuda excepcional: la mamma Filomena en los fogones, expeditiva como siempre y ocupándose de todo. La familia le cambia el nombre al restaurante, lo bautizan con el actual Monte's Venetian Room, y la dedicación al negocio del minestrone y la pasta da sus frutos: a mediados de los cincuenta llenan el restaurante cada noche y atraen a una clientela vip, Sinatra canta allí a menudo. Pero en 1956 la vida de Nick Monte da un vuelco: un cliente le dice que en el extremo de Long Island ha probado unos spaghetti alle vongole aún mejores que los suyos. Orgulloso como ha sido siempre, Nick coge el coche hasta Montauk y se dirige a la pequeña fonda frente al mar donde le ha salido un competidor. Las

vistas son maravillosas, la comida es fabulosa —¿cómo se lo montan para que las almejas tengan ese sabor?—, pero se le indigesta el hecho de no poder tomar una copa de Pinot Grigio mientras cena. La propietaria, Maude Gurney, además de negarse a revelarle el secreto de los espaguetis, dice que no vende alcohol. «Ni licores, ni vino, ni cerveza, no servimos alcohol de ninguna clase.» La viuda Gurney es devota de la Ciencia Cristiana, y como tal se opone totalmente al alcohol. Para ella, las camas de matrimonio no existen, y en las veinte habitaciones de la fonda sólo acepta parejas casadas durmiendo en camas separadas, sobre unos colchones duros como piedras. Monte se marcha indignado, «en casa vendimos alcohol incluso durante la ley seca, ¡a ver si ahora que es legal nos vais a dejar sin vino!», y unos meses más tarde vuelve a Montauk con una oferta de compra que incluye los terrenos y el secreto de los espaguetis. La viuda se lo piensa durante unos meses y finalmente acepta los 200.000 ñoquis. A cambio cede los terrenos y su truco mejor guardado: hervir la pasta con agua de mar. Todos los restaurantes del clan lo incorporaron, y Ferran Adrià lo haría en el Bulli años después. Con Nick Monte al frente del Gurney's Inn, empiezan a entrar las cajas de vino —«un paraíso sin alcohol no es un paraíso», decía a menudo— y el establecimiento crece, se derriban las viejas cabañas y se construyen otras nuevas, se añade un spa. De hecho, el secreto mejor guardado de Long Island se convertirá en el leitmotiv de la casa: Monte manda instalar en el complejo la primera piscina de agua salada de América del Norte, y para demostrar las virtudes del agua de Montauk, además de cocinar con ella, se bebe un vaso todas las mañanas, durante más de cuarenta años. En el spa actual todavía ofrecen chupitos de agua salada: el baño con algas cuesta sesenta y cinco dólares, el uso de las piscinas, cuarenta, pero los vasitos del patriarca son siempre gratuitos.

Apenas entro en el Gurney's, que ahora es un hotel de mil estrellas, encuentro al hombre que buscaba. Es el heredero de los Monte, que habla con los clientes y da instrucciones a las recepcionistas. No ha cambiado nada respecto a las imágenes que vi ayer por internet, tiene la misma melena frondosa y lleva el mismo traje impecable. Su sonrisa parece franca, pero no puedo dejar de verle un no sé qué de mafioso italiano vestido como para una boda.

—Buenos días. Usted es el señor Monte, ¿no?

—Pues sí, ¿quién me busca?

—Soy uno de los escritores de la granja Albee.

He pronunciado la palabra Albee y le ha cambiado la cara. En mitad de la boda, el Padrino lo necesita para cargarse a alguien y comprar unos cannoli.

—¿Vienes de parte de Albee? ¡Ese viejo malnacido! Ahora se ha hecho mayor y ya no da tanto la tabarra, pero siempre ha sido el forúnculo con más pus del vecindario —se exalta, gesticula y me señala con el dedo—. Cada dos o tres años tenemos una trifulca. Ha intentado pararnos todas las ampliaciones, se quejó del spa al gobierno federal y luego promovió una campaña contra los helicópteros en el *East Hampton Star*…

—No sé nada de todo eso —le digo para defenderme—. No tengo ni idea…

—Se obsesionó con que los aterrizajes de los clientes no le dejaban dormir y no paró hasta que prohibieron los helicópteros en la playa —continúa el hombre, rojo como un tomate y con gotas de sudor en la frente—. Y ahora nos mete una denuncia más o menos cada 4 de julio: dice que los petardos hacen demasiado ruido. A mí tampoco me gustan los petardos, pero esto se llama convivencia y buena vecindad. ¡Para una fiesta que montamos al año!

—Debe de quejarse por deporte —le digo yo.

—¡Pues si ya no puede jugar a tenis que se dedique al mahjong!

—En realidad, no le quería hablar de Albee, quería preguntarle por un cliente del hotel.

—¿Ah, sí? —Se calma un poco y se le atenúa la rojez—. Pues claro, dígame el nombre y miraré en qué habitación está ese amigo suyo. —Se seca la frente con un pañuelo y ya vuelvo a tener frente a mí al mánager impecable de antes.

—No le hablo de un cliente de ahora, busco a un cliente de 1974.

—Amigo mío —dice él mientras se ríe—, tengo buena memoria, pero 1974…

—¿Le suena el nombre de Max Frisch?

—¡Ya lo creo! —Ahora se le ilumina la cara, este tipo es un árbol de Navidad—. ¡El señor Frisch es nuestro escritor de cabecera, la pluma preferida de la casa! Cada año tenemos un montón de clientes alemanes y suizos que vienen siguiendo el rastro de la novela.

—¿La ha leído?

—Bueno, lo intenté, pero era muy enrevesada, la dejé a medias. Pero, vaya, tampoco pasa nada por dejar las novelas a medias, ¿verdad? Eso sí, las partes en las que habla del Gurney's las tenemos enmarcadas y decoran el comedor. Incluso editamos un

díptico en alemán para la clientela literaria. Espere, que se lo busco.

—No hace falta, no entiendo el alemán.

—Yo tampoco lo entiendo, pero por eso mismo, lléveselo igualmente, que hicimos un montón y nadie los quiere. —Y saca un díptico de debajo del mostrador—. Mire, aquí se cuenta quién era el señor Frisch y quién era la señorita Lynn, que en realidad se llamaba Alice Locke-Carey. Y se especifica claramente que no podemos enseñar la habitación en la que se alojaron porque, sinceramente, no tenemos ni idea de cuál era. De hecho, cuando llegaron los primeros alemanes, mi tío Nick —y me señala un retrato inmenso del viejo Monte tras la recepción— creía que le tomaban el pelo. Durante años pensamos que el tal Frisch nunca se alojó aquí, que situó su novela en Montauk por una cuestión de conveniencia, esas cosas de buscar localizaciones exóticas que hacéis los escritores. Hasta que una clienta nos mostró aquella foto y nos tuvimos que callar. Pero en los registros no salen, creo que mi tío lo buscó. Se entiende, porque no olvidemos que el asunto era una escapada extramatrimonial…

—Debéis de tener muchas escapadas de este tipo.

—Alguna, pero acogemos más bodas. Somos un establecimiento formal, ¿verdad que me entiende?

—Claro, claro, ¿le molesta si cotilleo un poco y saco cuatro fotos? Es que yo también soy muy fan de Max Frisch. ¡Este año le podrá apuntar un lector más!

Me deja a mis anchas y empiezo mi recorrido por el vestíbulo. Ayer vi cómo restauraron esta recepción. Cuando le dije a Albee que vendría a preguntar por Max Frisch, él me contó la última gran cagada de los Monte. En 2012, la cadena de televisión The Travel Channel los engañó como a chinos para que participaran en un reality que tenía que llamarse *Mr. Hospitality*, y en el que un experto en hoteles «se paseaba por los mejores hoteles del mundo» para darles consejos y aumentar aún más su excelencia. En realidad, Anthony Melchiorri, el experto del Plaza de Nueva York, preparaba un programa tipo *Pesadilla en la cocina*, el de Chicote, o el de Gordon Ramsey, auditando cocinas ruinosas en versión hotelera. «Los Monte esperaban un publirreportaje y tuvieron una crisis de comunicación monumental», resumió el dramaturgo. El experto grabó con cámara oculta las peores prácticas del hotel, desde el camarero que se hurgaba la nariz entre plato y plato hasta la suciedad acumulada en las habitaciones, y entre los cambios que impulsó Melchiorri para devolverle la excelencia al hotel estaba la

reforma del vestíbulo, que no se había renovado desde aquel 1974 en que los amantes solicitaron la habitación. Tras la humillación en prime time, la familia decidió gastarse unos cuantos millones de dólares renovando el hotel de arriba abajo, e incluso le cambiaron el nombre: ya no se llama Gurney's Inn, ahora es el Gurney's Resort and Seawater Spa, la habitación más barata cuesta 740 dólares la noche y está lleno de familias blancas y ricas que pagan un dineral por tener la playa a tres metros de la cama.

Después de tomarme el chupito salado especialidad de la casa, decido marcharme antes de que rompa algo y me lo hagan pagar. Al salir, me encuentro al gerente Monte enfrascado con un cliente, hablan de una nave espacial que se vio ayer justo delante del hotel. Tanta agua de mar no puede ser buena.

Hoy era día de limpieza en la granja. Limpieza quiere decir que dejas las sábanas sucias en la puerta y que al cabo de un rato las tendrás limpias. Con la excursión al Gurney's se me ha olvidado, y al mediodía me ha tocado llevárselo todo a Jim al sótano, la dimensión desconocida. Me lo encuentro intentando eliminar unas manchas rojas —¿de vino?— de unas sábanas.

—Oye, Jim, ¿y tú a qué te dedicas?

—A lavaros las sábanas. ¿Te parece suficiente?

—Ayer, en la cena, Albee nos dijo que eras artista.

—Cagondiós, menudo bocazas. Hago fotos. Pero de artista nada de nada, ¿eh, chaval? Vosotros sois artistas. Yo soy un aficionado. En invierno, cuando chapamos la granja, me gusta fotografiar lo que queda de la América de antes, todo lo que hemos perdido con las putas franquicias y las putas cadenas. Mira, así te harás una idea. —Y, sin que se lo haya pedido, saca su iPhone y me empieza a mostrar fotos.

Tiene un montón de álbumes ordenados por temas: gasolineras, restaurantes, tiendas, atracciones, minigolfs. Va pasando y cada imagen es mejor que la anterior: un indio de cinco metros que anuncia la licorería Sitting Bull, una heladería en forma de cucurucho gigante, la sede de una empresa de cestas de supermercado que tiene forma de cestas de supermercado, cines drive-in abandonados, hamburgueserías que son dinosauros y la joya de la corona, un dinner dentro de un Boeing de los más grandes.

—¡Joder, Jim, qué pasada! Ésta mándamela, que me gustaría tenerla —le digo.

—¡Ese sitio era brutal! —me cuenta, transportado—. Estaba

perdido cerca de Atlanta, encontrarlo me costó un huevo. ¡Pero valió la pena, le habían vaciado el fuselaje y dentro preparaban unos bistecs gloriosos! —Se saca un porrito de uno de los muchos bolsillos de su chaleco y lo enciende.

—¿Y esta fiebre por retratar rarezas de dónde te viene?

—Mis abuelos vivían en Riverhead, a diez minutos en coche de aquí. Al lado de la casa estaba el Big Duck y…

—¿Eso qué es? ¿Un restaurante?

—No, era una tienda de huevos con forma de pato gigante. Todavía existe, es uno de los primeros edificios objeto del país. A nosotros nos parecía la mar de normal, pero los turistas flipaban y siempre se paraban para retratarlo. Antes había un montón de esculturas de éstas: en Montauk aún tenemos el Motel Ronjo y su decoración hawaiana.

—¡Ah, sí, ése del tótem gigante en la entrada! ¡Está al lado del Tiburón!

—No es un tótem, chato, es un tiki. Y ésta es la América que se está perdiendo.

—Pero es ley de vida, ¿no? El tiempo pasa, los gustos cambian. El otro día me hice un selfie en el Walmart, por ejemplo. Quizá no hay esculturas, pero me pareció superauténtico…

—¿Es coña o qué? ¡Pero si todos los Walmart son iguales! Vosotros aún, que tenéis una Torre Eiffel en cada ciudad. Nosotros teníamos a iluminados que levantaban construcciones fantásticas en cada carretera, y se lo cargaron.

—¿Cómo?

—Muy fácil, cuando las autopistas se llenaron, las carreteras quedaron vacías. Y esos comercios tradicionales que vivían de llamar la atención de los conductores tuvieron que chapar.

—Están las áreas de servicio… —digo yo.

—Pero también son todas iguales, chato. En realidad, ahora todos los pueblos de América son idénticos, las mismas franquicias, los mismos fast-foods y su Walmart reglamentario. La misma mierda sin identidad. Y con las fotos lucho por conservar lo que queda de aquellos símbolos, de aquellas construcciones únicas. Los edificios objeto eran nuestras catedrales, y ya que no puedo salvarlos, por lo menos los tendré fotografiados.

Al llegar a mi cuarto, hago la cama con las sábanas limpias, me tumbo con el portátil e intento dar con el quid de la cuestión. Pronto descubro que la ley federal de autopistas y la Montauk turística actual tienen un origen común: el millonario Fisher, el factótum de los rascacielos y de los hoteles, de la reforma del

puerto, del Montauk Manor y de la antigua granja donde nos alojamos. Carl Graham Fisher —el segundo personaje de la novela sacado de un máster de ESADE— tiene una historia fascinante, es una de esas figuras que no te la acabarías nunca. Con la tirria que les tengo a los emprendedores y la retórica de autoayuda que gastan, pero este Fisher me ha caído simpático desde el primer momento, quizá porque al final se arruina y acaba pobre como yo. Empezó con una tienda de bicicletas, pero aguzando el ingenio ganaba más pasta que sus vecinos: hacía carreras, saltos y espectáculos de acrobacias para promocionarse. De eso pasó a los automóviles, y en 1904 patentó unas lámparas de gas para los faros. La mayoría de los fabricantes adoptaron su sistema, se hizo rico en pocos años y en 1913, cuando ya se sospechaba que el futuro de los faros era la electricidad, vendió la empresa por una millonada a la Union Carbide Corporation, el gigante petroquímico que décadas más tarde causaría el Chernóbil de Bhopal.

Rayo McFisher también inventó la primera concesionaria de coches de los Estados Unidos, en Indianápolis, donde más tarde financiaría la construcción del mítico circuito —vueltas y vueltas y vueltas, el deporte más aburrido del mundo—. Su siguiente obsesión fue la construcción privada de autopistas, tanto la Lincoln, que cruzaba el país de este a oeste desde Nueva York hasta San Francisco, como la Dixie Highway, que lo atravesaba desde Florida hasta Canadá. Hasta entonces, la mayor parte de las carreteras americanas eran caminos de carro y barrizales llenos de baches, y su autopista redujo espectacularmente las distancias. Fue una iniciativa insólita, financiada con un micromecenazgo masivo entre los grandes millonarios americanos, con la intención de alentar a la administración para que asfaltara el país. Lo consiguieron años después, el gobierno tomó el relevo y aprobó la ley federal de autopistas, que trituraba de facto todas las tiendecitas de Jim.

Las playas de Florida fueron el destino siguiente de Abertis Fisher: tienes que descansar, le dijo su esposa. Tumbado en la arena de Miami, esa cabeza que no paraba de cavilar se preguntó por qué las islas que había al otro lado de la bahía estaban deshabitadas. «Para llegar allí, hay que coger un ferry», le dijeron, «y solamente hay ciénagas y pantanos, mosquitos y caimanes.» Un amor a primera vista, se enamoró tanto de aquellos marjales que decidió desecarlos. Urbanizó toda la isla, así que la ciudad de Miami Beach es obra suya. Él edificó los hoteles y el puente que unía la isla con tierra firme, en su día el puente de madera más largo del mundo, hasta convertir ese pequeño resort en una de las capitales turísticas

del planeta.

Y, finalmente, Montauk. Hilton Fisher se fijó en la punta de Long Island, entonces habitada por cuatro pescadores, y decidió construir allí la «Miami Beach del Norte», «una villa Tudor al lado del mar» o, sencillamente, «Montauk™». Se edificaron hoteles, casinos, pistas de tenis y una marina de lujo, que atrajo a las grandes fortunas de la City. En los años veinte, ese nuevo Montauk se llenaba de los herederos de los Astor, los Morgan o los Ford para practicar deportes acuáticos y dejarse ver, Montauk como «the place to be», el epicentro de los Gatsbys de la época, únicamente a unos cuantos kilómetros más allá de la mansión donde Fitzgerald inventó los felices años veinte. Los Whitney y los Vanderbilt llegaban a Montauk en barco, Charles Lindbergh en hidroavión y el equipo de Rodolfo Valentino se desplazaba en camiones: allí rodaron películas como *The Sheik*, haciendo pasar las dunas por desierto. Fue el último milagro del Rey Midas Fisher: en 1926 el huracán *Miami*, el *Katrina* de entonces, barrió el sur de Florida y se llevó buena parte de sus complejos, y en 1929 el crac bursátil acabó de rematarlo, llevándose todo lo que le quedaba invertido. El incansable Carl Fischer decidió retirarse, y de la Montauk rugiente no quedó nada, con el puerto deportivo reconquistado por los pescadores, los rascacielos languideciendo y sus resorts megalómanos transformados en moteles hawaianos de segunda.

Si el caso de Luciano Di Rosa era divertido, el de Dylan Stone me ha parecido fuera de serie. Jim habla a menudo de este artista residente, dice que todavía son buenos amigos, que cada verano vuelve a pasar unos días y que en invierno se van juntos a retratar carreteras; el año pasado peinaron Iowa, Nebraska y Dakota del Sur. Eso sí, parece que sus inicios fueron conflictivos. Estuvo en la granja en julio de 2007, después de exponer en Chelsea unas versiones de las versiones que Sherrie Levine había hecho de unas fotografías de Eugène Atget. «Dylan Stone se ha apropiado de las apropiaciones de una apropiacionista», dijo entonces Roberta Smith en *The New York Times*. En la granja también practicó el apropiacionismo, en este caso de una tumbona: no dio golpe y se pasó todo el mes fumando y bebiendo al lado de la piscina.

—El último día, cuando el señor Albee le pidió la obra que justificara que no se había estado rascando los huevos todo el santo día, Dylan se cascó un selfie, lo imprimió en un DIN A4 y le añadió un pie de foto: «En realidad, vine a la granja Albee para ligar.»

Pero el proyecto que hermanó a Jim y a Dylan es de unos años

antes. Se titula *Drugstore Photographs, or A Trip Along the Yangtze River*, y es una serie de 26.000 fotografías de Manhattan en que Stone retrató el paisaje humano de cada manzana de casas, edificio a edificio, sin dejarse ni uno. Todo el mundo le ha hecho mil fotos al Empire State Building, pero en este caso se trataba de retratar la tintorería destartalada del bloque que está al lado.

Esto de inmortalizar de manera mecánica una calle o una ciudad, sin seleccionar nada, con una intención puramente documental, se ha hecho muchas veces a lo largo de la historia. En Alemania, los primeros pirados que lo hicieron de una manera más o menos estricta fueron Bernd y Hilla Becher. Son los padres de Jim, de Dylan y de todos los fotógrafos documentales. Se plantaban frente a depósitos, molinos de viento, graneros y almacenes, centraban la cámara con precisión y retrataban la construcción desde distintos ángulos. Pero su voluntad era más artística que memorialista: no era un encargo del Ministerio de Industria, para entendernos. En sus safaris fotográficos, Jim hace lo mismo, pero en lugar de retratar torres de agua con forma de torre de agua, retrata torres de agua con forma de bola de billar, torres de agua con forma de mazorca de maíz o torres de agua con forma de melocotón, como el Peachoid de Carolina del Norte, criticado por los puritanos porque recuerda a un culo gigante.

En América, la fotografía documental urbana tiene también otro referente importante, Ed Ruscha, un artista que ha sido para California lo que Dalí para el Ampurdán. En su *Every Building on the Sunset Strip* (Wittenborn Art Books, 1966), las imágenes iban pegadas unas a otras, como las panorámicas que hacen los móviles de hoy en día, de manera que consiguió inmortalizar toda la calle cuarenta años antes del Google Maps Street View. La historia de los libros de artista de Ruscha también es curiosa: empezó con *Twentysix Gasoline Stations*(National Excelsior Publication, 1962), fotos de las gasolineras que le quedaban más cerca de casa, y continuó con *Some Los Angeles Apartments* (autoedición, 1965). Después llegó la panorámica de Sunset Boulevard que decíamos, seguida por *Thirtyfour Parking Lots*(autoedición, 1967). La colección continuó con *Nine Swimming Pools and a Broken Glass* (autoedición, 1968), *Real Estate Opportunities* (autoedición, 1970) y *A Few Palm Trees* (Heavy Industry Publications, 1971).

Ahora bien, ninguno de ellos había trabajado de una forma tan obsesiva y meticulosa como el amigo Dylan Stone, porque 26.000 fotografías de Manhattan se dice pronto. Me lo imagino trabajando con calma, al ritmo tumbona de Montauk, levantándose tarde y

poniendo manos a la obra a media mañana, haciendo media docena de bloques al día, 600 fotos, que parecen muchas pero que si te pones tampoco son tantas, ¿quién no ha sacado 400 fotos de una sola boda? Y ahora charlando con uno, «hey bro, whats up?», ahora tomando un café con otro, y aquí caigo aquí me levanto y tira que te va. Como Teju Cole en *Ciudad abierta* (Acantilado, 2012), o como el sociólogo William Helmreich, que hace años que se dedica a pasear por cada calle de cada barrio de Nueva York. En el caso de Dylan Stone, su suerte fue centrarse en las calles de la ciudad más icónica, lo que le permitió exponer las fotos en el PS1 del MoMA. Y, unos meses más tarde, le cayó el gordo del cielo: con el ataque del 11 de septiembre, el skyline más famoso del mundo cambió completamente, y las imágenes de Stone pasaron de ser retratos anodinos del presente a postales históricas del pasado, instantáneas míticas de aquella capital vibrante anterior a la amputación. Convertidas en símbolos de la memoria colectiva, la New York Public Library le compró todo el archivo de golpe.

Llevar dietarios, hacer fotos, grabar conversaciones. Ser escrupuloso y documentarlo todo, la base de la autoficción. Es lo que hace Max Frisch en *Montauk*: «Por un lado tenía el dietario como punto de partida, como materia prima. El dietario como una recopilación de datos, de observaciones. Novelizar esas vivencias, falsearlas, me permitió que las acciones fueran más reales, aumentar aquella realidad con la ficción.»

En las redes sociales me espera el NULLA DIES SINE LINEA:

Tienes derecho a inventarte tu vida y decir que es cierta.
JAMES SALTER

Quizá todo este lío con la autoficción viene de no haber sabido resolver el dilema principal, la primera pregunta que debería responder un escritor. ¿Qué quiero hacer, realidad o ficción? ¿Es posible escribir ficción con personajes reales?

Una respuesta a la pregunta la tiene la familia Amis. «No se puede meter a alguien real en una novela», decía Martin en *Experiencia*(Anagrama, 2004), «porque la novela, si tiene vida propia, deformará a ese alguien de forma inexorable. A fin de cumplir sus propios designios, lo someterá a una fuerte presión y lo desvirtuará por completo.» Y su padre, Kingsley, lo remataba así: «Paradoja o perogrullada, lo cierto es que cuanto más se parezca un

personaje a la persona real, menos interesante será éste en la novela.» Según la familia Amis, la cuestión de lo real y lo inventado es para los biógrafos, los autores de memorias y el resto de los seguidores del literalismo. Pero está claro que existe vida más allá del mueble bar de los Amis, y aquí hay que contar llamadas y discusiones por haber incluido a gente en la novela sin pedirle permiso, por haberles robado anécdotas y tics lingüísticos a los pobres que me rodean. No falla, tú publica algo y empezarás a enterarte de cuánta gente se ha sentido reconocida en uno de los personajes. En todas sus variantes, desde broncas indignadas hasta cabreos sordos, silentes. También están los que se alegrarán, contentos de haber podido ayudarte, contentos de pasar a la eternidad: son la minoría. En general, los afectados exagerarán su importancia en el texto, hasta el punto de insinuarte que deberías pagarles royalties (?), cuando tú sólo les has robado aquella noche épica en la que pegaron un gatillazo, o aquella novatada tan bestial en el servicio militar que, total, ellos no van a utilizar para nada y contigo entrará en la literatura universal. Te pasará todo esto e incluso más: se te acercará gente para decirte que hablabas de ellos cuando no los conoces de nada, y al contrario, la persona que más tendría que indignarse porque le has plagiado la vida en el papel habrá pasado por el texto como si nada, sin reconocerse lo más mínimo. Lo que, por un lado, te aliviará pero, por el otro, te hará ver que quizá eres peor escritor de lo que creías.

Antes de la cena, les pregunto a los compañeros si creen que vale la pena arriesgarse a perder una amistad. Por ahora, el temor de perder la amistad del pintor ha quedado archivado, pero me sigue preocupando ofender a los pocos amigos que me quedan, especialmente si me empeño en convertirlos en materia literaria. Cuando eres incapaz de inventar, te toca recurrir a lo que tienes cerca. Sobre eso, Hank es taxativo: «Has elegido ser escritor, y si vas a por todas, vas a por todas, llevarte gente por delante no debe importarte.» Kayle, en cambio, lo ve de manera absolutamente distinta. «Nada justifica perder a un amigo. Con eso no se juega, has de saber contenerte.» Mateusz es el tercero en discordia. «Yo ya hace mucho tiempo que superé este debate. Nunca me callo nada, lo pongo todo de todos. La honestidad ha de estar por encima de la amistad: si tu amigo es un hijo de puta, tienes que poder decírselo, palabra por palabra.» Hay una solución más fácil y la sugiere Jim, que nos estaba escuchando mientras trasteaba con el horno: cambiar los nombres. Hacer un «Buscar > Reemplazar todos» y allí

donde diga Mateusz poner Tadeusz, por ejemplo. O bien cambiarle los cuatro rasgos característicos al personaje real fusilado, hacerlo más alto, más feo o directamente irreconocible. ¿Pero todo eso de qué me serviría?

Podría dormir por las noches, que ya es mucho.

En sus más de cincuenta años de dramaturgo, Albee siempre se ha inventado los personajes. Sólo se lo ha saltado dos veces: en su último Pulitzer, *Three Tall Women*, una historia en que las tres protagonistas son su propia madre con tres edades distintas, y en *The Lorca Play*, una obra para treinta y seis actores que repasa la vida del poeta y en la que aparecen Franco y Dalí. Por tanto, al menos dos veces en la vida ha seguido mi máxima: «Inventar personajes de ficción está muy bien, pero si usas los reales vas más deprisa.» Aprovecho que ha llegado hace un rato para preguntarle cómo hizo para trabajar con personajes de verdad.

—¡Déjese de historias reales, la realidad limita! —me dice él con el tonillo de siempre—. Usted invente, hágame caso, querido.

—¿Nunca ha tenido la tentación de escribir algo personal?

—Menuda pregunta, ¿usted vive en Babia o qué? Todo lo que escriba será siempre personal, pero guárdese de ponerse como personaje. Muchos autores lo hacen, y siempre me resulta insufrible. Empiezan por construir una versión más ingeniosa e irónica de sí mismos, se enredan y, hacia el final de la obra, cuando ya no saben cómo terminarla, caen en una confesión metaliteraria patética. Cuando tengo tentaciones de ficcionalizarme me obligo a abandonar la máquina de escribir.

—La vida personal está sobrevalorada —le digo yo, dándole munición.

—Sobre todo la de los escritores. ¿Puede usted creer que hay más gente interesada en mi vida que en mis obras? A los autores hay que leerlos, no hace ninguna falta saber qué marca de calcetines usan. Esta sobreexposición mediática es muy nociva, ha echado a perder a muchos autores. Fíjese en Ernest Hemingway: cuando empezó a creerse que era HEMINGWAY, así, en mayúsculas, su escritura fue por mal camino. Por suerte, Shakespeare escribió sus textos sin presión, ¡con tanta gente sobreinterpretándolo y haciéndole preguntas estúpidas se habría suicidado!

—¿Y cómo lo hizo en su obra sobre Lorca?

—Pues mire, hice lo que hay que hacer: leerlo, viajar a España, ver sus obras… Me documenté.

—¿Y de dónde sacó las palabras que le hizo decir? Porque todas

las escenas son falsas y la mayoría de los diálogos debió de inventárselos…

—Ah, ya entiendo adónde quiere ir a parar, querido, pero por ahí no me va a pillar. Sepa usted que cuando le hago decir unas palabras a un personaje, ya sea García Lorca o mi santa madre, no tenga ninguna duda de que realmente las dijo.

¿Quién teme a Edward Albee?

¿Quién teme utilizar a personajes reales en una novela?

¿Quién le tiene miedo a una demanda?

Cuando creo que alguien puede demandarme por haber hablado de él, siempre me acuerdo de la pobre Virginia Woolf, que pese a no tener ni voz ni voto en la obra de Albee, hace ya cincuenta años que aguanta la broma.

Más derivadas de la autoficción: esta tendencia enfermiza del lector a descubrir si lo que cuentas es real o no. El morbo, obviamente, pero también la accesibilidad actual, Google y la Wikipedia como causa y a la vez solución de todos tus problemas. Autobiografía y ficción casan como el agua y el aceite, en la primera novela lo viví en mi propia piel y recibí hostias por todas partes. Por un lado había lectores que me reprochaban falsedades, «esto no puede ser, te lo has inventado», y yo me apresuraba a demostrarles que ese flirt imposible entre el torero y la ministra era cierto y que estaba documentado. Y, en el otro extremo, esa gente que me felicitaba por la veracidad de algunos pasajes completamente inventados. El autoficcionador como el trilero, «la bolita, ¿dónde está la bolita?», mientras te birlan la cartera por detrás.

¡No he vivido contigo para servirte de materia literaria!
¡Te prohíbo que escribas sobre mí!

Carta a Max Frisch de Marianne Oellers,
su esposa durante el flirt de *Montauk*.

—Emma, bomboncito, tengo que comentarte una cosa. Vuelves a salir en la nueva novela.

—Ya me lo esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Y no te enfadas?

—No, hombre, no, ya te compré así. Eso sí, esta vez intenta hacerme menos sabihonda. Está bien que te inventes un personaje que te sirva de sparring, pero no hace falta que sea tan listilla,

procura hacerme más simpática.

En Montauk hay dos cosas infinitas: la jambalaya y los rótulos que avisan de los bichos que hay por todas partes. «Cuidado, en esta área hay garrapatas», dice el del jardín de la granja, «Zona infestada de garrapatas», se puede leer en muchos rincones de la playa, y también hay un «Peligro, garrapatas» en el parking del Tiburón Cansado.

Jim ha tocado la campana, y mientras hacemos cola para servirnos el rancho le pregunto de qué va todo eso de las garrapatas. Frunce el ceño mientras friega las cazuelas en las que ha cocinado la jambalaya, como preguntándome «¿te estás quedando conmigo?». Mantengo la mirada «no me estoy quedando contigo» y me cuenta que no debo preocuparme, que las señales son avisos para que nadie se meta en las zonas llenas de bichos. «Si te pican, corres el riesgo de pillar la enfermedad de Lyme», me suelta mientras aclara la primera cazuela. «¿Enfermedad de Lyme? Es una de las de *House*, ¿no?» «Cada año se infectan un par de invitados y me toca ir al hospital y montar el show», dice él, frotando la grasa de la segunda cazuela. «Así que ahórramelo, chato.» Como ve que no digo nada y me estoy poniendo pálido, detiene el aclarado e intenta tranquilizarme. «Tú no sufras: haz caso de los carteles, no te acerques a las zonas infectadas y punto.»

—¿Qué, Messi, quieres jambalaya o tengo que servírtela yo? —me pregunta Mateusz desde detrás. Ni lo he visto llegar.

—Pasa, pasa, yo me he quedado sin hambre.

Me excuso vagamente, digo que no me encuentro del todo bien y salgo pitando hacia mi cuarto, donde me apresuro a buscar «enfermedad de Lyme» en Google. «La enfermedad de Lyme o borreliosis es una patología infecciosa que transmiten las garrapatas y que puede afectar a diversos órganos del cuerpo humano. Si no se detecta a tiempo, se puede convertir en crónica, con síntomas de otras enfermedades, como la fatiga crónica, la ELA o el lupus…» Pero no me quedo en la Wikipedia, pues hay miles de páginas dedicadas a esta enfermedad. Parece que normalmente se detecta con las picaduras: los habones de la garrapata suelen mostrar una especie de diana alrededor de la mordedura, con círculos concéntricos de hinchazón, pero si no te das cuenta o tu cuerpo no reacciona, pueden pasar semanas y meses de esta manera, y te empezarás a sentir mal sin tener ni idea de dónde te viene.

Inicialmente, la borreliosis presenta un cuadro similar a la gripe, con décimas, dolores musculares y en las articulaciones, pero puede llegar a provocar problemas neurológicos y agotamiento crónico, e incluso la parálisis del paciente.

Me descargo el capítulo de *House* dedicado a esta enfermedad, el séptimo de la cuarta temporada, en el que un chico con elefantiasis acaba por tener Lyme. Cuando ya sabes de qué enfermedad se trata, esta serie resulta aburrida, así que paso el capítulo rápido, saltándome los paseos con bastón y esos disparates ingeniosísimos que necesitaron a doce tíos en el guión. No saben lo que tiene y el chaval está a punto de palmarla, pero finalmente la protagonista guapa descubre que tenía una picadura de garrapata en el coco, oculta bajo el pelo. Me quito toda la ropa, sin asegurarme siquiera de que las persianas estén bajadas, y me acerco al espejo para comprobar que no tenga ninguna picada ni círculos concéntricos en el cuerpo. Después intento mirar entre mis cabellos, y como no tengo a mano una máquina para raparme me saco fotos desde todos los ángulos posibles. En internet, las fotos de picaduras son clarísimas, todas parecen un tablero de dardos, y yo no tengo nada que se les parezca, pero… ¿Y si la tuve el primer día y ya me ha desaparecido? O quizá me picó en una zona recóndita, en ese punto de la espalda que siempre me quemo porque nunca consigo llegar con la crema solar…

No puedo parar, son las dos de la mañana y ahora ya me pica todo el cuerpo. Internet está lleno de fórums de infectados con Lyme contando sus casos, y cada uno es más terrorífico que el anterior. Años y años de parálisis y fatigas y trastornos, decenas de médicos y de tratamientos hasta que, finalmente, acabaron siendo diagnosticados de borreliosis y hallaron la solución. Hablan de la Lyme como «la epidemia silenciosa», y la definen como «la gran imitadora», una enfermedad camaleónica que los médicos confunden con la esclerosis, la fibromialgia, el Alzheimer o la depresión. Y este grado de confusión y descontrol con una de las enfermedades que más crecen en los Estados Unidos —30.000 infecciones al año— resulta muy preocupante. Los foreros pretenden ser víctimas de un gran complot médico-gubernamental para ignorarlos. Y por un lado pienso que son unos exagerados, pero por el otro no puedo dejar de leerlos, los veo tan desamparados que me tienen atrapado.

Encuentro el caso de Amy Tan, la escritora superventas, que en 2013 escribió en *The New York Times* un artículo espeluznante sobre su experiencia con la enfermedad de Lyme. No se vio el habón ni la

diana, se creyó víctima de una gripe de verano, y durante años sufrió insomnio, dolor articular, taquicardias, náuseas y fatiga, síntomas que no encajaban con enfermedad conocida alguna. «Y lo peor», escribe Tan, «es que no podía leer un párrafo y recordar lo que decía, no podía articular dos pensamientos seguidos.» Cuando ya prácticamente había perdido la esperanza, un médico descubrió lo que tenía, le dio el antibiótico adecuado y en tres meses estaba recuperada.

Empezaba a morirme de sueño, pero el testimonio de la periodista Pamela Weintraub me lo ha quitado del todo. Cuando se fueron a vivir a la montaña, las garrapatas picaron a toda la familia de la autora de *Cure Unknown* (St. Martin's Press, 2008) y al cabo de pocos meses el hijo pequeño dormía dieciséis horas al día, víctima de una fatiga crónica, y lo habían expulsado del colegio; el hijo mayor había perdido la movilidad, y el marido, también periodista, tuvo que dejar el periódico porque no podía leer ni una sola línea durante toda una mañana. Para curar el Lyme, hay quien apuesta por el antibiótico, el tratamiento de choque que aplican en los hospitales, pero si la enfermedad se cronifica es más difícil de curar.

Guía práctica para evitar la enfermedad de Lyme

No pasee por el bosque o por el campo.	*Complicado, vivo en el fin del mundo, en mitad de la jungla. Pero lo intentaré, mañana pido una habitación en el pueblo. Que pague Albee.*
Si no puede evitar pasear por el bosque o por el campo:	
Póngase pantalones largos y asegúrese de que los calcetines le llegan más arriba de las perneras.	*Hecho. Pareceré un guiri, pero ya da igual.*
Use camisas y camisetas de manga larga.	*Hecho (no pienso quitarme la camiseta de bonito).*
Lleve sombrero o un pañuelo que le cubra el pelo: a veces las garrapatas trepan por la cabellera.	*Técnicamente soy calvo = me libro.*
No use chanclas ni vaya descalzo.	*¿Descalzo? ¿Por quién me tomas? ¿Por un pies negros?*
Si tiene perro, asegúrese de que	*Me gustaría tenerlo, pero Emma no*

esté vacunado.

Cuando llegue a casa después de una excursión, revísese el cuerpo a conciencia.

Si se observara una garrapata pegada al cuerpo, extráigala con cuidado con unas pinzas, cogiéndola por la cabeza sin presionarla para evitar que libere la bacteria. Luego guárdela en un recipiente y llévela a un experto para que analice si es portadora de la enfermedad.

quiere.

A mí me lo dice…

Si veo una garrapata alguna vez, ten por seguro que me desmayaré, y si después del desmayo aún la tengo pegada, ya me la quitará el médico del hospital más cercano.

11

He dormido poco, y hoy es un mal día para tener mala cara. Me acosté a las tantas estudiando para convertirme en el máximo experto en garrapatas de Montauk, y cuando por fin conseguí dormirme, Mateusz llegó acompañado. Se ha ligado a alguna surfista en el Tiburón y se han pasado la noche follando o jugando a algún Twister polaco que implique gritos y golpes constantes en la pared. Ya me lo imagino, seguro que se volvió a lucir con el baile de Borat y, por la regla del «si baila bien, folla bien», alguna se encaprichó de él. Cuando bajo a desayunar, me encuentro a Jim en la cocina, asomado a la nevera. Me preparo un New England Coffee French Vanilla.

—Buenos días, chato, ¿qué te pasó ayer? ¿Ya estás mejor?

Mentir no me favorece, y alargar una bola aún menos, siempre acaba siendo contraproducente: nervios, taquicardia, enrojecimiento y posterior descubrimiento flagrante. Le digo la verdad, que eso de la enfermedad de Lyme me impresionó, y a continuación le cuento todo lo que he encontrado sobre la infección, los terribles efectos secundarios como la esclerosis, la fatiga crónica o las alucinaciones.

—Estoy muy enfadado contigo y con Albee —le digo al final del discursito—. No hay derecho, eso tendríais que avisarlo. Si llego a saber que pondríais en peligro mi integridad física, me lo habría pensado dos veces. Deberíais tener un aviso en la web, si llego a saber que Montauk es una trampa mortal no me acerco por aquí.

—Chato, eres un puto hipocondríaco —me dice mientras saca un tupper de jambalaya de la nevera. A continuación lo abre y olfatea para saber si está pasada.

—Tú quítale hierro al tema, que cuando acabe paralizado en la cama ya hablaremos.

—Hipocondríaco no, eres un hipocondríaco con ordenador. ¡Mucho peor!

Por lo visto, se llama cibercondría: tendencia enfermiza a autodiagnosticarte por internet. Es una de las nuevas enfermedades

digitales, como la nomofobia —el miedo a salir de casa sin el móvil — o el síndrome del miembro amputado, según la rumorología internetera. En el caso de la hipocondría digital, los estudios demuestran que, cuando te autodiagnosticas, la mayoría de las veces lo haces erróneamente, y en el caso de que aciertes siempre te situarás en el peor escenario posible: no tendrás la gripe, tendrás la gripe aviar.

Mateusz es el siguiente en bajar a desayunar. Llega solo y muy risueño, entiendo que su compañera de Twister se habrá largado de madrugada.

—Tío, vaya fiestorro…

—Ya sé que hicimos mucho jaleo, lo siento, Messi —dice mientras se sumerge en la nevera.

—Por lo menos estaría buena… —Lo sé, yo también hago comentarios sexistas.

—Juraría que era morena, pero… —Me lo quedo mirando sin piedad y él me implora clemencia—. Te prometo que intentamos ir a su hotel, pero ella iba tan trompa que no recordaba ni cómo llegar a él. Intenté coger una habitación en el Melody, allí al lado, ¡pero los chinos de los cojones me pidieron cuatrocientos dólares!

—Y acabasteis aquí —digo yo.

—Sí. Lo siento, Messi. Sabía que dormías e intenté no hacer mucho jaleo, pero…

—Por más vueltas que le doy, no me imagino cómo podrías haber montado más follón, la verdad.

—Venga, tío, perdóname. El poema de la de hoy te lo dedicaré a ti.

El beicon y las salchichas empiezan a asarse, y yo recojo mi hummus de cada mañana.

—Por cierto, Mateusz, ¿sabes lo que es la enfermedad de Lyme? —le pregunto.

—Es el motivo por el que desde que estoy aquí no me quito nunca los calcetines —dice mientras se unta las tostadas con queso cremoso.

—¿Sabías que Amy Tan tuvo Lyme? ¡Le faltó poco para quedarse incapacitada y tener que dejar de escribir!

—Bah, tampoco nos habríamos perdido nada.

Luce un sol de película, y como mis invitados no han llegado todavía, escribo en el patio mientras Jim riega y trastea por ahí. Durante la primera hora me miraba extrañado por cómo trabajo, este clásico cinco minutos de escribir y cinco minutos de telefonear

a Emma, cinco minutos escribiendo y ya necesito ir a mear. En una hora debo de beberme tres o cuatro vasos de agua y mearé poco más o menos las mismas veces. Es la angustia de la escritura, de estar pasándolo bien pero a la vez querer huir lo más lejos posible. Por eso no puedo escribir en casa, porque cada vez que me levanto atraco la nevera. Además, en casa las distracciones son infinitas: internet, obviamente, pero también poner una lavadora o un lavavajillas. Ordenarías armarios o vaciarías el congelador antes que sentarte y continuar con el calvario. A mí lo que me funciona es trabajar fuera de casa. En una biblioteca, cuando me atasco o me topo con un verbo que no sale, no tengo la opción de levantarme y apalancarme delante de la tele, como máximo puedo levantar la vista de la pantalla y mirar por la ventana, pero sabiendo que no tengo más remedio que volver al tajo. Para mí, la escritura es esto: obstáculo y superación, y si no tengo salidas de emergencia ni excusas de mal pagador, al final de la jornada he trabajado mucho más y mejor. En la granja, quedarme en la habitación es escaqueo asegurado. Allí tengo libros para leer, una cama para dormir y toda la pornografía del mundo a un solo clic.

Los usos sexuales de internet son tan viejos como ARPANET. Las novelas de Houellebecq, sin ir más lejos, están llenas de álter ego del escritor matándose a pajas en los chats eróticos del Minitel, aquella red pública pionera que en los años ochenta sorprendió a las autoridades francesas porque la gente prefería pasar las noches diciéndose guarradas que consultar los horarios de la farmacia de guardia. Pornografía ha habido siempre, desde las pinturas rupestres hasta los dibujos eróticos de Egon Schiele. Al día siguiente de que se inventara la cámara de fotos ya circulaban postales eróticas, y el ciberespacio solamente ha multiplicado su consumo porque la ha hecho accesible para todo el mundo. En este caso, la máxima «querer es poder» se invierte: en una sociedad sin cortinas todos nos espiaríamos.

Bolaño decía que sólo hay cinco grandes temas para escribir y que ya salían en la Biblia. En este sentido, la pornografía es como una prehistoria de la narrativa, limitada a un único tema y solamente con cambios de decorados y de reparto. El jardinero, el repartidor de pizzas o el profesor particular, interiores con sofá o exteriores con jardín. El objetivo es el mismo, satisfacer los tórridos sueños del espectador masculino, que lo contemplará con la ballesta armada. Enamorar a chicas de bandera, seducir a madres aburridas y, si no es posible, pagar por hacerlo, que es también la fantasía de

muchos. Los portales pornográficos mezclan realidad y ficción sin demasiadas dudas existenciales, no sufren mis dilemas entre exponerme o fabular. En ellos conviven parejas amateurs que se graban para ganar cuatro perras al lado de profesionales que fingen castings o entrevistas laborales, *Fue a por trabajo y le comieron lo de abajo*, los títulos exagerados y sardónicos como sinopsis exactas, como descripciones precisas. Madres de familia que se enrollan con el novio de la hija o con la novia del hijo o con todos a la vez, mujeres que están siempre «en perenne y entusiasta estado de disponibilidad sexual», por usar la espléndida expresión de Román Gubern en *La imagen pornográfica* (Anagrama, 2005). Ladrones que entran a robar y no sabemos cómo pero acaba todo en orgía, el porno como un mundo en el que la gente monta orgías constantemente, las orgías son las nuevas barbacoas, el nuevo quedamos para ver el Barça.

El porno y los bestsellers comparten la misma fórmula: ceñirse a una estructura y limitar sus variaciones. Según Gubern, toda la pornografía es un «documental fisiológico sobre la felación, el cunnilingus, la erección, el coito y la eyaculación», y prácticamente siempre en este orden, la introducción (*sic*), el nudo y el desenlace que remarcan los manuales de literatura. Y, acabado siempre en culminación, el orgasmo masculino como la imprescindible «verificación emprírica» de la acción, siempre en la cara, para acabar de ejercer la dominación, poseer y someter, la lefa para marcar territorio, la corrida en los ojos como marcar a una ternera con fuego. Un género que se descalifica por una contradicción de base, tan profunda que a menudo ni nos damos cuenta: las imágenes promueven la sensación de hiperrealismo fisiológico, pero los diálogos y las actitudes de los actores son lo contrario del realismo, son antirreales. También es antinatural todo el juego de acrobacias que hacen para restregar la cebolleta, ya que la necesidad de mostrar los genitales en primer plano obliga a los sementales a adoptar todo tipo de posturas incómodas y exageradas, fornicando como gimnastas, a menudo sin que los cuerpos entren siquiera en contacto para que el espectador disponga, en palabras de Gubern, de una «constante superioridad visual».

El de la pornografía es un mundo ideal, un todo vale sin gente gorda ni tetas caídas, un universo aséptico de escrotos depilados y pichas siempre erectas, donde nunca se escapan pedos y las mujeres jamás tienen la regla. Y todo este imaginario masculino y machista alcanza su culminación en los vídeos que simulan violaciones y abusos, las mujeres sorprendidas y forzadas que, nunca falla, al

final están superexcitadas y piden más y más. La paradoja es grotesca, porque ahora que las leyes persiguen la violación en el matrimonio, la pornografía actúa como válvula de escape, amparando prácticas prohibidas bajo el paraguas de la ficción. Y los estudios lo confirman, cuanto más bestia sea el porno, mejor, las mamadas en las que la chica se atraganta tienen el doble de visualizaciones. Lo decía Chantal Maillard en una conferencia sobre el poder de la imagen. «Qué extraño poder, el de la representación. Hallamos placer en situaciones que en la vida real nos provocarían repugnancia.» Pan y circo, codificamos el porno como espectáculo y nos situamos frente a él no como personas, sino como devoradores de palomitas.

Aquéllos aún no han llegado, y para distraerme vuelvo a abrir el correo, donde me esperan dos mails de Mateusz. El primero es un artículo de *The New York Times* de hoy: «Las garrapatas, el invitado indeseable». Parece ser que las conversaciones de este año en los Hamptons no van sobre acciones bursátiles: todo el mundo habla de la enfermedad de Lyme y comparte las mejores tácticas para convertir la búsqueda de picaduras en el cuerpo en un juego para niños.

El segundo correo del polaco es el poema que ha escrito para mí. Se lo tendría que pasar a Román Gubern para que lo sometiera a una de sus descodificaciones…

REBECA

Yo bailaba borracho, como siempre, tú me mirabas lasciva, como
nunca. Fui hacia ti, tú no te marchaste,
gané el primer round.

Te mencioné a Whitman y a Baudelaire,
con problemas para vocalizar. Tú dijiste no sé qué de Lars von Trier
y Philip Glass:
perdí la cabeza, para ti el segundo round.

¿Aquí o allá? «En la arena no, que me escuece.» Pues venga, a
caminar.
Finalmente en mi cama,

crecidos por aquel licor extraño,
el tercer round.

Empecé yo, te bajé los pantalones y nadé entre tus piernas. Al salir a tomar aire te miré, mandabas whatsapps. «Eh, tía, ¿estamos por lo que estamos o qué?»

Eso debió de picarte,
porque me arrancaste la ropa
con furia pornográfica, me zampaste, y te empalé. Finalmente
trepamos a esa cama funambulística,
de nombre sueco e impronunciable,
a botar y a botar.

Fuera de mí, dentro de ti, el deseo se tragó la razón y el que te abrazaba no era yo, eran el vodka, la ginebra, las birras, pero también todos los libros
y todas las estrellas
que venían en mi ayuda.

La cama temblaba con tanta fuerza que en su vaivén chocaba con la pared vecina, y yo me imaginaba a Messi cagándose en todo.
Culpable, alargué el brazo hasta el cabezal,
y tensando el cuerpo y haciendo fuerza con la palma
frenaba el CLONG CLONG CLONG de mis idas,
gozando a medias de tus venidas.

Por la mañana ya no estabas,
te largaste pitando, sin dejar rastro, mientras yo me moría de agujetas en el brazo.

Entre los muchos vídeos que borro nada más verlos —no me atraparás, Amazon—, el otro día me encontré con una peli metatextual. Pornografía hablando de sí misma, el entre bambalinas de una gran superproducción. Representaba que, entre escena y escena, el leñador protagonista de la versión X de James Bond todavía tenía tiempo de encañonar a la maquilladora que le retocaba el colorete. Todo el montaje quería parecer un making of, espontáneo e improvisado, pero todavía resultaba más artificial.

La literatura metatextual, los libros que hablan de literatura, son igual de artificiales. ¿Es posible escribir una novela sobre la escritura? En esencia no, porque escribir, lo que es poner una palabra detrás de otra, es una actividad profundamente antiatractiva, monótona, superaburrida. Pasa lo mismo con andar:

no se puede hablar de andar, de cómo el protagonista da un paso tras otro. El hecho en sí no tiene interés, lo que resulta interesante es el paisaje recorrido, la conversación mantenida, las postales observadas, las anécdotas y la situaciones que se puedan producir durante el paseo.

—Y ahora escribe.

Me hallo en el escritorio de mi cuarto, el lugar de la no-escritura, y me enfoca una cámara. Un plano general, ahora desde atrás, ahora desde delante. Ya están aquí, han venido a grabarme los de la televisión catalana. Es así, a los catalanes nos gusta ver a otros catalanes dando vueltas por el mundo, es esa cosa provinciana que practican todos los países del mundo. He tenido que avisar a todo dios de que habría un equipo de rodaje por aquí, que al menos durante esas dos horas no cometieran ninguna salvajada, y me han hecho caso, Kayle hasta ha bajado maquillada a comer. Planos del escritor catalán preparándose unos huevos con beicon —recalentarme la jambalaya de ayer les ha parecido poco televisivo —, planos del escritor catalán preparando café —Folgers Simply Smooth Decaf, que ya estoy suficientemente nervioso—, planos del escritor catalán atiborrándose, planos del escritor catalán paseando por la playa y mirando al infinito y, naturalmente, planos del escritor catalán escribiendo.

Esos momentos en que te dicen «y ahora escribe, que nosotros te grabamos» son muy buenos. Tú abres el portátil y te pones a escribir, o, mejor dicho, a simular que escribes, tecleando con cara de concentración, y tu primer impulso es llenar la pantalla de pdfasjdf asklffsdfafasdaf sdfsdfssafsadsf asdfasasdfasf adsfasfdasfdas fasfass fas asdffdsafasddfasdfdasfdas ddfsfssfdasfasddfasa sakjsñklajlkjñfklsjsñlkafs fdfjklasklñfdaskl klsadflkj ldfsdfkajs lksajdf sdfsfsfsdkl asfsdaasfasdfsa jñlksjfdlkañsjfklasfkljsaj, pero enseguida te das cuenta de que es un error, porque tienes al cámara detrás grabando tu cogote y tu pantalla, inmortalizando lo que has escrito, de manera que si está llena de djfalsñfs ya me dirás. Así que borras los djfalsñfjaklsdjfasds rápidamente y empiezas a inventarte una historia idiota, una historia sin ton ni son pero que te obligue a teclear todo el rato, sin parar. Y escribes bobadas, porque con un tío grabándote la calva es imposible ponerte con la novela o con lo que sea que escribas en ese momento, con un tío grabándote solamente puedes improvisar y fingir que estás muy abstraído en la historia, poniendo tu cara de escritor interesante™, mientras cuentas cuántos minutos faltan para terminar. Teclear, teclear, fingir, fingir, hola, sí,

sí, probando, ahora me están grabando, un dos tres, un dos tres, yo soy un personaje y esto es una ficción.

—Pues muy bien, ya estaríamos —dice finalmente el periodista —. Te hemos grabado escribiendo, leyendo, paseando por la playa, comiendo y conversando con los compañeros de granja. ¿Puede ser que nos dejemos algo? ¿Algo más que hagas cada día?

—Hombre, pues ahora que lo dices…

—¿Y qué, ya sabes de qué va esta misteriosa novela? —me pregunta Kayle.

—Creo que estoy escribiendo un libro sobre la masturbación.

—¿Sí? Philip Roth ya escribió sobre alguien que se masturbaba continuamente en los años sesenta.

—Oh, vaya, entonces tendré que cambiar de tema.

—¡No, tranquilo, el tuyo será distinto! Tú escribirás un libro sobre alguien que se masturba continuamente en 2015.

¿Qué sentido tiene hablar de pelar el plátano en una novela? ¿Qué quiero conseguir? ¿Escandalizar? Para eso ya llego un poco tarde… Así pues, ¿por qué lo hago? Supongo que porque trato todo lo que me preocupa, y en el saco de la culpa judeocristiana el cinco contra uno ocupa una parte importante, al lado de los remordimientos cuando la jodo en el trabajo o los ataques de ira cuando no consigo estar solo unas cuantas horas al día. Pero el debate de las gayolas es más extenso que eso, porque tiene una retahíla de dilemas morales añadidos. ¿Qué pensará mi madre cuando lea el texto? O, peor todavía, ¿qué pensará mi bomboncito cuando le digan que su novio es el rey de los juegos de manos? ¿Qué necesidad tengo de escribir mi libro de las pajas? ¿No he aprendido nada de Philip Roth jurando y perjurando durante tres décadas de entrevistas que Portnoy era una invención?

Tal vez romper el tabú. La tentación de normalizarlo, de intentar entender qué coño pasa con esto, de entender el porqué de este silencio sobre una práctica que perpetra el 90 % de la población. Pero el precio de esto no deja de atribularme. ¿Y si me persigue para siempre? ¿Quiero que se me asocie a esto? ¿Quiero tener que responder a la pregunta Philip Roth en todas las entrevistas desde hoy hasta 2035? Cuando escribí sobre el torero, me pasé seis meses declinando invitaciones a tertulias taurinas, y ahora que consigo liberarme…

—¡Qué modo de rechazar tu propia vida! ¿Por qué lo haces? De nada le vale a un hombre desaprobar su vida del

modo en que tú desapruebas la tuya. Parece derivársete cierto placer, incluso cierto orgullo, del hecho de hacerte víctima de tu peculiar sentido del humor. Todo lo que dices viene retorcido, de alguna manera, para que así resulte «gracioso». Todo el día lo mismo. De un modo u otro, todo es irónico o autodespreciativo. ¿Autodespreciativo?

—Digámoslo así, si quieres. Que se burla de sí mismo.

—¡Exacto! Y el caso es que eres un hombre de elevada inteligencia, lo cual resulta aún más desagradable. ¡Con lo mucho que podrías aportar! ¡Venirle a uno con ese estúpido desprecio de ti mismo! ¡Qué desagradable!

PHILIP ROTH, *El mal de Portnoy*

Ya hace un par de días que hablamos con los de la granja «de escribir una novela» como sinónimo de darle a la zambomba.

—¿Qué, cuántas novelas habéis escrito hoy? —pregunta Mateusz.

—Yo dos —le respondo.

—Una —dice Hank.

—Pues yo unas siete —suelta Mateusz.

—¿Siete?

—Siete novelas.

12

10.00

La sensación de vivir solamente para leer y escribir es verdaderamente impagable. No tengo tema ni novela, pero escribo. Son las diez de la mañana, hace tres horas que estoy despierto y ya he leído un rato, he llenado un par de páginas, he desayunado, he dado un paseo, he vuelto a escribir… Es una maravilla, esto de no tener más compromisos, de poder trabajar con la libertad de saber que tienes todo el día por delante, sin esa alarma mental que te dice que a las nueve tienes que estar en el curro y que, por lo tanto, no vale la pena que te levantes. Aquí, en cambio, cada día es de un blanco inmaculado, una selva de horas vírgenes, y los frutos de esta libertad brotan por doquier, en lecturas que te llevan a otras lecturas, autores que te llevan a otros autores, consultas en internet que te enlazan a más cosas que no sabías, artículo de la Wikipedia tras artículo de la Wikipedia. En resumen, un bucle infinito de la cultura.* Son los beneficios de ser un subvencionado: cuando tienes todo el tiempo del mundo frente a ti, la cultura* fluye como una larga telaraña, como un orden en el caos que hermana a los seres humanos, traza paralelismos y cierra círculos de afinidades. ¡Qué maravilla, la aventura de la cultura![1] Sólo son las diez y el día será todo lo que yo quiera, todo lo que yo elija. ¿Puede haber algo mejor?

11.00

Cópula vintage con look setentero, grabación con las típicas rayas blancas del VHS, donde los actores llevan bigote Tom Selleck y las actrices tienen pelo en todas partes. Es la clásica historia de enamoramiento y castaña en la primera cita, pero con un ritmo tranquilo, de desayuno de tenedor, que contrasta con la vigorexia hiperatlética de la industria actual, en la que todo está inflado y es excesivo, XXL. Aquí follan tranquilamente, sin ir de coca. Una vez

tuve una amiga que clasificaba sus conquistas en «polvos fitness» —el ta-ta-ta-ta-ta-ta de esos pichabravas metralletao «polvos tantra» —suaves y místicos, sin prisa, doble malta—. Le pagué muchas fantas, pero nunca supe en cuál de los dos subgrupos me clasificaba. He escroleado el vídeo hacia delante, porque la escena de transición entre que se conocen y mojan el churro tarda un poco: primero una excursión náutica por un lago que dura más que un matrimonio, con Magnum remando y la tía que se va insinuando, que tú ya ves por dónde irán los tiros pero la matraca aún no llega. Pero no tengo paciencia, soy de la generación tuitera, así que dos clics más tarde ya los tengo anclados en la orilla, sin ropa y a punto de caramelo, el escrol ha matado a la narración tradicional. Empieza el bolero y lo que veo me gusta, pero me está costando empatizar con ellos, ¿será que no estoy hecho para este porno slow food? ¿Me habré convertido en un esclavo de la zumba? Sea como sea, ella es muy guapa, me declaro enamorado. Especulo con buscar su nombre y mandarle cartas como hacían los Bloodhound Gang. Entonces pienso que, si el vídeo es de los setenta, ahora esta moza debe de tener unos… ¡sesenta! Qué horror, seguro que esos pechos hipnóticos ahora son algo bien distinto. No puedo sacarme esa imagen de la cabeza y me quedo desarbolado. Apago el ordenador mucho antes del final, de manera que no llego a dilucidar si este bucólico *Déjeuner sur l'herbe* acaba en boda.

12.00

Mail de la editorial. En el asunto, VENTAS DE E-BOOKS: el corazón me da un vuelco. Ahora sí, por fin ha llegado, la liquidación que me salvará la temporada. ¡Que el libro digital funciona, hombre! ¡Que los lectores del futuro compran libros electrónicos, y el mío era un libro del futuro para los lectores del futuro! No sé por qué sufría tanto por las ventas, siempre me pasa lo mismo, que me deprimo antes de tiempo.

Número de e-books vendidos: 3.

13.00

Aquí todo se basa en no hacer nada, convivimos en una comuna como si el mundo hubiera quedado suspendido. Podría empezar una guerra entre los Estados Unidos y Rusia y ni nos enteraríamos, quizá veríamos pasar los misiles, pero poco más. La actualidad también ha desaparecido, no hay noticias más allá de si ha llegado el libro

que habíamos encargado o de si Jim ha comprado más hummus. Los días podrían sucederse hasta el infinito, meses, años enteros levantándose, desayunando y escribiendo, levantándose, desayunando y escribiendo. Sin necesidad de novedades, sin necesidad de saber si el mundo sigue girando, porque es obvio que gira aunque no conozcas el último bombazo irrelevante que comentaremos en Twitter hasta la saciedad. También me doy cuenta de que, a medida que la cabeza se me vacía de todo este ruido, ella sola se me llena de otras cosas, y ahora está hirviendo todo el día con literatura. Es ese fragmento mítico de *Estudio en escarlata* en el que Watson se ríe de Holmes porque no conoce la existencia del sistema solar. «Haré lo posible por olvidarlo», responde el detective, porque «a partir de cierto punto, cada nuevo dato añadido desplaza necesariamente a otro que ya poseíamos.» El cocainómano tiene razón, corremos el riesgo de que las cosas inútiles desplacen a las informaciones verdaderamente importantes en nuestro cogote.

Tenemos cocinero, bodega, limpieza y una nevera que se llena sola, de manera que la granja solamente refuerza la idea —falsa— de que puedes vivir de esto. Por lo menos durante cuatro semanas eres un escritor de verdad. Tú preocúpate sólo de escribir, leer y dormir. Tú sólo escribe.

14.00

El NULLA DIES SINE LINEA de hoy:

Escribe tu puto libro ya. El mundo lo está esperando.
DAVE EGGERS

15.00

Esto de escribir está bien, pero no nos engañemos, todo el día cansa. Hoy he hecho tres o cuatro páginas, pero a las dos de la tarde ya no salía nada más. Y entonces, ¿qué? He abierto el *Montauk* de Max Frisch por sexta vez desde que estoy aquí, he cribado dos y tres veces los 140 canales de la televisión por cable, he perdido dos partidas de ajedrez con Mateusz, me he pasado su Tinder, he ordenado mi cuarto y he sacudido la nutria un par de veces más, partido de tenis (dobles, ¡dos parejas de huevos!) y una cheerleader seducida por el quarterback rival. No lo sé, me estoy exasperando de no dar golpe. Además Hank y Kayle han ido con el

monovolumen a la casa de Herman Melville, el autor de *Moby Dick*, que está a unas horas de aquí, pero como no lo he leído, he declinado la invitación. Es la última vez que digo que no a salir de excursión.

16.00

Estoy harto de tanto jardín y tanta ardillita y tanta tele por cable. Necesito una máquina tragaperras, un mueble bar y una escopeta.

16.30

Los de la casa de Melville han vuelto y me cuentan la excursión. Dicen que desde la ventana se ve una pequeña colina con el perfil de una ballena, lo que te permite entender muchas cosas de la escritura de *Moby Dick*. Pero como no he leído el libro ni he visto la película, todo eso me resbala un poco. Eso sí, el método de escritura de Melville me ha marcado, lo recordaré toda mi vida: mientras su mujer se pasaba el día en la planta baja, cocinando, haciendo la colada e intentando cuadrar a la media docena de hijos que tuvieron, Melville se encerraba con llave en el piso superior para escribir. Ya se podía prender fuego la casa, que la escritura era sagrada. De entrada me parece un método envidiable, quién pudiera ser escritor del siglo XIX y qué duro resulta serlo en el XXI, pero enseguida me percato de que el método Melville es discriminante: en el supuesto de que la mujer también escriba, como es el caso de mi Emma, ¿se habrían encerrado los dos a trabajar y habrían dejado que los niños se mataran? No acabo de verlo claro. A mí siempre me ha descolocado la reivindicación de Virginia Woolf, eso de una habitación propia para escribir: no tanto porque señale que las mujeres necesitaban espacios de intimidad, lo que reivindico con ferocidad, sino porque yo, que soy el macho opresor, nunca he tenido una habitación propia, y aún menos el dinero que ella reclamaba para sacar adelante una actividad creativa. Cuando pienso en la Virginia Woolf que retrata Michael Cunningham en *Las horas* (El Aleph, 2003), por ejemplo, con cinco criadas que se lo hacían todo y un marido 24/7, siempre atento, siempre disponible, solamente sé ver a una señora de la aristocracia refunfuñona y amargada por la escritura, como lo estamos todos. Bienvenida al club de los angustiados, señora Woolf. Mi generación nunca verá esa «habitación propia para escribir», y «el salario mínimo para

crear» ya te lo puedes ir pintando al óleo, porque «no tendrás casa en la puta vida».

17.00

ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MA ES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MMAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKED JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKESMJACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND N0 PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JA CK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKE JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORKAND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAYS MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY
ALL WORK AND NO PLAY MAKES JACK A DULL BOY

18.00

No lo sé, chicos, puede que la vida de un escritor rural full-time sea esto, pero yo no funciono de esta manera. Estaba tan hasta las narices de descansar que he decidido volver a correr. La vuelta del otro día en sentido contrario. Hoy el encuentro con el perro ha sido

menos patético, aunque cuando ha empezado a sonar Wagner por los altavoces y el animal ha salido disparado hacia mí, he temido que el efecto disuasorio del asfalto se hubiera evaporado. Pero la valla invisible ha funcionado de nuevo, y el asalto del primero de caballería aerotransportada se ha detenido, como siempre, a diez centímetros de la calzada. Me ha vuelto a ladrar desde allí, bajo mi nueva mirada de suficiencia y desdén. Hoy mi sudor ya no olía a miedo, hoy olía a… victoria. La novedad de esta tarde son unos carteles que han aparecido en los jardines de la mayoría de las casitas del barrio. En la acera, frente a cada casa, diversos vecinos han clavado pequeñas vallas que anuncian a su candidato en las elecciones a sheriff del condado. Según parece, esto no va tanto de espacios gratuitos de propaganda electoral en los árboles y en las farolas, sino de voluntarios que practican el puerta a puerta y, si te convencen, te piden si les dejarías plantar la pancarta en tu jardín. Hoy por hoy, la barriada se divide en siete vecinos con carteles de «Bartlet for Sheriff» y dos tristes pancartas que quieren como sheriff a un tal Underwood.

18.30

A medida que nos vamos cansando de escribir, el comedor de la casa se convierte en la enfermería. Allí me encuentro a Mateusz y a Hank tomando cervezas, el polaco enganchado a Tinder y el de Minneapolis distraído con los Yankees contra los Red Sox.

—Lo mejor es cuando les cuentas que escribes —suelta Hank en un momento dado—. El otro día, en el Tiburón, una tía pasaba de mí totalmente. Le dije que era escritor y de repente todo fueron elogios «¡guau, tío, eso es fabuloso!».

—Las americanas, que están siempre sobreactuando —dice Mateusz.

—Además, ya no tienes edad para ir persiguiendo a las jovencitas, chaval —le digo yo.

—¿De verdad que nunca os ha pasado que decís que sois escritores y hay gente que os haría reverencias? —insiste Hank—. He conocido a gente que tiene un respeto reverencial por el oficio, como si fuéramos médicos.

—Pues debe de ser en los Estados Unidos, porque en Barcelona no pasa nunca. Básicamente, decir que eres escritor es exponerte a que te contesten «vale, eres escritor, ¿pero realmente a qué te dedicas?».

—En Polonia, si dices que eres escritor corren a cerrar con llave

el mueble bar.

18.45

Le mando un selfie a Emma. «Eres una circunferencia perfecta», me responde. ¿Tanto me habré engordado? «Y tú eres un la bien afinado », le contesto.

19.00

Cenamos a la hora de siempre, Albee no está, hoy tenía invitados en el caserón. Jim ha preparado judías y salmón ultraespeciado. «¡Hoy no has jambalayado!», le digo mientras lo abrazo. «No he tenido tiempo, pero si quieres ayer sobró un tupper entero.» Le pregunto por qué le echa tantas especias a todo, si es lo normal en la cocina de aquí o si se trata de su toque especial. «¡Hombre, el picante es bueno para la salud, y además es afrodisíaco!» Mientras comemos, hablamos de lo que esperábamos encontrarnos en la granja y de lo que finalmente ha sido, y yo les cuento que me imaginaba un entorno más rural.

—Quizá no lleno de vacas, pero sí con cabras y animales pastando. Me imaginaba un rincón perdido, no la playa de moda de la Costa Este.

—Aun así, yo tengo que dormir con tapones, la verdad —suelta Hank.

—¿Por el ruido? —le pregunta Mateusz—. Pues a mí me parece muy silencioso.

—Es silencioso cuando las habitaciones no se transforman en follódromos —le digo yo. Él sonríe y me llena la copa.

—¡No sé cómo podéis hablar de silencio con esos grillos de los cojones! —responde Hank—. En Siracusa puedo dormir con las ventanas abiertas, y cuando vivía en Minneapolis o en Nueva York, ya podían pasar coches, sirenas de la policía o puertorriqueños con la música a todo trapo, que yo dormía como un tronco. El barullo urbano no me molesta, pero en cuanto salgo de la ciudad lo oigo todo: los grillos, los gallos…

—¿Tapones de espuma o de cera? —pregunta Mateusz.

—Unos de cera muy caros, hechos a medida. Duermo con eso y con un antifaz para la luz. Y ya se puede acabar el mundo…

—Yo para lo que necesito los tapones —dice el polacono es para dormir, sino para escribir. Cuando escribo necesito silencio absoluto, necesito más que silencio, necesito el vacío sonoro que me

producen unos buenos auriculares aislantes. —Y después de decir eso se ha levantado y ha corrido hasta su cuarto; en un plis plas ya estaba de vuelta con los típicos cascos de obra, de operario de martillo neumático—. ¡Sin esto estoy perdido! —dice él, y todos los demás nos los probamos. Tiene razón, en cuanto te los pones el mundo exterior se amortigua, una sensación similar a estar bajo el agua o a taparse las orejas con las manos. Es una sensación extraña, más silenciosa que el silencio: el silencio de tu cabeza.

—¡Son los que llevabas el otro día en el jardín! —dice Kayle—. Y yo que creía que escuchabas música mientras escribías…

La conversación deriva hacia sistemas para evitar las distracciones, para la mayor parte de nosotros las redes sociales son el enemigo número uno. Hank se cachondea, él no tiene Facebook ni móvil ni nada, y dice que todo se basa en una cuestión de disciplina. Mateusz cuenta que siempre escribe en lugares sin cobertura. Dice que cuando compartía piso siempre especificaba que no hubiera wifi en la casa. Kayle cuenta el caso de Jonathan Franzen, que se cargó el módem del ordenador para no ceder a la tentación. «Una vez estuve en una granja donde internet estaba prohibido», continúa la de Singapur, «¡y nunca he escrito tanto como durante aquellas semanas!» Pero la aportación clave es la de Melissa, que todavía sigue en la granja, hacía tantos días que no cenaba con nosotros que ya la imaginábamos balanceándose de una viga. Pero no, hoy ha interactuado con el resto de los mortales. Dice que su ex novio, que no es escritor pero sí diseñador gráfico y no sé cuántas cosas más, le instaló dos aplicaciones que te cortan la conexión. Así te evitas hacer un Franzen y escoñar el ordenador. Unos programillas que tienen nombres divertidos: uno se llama Freedom, quizá inspirado en la novela del revientamódems, y que por diez dólares te permite recuperar la libertad de escribir durante los minutos que te hagan falta, porque te capa internet el tiempo que tú le digas. El otro programa lleva un nombre aún más irónico: Self-control.

21.30

Mateusz quiere ver *Gravity* y propone ir al cine de los Hamptons. Es un cine clásico, de los pocos que sobreviven y el único de la zona que aún mantiene los típicos carteles manuales, alguien trepa semana tras semana para cambiar el título de la peli con caracteres de quita y pon. Al final sólo me apunto yo, y ya le advierto que será una americanada total, salvar el mundo y llevarse a la guapa,

Armageddon 2. Él dice que no, que ha leído que parecía una película europea, «poesía visual estilo Tarkovski». Le digo que flipa y nos apostamos las cervezas de toda la noche.

23.00

Birra después del cine, paga el Tarkovski polaco. Le cuento que Emma no habría podido ver la película porque sufre de astrofobia, un pánico repentino a ver imágenes de la tierra desde el espacio. Cuando ve pelis de astronautas tiene que cerrar los ojos, con *Melancolía* de Von Trier, esa gran metáfora del matrimonio en forma de colisión interestelar, se fue hundiendo en la butaca a medida que se aproximaba el planeta. Mateusz dice que ya conocía la astrofobia, y que a su mujer también le pasa, no puede salir de casa durante las noches sin nubes. Me cuenta que todo esto del espacio le interesa mucho, que ha escrito artículos sobre el tema para la *Gazeta Wyborcza* y que está muy al día. «Te creía un poeta full-time», le digo yo. «¡Messi, tengo que comer!» Dice que en el Max Planck Institute le contaron por qué las *Soyuz* todavía funcionan mientras que los transbordadores americanos se han ido todos al traste: es la electrónica. «Los americanos empezaron a meter electrónica en todas partes, venga botones y alarmas, y las naves fallaban más que una escopeta de feria.» En cambio, la *Soyuz* es pura mecánica. «Un transbordador ruso es un Lada Niva espacial: si falla, le das un golpe y como nuevo.» Pero hasta la tercera birra no saca el tema de la noche: el sexo en el espacio. Él sostiene que ya se ha hecho, que la NASA lo oculta porque es tabú, pero que es seguro que ya hemos chingado en el espacio. Yo sostengo que no, que es físicamente imposible, que no se puede follar sin gravedad: que cualquier embestida del folleteo te impulsaría contra las paredes de la nave. Él dice que precisamente por eso la NASA inventó los cinturones de anclaje y los sacos de dormir especiales. «Aunque sea cierto», replico, «lo veo imposible, en las misiones espaciales no hay tiempo para la jodienda, ¡todo está milimetrado y tienen que hacer cientos de experimentos!» Además, le digo, qué coño, si se hubiera hecho ya lo sabríamos. Él se empeña en que seguro que hay alguien que lo habrá probado, que ha habido incluso matrimonios de astronautas. «Aunque sólo sea por ser los primeros, estoy convencido de que algún matao lo ha intentado.» Acabamos la discusión con un empate, aunque este último argumento de hacerlo para entrar en la historia me convence: yo también me pico.

3.00

Me cuesta conciliar el sueño, doy vueltas en la cama y con tanta cerveza se me va la cabeza. De repente oigo un ruido en el pasillo, como de cristales o de botellas que chocan. Me parece raro, creía que todos dormían. Cojo el iPhone y, desde la cama, decido entretenerme con eso del sexo en el espacio. En la Wikipedia encuentro unos cuantos artículos buenos sobre el tema, como uno que recoge un memorándum confidencial de la NASA, el Documento 12-571-3570, que informa de experimentos kamasútricos extraatmosféricos con astronautas que mojan el churro en los sacos de dormir de Mateusz. Minutos más tarde, descubro que los sacos existen, los inventaron los rusos, pero el informe top secret es rotundamente falso. En el fondo, no parece que nadie tenga la certeza de que se haya echado un casquete en el espacio. Lo que sí he hallado documentado son casos de masturbación sideral: en unas jornadas llamadas *Sex and Science*, de 2009, Wubbo Ockels, el primer astronauta holandés, confesó que se había hecho la puñeta allí arriba.

También doy con «la primera escena porno grabada en el espacio» en la peli *The Uranus Experiment*, una superproducción de 1999 promocionada a todo trapo por la productora Private. Un blockbuster que llegaron a llamar «el *Titanic* del porno». ¿El argumento? En un encuentro en la Estación Espacial Internacional, el equipo del transbordador americano es seducido por la tripulación rusa y acaban en una cama redonda que se televisa a todo el mundo. Luego la aventura continúa en el planeta Urano, donde los heroicos y musculados astronautas establecen «contacto» con un par de extraterrestres de panderos perfectos y pechos de pago. Vamos, que no es que merezca un Oscar al mejor guión original. Lo que sucede es que los de Private se gastaron un montón de pasta en la banda sonora para la peli de The Prodigy y Massive Attack, pero sobre todo en la infraestructura para grabar la primera eyaculación a gravedad cero de la historia. La productora alquiló uno de esos aviones capaces de salir de la atmósfera y de volver a entrar en ella en caída libre, de forma que los pasajeros experimenten unos segundos sin gravitación. Y este medio minuto de flotación debía de bastar para que el corneta de turno consiguiera hacer vomitar al calvo. Según contaba el director John Millerman en una entrevista promocional, fue difícil porque «a medida que íbamos ascendiendo, nuestros cuerpos soportaban tres

veces la gravedad de la Tierra, y ni la mejor picha del mundo podía levantarse en esas condiciones». *Eppur si muove*: cuando empezó la caída, el recluta Nick Lang consiguió cargar el fusil en cinco segundos y dispararlo diez segundos más tarde. La pistola más rápida de la estratosfera, es para quitarse el sombrero. La película recoge perfectamente cómo la corrida sale disparada en las clásicas gotas flotantes del líquido en el espacio, «esferificaciones de lefa», en el léxico de Ferran Adrià. Pero lo mejor son las palabras del sufrido héroe capaz de la gesta: «Si quieres que te diga la verdad, no puedo decirte cómo me sentí sin gravedad, ni recuerdo la sensación de flotar ni nada parecido», confesaba días después el semental. «Tenía mucha presión, sólo sabía que tenía que correrme y que apenas había tiempo, y me concentré en lo que hacía. Y lo hice. Y qué caray, estoy orgulloso de ello, ¿sabes?».

13

Todo intercambio comercial se inicia con un excedente: te has pasado recogiendo moras o has cazado un ciervo y no te lo puedes zampar tú solo. A partir de ahí puedes hacer dos cosas: o bien compartirlo desinteresadamente o bien intercambiarlo para sacar algo a cambio. Del trueque neolítico al centro comercial sólo hay unos cuantos miles de años y la invención de la moneda, la nevera y el hilo musical. En el intervalo, no nos podemos saltar el mercado de toda la vida, bajo los soportales o al aire libre, carne y pescado, frutas y verduras, campesinos y ganaderos. El mercado del jueves mantuvo su monopolio hasta que en 1850 nace Le Bon Marché en la bonita y sobrevalorada villa de París. Pero el nombre no hace la cosa, porque el modelo de Aristide Boucicaut se opone frontalmente al mercado popular: los suyos son los primeros grandes almacenes para la clase alta, que ya no quiere saber nada de gente que mendiga ni de malos olores. La de este señor es la historia de siempre, la de un Carl Graham Fisher o un Charles Foster Kane, del colmado a los 2.000 trabajadores en un santiamén. ¿El invento? Toda clase de productos de ropa, de cosméticos y de menaje bajo el mismo techo, en un gran edificio de varias plantas, evitando la necesidad de ir de tienda en tienda a pie de calle. Las innovaciones del modelo Boucicaut son muchas: incentiva a los trabajadores por cada venta, edita los primeros catálogos de productos e impulsa el reembolso y la venta a distancia, así como las colecciones de temporada, una buena forma de forzar la renovación de los productos años antes de la obsolescencia programada. Émile Zola se inspiró en Le Bon Marché para su libro *Au bonheur des dames*, que ya retrata cómo el nuevo almacén transatlántico amenaza al pequeño comercio de la zona. Unos años más tarde, una trabajadora rebotada fundó La Samaritaine, que aplicaba las mismas estrategias. Fueron los precursores del centro comercial moderno, porque acogían decenas de pequeñas tiendas con su propio dueño, que defendía su parcela trabajando para un todo. Suyo es el primer eslogan con gancho de la época, que como toda la buena publicidad

debe ser siempre falsa: «On trouve tout à la Samaritaine». La competencia siempre espolea, y el tercer competidor en discordia, los almacenes Printemps del bulevar Haussmann, inventó las rebajas y fue de los primeros en instalar ascensores, luz eléctrica y un acceso pionero a la tienda desde el andén del metro. Y de París al mundo: antes de la Gran Guerra, todas las grandes ciudades con voluntad de serlo tendrán sus grandes almacenes.

Pero llega la Segunda Guerra Mundial, que en la historia del comercio es a la vez sacudida y tirón, y en veinte años se pasará del hambre durante la Gran Depresión, que retrataban John Steinbeck y Dorothea Lange, al exceso de producción agrícola. Durante el conflicto, toda la industria se orientará hacia la guerra, y eso provocará hambre y escasez. El tirón vendrá después de Hiroshima, cuando la investigación científica desembocará en el gran consumo. ¿Qué diferencia hay entre fabricar tanques y fabricar tractores? Si hemos inventado las armas químicas, ¿qué son tres docenas de nuevos fertilizantes? En Europa la posguerra es racionamiento y reconstrucción, en América son las enormes extensiones de trigo que vemos en las películas, la grúa que enfoca un cruce de caminos entre plantaciones interminables, y George Kaplan que corre y corre perseguido por la avioneta fumigadora. Con la revolución verde, los campos empiezan a producir el doble y dos veces al año, y cuando produces tanto puedes vender muy barato, y cuando vendes barato puedes cargarte a la competencia. El gran salto adelante de la agricultura americana arruinó a toda una generación de campesinos que no podían hacerse cargo de la inversión en tecnología y tuvieron que vender sus terrenos a las grandes multinacionales. Un sector más, el enésimo, que el capitalismo segaba en nombre del libre mercado. La nevera fue la última conquista: con el problema de la caducidad eliminado de la ecuación, por fin se podían tratar los alimentos como si fueran ropa o televisores. Los años cincuenta son clave en este sentido y consolidan el modelo de familia, de país y del mundo que vendrá. Derrotados los fascismos, consumir es la única ideología posible, la última gran religión. A todo esto también lo han llamado el sueño americano: tenéis derecho a una casa con porche, tenéis derecho a un coche y a una tele grande que te cagas. La Constitución americana ya lo decía, tenéis derecho a «perseguir la felicidad», pero si la compráis acabaréis antes.

No muy lejos de Montauk, en el barrio de Queens, justo al otro extremo de Long Island, fue donde Michael J. Cullen vendió por primera vez comestibles en grandes cantidades. Como ya habían

hecho los grandes almacenes con la ropa y los productos del hogar, hacía falta albergar bajo un mismo techo una carnicería, una pescadería, verduras y todo tipo de alimentos. Se necesitaba una gran superficie y, sobre todo, se necesitaba un cambio de mentalidad, un cambio de escala. Si compras masivamente, podrás mantener los precios muy bajos y atraer a multitudes enormes. Y si tienes miles de clientes, incluso los márgenes más irrisorios acabarán dándote beneficios. Pero un cambio tan ambicioso requería deshacerse de algunas dinámicas antiguas. En los colmados de la abuela, por ejemplo, todavía servían a los clientes de uno en uno, «¿y qué más quiere, señora Antonia, dos latas de tomate? Pues aquí las tiene. ¿Y ahora qué más quiere, guapa?». Vender a escala industrial manteniendo el trato personalizado habría requerido miles de empleados, y para hacer saltar este tapón los supermercados King Cullen inventaron el modelo self-service que tenemos hoy, en el que los trabajadores sólo intervienen para reponer los anaqueles y cobrarte. Y en los últimos años ni eso, con los almacenes robotizados y las cajas de autoservicio en que te cobras tú mismo. De los colmados a las aerolíneas low cost, el capitalismo siempre ha funcionado así, ¿qué más nos podemos cargar? El invento clave que faltaba, el icono que simbolizara el cambio de época y consolidara el imaginario, llegó siete años más tarde. Sylvan Nathan Goldman, el importador de los súpers en Oklahoma, quería lograr que la clientela comprara más comida en una sola visita al supermercado. La revelación le llegó mirando la silla en la que se sentaba: ¿y si le pusiéramos un cesto encima y unas ruedas pequeñas?

Los hipermercados actuales no han cambiado mucho respecto a los de aquellos pioneros. El trato personal ha tendido a eliminarse. La carne ya no nos la corta el carnicero, nos la encontramos en cómodas bandejas de poliestireno, cortada a miles de kilómetros por inmigrantes ilegales que se desloman por cuatro duros. El granel también ha pasado a mejor vida, ahora los frutos secos se venden en paquetes, y las verduras frescas van por el mismo camino: ¿quién quiere pasarse toda la mañana limpiando la ensaladilla rusa si la puede comprar en bolsas ultracongeladas? Y así hemos pasado del salmón ahumado, los arenques salados y las conservas de tomate al mango liofilizado, las cebollas irradiadas o las patatas electroporadas.

¿Os dais cuenta? Yo debería estar escribiendo ficción, inventando personajes acabados de estrenar o, en el peor de los

casos, repescando la historia del pintor. Pero no, aquí me tenéis, encerrado en mi cuarto de Montauk y perdiendo el tiempo 1) pelándomela, y 2) buscando idioteces en la Wikipedia y googleando imbecilidades que podría encontrar perfectamente desde Barcelona. Tú sigue perdiendo el tiempo, que nunca volverás a tener una ocasión como ésta, no volverás a encontrarte nunca a otro mecenas que crea en ti más que tú mismo.

Se llama Cynthia, es pelirroja y tiene la piel blanquísima, creo que eso es lo que me fascinó más de ella cuando la conocí, hace ya un par de años. Ese día ella estaba esperando en la parada de autobuses, pero como no llegaba, decidió subirse a nuestra furgoneta. Pasamos una tarde fantástica. Desde entonces hemos pasado muchos momentos juntos, en el gimnasio o en casa, muchos ratos compartidos con suegros, lampistas y entrenadores personales. Esta mañana, precisamente, nos reencontrábamos en la terraza de un ático increíble, ella tomaba el sol en topless cuando de repente han llamado a la puerta de mi habitación. He ido a abrir con el corazón en un puño. Pero no. No era Cynthia, era Jim.

—Chato, te han traído unos libros de Amazon.

—Ah, serán esos que pedí sobre la obesidad.

—Tú mucho echar pestes de Walmart, pero ¿cuántos libros has comprado en la librería del pueblo, eh? Piensa que Amazon es como Walmart: el Walmart de los intelectuales.

Amazon no sólo es el Walmart de los intelectuales: es peor. Empezaron vendiendo libros a precios ridículos y se cargaron a la competencia, pero ése no era su objetivo. Luego comenzaron a editar libros y a distribuirlos, a vender películas y a distribuirlas, a vender electrodomésticos, ropa o dentífricos. Pero ése tampoco era su objetivo. No buscan tener de todo, buscan tener exactamente lo que necesitas, y, por tanto, lo que realmente quieren son tus hábitos de comprador. Empezaron con críticos literarios que escribían recomendaciones, pero salían demasiado caros. Luego pasaron a los Mechanical Turks, la llamada «inteligencia artificial artificial», internautas anónimos pagados a céntimos la hora para hacer las recomendaciones del robot manualmente. Finalmente, llegaron a un punto en que los algoritmos funcionaban solos: los usuarios reseñan los artículos por su cuenta y todo funciona sin mantenimiento, y el sistema está tan afinado que ya saben lo que te apetecerá comprar la semana que viene. ¿Que ahora te apetece un helado de vainilla? Ding-dong, ya está en la puerta.

La inteligencia artificial de Amazon funciona: yo ya puedo ir borrando mis historiales, que la máquina sigue recomendándome cochinadas.

Hoy Kayle se ha emperrado en salir a pescar. Dice que lo necesita para un reportaje sobre el origen del pescado azul que se sirve en los sushibares de Nueva York. Le digo que tengo que escribir, que ya me he escaqueado demasiado, pero insiste en que me apunte, que será una gran aventura. «Si no vives experiencias de verdad, acabarás escribiendo sobre ti mismo encerrado en tu cuarto, o peor, ¡sobre los libros que has leído!» No le contesto, sería muy largo y argumentar en inglés me cansa.

Parece ser que la pesca es uno de los negocios históricos del pueblo, pescadores veteranos te embarcan hasta alta mar, te enseñan a lanzar el anzuelo bien lejos y siempre pescas algo. En Europa esta industria soporta vedas y protecciones de toda clase, pero los mares de Montauk son como una reserva, como un acuario, el paraíso de las presas gordas. Paseamos por el puerto del pueblo, entre las distintas cabañas con ofertas. «Un día de pesca inolvidable por sólo 50 dólares», dice la pizarra de El Pescador Vikingo. «Peces a porrillo + cerveza ilimitada + almuerzo a bordo», anuncian los de La Caña Alegre. «Si no pescas nada, te devolvemos el dinero», prometen los de Fishangri-la. Nos decantamos por la última cabaña, Pesca Monstruosa. No tiene ninguna oferta fuera, pero el nombre mola. Está muy oscura y huele a cerrado, como si hubiera animales vivos y todo. Viniendo del sol de agosto, entrar aquí ha sido un shock, y a medida que la vista se adapta a la oscuridad vemos los detalles de la cueva, redes y trampas para langostas en el techo, y en un lado un tiburón gigante de cartón piedra colgado en la pared. «En recuerdo de Harry», reza una placa, «el mayor tiburón blanco pescado jamás con caña». Según dice aquí, pesaba 1.500 kilos y medía más de cinco metros de longitud.

—Es literalmente imposible pescar una bestia como ésta con una caña —comenta Hank.

—Para ti y para mí sí —dice una voz desde el fondo del local—, pero no para mi padre.

Nos volvemos y vemos a un chico con rastas que nos sonríe. Lleva una camisa hawaiana y un loro verdoso en el hombro. El chico escupe unas cáscaras de pipa al suelo, se lleva la mano al bolsillo y saca otro puñado.

—Mi padre era Frank Mundus, el mejor pescador de tiburones

que ha existido jamás. Y Harry fue su medalla de oro, su gran trofeo, su consagración.

—¿Frank Mundus? Me suena ese nombre… —dice Kayle. El rastas asiente con la cabeza mientras escupe otra cáscara.

—Aquí detrás están los periódicos de aquella captura. Fue el 6 de agosto de 1986. Mi padre nos avisó por radio de que llevaba un tiburón de récord, y la noticia corrió por el pueblo como la pólvora. A las seis de la mañana, cuando desembarcaron, lo estábamos esperando unas mil personas.

—¿De qué me puede sonar Frank Mundus? —insiste Kayle.

—¿Has visto *Tiburón*? —Y se mete otra pipa en la boca.

—¡Todas —dice ella—, la uno, la dos y la tres!

—¿Sabes el cazatiburones Quint? —pregunta el rastas escupiendo la cáscara.

—Pues claro.

—Pues es mi padre.

—¡Venga, hombre! —responde Kayle.

En ese momento, el chico le da una pipa al loro, que bate las alas con satisfacción.

—¡FLAMEEEEENCA! —grita el animal.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Mateusz.

—Flamenca —dice el rastafari—. No me lo invento, nena, Spielberg se inspiró en mi padre. Está documentado, el tío vino a casa, tenemos mil fotos con él y tal —insiste el pipas, que escupe otra cáscara.

—¡Pues qué honor que te dediquen una película! —dice Kayle.

—Gracias a la peli hemos tenido clientes —dice él, mientras alimenta de nuevo al loro—, pero sinceramente… habríamos preferido un porcentaje de la pasta que ganaron.

—¡BERENJEEEENA! —grita el pájaro.

Hablan de pesca, de las modalidades y de los precios de una excursión. Como el tema no me interesa demasiado —a mí no me vais a ver pescando tiburones con una cañita—, abandono la negociación y curioseo en la tienda por mi cuenta. Mientras piso la alfombra de cáscaras, veo muchos retratos de un señor mayor —supongo que Mundus— con clientes ilustres, desde Bill Clinton y señora hasta Kevin Costner y Tiger Woods. Hay un expositor con varios tipos de cañas, cada una con una pequeña placa que explica cuándo la utilizó, y las fotos de los diversos barcos del mito, el *Cricket 1*, el *Cricket 2* y el *Cricket 3*. Pero la última pared es la que más me sorprende, está llena de peces cantores. Ya había visto alguna vez estos salmones y estas carpas mecánicas que cantan

canciones de época, pero lo que tiene montado aquí este chaval es una escolanía, con dos docenas de peces de todos los tamaños. En el centro, un interruptor con cinco botones distintos. Pulso el primero y la coral animatrónica empieza a cantar «Don't Worry Be Happy».

—¿A que mi invento mola? —dice Mundus Jr., dejando de lado los negocios por un momento—. ¡Bobby McFerrin vino a pescar el año pasado y alucinaba! Y ahora dale al «Take Me to the River», tío. Los tengo programados para que hagan un canon y todo.

Me entretengo probando el resto de las melodías —«YMCA» de los Village People, con cinco siluros gesticulando a la vez, el clásico «Moon River» y una versión para troncharse de «Single Ladies» a capela— cuando se me acerca Kayle.

—Para la pesca normal tendríamos que haber venido a las cinco de la madrugada. Al final hemos decidido que haremos skishing.

—¿Skiqué?

—¡Skishing, una mezcla nueva de esquí acuático y pesca! —dice ella—. ¿Te apuntas?

—La pesca convencional parte de una lucha desigual entre el pescador y la presa —me ilustra el rastas con voz de documental. Pero se cansa enseguida—. Mira, tío, en la pesca tradicional tú pisas el suelo del barco y puedes tirar sin problemas. Pescar con los pies en el suelo es demasiado fácil. En el skishing, en cambio, pescamos desde el agua. Cuando ya estás en remojo, tiras la caña y esperas a que pique uno de los gordos.

—¡De ahí el esquí acuático! —añade Kayle, entusiasmada—. ¡Algunos peces grandes pueden arrastrarte cientos de metros antes de que puedas recoger hilo!

—La semana pasada una lubina gigante hundió a un cliente a cinco metros de profundidad. ¡El tío estaba emperrado en no soltarla! Es más justo, ¿no crees? En el skishing sois tú y el pez dentro del agua en igualdad de condiciones.

—A ver si lo entiendo —digo yo—. ¿Se trata básicamente de hacer pressing catch con un pez?

—Luego soltamos las presas, que aquí nos dedicamos a la pesca recreativa y somos respetuosos con el entorno —dice el júnior, y le da otra pipa al loro.

—¡PLÁAAATANO! —chilla el animal.

Les digo que yo paso, que ya me daría miedo estar en cubierta sin tener que nadar entre tiburones. Hank también se excusa, dice que se marea en las barcas. Kayle me clava su mirada «nunca vivirás experiencias de verdad», pero no le hago ni caso. Los desertores decidimos que esperaremos a los valientes en El Atún

Rojo.

—¿Te has fijado? —me pregunta Hank cuando ya nos hemos sentado—. Mundus Jr. no es de fiar, no nos ha ofrecido pipas en ningún momento.

—Mejor, que si empiezo no puedo parar.

Hoy el oso Dan nos ha reconocido, ha gemido cuando nos ha visto. Y no sólo eso, nos ha servido las cervezas sin que se lo pidiéramos. El bar está extrañamente lleno para la hora que es, parece que estén celebrando algún tipo de reunión. En la barra, el desdentado del otro día, y en medio de la sala un policía subido a una silla es quien lleva la voz cantante.

—Tom tiene la palabra —dice señalando a un tipo con sombrero de cowboy.

—Gracias, sheriff Bartlet, y mucha suerte con las elecciones. Ya lo sabéis, yo he vivido en Montauk toda mi vida, mi tatarabuelo ya nació aquí, y nunca había visto nada parecido. ¡Llegan en tromba y lo destrozan todo! La semana pasada sorprendimos a un grupito que se bañaba en la piscina de casa. ¡Si no llego a salir con la escopeta, aún los tendría en remojo!

—Yo soy de Tennessee, vine a vivir a Montauk hace seis años —cuenta ahora una chica con pecas que mece un carrito—. Conocí a mi marido en una excursión de pesca en el pueblo, y comprarnos la casa aquí fue un sueño hecho realidad. Hasta que abrió el Tiburón y nuestra vida se convirtió en una pesadilla. ¡Todas las noches hay chavales que se mean y se cagan en mi jardín!

—¡Si perdemos el turismo familiar y nos vendemos a estos jóvenes borrachos, lo pagaremos muy caro! —grita Tom el del sombrero.

—¡La culpa es de los surfistas! —chilla la del carrito.

—El problema no son los surfistas —replica un chico con una gorra de los Yankees—. Hace treinta años que la gente hace surf y nunca han causado problemas. Son los hipsters y sus fiestas.

—Surfistas, hipsters… ¡Son todos lo mismo! —grita la chica pecosa. En ese momento se le despierta el crío. Menea el carrito con más insistencia para que se duerma, pero aún berrea con más fuerza. Ella ya no sabe qué hacer, los aullidos son espectaculares, la conversación se interrumpe y finalmente el policía le dice que salga del bar, que con ese jaleo no se puede seguir.

—Si me dejáis hablar —prosigue un tipo con una camiseta YOU ARE MY LOBSTER—, os explicaré por qué la cantidad no es el problema. Hola a todos, soy Vincent North, del Restaurante Lobster-

Coaster, preparamos las mejores langostas a la brasa del pueblo, a sólo cinco minutos de aquí…

—Venga, Vincent, que todo el mundo te conoce —dice el sheriff Bartlet—. Continúa, por favor.

—Yo quería aportar un poco de optimismo a la reunión, ¡que parece que estemos hablando de las siete plagas de Egipto! —razona el hombre langosta—. Solamente tenemos un pequeño problema con esta gente, un conflicto de nada que vamos a resolver seguro. Y os quiero recordar que a los negocios nos va bien que venga gente. Es bueno para la prosperidad de Montauk…

—Claro que sí, ¡mientras cuatro os forráis, el resto hemos de aguantar la masificación! —le reprocha Tom el cowboy—. ¡No queremos convertirnos en Hipsterville!

—No es un problema de masificación —dice el langostero—, porque si lo comparamos con Florida, por ejemplo, en nuestras playas aún podría caber más gente. ¡Es un problema de conducta!

—Tiene razón, yo estoy de acuerdo con él —dice el joven de los Yankees—. La mayor parte del descontrol se concentra de noche. Por eso propongo que…

—¡Tú cállate —suelta el cowboy—, que todos sabemos que les alquilas la casa de tu abuela a esas ratas!

—¿Que qué? —dice el chico de los Yankees, perplejo.

—¡Cada semana tienes a gente distinta! —dice el cowboy, elevando el tono de sus reproches—. Y cada semana tenemos fiesta de madrugada. ¿Y quién lo soporta? ¡Tú seguro que no, hijo de puta! ¡Lo soportamos los vecinos!

—¡Joder, Tom, en Montauk se han alquilado las casas vacías toda la vida! —responde el de la gorra, que empieza a cabrearse—. Además, qué caray, tu hermano también lo hace, ¡no me vengas con cuentos!

—¡No desvíes la conversación, mequetrefe! ¡Estoy harto de la gente que metes en tu casa, estoy hasta los huevos! —replica el cowboy.

—¡Mira, Tom, vete a tomar por culo, ¿me oyes?! —responde el gorras, fuera de sí—. Y ya que hablamos de ruido, ¡tú te peleas todo el año con tu mujer y no nos quejamos de vuestros gritos!

—El chico tiene razón —dice el sheriff, intentando poner un poco de orden y rebajar la tensión acumulada—. ¿Quién no ha alquilado su casa durante la temporada de verano?

La mayoría asiente.

—Tiene razón —dice la pecosa del carrito, que ha vuelto a entrar—. Yo estoy en paro, alquilar algunas habitaciones es la única

manera de sacarse un dinerillo.

—Pues vamos a ver, recapitulemos —dice el sheriff—. Todos estamos de acuerdo en que el problema principal son El Descanso del Surfista y El Tiburón Cansado. Montan fiestas hasta las tantas y sus clientes tienen conductas incívicas. Sería eso, ¿no?

—Necesitamos orden —dice la del carrito.

—¡Más policía! —grita Tom el cowboy.

—¡Eso, más controles! —grita la del carrito, animada.

—Hacemos lo que podemos —dice Bartlet desde lo alto de la silla—, pero sólo tengo una veintena de agentes, y no puedo destinarlos todos al fin de semana.

—¿Ah, no? —pregunta el cowboy, nuevamente envalentonado —. ¿Y qué hacen durante el fin de semana? ¿Descansar? ¿Ir a la playa cuando más se les necesita? ¡Esto es cachondeo!

—¡Eso, eso! —dice la de las pecas.

—Lo hablaremos con el alcalde y estudiaremos pedir refuerzos a la policía estatal —dice Bartlet.

—¡Llamad al FBI! —grita la pecosa.

—¡O a los marshalls! —grita el cowboy.

—¡Que desplieguen al ejército! —añade la pecosa. En ese momento, el crío se pone a berrear de nuevo y ella vuelve a acunarla.

—Ya veo que sois unos inútiles —dice Tom el cowboy, que ha bajado la voz y emplea una táctica alternativa—, ya veo que tendremos que acabar por hacerlo nosotros mismos. Eso es lo que queréis, ¿no?

El sheriff se dispone a responder, pero la del carrito se le adelanta, fuera de sí.

—¡Justicia! ¡Queremos justicia! —grita, y el crío berrea tanto que tiene que volver a salir fuera.

—No os preocupéis, eso lo arreglamos por nuestra cuenta. ¿A que sí, Dan? —Tom mira al barman, pero éste no le contesta porque está en pleno ataque de rasquiña—. ¡Cogeremos nuestros Winchester y patrullaremos por el pueblo! ¡Ya veréis lo rápido que se acaba la invasión de los spring breakers de los cojones!

—Tomo nota de la propuesta —dice el sheriff, que ya empieza a estar harto de todo—, pero primero vamos a intentar resolverlo los profesionales.

—¿Insinúas que nosotros no seríamos profesionales?

—Vaya pitote que tienen montado —dice Hank cuando salimos. Es la hora acordada y hemos decidido ir al muelle a esperar a los

compañeros.

—Ostras, sí, perdona que no te haya dado conversación, pero estaba fascinado —le digo yo.

—Siempre me ha gustado poner la oreja, en Nueva York me pasé tres años escuchando conversaciones ajenas —me cuenta él—. Cuando era joven, fui taxista, ¿no te lo he contado?

—¿Taxista? ¿En Nueva York? Pero si todos son paquistaníes.

—Ahora sí, pero en los noventa aún había irlandeses e italianos. Yo llevaba uno sin aire acondicionado, en verano sudaba como un burro, tenía que quitarme la camiseta y escurrirla de vez en cuando. Tenía claro que quería ser un gran dramaturgo, el Albee de mi generación, ¿sabes? Había dejado los estudios para escribir y probar suerte en la capital, y me di cuenta de que el taxi era una fuente inagotable de acentos y de maneras de hablar. Así que instalé una grabadora bajo el asiento para capturar el habla de la clientela. Cuando se montaba alguien con acento exótico, tanto si era extranjero como de la América profunda, ponía en marcha la grabadora y le daba conversación. Con aquello construí algunos de los mejores personajes que he creado nunca, pero tuve la mala suerte de que la máquina se atascó cuando llevaba a un italiano con pinta de mafioso. El tío se creyó que yo era poli, o que lo grababa por algún trapicheo entre bandas, la cuestión es que me hizo parar el coche y me reventó la máquina allí mismo.

—Pues menos mal que no sacó la pistola.

—El que me encañonó fue otro, pero también en el taxi.

—¿Y cómo es que ya no vives en Nueva York?

—Era todo demasiado caro, y cuando cumplí los cuarenta dije basta. Es una ciudad muy competitiva, una trituradora, millones de personas que llegan cada año para intentar hacerse un sitio. Y entendí que allí no cabemos todos. Hacía cinco años que compartía piso con un colega de Tuscaloosa, diseñador de interiores. En el pueblo se lo rifaban, pero en Nueva York se comía los mocos. Yo curraba de camarero y él arreglaba bicicletas. ¿Tú crees que eso es vida?

—Una mierda de vida.

—Ahora me doy cuenta, pero antes estaba ofuscado. Porque la ciudad te hipnotiza, no teníamos un duro pero cada noche íbamos a inauguraciones de amigos artistas o a estrenos de amigos actores. Vivíamos en la capital del mundo, pero en realidad les estábamos regalando la vida a los demás, ¿sabes? Él al cabronazo de las bicis, y yo sirviendo cafés entre bolo y bolo durante las temporadas en el dique seco. Finalmente, él se volvió a Alabama y yo vivo ahora en

Siracusa, al norte del estado. Doy clases de dramaturgia en la universidad.

—Profesor universitario… Eso pinta bien, ¿no?

—Sí, pero me ha costado digerirlo. Me he pasado veinte años allí, será siempre mi ciudad. Eso sí, en Siracusa puedo vivir con doce clases semanales, y el alquiler me cuesta una cuarta parte de lo que pagaba en Nueva York.

En ese momento vemos llegar la barquita de Pesca Monstruosa haciendo pof-pof-pof, con el polaco y la singapuresa tomando el sol en la popa y el chaval del loro al timón. Tres minutos después, el rastas para el motor y amarra la embarcación. Los ayudamos a desembarcar, están entusiasmados con la mañana de pesca-esquí. Kayle me reprocha que no me haya animado, que soy un jiñao, «tienes que vivir más y dejar los libros, ¡la documentación es una trampa, burro!». Mateusz dice que se lo propondrá a los amigos cuando llegue a Polonia, «en los meses del año en que los lagos no están helados». Mundus Jr. les ha regalado unas camisetas rojas tres tallas más grandes donde pone «Crew Member of the Monster Man». Estábamos a punto de irnos, pero nos vuelve a meter en la cueva, dice que quiere hacernos otro regalo.

—Son los dientes de Harry, el mayor tiburón del mundo —nos dice mientras nos acerca unos colgantes con colmillos—. Como habéis sido buenos clientes, os regalo uno a cada uno.

—¡Oh, fantástico! —dice Kayle—. ¡Eres mi persona preferida, Mundus!

—Y a vosotros también, coged un diente de Harry —dice escupiendo una cáscara de pipa y mirándonos a Hank y a mí.

—No te preocupes, no hace falta —digo yo.

—De verdad, tíos, os lo regalo, me habéis caído bien —insiste el rastafari, que le da una pipa al loro.

—¡CAAAACA CON OJOS! —chilla el animal.

Cogemos el collar con el diente de mala gana, y cuando ya estamos saliendo, Hank se adelanta con el comentario que todos teníamos a punto.

—Es literalmente imposible que sea un colmillo de Harry. ¿Regalándolos de cuatro en cuatro desde el año 86? Le habrían durado una semana.

14

Apenas hemos aparcado de vuelta del puerto cuando llega Jim, que nos está buscando. «¿Pasa algo?», pregunta Kayle. «Tú te libras, tengo que hablar con los chicos.» Nos hace pasar al comedor, nos sienta en el sofá y él se cuadra y adopta un rictus de instructor militar. No podemos evitarlo, a Mateusz y a mí se nos escapa la risa al ver cómo sé golpea la palma con el rodillo del pan, pero el Hartman de la psicodelia nos hace callar. «Estuve en la primera marcha del Pentágono, tíos, sé ponerme en el papel perfectamente.» No sabemos si todo es una broma o va en serio hasta que suelta la acusación. Que primero echó en falta botellas de vino en la bodega. Que lo pasó por alto, que él no se meterá nunca con lo que mamamos o lo que dejamos de mamar. Pero que lo de ahora ya es demasiado: le han desaparecido los licores de hierbas que tenía bajo la pila, que se ve que macera cada año siguiendo una receta secreta y que son la clave de la jambalaya. Y con su jambalaya no se juega.

—Yo no sé nada —le digo. Hank niega con la cabeza.

—Bueno —dice Mateusz finalmente—, las vi por casualidad y…

—¡Ya tenemos al culpable! —dice Hank entre risas.

—¿Culpable? Chato, hace sesenta años que veo las noticias y los culpables siempre llevan corbata —dice Jim—. Aquí no hay culpables, lo que tenemos son las garrafas detectadas —dice él, frotándose las manos de contento—. Había cuatro, ¿no?

—Sí —dice el polaco.

—¡¿No te las habrás cascado todas?! —pregunta Jim, asustado de repente.

—Aún hay —se apresura a decir Mateusz—. Vaya, como mínimo una…

—Me bastan para las cenas que quedan. Hala, chatos, aclarado. Y si necesitáis priva, tirad de Postales. A mí no me oiréis discursitos, que ya somos mayores, pero no me toquéis los cojones con las hierbas de la jambalaya.

Ranking de vicios por colectivos

Junio — Actores y actrices
20 botellas de Postales 130 cervezas 80 condones
3 cajas de Prozac

Julio — Bailarines y coreógrafos
30 botellas de Postales 60 cervezas 24 condones
2 visitas de acupuntores

Agosto — Escritores
200 botellas de Postales 150 cervezas 8 condones
(Mateusz)

Septiembre — Pintores y artistas visuales
100 botellas de Postales 25 botellas de whisky y
100 dosis de LSD

Recuperada la poción mágica, le cuento mi pequeña excursión a Jim. Se entusiasma enseguida, «¡eso es lo que tenéis que hacer, más pesca y menos Walmart!». Se enciende un porrito y se lo fuma mientras me habla de sus colegas pescadores. Si lo he entendido bien, en Montauk no sólo tienen problemas con los hipsters, sino también entre los pescadores de toda la vida y los «pescaturistas» —como él los llama— de los últimos años. Dice que la pesca de postureo está haciendo mucho daño, «te brindarán todas las facilidades para que acabes el día retratándote con una corvina gigante, ¡aunque tengan que contratar a un submarinista para que te la cuelgue del anzuelo!». También le cuento la reunión vecinal que nos hemos encontrado en el Atún. Con mis descripciones de la fauna, ha sido capaz de adivinar de qué vecino se trataba en cada caso.

—En Barcelona tenemos turismo de borrachera desde hace años, pero no me imaginaba que aquí estuvierais igual —le digo.

—Montauk siempre ha sido un pueblo de borrachos, chato —dice él—. ¿Conoces aquella frase que dice «un pueblo de pescadores con un problema con el alcohol»? Aquí hubo algún lumbreras que le dio la vuelta y ya hace años que somos «un pueblo de alcohólicos con un problema con la pesca». Durante la ley seca, el puerto de Montauk era una de las principales entradas de ron y de ginebra a Nueva York. Y los pescadores se apuntaron los primeros, desembarcaban atún de día y priva de noche. Y el whisky de

contrabando había que probarlo, ¿no? ¿Por qué te crees que el imperio del millonario Fisher tiraba tanto en los años veinte? Todos esos ricos no venían por el paisaje, venían por el bebercio. Fisher y Al Capone eran uña y carne, y además de hoteles tenía timbas por toda la Costa Este. Durante la sequía el pueblo era Babilonia, por aquí pasaron Hemingway, Errol Flynn, e incluso el alcalde de Nueva York. Dicen que se arruinó con el crac del 29, pero lo que le hizo cerrar el chiringuito fueron las batidas policiales del 30. Las celebridades se piraron, pero el whisky siguió corriendo como el agua. Se llevaron el glamur, pero no la resaca.

—¿Tanto le pegan a la botella los pescadores?

—¡Tú dirás! Los hay que faenaban tan ciegos que se han tirado por la borda y se los han comido los tiburones. Y en eso no hay diferencia con los que pescan por hobby. Durante décadas, cada noche salía un tren de Manhattan. Arrancaba a la una, cargado de aficionados que llegaban al pueblo a las cuatro para poder estar en alta mar a las seis de la mañana. ¿Cómo te crees que bajaban del tren todos estos boquerones? ¡Bien amonados, chato! ¡La mayoría no llegaba ni a los barcos!

—Ah, mira, más o menos como los trenes llenos de hipsters de ahora.

—Toda la vida ha habido alcohol y nunca se han hecho tantos aspavientos. ¿Sabes por qué a Montauk le llaman «El Final»?

—¿Porque no hay nada más allá?

—No exactamente. En Montauk no se pierde nadie, aquí no vienes a parar por casualidad. Si no quieres que te encuentren, éste es el último lugar donde te buscarían.

—Ya entiendo.

—Mira, si ves a tres homeless en un bar de Montauk, dos serán millonarios que se esconden y el tercero un sin techo de verdad.

—Hablando de beber, ¿por qué Albee no pasa del agua?

—Porque cuando era joven ya se lo bebió todo, chato. ¿Sabes cuál es el nombre oficial de la granja Albee?

—¿Nombre oficial?

—Sí. Yo trabajo para el William Flanagan Memorial Creative Persons Center. Durante unos años el señor Albee se emperró en que contestara al teléfono soltando esta retahíla. Flanagan fue su primer novio, vivían juntos en la época del Village. De hecho, él nunca dice que fueran pareja, siempre lo ventila diciendo que eran socios, pero vamos, estaban juntos y las hacían de padre y muy señor mío. Hablo de antes del sida, de antes de Stonewall, de antes de que se abrieran las puertas de los armarios, ya me entiendes.

Entonces el Village era el paraíso de la libertad, una república independiente de bares clandestinos y discotecas. Flanagan también era un artista, compositor, y conectaban mucho, pero también privaban mucho y cada noche discutían sin cuartel. Vaciaban docenas de botellas y se decían de todo menos guapo. ¿Sabes las réplicas salvajes de *Virginia Woolf*? Él sostiene que se las inventó, pero dicen que son transcripciones de aquellas batallas campales, palabra por palabra. Y desde aquello no ha escrito nada tan bestial.

La literatura y el alcohol, siempre juntos como el carro y el caballo. En las memorias *Hitch-22* (Debate, 2011), uno de los diez libros que me llevaría a una isla desierta, Christopher Hitchens repasaba su relación con la bebida, un matrimonio bien avenido en que el otro, para entendernos, nunca te pedirá que te afeites los pelos de la nariz. A pesar del whisky de las doce y de la media botella de vino reglamentaria con las comidas, Hitch aseguraba que nunca escribió bebido ni entregó tarde un artículo, y todo gracias a una serie de normas sencillas que cumplía a conciencia: no beber barato ni entre comidas, no beber deprimido y evitar la combinación de alcohol con narcóticos. «El alcohol es la deformación profesional de muchos escritores, y ha arruinado a un montón», sentenciaba. Pese a estas divertidas anécdotas alcohólicas, la parte más brutal de sus memorias se encuentra al principio, cuando revive su experiencia en las escuelas preparatorias y en The Leys School de Cambridge, un internado inglés clavado a los «campos de concentración» yanquis en los que creció Albee. Hitchens habla de la disciplina y del terror en Cambridge, de los castigos y de los abusos arbitrarios, perpetrados tanto por profesores como por sus mismos compañeros, que le hicieron comprender «el infinito e irreconciliable conflicto entre los valores de Atenas y de Jerusalén»; es decir, la lucha entre el hedonismo y la represión, entre el placer y el flagelo.

Ya sea desde el sadismo o desde el masoquismo, los valores de la tradición siempre han atacado la masturbación. Recuerdo un documental sobre la Casa de la Caridad de Barcelona en el que los niños huérfanos entrevistados —ahora son todos vejetes que pasan de los setenta— contaban que los curas de entonces, a la hora de la confesión, les preguntaban insistentemente a los niños si se habían tocado, durante cuánto rato y si les había ayudado algún compañero. «No me lo creo, ¿seguro que no te la has frotado? ¿Ni siquiera un poco, como por casualidad?» No hace falta decir que, dentro del confesionario, el hostiero de turno tenía el cirio pascual

entre las manos. Con la democracia llegó la pornografía danesa —ilegal hasta mayo de 1983—, pero ninguno de los debates públicos para normalizar la masturbación. Si nos comparamos con Francia o con los países nórdicos, se entienden el landismo y el destape, Pajares y Esteso como la viva imagen del españolito medio, caliente como el palo de un churrero. Aún hoy, menear la maraca es un tabú indestructible en sociedades como la nuestra —nacionalcatólica por ley hasta hace cuatro días— o como la norteamericana, que aún tiene el «In God We Trust» estampado en sus billetes. Los primeros peregrinos ingleses querían fundar allí una Nueva Jerusalén, y el país todavía es la Disneylandia de las sectas. En realidad, el *land of the free, home of the brave* convive con contradicciones muy bestias: la sociedad que codifica y desdibuja los pezones en la televisión es la que, al mismo tiempo, promueve y alimenta la mayor industria del porno del planeta. Y no son sólo los curas, también hay congresistas que, en el siglo XXI, todavía niegan la normalidad del autohomenaje, una práctica que lleva a cabo todo dios: los animales en general, y los curas y los congresistas en particular.

El que niegue que los animales se masturban es que nunca ha tenido perro: se pulen el tronco los gatos, los monos, a menudo con sueños eróticos incluidos, y también lo hacen los hipopótamos, los canguros y las hienas. Hay delfines que usan anguilas enrolladas para que la cosa se deslice mejor, y elefantes que llegan a succionarse el pene con la trompa, autofelándose sin necesidad de operarse las costillas. En general, la mayoría de los grandes mamíferos se la machacan, con mayor o menor habilidad y de una forma más o menos pública, ya sea estregándose solos o acompañados, o bien empleando herramientas como hojas y ramas, como en el caso de los orangutanes (y las orangutanas). Lo hacen incluso las palomas y las iguanas, sobre todo las jóvenes iguanas macho: al verse relegados al ostracismo por los machos adultos, no les queda más remedio que consolarse… con una de sus dos pilingas.

Me encuentro con un estudio científico realizado en zoológicos alemanes en el que se pregunta si las prácticas masturbatorias compulsivas de los animales cautivos se dan también en la vida salvaje. Llegan a la conclusión de que sí, porque los animales que viven en cautividad repiten lo que hacían en libertad, pero aventuran que al aire libre lo harían con una frecuencia mucho menor. En la selva hace falta cazar, procurarse alimento y saltar de un árbol al otro, y aquí lo tienen todo hecho, los plátanos llegan a

las ocho de la mañana y les limpian la jaula a las once. Es pura lógica, y si no miradme a mí, que lo tengo todo hecho y vivo en un zoológico para adultos. El aburrimiento es la primera causa mundial del onanismo.

—Mateusz, no me puedo creer eso de las garrafas… —dice Hank antes de cenar—. ¿Bebes en tu cuarto?

—Hay a quien le gusta picar y tomar tentempiés —responde el polaco—, a mí me gustar tener algo para beber a medianoche.

—¿Escribes con alcohol? —le pregunto yo.

—Siempre, pero no porque me inspire: me acompaña. Antes fumaba, pero el vino es mucho mejor. Me gusta estar un poco alegre, soy más feliz y los poemas salen mejor.

—A mí no me funciona —le respondo—. Ya lo he hecho, pero al día siguiente me daba cuenta de que todas aquellas genialidades sólo eran ideas de gintónic.

—¿Cómo era aquello de Hemingway? —dice Mateusz—. «Escribe bebido, revísalo sobrio.»

—Eso es una cita falsa de Hemingway que ha hecho fortuna —aclara Hank—. Lo que sí es verdad es que en los Estados Unidos mucha gente que escribe es alcohólica. No todo el mundo, pero no daríais crédito.

—Seguro que hay alcohólicos en todas las profesiones —comento yo—. Por ejemplo, el único cardiólogo que conozco lo es.

—Pero entre los escritores es mucho más exagerado —dice Hank —. Una vez leí que la mayor parte de los premios Nobel americanos eran alcohólicos.

—¿Cuáles? —pregunta Mateusz.

—A ver, Sinclair Lewis era alcohólico —empieza el de Minneapolis—, y también lo era Eugene O'Neill. Saul Bellow no era alcohólico pero bebía. Y también bebía John Steinbeck. Y William Faulkner y Ernest Hemingway, alcohólicos los dos.

—Tienes razón. Y también puedes incluir a Brodsky —añade Mateusz—. Aunque era ruso, le dieron el Nobel cuando vivía en los Estados Unidos.

—¿Y entre los que no ganaron el Nobel qué? —continúa Hank —. También hay un montón de alcohólicos sin premio: Scott Fitzgerald, Tennessee Williams, Raymond Chandler, Dylan Thomas…

—Y Jack Kerouac, Truman Capote, Raymond Carver… —añade Mateusz—. ¿Os dais cuenta?

—Tienes toda la razón, chaval —le digo—, si lo que quieres es

conseguir un Nobel, vas por el camino correcto.

> He dicho muchas veces que soy un alcohólico. Pero ahora ya no lo digo para hacerme el interesante: soy un alcohólico y para una cura completa tendré que quedarme en el hospital.
>
> MAX FRISCH

Solamente existe un gremio con un porcentaje más alto de alcohólicos que los escritores: los barmans. Cuando le preguntaban por su estado civil, dicen que Josep Pla respondía «moderadamente alcohólico». El alcohol como combustible, ese «gintónic con agua» que reclamaba insistentemente en la entrevista con Soler Serrano, como la gasolina que lo mantenía en circulación. A pesar de todo, no podemos utilizar la denominación de alcohólico al tuntún: implica no tener autocontrol, ir pedo de buena mañana —el trago eye-opener, que dicen los americanos— y no poder dejarlo. Pero si en lugar de alcohólicos los llamamos grandes bebedores, nos aproximaríamos a una definición más rebajada que incluye a mucha gente de mi entorno.

¿Por qué bebemos tanto, los escritores? Y quien dice los escritores dice creadores de todo tipo, que hoy en día aún pervive la imagen romántica del poeta maldito o del músico salvaje y autodestructivo, desde los Stones cuando pasaron por Montauk hasta la Amy Winehouse del momento. Si hago un análisis rápido de mis amistades, juraría que la mayoría de los amigos escritores beben:

a) Para pasarlo bien (el alcohol como desinhibidor).
b) Para huir y evadirse de una vida de mierda (el alcohol como terapia).
c) Para inspirarse y trabajar (una minoría).
d) Por aburrimiento (este último grupo hermana a bebedores y a onanistas).

La tarde está bonita y salgo fuera con *With the Hand* (Reaktion Books, 2012), la historia cultural de la masturbación que compré en Amazon. Su autor, Mels van Driel, da un repaso alucinante a todas las teorías demonizadoras del trabajo manual. Empieza por Samuel-Auguste Tissot, el médico suizo autor del bestseller *El onanismo: disertaciones sobre las enfermedades producidas por la masturbación*, un título que apareció en 1758 y que se vendió como churros

durante ciento cincuenta años: en 1905 seguía imprimiéndose. Según Tissot, la masturbación provocaba hemorroides, resfriados, epilepsia, tuberculosis, parálisis y deformaciones infantiles. El libro está plagado de teorías fantásticamente inverosímiles: según Tissot, si te hacías muchas alemanitas el cerebro acababa tan seco que resonaba dentro del cráneo como un cascabel. También decía que el semen era un aceite esencial vinculado a la sangre, de manera que por cada onza de esperma que perdías, se te echaba a perder una garrafa de sangre. Todo eso era antes de la Revolución Francesa, del empirismo y de que las escuelas modernas de medicina se atrevieran a abrir cadáveres, pero la desgracia es que Tissot, claro está, tuvo discípulos. Éstos fueron los encargados de ampliar el catálogo de plagas derivadas del onanismo supersport: patologías como las neuralgias o el asma, el estrabismo, el acné o la sordera pasaron a levantar suspicacias entre la clase médica, «¿tienes granos en la cara? Ay, chico, que te la meneas demasiado…», «chiquillo, deja de darle al manubrio o te quedarás ciego».

Estas condenas a los primeros escopetazos son mi magdalena de Proust. Automáticamente me viene a la cabeza la leyenda de los cinco mil cartuchos, una maldición que me ha perseguido desde que tenía doce años, cuando un loco del pueblo me cogió por banda y me dijo: «Chaval, tú no te toques nunca, hazme caso, que los machos sólo tenemos cinco mil cartuchos y si te los estallas en las manos, cuando de verdad te hagan falta ya no te quedará ninguno.» Luego siguió diciendo barbaridades, pero yo ya no lo escuchaba, mi tierno cerebro preadolescente se había disparado. «¿Cinco mil cartuchos?», empecé a preguntarme, «¡pero si a estas alturas ya habrás gastado unos trescientos!» «Qué coño trescientos, ¡por lo menos seiscientos!» Desde entonces nunca he dejado de hacer cálculos mentales.

Gustave Flaubert: «Ayer perdí un libro.»

Sigo con *With the Hand* (el libro, no la cosa), con más paraciencia del XIX; según los discípulos de Tissot, entre las causas que provocan el onanismo se encuentra la gandulería excesiva —constatadísimo—, pero también mostrarás propensión a hacer vomitar al gusano si comes picante (¡ajá!), si tomas bebidas estimulantes, si te levantas demasiado pronto y te acuestas demasiado tarde, si comes carne demasiado hecha, duermes en camas demasiado blandas o llevas ropa interior demasiado prieta. Para terminar, aumentarás la posibilidad de gastar cartuchos en

vano si comes ostras, mejillones o langosta —los afrodisíacos de siempre—, pero también si te atiborras de salchichas o de butifarras.

El libro se acaba con los remedios recetados durante décadas para detener la tendencia a saludar al Borbón, y aquí es donde la lectura se convierte en un viacrucis: son siglos enteros de tratamientos médicos y quirúrgicos cada vez más sanguinarios. Para evitar los solitarios, Tissot proponía cargarse las terminaciones nerviosas de la punta del glande, y sus discípulos le hicieron caso desarrollando con sadismo toda clase de arneses, cinturones de castidad y pinzas para castraciones eléctricas. No lo probéis en casa, es el arte de la lobotomía genital. En los internados, a los chicos apestados les ataban las manos a los dos lados de la cama, o les enjaulaban el pajarito con una reja metálica, en la que cualquier tentativa de levantarla hacía que sonara una campanilla. Pero las terapias más destructivas son las castraciones masivas desarrolladas en los Estados Unidos. A finales del siglo XIX los cruzados antimasturbación emigran de Europa a América, y aquello se llena de chalados y de fanáticos de todas clases obsesionados por limpiar el planeta de especialistas en darse asistencias. Y en esta guerra santa contra la masturbación el gran inquisidor fue John Harvey Kellogg, el inventor de los simpáticos cereales que cada mañana os intoxican a los niños (*Grain Brain*, ¿os acordáis?). Cuando el señor Kellogg no empaquetaba copos de maíz tostados, el Torquemada de Battle Creek experimentaba con toda clase de técnicas para curar a los adictos a tocar la zambomba. Pero los Estados Unidos son un país de extremos, capaz de lo mejor y de lo peor: no seríamos justos si, contrapuestos al salvajismo, no pusiéramos a Alfred Kinsey y a los doctores Masters y Johnson, que acercaron el sexo a la medicina de verdad y empezaron a hablar de las prácticas sexuales con normalidad, divulgando una investigación que arrojaba luz y ciencia a siglos de mitos, tabúes y rumores malintencionados. Desde entonces ha llovido mucho, pero los Kelloggs del mundo siguen existiendo: como pasa con el negacionismo climático, en los años ochenta aún se publicaron estudios asegurando que los trabajos manuales quizá no causaban ceguera, pero sí cáncer de próstata. Al cabo de pocos meses, científicos serios se encargaron de demostrar que lo que pasaba era más bien lo contrario.

Freud decía que la masturbación causa neurosis. Nadie había resumido jamás mi vida con tanta clarividencia.

Tanta teoría da ganas de práctica, pero me ha dado pereza

encender el ordenador, bajar las persianas y prepararlo todo. Así que he decidido salir a correr para quemar el exceso de *chi*. Mi idilio con el perro continúa. De hecho, he descubierto que es una perra y he decidido que la llamaré Martha, porque ladra y ladra y ladra y me grita todo el rato, parece que esté ensayando ¿*Quién teme a Virginia Woolf*? Cuando vuelvo, veo el descapotable de Albee aparcado, un Oldsmobile Convertible de 1957 cojonudo, ayer nos hicimos un selfie con él. Me ducho rápido, y cuando bajo a la cocina me los encuentro a todos haciendo cola para el rancho. Melissa también está, debe de ser noche de luna llena. Entrecots bien especiados y jambalaya de setas. Antes de que se vaya le digo a Jim que su jambalaya me tiene frito. He descubierto que el origen del plato es provenzal, y le digo que la haga como nosotros, con azafrán, que se parece al pimentón pero no pica tanto. Él asiente con la cabeza entre caladas al porro, pero ya no está de servicio y no me escucha, juraría que lo hace aposta para darme por saco.

—Oiga, señor Albee, ¿y cómo se le ocurrió montar esto? —le pregunta Melissa en mitad de la cena.

—Lo cierto es que nunca he tenido vocación de granjero. Pero la de ¿*Quién teme a Virginia Woolf*? fue una gran cosecha y tenía que hacer algo si no quería perderla en impuestos. Y para eso sirven las fundaciones, querida.

—Una fundación para proteger las ballenas en versión escritores desamparados —dice Mateusz.

—Aunque se lo tome a risa. Había visitado Yaddo y la colonia McDowell, pero se dirigían demasiado a los artistas consagrados y, qué quiere que le diga, yo sigo teniendo fe en las nuevas voces. A partir de los treinta y cinco años todo el mundo acaba cediendo a la comercialidad, por tanto, los ilusos como ustedes son los únicos que merecen ser salvados. Al principio pensaba en invitar solamente a escritores, pero habría sido muy aburrido. Soy un creyente devoto de la polinización entre especies. Y les confesaré que además me distraen.

—¿Estuvo en la McDowell? Yo pasé por allí el invierno pasado —dice Melissa.

—Sí, pero no escribí ni una línea. Fui a visitar a un amigo y sólo me quedé dos días, pero fueron clave en mi trayectoria.

—¿Por qué?

—Hará ya cincuenta años, y lo que ustedes no saben, queridos, es que entonces yo me dedicaba a los poemas. Se los di a un poeta de verdad para que los leyera y le bastaron diez minutos. Se me acercó y me dijo: «Edward, hágame caso, dedíquese al teatro.» Es el

mejor consejo que me han dado nunca.

Albee hace una pausa para que nos riamos y, efectivamente, nos reímos todos. ¡Fíjate tú, al aristócrata le encanta el gallinero! Tú dirás, por mucho caserón con vistas al Atlántico que tengas, cualquiera escoge cenar solo cuando te puedes rodear de una pandilla de jóvenes que te veneran. No sé quién le saca más provecho a estas noches, si nosotros o él. Lo tengo bien calado, se hace el remolón para que le tiremos de la lengua, pero le encanta largar y ser el centro de atención. Y las batallitas que cuenta deben de ser siempre las mismas, porque controla incluso los tempos, es un actor de primera, de los que se saben sus líneas a la perfección, de los que saben dónde pararse y cuándo arrancar de nuevo. Pero en este caso el guión que tiene interiorizado es la narración de su propia vida.

—Háblenos de *Virginia Woolf* —le digo.

—No llegué a conocerla, pero es una gran escritora.

—Me refiero a la obra —puto vejestorio.

—¿Por qué la sitúa en un campus? Eso siempre me ha intrigado —dice Melissa. En esto, la mujer lobo tiene razón, yo también me lo había preguntado.

—Mire, me hacían falta personajes inteligentes, que salieran hasta tarde y que bebieran mucho. Teniendo en cuenta los requisitos, podía haberla situado aquí en la granja, con todos ustedes, pero no lo pensé —dice Albee, y se detiene de nuevo para que nos riamos.

—En la Universidad de Florida se dice que, para crear a George y a Martha, usted se inspiró en dos de sus profesores —comenta Melissa.

—Oh, no lo crea, querida, en cada facultad del país hay un rumor parecido. No he pisado nunca la Universidad de Florida, si eso es lo que la inquieta.

—Seguro que *Virginia Woolf* le ha pesado mucho —insisto yo.

—Pues bastante, pero considero que lo llevo con deportividad. Las treinta obras que he escrito son todas hijas mías y, en efecto, *Virginia Woolf* es la que más éxito ha tenido. Cuando alguien me dice «he visto su obra» ya no le pregunto cuál, porque invariablemente hablan de ésa. ¡Como si el resto fueran hijos deformes! Para mí son todas igual de válidas, pero reconozco que estoy donde estoy gracias a *Virginia Woolf*…

—Perdóneme que lo rebaje, pero también recibió muchas críticas, ¿no? —suelta Hank—. En la facultad muchos la tenían por una obra inmoral, y todavía hay gente que asegura que las dos

parejas protagonistas en realidad son homosexuales.

—Esa acusación también la he arrastrado toda la vida —dice Albee, hastiado—, y me he pasado la vida desmintiéndola. Métanselo bien en la cabeza: ¡la obra va de dos parejas heterosexuales!

—¿Tendría algo de malo que fueran cuatro gays? —pregunta Kayle.

—¡Nada, precisamente por eso! ¡Si hubiera querido hacer una obra con cuatro gays, sería una obra con cuatro gays!

—¿Pero usted lo es o no? —se atreve Hank. Se hace un silencio tenso.

—Sí, soy gay. Y si le respondo es porque nunca lo he ocultado. Ahora bien, tampoco he hecho bandera de ello.

—¿Y cómo lo ha llevado, pues? —me aventuro a preguntarle.

—Es fácil: no soy un *escritor gay*, soy *un escritor que es gay*. La homosexualidad forma parte de mi identidad, igual que lo es ser blanco, hombre, norteamericano, dramaturgo… Pero siempre he aspirado a escribir sobre todo el mundo. Los artistas gays que tratan temas gays corren el riesgo de guetizarse. Por otro lado, dejen que les haga una última observación: ¿a ustedes les preguntan cada día si son heterosexuales?

—Hm, no —digo yo.

—En este país, la mayoría de los críticos reducen las obras a sus prejuicios. En lugar de reflexionar sobre lo que han visto, escriben sobre lo que les habría gustado ver. Uno de estos críticos se incomodó por la manera en que yo retrataba a los heterosexuales y decidió que eran gays, lo publicó sin preguntármelo y ya tuvimos el incendio declarado. Y luego está la moral, queridos míos. Está claro que a los de su generación no les afecta, pero cuando yo empezaba era un tema candente.

—¿A qué se refiere? —le pregunto.

—Recuerdo una crítica que decía: «El mundo no es el hormiguero podrido que nos presenta el señor Albee. En su casa tal vez sí, pero conocemos miles de casas donde la vida es limpia, equilibrada y honesta.» Mira que la obra se puede analizar siguiendo criterios estéticos o dramáticos de todo tipo, pero siempre hay críticos empecinados en purgar sus taras personales y hacérselas pagar a los autores.

—Hombre, habrá críticos y críticos —digo yo.

—Sí, y siempre hay más de los unos que de los otros, querido. Pero no se preocupen por mí, toda la vida he tenido problemas con los críticos. Tampoco es que desee su muerte, pero…

Tierra, trágame.

—Miren, les pondré otro ejemplo: en una ocasión preestrené una obra con público normal y todo el mundo salió de allí satisfecho. «Vamos bien», pensé. Días más tarde llegó el estreno, y los críticos empezaron a escribir que si «la obra es confusa», que si «es una pieza muy complicada, no la vais a entender». Y entonces el teatro comenzó a llenarse de gente confusa. ¡Tal como se lo cuento! El público tranquilo de los primeros pases dejó paso a gente que ya entraba aturdida en el teatro y salía todavía más meditabunda, sobre todo meditabunda, como si tuvieran que pasar un examen a la salida sobre los símbolos y las metáforas de la obra, en lugar de dejarse llevar por el texto. ¿No les parece sorprendente?

—Quizá habría que replantear el papel de la crítica —dice Hank.

—Que me ayude a vender libros —dice Melissa—. Por lo menos, eso es lo que yo espero de un crítico.

—No siempre. Si un libro es malo, la crítica debería ayudar a esquivarlo —dice Mateusz.

—En Cataluña casi todos los críticos son unos aduladores —añado yo—. Y los que no lo son, o bien van por libre publicando en blogs, o bien están respaldados por grandes medios que los protegen.

—No te quejes, que siempre hay algo peor —me dice Kayle—. En Singapur prácticamente no hay crítica: está prohibida.

—Nos guste o no, un crítico debería poder atacar siempre al autor —dice Hank mirando a Albee—, pero desde los argumentos y la reflexión, situando la obra en un contexto y analizándola, no desde sus filias y fobias personales.

—Yo sé perfectamente de qué van mis obras, queridos míos —retoma Albee—. No me hace falta que ningún crítico me psicoanalice y me descubra lo que quieren decir en realidad. En Nueva York, que es el entorno que conozco, hay pocos críticos que se aproximen a la obra con el entusiasmo y la humildad necesarios. No pido tanto, ¿no les parece? Pero no, la mayoría de los críticos no estarían capacitados ni para cubrir un incendio de rastrojos.

La relación de amor-odio que vive Edward Albee con sus críticos me ha hecho pensar en la manía de interpretarlo todo. Cuando un crítico se zambulle en los miles de páginas de los diarios de Virginia Woolf en busca de alguna relación con la obra de Albee, está sobreinterpretando, porque la frase «¿Quién teme a Virginia Woolf?» no es suya, se la encontró pintada en la puerta de un lavabo. Cuando un académico escribe veinte páginas teorizando

sobre por qué los protagonistas de tal obra se llaman como se llaman, está sobreinterpretando: si le preguntara a Albee sabría que no hay misterio, que a menudo bautiza a los personajes con los nombres de sus perros. Una buena amiga de Albee decía que la interpretación nació cuando la ciencia venció a los dioses. Cuando dejamos de creer en las leyendas cristianas como algo real, cuando el éxodo de Egipto se convierte en una alegoría, empezamos a interpretar. El significado original nos resulta inaceptable, «¡nadie puede vagar cuarenta años por el desierto!», y en lugar de repudiarlo lo rehacemos, y le contamos a todo el mundo que finalmente hemos descubierto el verdadero significado de la *parábola*, aunque no tenga nada que ver con lo que dice el texto ni con lo que quería contar el autor. Esta tendencia a construir interpretaciones ya hace 2.000 años que dura, pero en el último siglo se ha fortalecido con el marxismo y con el psicoanálisis, según los cuales siempre existe un subtexto, siempre hay una intención oculta. Y contra tantos falos y tantos traumas paternofiliales es necesario recuperar en todas partes la inocencia con la que mirábamos el arte primigenio: ver más, escuchar más, sentir más. «En lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte», defendía esta amiga de Albee, que casualmente también fue la intelectual norteamericana más respetada de todos los tiempos: Susan Sontag.

En la mesa, Albee ha continuado con su monólogo contra los críticos durante un buen rato, enumerando con nombres y apellidos los «chupatintas» que se han encargado de las páginas de teatro de los principales periódicos norteamericanos. Cuando se enciende es cuando lo ves en plena forma, cuando vuelves a ver al joven talentoso y carismático, el superdotado verbal que fascinó al mundo artístico del Village en los sesenta y, durante las décadas posteriores, a todas las viudas de Montauk. Cuando me enchufo otra vez a la conversación, veo que ya ha ampliado el colectivo de damnificados.

—Pero si quieren que les sea sincero, me pasa lo mismo con los directores, los adaptadores, los actores y el resto de los criminales…

—Eh, ¿qué problema tiene con los adaptadores? —le pregunta Hank—. Yo he adaptado textos muchas veces…

—Es muy sencillo —contesta Albee—. Yo le dejo espacio para que usted despliegue su creatividad, pero permiso para ser creativo no significa permiso para distorsionar.

—Los textos siempre se han adaptado —dice Hank—. Desde los

inicios de la historia del teatro. Sófocles y Esquilo hace siglos que están muertos, y la gracia es precisamente ésta, que los adaptemos.

—¿Por qué? Explíqueme por qué hay que adaptarlos. ¿Por qué motivo tienen que saltarse la forma en que el autor entendía la obra?

—Podemos elegir —le responde Hank—. Podemos elegir representar a Sófocles como lo hacían entonces, con coro, túnica y taparrabos, o bien podemos actualizarlo, utilizar micrófonos y escenarios a la italiana y, si nos parece necesario, vestir a los actores de calle o fichar a un protagonista tatuado.

—¿Pero usted se cree de verdad capaz de mejorar a Shakespeare? ¿De aportar algo nuevo?

—Por lo menos le aportaré mi punto de vista, y mis actores el suyo —se defiende Hank—. ¿No es de eso de lo que va el teatro? ¡Una obra que no se actualiza con nuevas miradas es una obra muerta! Y, además, si tuviéramos que representar a Shakespeare según las convenciones isabelinas, los actores deberían ser todos hombres, ¡incluso en los papeles femeninos!

—Lo que usted dice tiene un nombre, y es demagogia —dice Albee, flemático.

—¡Por el amor de dios! —grita Hank, arrojando la servilleta sobre la mesa—. ¡Es que usted también hace demagogia! —Finalmente se levanta arrastrando la silla con mucho ruido—. ¡Bah, me voy a mear!

—Muy bien, señor adaptador, piense lo que quiera —replica Albee—. Ah, y no hace falta que lea las acotaciones en voz alta, puede ir a mear sin que lo sepamos todos. —En la mesa flota un silencio cargado. Vuelvo a llenarme la copa de vino y sirvo también a los compañeros en general y a Mateusz en particular.

—¿Le han hecho muchas adaptaciones desastrosas? —pregunto yo con curiosidad.

—Ya lo creo, querido, no sabe la de tiempo que he perdido defendiéndome de esos bárbaros. Cada adaptación es una batalla, ni se lo imaginan. Desde actores de esos que quieren «interiorizar» el texto y decirlo «a su manera» hasta directores que quieren situar la obra en el futuro o en un club sadomasoquista.

Cuando Hank vuelve a sentarse, Albee insiste.

—¿Verdad que si interpreta a Mozart no se le ocurrirá decir «aquí él puso un mi, pero yo daré un fa, que sonará mejor»? —dice Albee mirando a Hank—. Pues servidor sólo pide el mismo respeto por los textos teatrales. Porque aquí hay un gran malentendido, queridos míos: no puede ser igual de importante un autor como yo

que un director como usted.

—Lo tengo claro, usted es más importante que nadie —dice Hank, incinerado—, pero sin los actores no hay obra.

—Se equivoca otra vez, querido. Hay actores a montones, pero sin autores se acaba el teatro.

—¡Pues usted tendrá que aceptar que cada actor interpretará el texto a su manera, y que eso será así por los siglos de los siglos! —le rebate Hank.

—Por lo menos hasta que se inventen los robots intérpretes —dice Mateusz. Sólo yo le río la gracia, y él me lo recompensa llenándome la copa.

—Lo siento, queridos, pero a esta gente que hace aportaciones la detesto. O me adaptan a mi manera, o carretera. Mientras yo sea el autor, tendré la última palabra.

—Por lo menos hasta que se muera —dice Hank, que no se da por vencido.

—Hasta que me muera y mucho más allá, ¿qué se ha creído? —replica el dramaturgo—. La gente como usted no me tocará ni una coma, cuando esté muerto. ¿Para qué se cree que tengo una fundación? ¿Sólo para evadir impuestos? ¡Un autor no muere hasta que caduca su copyright!

Antes del postre hacemos una pausa, Mateusz se va a vaciar Postales, Hank recoge los platos sucios y Kayle trae los helados.

—¿Y quiénes le parecen más egocéntricos, los actores o los escritores? —le pregunto a Albee cuando le sirvo el café. Kayle me implora con la mirada que no le dé más carnaza, pero qué queréis, me va la marcha.

—Los actores, naturalmente —responde él, lanzándose sin miramientos—. Con los años he conocido a un montón, y son tan insoportables que sólo pueden relacionarse entre ellos. Conozco a muy pocos actores con parejas que no sean del gremio…

—Pero eso también sucede con los escritores, ¿no? —dice Kayle —. También les parecemos inaguantables.

—Y también hay muchos matrimonios entre gente del oficio — dice Hank.

—Tienes razón —digo yo—, tengo mucha suerte con mi Emma, nos aguantamos los malhumores mutuamente.

—La chica a la que llamas cada día, ¿no? —dice Kayle—. ¿También es escritora? —Asiento con la cabeza—. Oh… ¡Sois mi pareja preferida del mundo!

Se me debe de haber subido el Postales a la cabeza, porque de

repente me parece buena idea hacerle LA PREGUNTA a Albee, la que todos tenemos en la mente desde hace un mes.

—Perdone si le parece una indiscreción, pero… ¿usted tiene pareja, señor Albee? —El silencio se generaliza, todos tenemos curiosidad.

—Está de suerte —contesta él—, le confieso que a los ochenta y cinco años uno ya no puede permitirse el lujo de que una pregunta como ésta le parezca insolente. En realidad, incluso hace que me sienta joven. Y no, ahora mismo no tengo pareja, pero la tuve hasta hace bien poco. —Y en ese momento el ogro de Montauk se nos pone tierno—. Se llamaba Jonathan Thomas, era escultor. Un hombre maravilloso, el amor de mi vida. Hizo que me reconciliara con mi madre, me apartó el alcohol… En definitiva, me hizo feliz. Murió hace cinco años.

Nos quedamos todos helados, nunca hubiéramos creído que palabras como ésas saldrían de su boca.

—Qué desgracia… —dice Kayle, la única que se atreve a romper el silencio.

—No lo sabe usted bien, querida mía —dice él, y su cara se endurece como una roca—. Encontrármelo fue fantástico. Nos cuidamos el uno al otro, durante treinta y cinco años. ¿Saben lo que significa eso?

—Qué lástima, una pérdida así no se supera —dice Kayle.

—Pues no se crea, querida. Puede parecer crudo, pero quien lo pierde todo es el que se muere, yo todavía estoy aquí y debo aprovecharlo, ¿no les parece? Tienes que escoger, o miras hacia delante y buscas nuevas vivencias o te quedas atrás, viviendo del pasado. Yo escogí el futuro, por eso estoy aquí cada noche, discutiendo con ustedes.

—¿Y Jim? —pregunta Kayle—. ¿Él tiene pareja?

—¿James? Eso no se lo puedo responder, tendrán que preguntárselo ustedes —responde Albee—. Se ha hecho tarde. Si me dispensan, mis perras me esperan.

Acabamos el día en El Descanso del Surfista, ya que El Tiburón Cansado estaba cerrado. Bueno, cerrado es un decir, había una fiesta privada con Lamborghinis y Bentleys, y la playa estaba llena de helicópteros que despegaban y aterrizaban: no han dejado ni que nos acercáramos. Pero el Descanso está muy bien, hasta es más distinguido. Hablamos de esta neura albeeniana de no dejar que te adapten los textos. Hank está indignado, dice que la postura de Albee se opone a veinticinco siglos de teatro… «La dramaturgia no

es como la literatura, en la que el texto es la obra final y la lectura es una experiencia íntima», dice él, «el teatro es un trabajo en equipo que necesita a mucha gente… ¡Una obra solamente vuelve a la vida cada vez que unos actores la representan!» Hank está convencido de que ese egocentrismo le viene de haber sido siempre un niño mimado, primero en casa y luego en los teatros de todo el mundo. A Kayle no le parece del todo mal, eso de proteger tu texto. «¿Verdad que no permitiríais que os reescribieran un artículo o una novela? ¿O que la traducción alterara completamente su significado?» El argumento es bueno, pero se deshincha enseguida, porque en realidad Kayle no está por nosotros, se ve a la legua que está flirteando con un surfista de la mesa de al lado. Mateusz mete baza y aventura que lo que lleva a Albee a proteger su legado con tanto celo quizá sea cierta inseguridad. «¿Inseguridad? Pero si es un prepotente de narices», le responde Hank. «Pues para mí es inseguridad total. ¿Y si alguien le mejorara una obra? ¿Y si con cuatro actores homosexuales la obra fuera mejor?», se pregunta el polaco. «No quiere ni pensarlo y por eso se cierra en banda.»

Hemos ido a buscar birras, Kayle ya se ha lanzado y hemos acabado todos mezclados, ella galleando y contándole al guaperas que es la crítica gastronómica de *The New York Times*, Mateusz bailando con las chicas del otro grupo y Hank y yo charlando con el surfista más veterano, un tipo con la mirada oscura —ah, no, ahora lo veo, tiene un ojo de cristal— que es sin duda el rarito de la cuadrilla.

—¿Y qué, hay buenas olas por aquí? —le suelto. Se supone que se dice así, ¿no?

—No nos podemos quejar —dice él—, es la mejor playa cerca de Nueva York. Eso sí, mejor escaparse en febrero o en marzo, aunque el agua esté helada. O en otoño, cuando llegan las colas de los huracanes y dejan olas de cinco metros. En verano es la peor época, porque tienes que comerte toda esta carroña —dice el pirata mientras señala hacia las otras mesas. Hank le mira con reticencia, como si la charla le diera pereza.

—El otro día os vimos —le digo—, sois decenas de surfistas intentando pescar la misma ola.

—Pescar una ola no. Cogerla, cabalgarla, surfearla, ridearla, pero no pescarla —el de la bola de cristal me corrige. Podría contraatacar, pero no digo nada.

—Para los del pueblo, los surfistas sois el diablo —dice Hank—. Están muy indignados.

—En realidad, los que siempre hemos hecho surf no somos más

que unos cientos, y todos nos conocemos desde hace años. Pero desde que Montauk se ha puesto de moda está impracticable, el agua está llena de primaveras con tablas carísimas que apenas están aprendiendo a levantarse, que te dropean, se te meten por el medio y acaban barridos. De lo que se quejan es de esta gente, estos niñatos son tan incívicos dentro como fuera del agua.

—Quizá sea eso —digo yo, disimulando un bostezo.

—Montauk se ha convertido en un sálvese quien pueda, por eso estamos planeando con unos cuantos un surfari a Hawái.

—¿Un surfari? —pregunto con curiosidad.

—Un surf trip, colega, un viaje de surf. Allí no hay tantos gremlins, y hay unas playas y unas olas tuberas fabulosas. ¿Habéis estado alguna vez?

—No —contesto yo.

—¿Nunca habéis oído hablar de Pipeline?

—Yo hace tiempo que quiero ir a Hawái… —dice Hank—. ¿Vale la pena?

—¡Oh, colegas, es el paraíso! ¡Y Pipeline es la madre de todas las playas, la Capilla Sixtina del surf! —Ahora habla embargado por la emoción, y parece que le ha contagiado su entusiasmo a Hank—. Está en el norte de Honolulu, las olas chocan contra un arrecife y dibujan unos tubos gigantes, trazados con tiralíneas. Os lo juro, son perfectos. He estado en Cocoa, he estado en Ocean City, en Malibú, en Mavericks, pero ninguna de ellas es Hawái. ¿Sabéis las típicas fotos de surfistas cabalgando una ola perfecta antes de que se los trague la boca? La mayoría están sacadas en Pipeline.

Mi interés por el surf ha llegado al punto de saturación, así que busco la manera de escabullirme, por lo menos un ratito. «¿Queréis otra?», les pregunto, pero no me oyen, y me levanto con un «ahora vuelvo» que en realidad es un «gracias a dios». En el Descanso realmente hay decoración, no la combinación de antorchas, budas y banderas yanquis del todo a cien que pueblan el Tiburón. Esto parece un bar de hotel, donde habitualmente te encontrarías a los cuatro millonarios que se alojan en los yates de la marina de lujo, pero hoy nos hemos añadido todos los colgados del Tiburón y te pasas un cuarto de hora para conseguir una cerveza. En el espejo de detrás de la barra alguien ha escrito: «Seríamos hipsters si eso no fuera tan mainstream». Entre la multitud hay una cara que me suena, diría que la he visto en un vídeo a media tarde, en uno de mis entrenamientos para ganar el premio AVN al mejor zumo de nabo. El pelo largo, los tatuajes tribales, el bronceado permanente… A lo mejor no, a lo mejor es sólo la legendaria similitud entre los

surfistas y los actores porno, pero apuesto a que hace unas horas ese de ahí le aliñaba la almeja a la señorita Sasha. La solución sería pedirle que se bajara los pantalones un momento, a ver si hablamos de la misma aceitera, pero lo descarto rápidamente. Me entretengo mirando los cuadros del local, todos sobre el tema de la casa: tienen media docena de dibujos de olas y de surfistas de Raymond Pettibon, tablas con estampados de Basquiat y dos Julian Schnabel gigantes de fotos de surfistas con pegotes de pintura por encima. Otra vez el espejismo de Montauk, aparentamos que somos alternativos pero en realidad la pasta nos sale por las orejas. Inmediatamente pienso en llevarme uno de los Schnabel, que a Emma le encantan. Me imagino distintas maneras de llevármelo, cogerlo y correr como un loco queda descartado, no pasaría por la puerta. Quizá activar la alarma de incendios y, en plena confusión, tirarlo por la terraza… Esta última opción sería la mejor si yo fuera alguien atrevido y no un jiñao que escribe autoficción, así que me vuelvo a nuestra zona y me encuentro de nuevo con Hank y con el surfista tuerto enzarzados en su conversación. Les digo «aloha» pero no me contestan. Me daba miedo que Hank se cagara en mí por haberlo dejado solo con un surfista cabeza hueca, pero parece que se lo están pasando pipa. Charlan como si se conocieran de toda la vida.

—En realidad, hay de todo: surfistas cristianos, judíos e incluso musulmanes —dice el del ojo de cristal—. Pero personalmente creo que el budismo zen es el que describe mejor lo que hacemos.

—¿Por las posturas sobre la tabla? —le pregunta Hank—. Me he fijado en ellas y parecen asanas de yoga.

—No, es más bien a causa de la energía, a causa de la manera en que fluye la energía —puntualiza Jack Sparrow—. Cuando cabalgas una ola, estás cabalgando energía. La energía del viento, la energía del agua. Y te deshaces, hasta el surfista más agnóstico te dirá que lo ha sentido, notas cómo la ola y tú pasáis a ser la misma cosa, que durante unos segundos dejas de existir como persona para existir como ola. Es aquello de Thoreau, «lánzate sobre cada ola, encuentra tu eternidad en cada momento». —En ese instante el tuerto se ha subido la camiseta y nos ha enseñado la frase tatuada en su vientre. Un gesto innecesario, la verdad.

—Además, cada ola es distinta. Nunca cabalgarás dos veces la misma ola —añade Hank, reflexionando en voz alta.

—Eso es Heráclito, ¿no? —dice el ojo que todo lo ve—. Piensa que surfear también es meditar, la mayor parte del tiempo que nos pasamos en el agua estamos reflexionando…

—Ya lo creo. La vuestra es una espiritualidad activa —dice Hank, desencadenado—. Ejercéis vuestra espiritualidad surfeando.

—Exactamente —remacha el tuerto—, ola tras ola hasta el Nirvana.

15

Finalmente he entendido el nombre del vino. Cada mañana la misma sensación de playa arrasada en mi cabeza, nunca más, hoy lo dejo, basta de huracanes. Me preparo un Lázaro en la cocina mientras Jim lee el periódico sobre el mármol. Mateusz, en cambio, está fresco como una rosa, y ya se está asando el colesterol matinal.

—Qué, ayer no pudisteis ir a El Tiburón Cansado, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? Había una fiesta privada… —le digo.

—Lo cuentan en el periódico, chato —dice mientras me lo pasa —. The League. Para matarlos a todos.

«EL TIBURÓN CANSADO ACOGE LA FIESTA VERANIEGA DEL TINDER DE LAS ÉLITES», dice el titular. Y debajo una foto con media docena de chicas. Según el *East Hampton Star*, The League es una aplicación de contactos para los jóvenes del 1 %. Sólo se puede acceder a ella con invitación, se ve que la empresa evalúa tus contactos en Linkedin, tu trabajo y las universidades a las que has ido y te da o no la invitación. Tienen más de 100.000 solicitudes de acceso, y sólo aceptan unas cuantas de ellas cada día, con lo que allí se reúnen los solteros más selectos de los Estados Unidos.

—Millonarios, hijos de papá y tiburones de las finanzas y de la publicidad —dice Jim, leyéndome el pensamiento.

—Lo mejor es este eslogan suyo. —Y me pongo a leer—: «Si Tinder es un bar pringoso con pulserita todo incluido, The League es una coctelería exclusiva en la que no se puede entrar con chancletas.»

—Ésta es la puta gente que está hundiendo el país, y encima aquí hemos de tragarnos su mierda de fiestas privadas —añade Jim.

—También tiene huevos que vendiéndose como un club de lujo hayan ido a parar al bar más guarro de Montauk —sentencia Mateusz.

Molestias en el culo, también conocidas como almorranas. El cambio de dieta, la jodida jambalaya y las especias que Jim le echa a todo han saboteado mi armonía intestinal, le han pegado fuego y

han incitado una sublevación en mis bucólicas tripas ecoveganas. Al principio he pensado en alguna picadura del Lyme, pero ayer me revisé a fondo y duele demasiado adentro. También podrían ser las pajas, debería hacerle caso a Tissot y dejar de invocar al Anticristo. Finalmente he pensado que podía ser un forúnculo descontrolado que se estuviera hinchando sin parar, tamaño cacahuete, tamaño nuez, tamaño pelota de golf, tamaño pelota de tenis, tamaño melón. Entonces tendría que acabar operándome aquí, y eso me preocupa, porque no tengo seguro médico y la hospitalización me dejaría el culo como un tomate, valga la redundancia. Por suerte, me aplico la navaja de Ockham y corto la paranoia en seco: «Son almorranas, no se acaba el mundo.» A media tarde bajo al súper con Jim a buscar alguna pomada. Me ha tocado engañarlo, «que si necesito un producto intestinal, nada, todo muy rutinario», porque cualquiera va por el mundo diciendo que tiene almorranas. He comprado la pomada antihemorroidal de incógnito, como si fuera una misión secreta, y la he pagado junto con unos Juggy Fruits para disimular, ruborizado como el que tiene dieciséis años y compra condones por primera vez, superflashback, otra magdalena: tienes catorce años, estás en la ducha y empiezas a mirar hasta dónde puedes meter el dedo en la cueva sin que tu autoconciencia te llame perturbado. He llorado, pero no de nostalgia al recordarlo: hoy ha sido de dolor.

Como nadie ha dado señales de vida —deben de estar todos escribiendo, qué poca originalidad—, me pongo la vestimenta olímpica y salgo a ensayar unas cuantas líneas con Martha. Para correr, me he puesto un disco de los Mishima que hacía la tira que no escuchaba, *Trucar a casa. Recollir les fotos. Pagar la multa*, posiblemente el disco que describe mejor lo de volver a estar solo después de que la novia te haya dejado por un argentino. *Trucar a casa* es ese tipo de disco, un disco de llorera automática. Y ha funcionado: ¿dónde está Emma? ¿Qué estará haciendo? ¿Me echará de menos? Mil preguntas blandas me han hecho acelerar y correr el último kilómetro a cien por hora para llegar y llamarla, cruzando el jardín campo a través y echando el hígado por la boca. Una vez en casa, la he llamado y le he dicho que el marrón y el beige del uniforme le quedaban muy guay, que otro viernes y yo lejos de casa, y que no es verdad que aquí esté mejor que en Barcelona. En definitiva, que la echo de menos como quien ha perdido un pie para andar.

A veces pienso que me he equivocado de oficio, que en lugar de escribir novelas debería haberme dedicado a las canciones.

Imagínatelo, nada de meses y meses picando piedra, nada de volverse loco estructurando la historia en capítulos, haciendo biblias de personajes e inventando tramas y subtramas, flashbacks y montajes paralelos. Ser músico es un chollo: por la mañana tienes una idea feliz, alguna frase pegadiza que se puede ir repitiendo como un estribillo, por la tarde le añades la melodía, lo grabas en dos semanas y, si tienes un poco de suerte, acabas creando un himno generacional. Y esas doce frases con incorrecciones léxicas llegarán a ser legendarias, la gente se las sabrá de memoria y las chicas las gritarán en los conciertos mientras tú, desde lo alto del escenario, te empalmarás viendo al público enloquecer con cada metáfora, constatando que la canción está viva, mucho más viva que tú, que algún día la diñarás, pero la canción no, que la canción provoca y provocará lloros y que miles de personas se enamoren, formará parte de su ADN cultural, pasará a ser universal, patrimonio de la gente.

Con los libros eso no sucede nunca. Como mucho, si eres Paulo Coelho o Herman Hesse y das con algún cerebro de mantequilla, puedes conseguir que se tatúen tus máximas en la espalda, o que las compartan en Facebook como si fueran cosas profundas, o que las adolescentes se las apunten en la agenda del instituto. O puede que un psicópata se obsesione con tu novela y la coleccione por docenas, pero en general ya puedes esforzarte lo que quieras en una novela, que tu libro estará en los escaparates durante dos meses como mucho y acompañará a los lectores unas tres semanas de media. Reconozcámoslo, el idilio literario es corto pero intenso: empieza en la primera página y, si tienes suerte, supone tener la exclusiva de los viajes y de los ratos de ocio del lector, que durante días sólo tendrá ojos para ti. Podrás hablarle al oído en todo momento, tendrás la puerta de su cerebro abierta para decirle todo tipo de disparates, pero nunca con la fuerza de la música: tú ya puedes machacarlo con que el Quijote era catalán o que beber leche de vaca te destroza los intestinos, que ellos seguirán a la suya, y cuando se acabe tu monólogo, de vuelta a la estantería y nunca más se supo. Como mucho se acordarán de que te han leído, «me ha encantado» o «me aburrí». Y nadie te recordará porque nadie recuerda nada, ¿cuántos nombres de protagonistas de novela seríais capaces de enumerar? Jean-Baptiste Grenouille, Ignatius Reilly, Holden Caulfield, Patrick Bateman, Colometa y el Pijoaparte… ¿Y cuántas canciones? Los letraheridos no tienen memoria, la vida de una novela es la de un mosquito: al día siguiente de acabar tu libro —¡por fin, qué plomo!cogerán otro, un nuevo libro y un nuevo

autor, y a ti te olvidarán hasta que publiques otra cosa cuatro o cinco años más tarde. Pero nada de volver a escucharte una y otra vez como hacen con las canciones, nada de releerte, nada de repensarte. Como mucho te rularán como un porro, se prestarán el libro unos a otros, por aquello de que nuevo cuesta una pasta. Y ni se te ocurra renegar de ellos o decir que pasándoselo te están escatimando los derechos de autor, ¿acaso tú no pagas por ese Mistol? Porque, al contrario, que se lo presten entre ellos es la mejor señal de que les ha gustado, la máxima declaración de amor a la que nunca podrás aspirar.

Más pruebas de la insultante superioridad de la música sobre la palabra: aún hoy no entiendo la mayor parte del pop anglosajón que escucho, pero qué cojones, me pongo las canciones cientos de veces y consiguen emocionarme. Eso explica por qué la música no tiene fronteras, pero no deja de fascinarme que unos lo tengan tan cerca —a cuatro acordes de la locura planetaria— y los demás tengamos que sudar la gota gorda. Para conseguir el mismo llanto, los escritores tendremos que trabajar de mil maneras tangenciales, a partir del testimonio, a partir del simbolismo, pero nunca alcanzaremos la emotividad instantánea de la música en vena. La prueba de esta distancia sideral entre estos dos mundos sería comparar los festivales literarios con los musicales: los primeros están llenos de poetas que no saben leer en voz alta, micrófonos que se acoplan y viejos roncando en la platea, mientras que los segundos arrastran cada verano a miles de hipsters y de universitarios a los que se les supone cierto criterio, melómanos que en lugar de quedarse en casa y disfrutar del grupo que te gusta en el aparato de alta fidelidad, con un cubata en la mano y el aire acondicionado a todo trapo, eligen coger aviones y gastarse fortunas para aborregarse en festivales polvorientos e insalubres, durmiendo en tiendas de campaña —¡habéis leído bien: tiendas de campaña!— y haciendo colas kilométricas cada vez que quieren tomarse una birra o evacuarla. 150 euros para ver a grupos que desconoces, y de los que a veces no entiendes el idioma en que cantan; 200 euros por un abono que te da derecho a olfatear emanaciones corporales ajenas y acabar completamente salpicado de cerveza. Eso sí, después de tres cuartos de hora de aguantar empujones, estarás en primera fila para ver a tu grupo favorito, pero siempre fallará algo: o el sonido será malo, o te taparán los fotógrafos, o la de al lado se las sabrá todas y se desgañitará tanto que no conseguirás oír la voz del cantante.

FESTIVAL DE LITERATURA ESTRELLA DAMM
BARCELONA, JUNIO DE 2016 — PARQUE DEL FÓRUM

ESCENARIO ESTRELLA

17:00	«Cuánto me gusta tu polla» Concurso de imitadores de **Quim Monzó**.
18:00	«Saca el güisqui, cheli» **Martin Amis** cuenta anécdotas familiares.
19:00	«Todavía no sé por qué fuimos a Vietnam» **Norman Mailer** y **Tom Wolfe**, pelea de gallos.
20:00	«No pienses en un estornino» **Jonathan Franzen** destroza una veintena de módems.
22:00	«Pynchon le dijo a Sancho» La influencia de *El Quijote* en *Vicio propio*, por **Harold Bloom**.
23:00	«Ganas de vomitar» **Michel Houellebecq** recita poesia.
24:00	«Querido hijo de puta» **Bret Easton Ellis** lee cartas de sus fans.

ESCENARIO FREE DAMM

19:00	Magia literaria: Haremos desaparecer a **Carlos Ruiz Zafón**.
20:00	**Pep Guardiola** lee a **Miquel Martí i Pol**.
21:00	Conversación con **Borges**. Ouija dirigida por **Hans Ulrich Obrist**.
22:00	**Jaume Cabré** cocina paella para todos.
23:00	**Javier Marías** cuenta chistes de Eugenio.

ESCENARIO MEDITERRÁNEAMENTE
Este año, el monográfico será sobre Paulo Coelho

18:00	¿Quién me ha robado mi Coelho?
19:00	No pienses en un Coelho
20:00	Paulo Coelho y la piedra filosofal
21:00	El zoo de Coelho
22:00	Camarero, hay un Coelho en mi sopa
23:00	Veinte Coelhos de amor y una canción desesperada

El dedo en el culo, aunque sea lleno de pomada: esa sensación tan hitchensiana, entre el placer y el azote. Pero eh, *open your mind and your ass will follow*, que decía aquél: aunque sea en el plano teórico, me niego a creer que tantos millones de gays estén equivocados. La culpa de todo la tiene este patriarcado prepotente, tan seguro e ignorante en su mainstream, que nos obliga a tener ese ojo así de desaprovechado y a rechazar de entrada al 50 % de la población mundial.

No llegó a ser un hole in one, pero una vez me enamoré de un tío. Os lo juro, fue epifánico. Físicamente no me ponía nada, pero su voz, su manera de hablar y de ver el mundo fue un descalabro… Fue cosa de unas horas, tuve que despedirme de él y durante un par de días no me lo pude sacar de la cabeza, suspirando por los rincones con ese dolor de barriga único y 100 % identificable, «chaval, te has enamorado». Ya os podéis imaginar el enredo, el individuo tiene minina y esto son las mariposas en el estómago de siempre. Lo he pensado varias veces en mi vida, qué habría pasado si yo fuera un tío decidido y le hubiera pedido que volviéramos a quedar, si me lo hubiera montado para invitarlo a ver el Barça o para tomarnos unas birras, cualquiera de esas conductas heteronormativas exentas de cualquier sospecha. Quién sabe, quizá ahora seríamos una pareja homosexual envidiable, llevaríamos gafas de pasta Tom Ford, tendríamos una casa Frank Lloyd Wright y charlas literarias tumbados en un sofá Chester enorme, mientras acariciamos a un par de perros carísimos y suena *Green Onions* de fondo. O quién sabe, quizá la cosa habría derivado hacia un male bonding extraño y ultrasensible, secretamente erótico, quizá seríamos amigos del alma como Aquiles y Patroclo y al morir uno de los dos saldría todo. O tal vez me habría arreado un puñetazo y habría hecho correr el rumor de que yo era un mariposón —que ya

circulaba con bastante intensidad—, o quizá sólo habría sido un desahogo, una cosa extraña e inexplicable, más cercana al sexo entre hombres que al amor homosexual.

Gore Vidal y su distinción entre «actos homosexuales» y «personas homosexuales».

También aquella vez que me enamoré de un transexual. Pero eso ya me parece más normal: tras aquel chico guapísimo, un Pedro de largas pestañas y boca sensual, yo veía los rasgos femeninos de la Laura anterior.

Finalmente he conseguido que Jim me preparara arroz blanco hervido para cenar. Como no le ha dado el «toque criollo», ha resultado tan insípido como un plato de hospital, pero creo que será un buen bálsamo para mi trastienda. Los demás han cenado jambalaya, el reciclaje gastronómico de costumbre. Le hemos pedido que se quedara a cenar, que hoy tampoco venía Albee, y entre la insistencia de Kayle y las bromas de Mateusz, finalmente ha accedido. Solamente ha hablado él, y nos ha contado su juventud en menos de una hora, su infancia en Long Island, las protestas universitarias y una experiencia nefasta viviendo en una comuna, pero lo que nos ha fascinado de verdad ha sido la historia de Rita y los años en que vivieron en Louisiana.

—Era maestra en Baton Rouge, en el barrio pobre. Tenía mucha conciencia social, recuerdo que su activismo me deslumbró. Y, además, era divertida y guapa como ella sola. Nos conocimos una noche en Bourbon Street, yo visitaba a unos amigos en Nueva Orleans y todo fue muy deprisa, tres meses más tarde ya compartíamos lecho. Vivimos juntos cinco años espectaculares, los mejores de mi vida. —Lo recuerda con los ojos brillantes, hasta que se le quiebra la voz de repente—. Yo trabajaba como vigilante en un aparcamiento, y esa tarde Rita me llamó, me contó que las clases habían ido muy bien, que ya nos veríamos por la noche, que tenía que contarme algo muy bueno. Todavía estoy esperando esa historia… —Hace una pausa, se seca los ojos y se suena con la servilleta. Nadie se atreve a decir nada—. Se mató volviendo de la escuela, un camionero que se durmió. No he dejado de pensar en ella ni un solo día, os lo prometo, y pronto hará ya treinta años. Sólo espero encontrármela de nuevo, allá arriba o donde coño sea. Volver a abrazarla, continuar con nuestra vida donde la dejamos. Y también que me cuente esa puta historia con la que tenía que

mearme de risa.

—Madre mía… —dice Kayle.

—Yo no supe mirar hacia delante, ni escoger el futuro ni todas esas gilipolleces con que siempre me insiste el señor Albee. Recuperarme me costó muchos años. En realidad, desde entonces la vida sólo ha sido un ir tirando, pero nunca aquella alegría, nunca aquella locura. Y siempre me ha ayudado mucho seguir hablando con ella mentalmente, tenerla presente. Rita era de familia criolla y cocinaba como los ángeles, y un día decidí recuperar sus recetas, sobre todo la jambalaya. No me sale tan bien como a ella, y en realidad me sabe mal si os habéis hartado —me mira a mí—, pero no puedo hacer nada más, para mí preparar jambalaya es recordarla, y el tiempo que le dedico es como si la oyera cantar y bailar por casa, en nuestra cocina de Nueva Orleans.

Como la historia de Jim nos deja planchados, decidimos que hoy no salimos, que nos montamos la fiesta en casa. Mateusz se ha emperrado en preparar Long Island Iced Tea, «estamos en el sitio, no nos podemos ir de aquí sin probarlo». Lo de té helado sólo se ve en el nombre y en el color, porque en realidad es una mezcla de todos los licores del mueble bar on the rocks. Dicen que fue Hemingway quien lo bautizó así para engañar a su mujer y que no refunfuñara si se pedía media docena en una tarde, pero seguro que es otra leyenda alcohólica asociada al personaje. Jim se ha quedado un rato con nosotros, me parece que contarlo le ha ido bien, y cuando la teína del Long Island se le ha subido a la cabeza no ha podido parar de encadenar recuerdos de aquella juventud perdida.

—¿No sabéis lo que es la excepción daiquiri? —nos pregunta en mitad de su monólogo, arrastrando las palabras.

Mateusz, que se ha levantado para preparar más Long Islands, dice que no meneando la cabeza.

—¿Tú tampoco, Hank? ¿No te suena? —le pregunta Jim.

Tampoco tiene ni idea. Nadie sabe nada de la excepción daiquiri.

—En Louisiana beber alcohol en el coche está prohibido —empieza él.

—Como en todas partes —dice Hank.

—Pero en cambio comprar bebidas desde el coche sí que está permitido —prosigue el viejo hippie—. La excepción daiquiri es la grandísima idea que permite que las cadenas de comida rápida vendan white russians o whiskies dobles desde la ventanilla.

De repente, a Mateusz empieza a interesarle. Reparte la segunda ronda de darjeeling perfumado para todos, el primer vaso para Jim.

—¿Y no te meten un puro si te pillan conduciendo con alcohol? —pregunta el polaco.

—Mientras no metas la pajita dentro del vaso, no haces nada ilegal. ¡La ley es la ley, chatos! Con mi Rita siempre comprábamos cubalitros y nos los trincábamos en la playa. Ella de piña colada, le encantaba. Recuerdo muchas grandes noches que empezaron así…

—¡Sólo os faltaría eso en Montauk! —le digo.

—Me encanta la imagen —dice Mateusz—, penetrar el vaso de plástico, romperle el himen con la pajita es el límite de la legalidad. Es tan perfecto que pienso incluirlo en un poema.

Qué triste lo de Jim, estoy tan abatido que no puedo dormir. La suya sí que es una historia de verdad, una vida de verdad, y no estos paridones que algunos nos inventamos para distraernos. A veces el destino te planta una novela en la cara, a veces tu propia vida se transforma en una novela y a ti sólo te queda escribirla. Es el tsunami de Emmanuel Carrère, o la madre de Delphine De Vigan. Le envío un mensajito a Emma, que seguramente ya estará durmiendo pero da igual, le digo que tenga cuidado cuando conduzca, que la quiero entera y a mi lado durante muchos años. La historia de Rita me ha hecho pensar en *Di su nombre* (Sexto Piso, 2012), ese novelón de Francisco Goldman que se convierte en un luto infinito por su esposa Aura Estrada, una joven promesa de la literatura mexicana que murió ahogada haciendo surf cuando sólo llevaban dos años casados. La novela fue la manera de curarse, y de rebote ganó un montón de premios.

«Hay novelas que se te imponen. Otras tienes que ir sacándolas de un pozo sin fondo», decía Mercè Rodoreda. Y nadie tiene nunca lo que quiere: los que no llevamos ninguna novela dentro porque la vida nos ha resultado plácida y apática querríamos una gran historia de ésas, y los que llevan dramas clavados muy adentro preferirían no arrastrarlos, vivir sin el trauma y dedicarse al aburrido fabular.

Esperar a que la vida nos hiera y extraer de allí la literatura. O salir a buscarla.

16

Hoy tampoco hemos escrito. Es domingo, y el polaco se ha empeñado en preparar carne a la brasa de buena mañana. En la granja normalmente se desayuna fuerte, panqueques, huevos fritos, beicon o mi hummus, pero lo de encender la barbacoa adrede para hacer costillas no lo había visto todavía. Cuando me he levantado, ya estaba fuera preparando el fuego, muy contento, y al verlo con los ojos inyectados en sangre y la misma ropa de ayer he confirmado que no ha dormido, que se debe de haber pasado la noche mandando Postales. Huelga decir que nos hemos apuntado todos menos Melissa, mientras la carne se iba haciendo hemos empezado con las primeras cervezas, y yo les he contado la historia de la muerte de Jackson Pollock, que vivía en los Hamptons. Después de décadas conviviendo con Lee Krasner, en aquel verano de 1956 el pintor se había enrollado con una modelo muy joven, la típica aduladora. Aprovechando que su mujer estaba en París, Jackson *Pitopausia* Pollock salió a dar una vuelta con su nueva novieta y una amiga, y él conducía tan deprisa y tan borracho que estrelló el coche contra un árbol y se mató. «¿Eso está muy lejos?», ha preguntado Mateusz. «A pocos kilómetros de aquí.» Entonces ha propuesto ir a rendirle un homenaje, pero nadie se atrevía a conducir el monovolumen tan bebido. Descartadas las bicicletas, el polaco ha propuesto que fuéramos en el coche de golf eléctrico que tiene Jim para la jardinería, que «técnicamente no es un coche», y allí nos hemos metido todos. Íbamos a diez por hora y todo el mundo nos miraba, los ricos nos adelantaban pegando bocinazos desde sus Lexus y los surfistas en meharis nos hacían señas de «cojonudo, de puta madre» con el dedo. A la hora de la verdad, cuando hemos llegado a la carretera en cuestión, ningún vecino sabía el punto exacto en que se estrellaron, o no nos lo querían decir, pero ya que llevábamos un pack de seis cervezas para rendirle tributo, hemos terminado por dejar una en cada curva de Fireplace Road. Por un momento he creído que podríamos volver a casa sin problemas, pero antes de llegar a la carretera vieja de

Montauk el cochecito ha empezado a flojear y nos hemos quedado sin batería. Nos ha dejado tirados a cien metros de un bar cochambroso lleno de neones Budweiser y pósters de la Super Bowl. Da igual que haga ocho meses de Halloween: aquí no han quitado la decoración de calabazas, y con la excusa las telarañas falsas se mezclaban con las de verdad. Dentro el panorama era divertido: tres habituales sentados en la barra le gritaban barbaridades a la camarera, un pedazo de mujer con pantalones vaqueros que los mantenía a raya, y en mitad del bar un hombre y una mujer, borrachos los dos, bailaban tambaleándose e intentaban meterse mano. Por lo que hemos podido deducir rápidamente, el marido de ella dormía la mona con la cabeza apoyada en una mesa cercana, roncando. Todo pasaba a cámara lenta, el country que sonaba, los borrachos que bailaban, parecía una película de Béla Tarr. La camarera hombruna ha resultado ser la mar de simpática: nos ha puesto unas cervezas y nos ha contado que la especialidad de la casa son las alitas de pollo. «Estáis frente a la ganadora del premio a las mejores Chicken Wings de América de 1989», ha soltado. Las servían en múltiplos de diez: 10, 20, 30, 40, 50, 100 y 200. Doscientas alitas de pollo costaban 179 dólares. ¿Qué chiflado puede querer doscientas alitas de golpe? Cuando ya nos las servía —nos hemos repartido cuarenta—, ha llegado Jim en el monovolumen. Ha sido entrar en el bar y ponerse a blasfemar, incluso ha despertado al borracho que dormía. Que quiénes nos hemos creído que somos, que si nos pilla el sheriff ya estaríamos en el calabozo, que si lo que hemos hecho es muy serio, que si no-sé-qué de los tratados de extradición… Entonces el polaco ha pedido una cerveza para él, se ha hincado de rodillas y le ha pedido perdón mientras se la ofrecía con cara de angelito. Jim le ha sostenido la mirada, pero entonces se ha echado a reír y se le ha pasado la mala leche. «¡Joder, chavales, qué manera de sufrir! Pero bah, ¡a vuestra edad yo también era como vosotros!» Le hemos invitado a comer —cuarenta alitas más— y luego ha atado el cochecito eléctrico al monovolumen con un cable de acero y nos ha remolcado de vuelta a la granja. Nos hemos pasado la tarde tomando el sol y bebiendo junto a la piscina de hojas.

Perdida la mañana a causa de la excursión, quería escribir un rato antes de cenar, pero los imponderables me lo han impedido: hay una plaga en mi cuarto, una plaga de mariquitas. Cuando me he vestido, ya he visto dos o tres y he pensado que era algo circunstancial, me habré dejado la puerta abierta mientras me duchaba, pero por la tarde había ya dos docenas más. No sé por

dónde coño entran, porque ha estado cerrado y en las ventanas hay mosquiteras. Quizá por los conductos de ventilación, quizá por algún agujero entre los tablones. Eso o que haya sucedido finalmente: hace dos días que no vemos a Melissa, han venido por el hedor. Pero calma, según la Wikipedia las mariquitas no te contagian la enfermedad de Lyme, por lo menos eso es tranquilizador. He intentado no pensar en ello y escribir, pero cada vez que un adjetivo se me resistía, las observaba y empezaba de nuevo el recuento, era insoportable, y finalmente me ha vencido el diablillo. Fácil y rápido, he cogido un libro y chof-chof-chof-chof, sin contemplaciones. Si he de ser sincero, ha sido incluso un poco decepcionante, con lo acostumbrado que estoy yo a perseguir moscas y mosquitos, tigres y arañas, y que siempre se me escapen. Hoy no, las mariquitas no se movían, debían de tener interiorizado que son tan bonitas y bucólicas que nadie se atreverá a cargárselas. Eso sí, con cada aplastamiento, una mancha amarilla en la pared. Si lo llego a saber, busco otra estrategia, que se me ha quedado la pared como un vestido de faralaes. Me apunto comprar típex antes de dejar la casa.

Se te activa la alarma en el cerebro. Tienes ganas, es el momento. Haces un viajecito al lavabo para coger papel, con esto bastará, y corres el pestillo de la puerta sin hacer ruido. Te bajas los pantalones y los calzoncillos y te la agarras. La tienes encogida, hasta da pena verla. El contacto de la mano fría con los colgajos te provoca un escalofrío agradable. Empiezas a acariciarla, meneándola arriba y abajo. Te distraes observando el cuadro que está encima de la cama, el paisaje de una carretera pintado sobre césped artificial. La cosa se desanima, tienes que esforzarte más.

Todo resulta muy rutinario, el muñeco va creciendo lentamente, hasta que llega a las proporciones correctas para la operación. Dudas sobre cómo lo harás hoy. Abres la página de siempre y te paseas por el catálogo de propuestas —tríos, orgías, felaciones— como un decorador reseguiría moquetas, un carnicero escogería la pieza más tierna o un negrero al esclavo más musculoso. Centras el vídeo en la escena que más te conviene y coges ritmo, coordinándolo con la respiración, adquiriendo velocidad. Aceleras, aceleras, mano y miembro como una máquina de vapor, como una extractora de petróleo, son uno solo, trabajan de manera compenetrada, ninguna chica te lo hará nunca tan bien. Alcanzas el ritmo superior al de un coito corriente y la respiración se te empieza a hacer sonora. Ya no controlas el cuerpo y las sacudidas,

antes silenciosas, empiezan a sonar rítmicas, frenéticas. De repente dejas la mente en blanco, notas que sube, que se acerca el momento y acabas de fijar los ojos en el vídeo, que te muestra a menudo la cara del tío y corres para adelantarlo, o acabas pensando en alguna conocida que trace el final feliz de la historia. Subesube-sube y ya no controlas nada, cierras los ojos y, extasiado, expulsas la corrida sobre el papel higiénico. Te dejas caer en la cama, patitieso, cualquiera que te viera diría que te acaba de alcanzar un rayo.

Unos segundos más tarde, con la respiración ya normalizada, te limpias la chorra y te subes los pantalones. Vuelves al váter, tiras la lefa al lavabo y te lavas las manos mientras sueltas un suspiro, que no sabes si es de satisfacción o de remordimiento, mientras te retocas el pelo frente al espejo. Te sonríes, la sonrisa más falsa del día, y vuelves a la escritura. Cuando te has sentado en la butaca, notas que unos cuantos pelillos se te han quedado pegados a la piel del glande: una sensación que te perseguirá toda la tarde.

En Twitter un nuevo NULLA DIES SINE LINEA:

Escribe la novela que te gustaría leer.
MARTIN AMIS

Cuando pienso en escribir el libro que me gustaría leer, siempre pienso en *Montauk*. ¿Por qué me obsesiona? No es solamente por el punto de vista o por el tema; la superación de la autoficción es la vida misma. Ni tampoco por el tono, esas frases secas como el viento atlántico. Es la voz que hay detrás, la persona. En la prosa de Max Frisch puedo ver el final del camino, el final de la escritura. Lo que acabas siendo si te dedicas a ello durante muchos años. Muchas parejas, muchas derrotas, muchos fracasos y, a pesar de todo, la esperanza, la esperanza de conocer a alguien, de escribir un buen libro, la esperanza de venir a Montauk. La voz de Max Frisch que te dice «tú tira, que eso valdrá la pena», el tío mirándote tras la pipa y diciéndote «algún día eso que intentas te saldrá bien».

Hace unos meses le presté *Montauk* a Emma. «Léelo, te cambiará la vida.» Me lo devolvió dos meses más tarde, cabreada como una mona. Para ella es un libro deprimente, escrito por un machista de campeonato, alguien con miedo al compromiso, alguien que trata a las mujeres solamente como accesorios intercambiables, como espejos para reflejar su ego hiperbólico. «Quiere ser un testamento, pero es un falso testamento, un falso memorial de quejas de alguien incapaz de abrirse y de juzgarse de verdad.» «¿No te pareció

sincero?», le pregunté. «Quizá lo es, pero son los lamentos estériles de alguien que no lamenta nada.» Emma es la crítica más implacable que conozco, si Albee la conociera le sacaría los ojos. Tampoco le gusta *¿Quién teme a Virginia Woolf*?, le parece que esas obras con gente gritándose todo el rato son tóxicas y que no le hacen bien a nadie.

Después de la resolución, el macho homínido entra en el llamado período refractario, durante el cual todo languidece. El muñeco deja de estar erecto, la huevera se destensa y es fisiológicamente imposible volver a la carga, por lo menos de manera inmediata. En definitiva, la flauta de Bartolo se convierte en estropajo. Somos vulnerables, estamos tristes. La euforia de hace un momento ya queda lejos, el sentimiento de ser invencible ha desaparecido. Si esto es una escena con más de dos intérpretes, se puede optar por dormir —ella lo entenderá— o bien os podéis distraer con los otros miembros de la orquesta, soplando la armónica, por ejemplo. Si la escena es en solitario, la fase refractaria incluye altas dosis de asco. Hasta que la flaccidez no se aleja, la escena está dominada por un patetismo extremo.

El amor puede durar tres años, pero el deseo pornográfico se desvanece cuando te la limpias. No hace ni cinco minutos del último consumo de papel higiénico y ya no recuerdo nada de la chica en cuestión, y eso que he pasado un buen rato eligiéndola. Pero ahora nada de nada, por mucho que haga memoria soy incapaz de recordar si era rubia o morena…

La vergüenza ajena en la literatura, un gran tema para explorar.

Kayle se ha ido al pueblo a hacer yoga y ha vuelto alucinada. La típica cabaña de pescadores transformada en el Enterprise de las escuelas de yoga, con videowalls en las paredes que proyectan olas en loop, música new age a todo trapo y zumos gratuitos prensados en frío. La euforia que lleva encima no es normal, les mejillas le brillan de una manera especial, y sospecho que el Samoa Yogi Center es en realidad la tapadera de algo mucho más sucio. Las escuelas de yoga siempre me han dado mala espina: tú esperas a tu señora en la puerta del gimnasio y sólo ves salir a tías buenas y a chicos musculosos con unas sonrisas y un estado de paz interior sospechosamente postcoital. Se lo mencioné un día a Emma y me tomó por loco, pero siempre he pensado que un día irrumpiré a media clase y me los encontraré haciendo el trenecito sobre las

esterillas. De ahí que todo este imaginario pornográfico compiyogui me parezca una demostración empírica de lo que siempre he sospechado: chica guapa con pantalones estrechos haciendo el gato-vaca, perros semihundidos y saludos al sol hasta que llega el profesor y se ponen con la cabra, el misionero y el guerrero.

Cuando ha acabado de meterme el rollo del Samoa, el yoga surf y los leis hawaianos, le cuento mi teoría sobre «escribe la novela que te gustaría leer» de Amis. Le parece bien, juraría que me lo compra, pero dice que «escribiendo la novela que te gustaría leer» estoy omitiendo aquellos libros, a menudo grandes clásicos, que todo el mundo dice que son buenos pero que no se pueden leer. «Esas novelas que se te caen de las manos por soporíferas, por anacrónicas o porque, sencillamente, son demasiado extremas para tu gusto.» Tal vez tenga razón. Susan Sontag, la amiga de Albee, decía que la mayor parte del arte interesante es aburrido. «Jasper Johns es aburrido, Beckett es aburrido», escribía en sus diarios, «quizá hemos de dejar de esperar que el arte nos divierta o nos entretenga.» Cuando lo comentamos por la noche, el dramaturgo expone una teoría similar. Dice que es necesario distinguir entre obras que te gustan y obras que te parecen interesantes.

—Son dos cosas muy distintas, queridos. Cuando una obra les gusta, lo que actúan son las emociones. Les ha complacido, se lo han pasado bien, han salido contentos. En cambio, cuando una obra les interesa, lo que actúa es el cerebro. Les activa resortes, les hace pensar, los zarandea.

—Por eso hay obras aburridísimas e interesantes —le digo.

—Exactamente, querido. Y eso enlaza con otro malentendido, la confusión entre el éxito de público y la valía estética. Para Broadway, por ejemplo, la mejor obra es la más vista. Es un error, porque se acaba dependiendo del público en demasía, y cuando las cosas se hacen pensando exclusivamente en su gusto, ya has vendido tu alma al diablo. Miren Hollywood, es una indecencia.

—Pues en Europa Broadway nos parece lo más —le digo.

—Hace veinte años que Broadway anda de capa caída —dice él —. Han dejado de producir obras arriesgadas para programar comedias y musicales. Han acabado expulsando a un autor como yo, con la de lectores que tengo: mis obras no dejan de reimprimirse y en Broadway no me estrenan ni una. ¿Ustedes lo entienden?

—Lo que hacen es fast-food teatral —dice Kayle.

—Y se equivocan, porque se pueden hacer espectáculos inteligentes y tener mucha audiencia, sólo es cuestión de creérselo. La prueba es Viena, queridos. Allí me estrenan una obra tras otra y

siempre con éxitos clamorosos. En fin, tal vez en el fondo soy un autor europeo y aquí no funciono.

—Mira, como Woody Allen —le suelto.

—Yo no me hermanaría con ese hombrecillo. Más bien pienso en Sófocles o en Aristófanes, en Shakespeare o en Marlowe, en Ibsen, o en Beckett o en Pirandello… Ya no hay neones en Broadway para todos nosotros.

—En el arte contemporáneo han aprendido a pasar del público —añado yo—. Los artistas sólo necesitan a los coleccionistas, y lo que piense la gente de la calle les da igual.

—Pero no se engañe, querido. Eso es otra consecuencia de este marketing nefasto —dice Albee—. El público debería poder seguir las propuestas de los creadores, aunque sean arriesgadas y experimentales. ¡Al público se le tiene que educar, no renunciar a él!

—Usted tiene una buena colección de arte contemporáneo, ¿verdad? —pregunta Hank—. Leí que tenía un Kandinski.

—Tengo algunas piezas. Un Kandinski, un Picasso, un Chagall y muchas esculturas de arte africano. Tenía un Rothko, pero tuve que venderlo hace unos años. Por una cuestión de impuestos, en ese caso la fundación no me pudo salvar. Una auténtica lástima, ese cuadro me encantaba. ¿Sabían que Mark y yo éramos amigos?

—¿Lo dice en serio? —Joder con el viejo, qué amistades…

—Se sentaba a contemplar la playa con su sombrero, su corbata y su americana, siempre en silencio. Ya se lo pueden imaginar, puesto que no hablaba mucho teníamos una relación perfecta. Y cuando conversábamos, lo hacíamos sobre arte, música, pintura… Era fantástico, con los dramaturgos no puedes quedar, siempre acabas hablando de sexo o de dinero.

—¿A Pollock también lo conoció? —pregunta Mateusz.

—Cuando me vine a vivir a Montauk, ya se había matado. Pero su mujer era una gran amiga nuestra, vino a cenar cada miércoles durante veinte años. Qué mujer, Lee Krasner, ¿conocen sus cuadros? ¡Son fascinantes!

Hemos seguido hablando de arte, de cómo los artistas plásticos tomaron la delantera mediante la experimentación.

—Experimentar es esencial —dice Albee—. Si no se arriesgan, nunca aportarán nada nuevo, nunca descubrirán nada, ni de ustedes mismos ni del mundo.

—Puede que sí, pero experimentar no te llena la nevera —dice Mateusz.

—Tienes que buscar quien te pague la experimentación —dice

Hank—. No sé en Europa, pero en América dar clases en los másters de escritura ya es la primera fuente de ingresos de los escritores. Y no hablo de desconocidos como yo, Franzen hace de profesor, y también Saunders y Joyce Carol Oates…

—Con esos nombres aún me apuntaría —le digo yo—. En Barcelona también tenemos escuelas de escritura, pero si vieseis quién da las clases echaríais a correr. No hay Franzens ni Saunders, aquello es un vertedero de mediocres. Y pasa lo mismo en las facultades de periodismo, son una cantina de fracasados que nunca han podido trabajar en ningún medio.

—Pues vaya panorama, tío. Por lo menos en Siracusa los alumnos no se quejan. Y es un trabajo cómodo, pocas horas de clase y una vida entre libros.

—Yo no pido nada más. Lo mejor de escribir es tener tiempo para pensar en la novela, poder llevar la literatura en la cabeza constantemente…

—¿Y usted, señor Albee? ¿Está a favor de las escuelas de escritura? —pregunta Hank.

Él calla durante unos segundos, y cuando nota que ha conseguido atraer la atención de toda la platea, se lanza como una vedete.

—Queridos, yo les diré solamente una cosa. Alguien que asegure que puede enseñarte a escribir o es un charlatán o está majara.

—¡Ya estamos! —se enciende Hank—. ¿Qué quiere decir? ¿Que la literatura no se enseña? ¿Que no se puede aprender a pintar? ¿Acaso no hay escuelas de música?

—En efecto, pero existe una pequeña diferencia. Las escuelas de música solamente forman intérpretes —dice Albee, manteniendo la calma.

—También enseñan armonía, composición musical… —insiste Hank.

—No se confunda, le pueden enseñar los elementos de la composición musical, la armonía o los contrapuntos, pero el talento no se enseña, la creatividad es innata.

—Perdone que se lo diga, pero ese discurso me sorprende mucho —dice Hank, cambiando de táctica y explorando otros flancos—, sobre todo viniendo de alguien que se ha pasado media vida dando conferencias y charlas en las universidades.

—Estocada casi magistral, querido, pero tampoco me pillará por ahí. Sepa que yo doy conferencias, sí, pero con la única finalidad de alejar a los jóvenes dramaturgos de la convencionalidad. Pero ¿enseñar a escribir? ¡Dios me libre! Y si me ve alguna vez en un

jurado literario es porque quiero que el premio se lo lleve el más arriesgado, y no alguien que perpetúe la mediocridad. ¿Le ha quedado claro?

Albee ya se ha ido, Melissa ni ha bajado, y mientras los demás recogemos la mesa intento animar a Hank preguntándole por la dimensión budista del asunto de las mariquitas. Consigo que se ría, y finge ponerse estricto para decirme que lo tiene muy claro: «Matar mariquitas es matar a hermanos y a hermanas menos evolucionados que nosotros», y eso significa provocar un sufrimiento gratuito, y por tanto prohibido. También me ha insinuado que tal vez las mariquitas eran reencarnaciones de seres humanos anteriores. Quién sabe, quizá tenía el cuarto lleno de escritores muertos reencarnados en mariquitas, tal vez he matado a Melville, he matado a Rimbaud, he vuelto a asesinar a García Lorca.

—No sé por qué las has matado —dice Mateusz—. Yo también tengo el cuarto lleno.

—¿Cómo de lleno?

—Algunos cientos…

—¡Joder, tío, ahora sé de dónde salen las mías!

—No hacen ningún daño. Además, las mariquitas tienen efectos beneficiosos.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Se comen los huevos de las garrapatas.

Sobremesa en los sofás, con el béisbol en silencio, Hank y Mateusz han empezado un campeonato internacional de ajedrez, con una modalidad de partidas ultrarrápidas que sólo entienden ellos. Kayle y yo nos tomamos un chianti que compré ayer en el pueblo. Ya estoy harto del Postales y quería algunos de los prioratos o de los penedeses que llegan a las licorerías de aquí, para poder fardar de vino catalán, pero me he enamorado de este chianti californiano que sale en las novelas de Fante y que, además, es más barato. Kayle no pasa de la segunda copa, pero yo aguanto un poco más, porque, si no, se lo acabará bebiendo el polaco. Dice que en cuestiones de vino los italianos son problemáticos, que se ha hartado de visitar trattorias para su columna de *The New York Times*. Intento que me cuente cómo se lo monta una chica de Singapur para terminar escribiendo en el periódico más importante del mundo, pero no hay misterio alguno, los contactos lo son todo. Le pedimos el Tinder al polaco, nos presta el móvil y nos pasamos un rato sexando pollitos. «¡Pero no me aprobéis mucho ganado, que

luego recibo aludes de mensajes!» El chianti me ha dejado tocado y estaba pensando en irme a dormir, pero Mateusz propone ir al Walmart por última vez, ya que necesita hacer «un poco de investigación». Le digo que es domingo, pero él me recuerda que siempre está abierto. Tiene razón, la granja de pollos Walmart funciona 24 horas al día y 365 al año, iluminación constante, temperatura constante, podrías pasarte una semana allí dentro y la noche y el día desaparecerían. Hank y Kayle también se apuntan, y Mateusz ya se ha sentado en el asiento del conductor. Diría que entre sicilianas y mates pastor ha bebido más que yo, diría que va demasiado contento para coger el coche, pero, como siempre, este polaco tiene una flor en el culo: los dos controles policiales que nos encontramos son para los que van hacia El Tiburón Cansado, y a los que nos alejamos del pueblo nos dejan pasar sin problema.

Primera ley universal del diseño de aparcamientos: «Nunca construirás los suficientes.»

—Tu coche te define —dice Hank mientras cruzamos el aparcamiento—. Fijaos en estos dos aparcados juntos.

Primero nos señala un turismo prácticamente desguazado, con un adhesivo que dice «Gay Power: soy tan desviado que ni siquiera conduzco recto». Luego nos señala la furgoneta de al lado, con un adhesivo de la Asociación Nacional del Rifle.

—¿Lo veis? ¡Esto es América: un gay orgulloso aparcado al lado de un chalado!

Más leyes del mundo Walmart: aquí la ley de la gravitación universal de Newton funciona, pero aún funciona mejor la ley de la gravitación comercial de Reilly, según la cual los clientes están dispuestos a viajar más kilómetros si el centro comercial es suficientemente grande. ¿Por qué vas a coger el coche y conducir cinco minutos hasta el colmado si a veinte minutos tienes un Walmart gigante? Leyes y ecuaciones similares son las que estudian el tamaño de los logos, que han de ser enormes siguiendo la arquitectura objeto, siguiendo el modelo Las Vegas: que la comunicación venza a la arquitectura, que la comunicación sature el espacio. Y lo que *aprendimos de Las Vegastambién* se aplica al diseño de interiores, aquí las vallas publicitarias no tienen que verse desde la autopista a toda pastilla, pero en los pasillos centrales los carteles deben ser lo bastante grandes para que capturen tu mirada. El precio será siempre mayor que el objeto, no hace falta que mires

el producto, porque es idéntico al de los demás supermercados, tú mira el precio, este precio sólo lo encontrarás aquí. ¿2,99 $? ¿Qué es lo que cuesta esta miseria? Ah, un megapack de esas patatas que anuncian por la tele. Pues al carro. ¿1,99 $? ¿Qué vale 1,99 $? Seis latas de aquel refresco nuevo. Y así con todo. Es la segunda semejanza con los pollos: las granjas industriales engordan a los animales en un tiempo récord, y aquí te quieren desplumar a la misma velocidad.

Como siempre, el impacto de entrar en el Walmart es sobrecogedor. Mis amigos ya no están, cada uno se ha ido por su lado, y yo no sé por dónde empezar, ni sé lo que venía a buscar. Es también uno de los efectos buscados por los diseñadores de todo esto. ¿Y si el cliente entrara en el supermercado, cogiera lo que de verdad quiere y se fuera? Sería desastroso. De ahí los cambios constantes de pasillos y la voluntad de marearte tanto como te puedas marear, «¿dónde coño han puesto la leche?», hasta que acabes «lost in the supermarket», como cantaba The Clash. Los expertos en supermercados bautizaron con el nombre de «transferencia Gruen» el momento en que un comprador que sabe lo que quiere se desorienta y empieza a actuar impulsivamente. Y esta pérdida de la sangre fría tan buscada está bien diagnosticada: de repente, la víctima deja de dar las zancadas largas y seguras que daba y empieza a vagar desorientado, a paso confuso, entre la apatía y el exceso. En ese momento ya es nuestro, hará —comprará— lo que queramos. Me doy una vuelta por la sección de alimentación pero no tengo hambre, sólo compro birras, paseo por la electrónica pero no tengo pasta. Finalmente me pruebo camisetas —y corroboro que con el cambio de talla estoy más delgado— y me quedo unos calcetines negros supertirados de precio. La escritora y ensayista Joan Didion hablaba del supermercado como de una «droga ambiental», y William Kowinski decía que los súpers le producían «excitación y sedación a la vez». La abundancia también multiplica el estrés del comprador. En 1950 el cliente estándar se enfrentaba a sesenta y cinco decisiones de compra —¿me lo quedo o no?— durante una visita al supermercado. En 2004 las elecciones eran trescientas sesenta, y su número no ha dejado de crecer. Queremos consumidores compulsivos que ante el producto no reflexionen sobre si lo necesitan de verdad, queremos que lo compren y punto. Pero hallar el equilibrio entre compulsividad y saturación no es sencillo, y en el mundo hay millares de equipos de psicólogos y expertos en neuromarketing que trabajan en ello. La víctima puede caer en la «parálisis por análisis», por ejemplo. Son

aquellos consumidores que le dan demasiadas vueltas a una decisión simple. Recuerdo el caso de una amiga que se tiró media hora decidiendo si se compraba un bolso o no, hasta que al final la dependienta la hizo sentarse, le sirvió una tila y le dijo «tranquila, chica, que sólo es un bolso». Lo opuesto a este colapso por centrifugación excesiva se llama «extinción por el instinto», en el que la persona en cuestión toma una decisión visceral y poco meditada y se precipita en una elección incorrecta. Esta conducta es el sueño húmedo de las empresas, porque si te equivocas y tomas la decisión incorrecta, da igual, ya volverás para rectificarla, comprarás la opción correcta y consumirás doblemente. Para permitir el remordimiento de los compradores cuando llegas a casa y se te ha pasado el calentón, Europa fue pionera impulsando el derecho de retornar el producto intacto durante el llamado «período de enfriamiento». Los quince días en que puedes devolver el capricho y te reembolsarán el dinero sin tener que justificar el porqué. Pero en nuestro cerebro no todo es tan sencillo. Cuando nos equivocamos, podemos aceptarlo y rectificar, pero también nos lo podemos negar encarnizadamente. Se trata del estudiado síndrome de Estocolmo del comprador, por el cual todos tendemos a minimizar los pequeños problemas de los productos que nos han costado mucha pasta. ¿Te has cambiado el coche y ahora te das cuenta de que te has equivocado, de que no acabas de sentirte cómodo? Tranquilo, el Estocolmo del comprador reforzará en tu inconsciente todas las cosas buenas del automóvil —el olor a nuevo, cómo suenan los bajos en el radiocasete— para que no te duela tanto que la has cagado de manera evidente.

Hace ya un rato que no veo a Mateusz, ha venido con el portátil porque decía que tenía una idea. Salgo afuera a ver si está haciendo el resopón y encuentro restos de latas de cerveza cerca del coche, pero él se ha esfumado. Miro hacia ambos lados del aparcamiento, no fuera caso que estuviera meando o lo que fuera. Ni rastro. Vuelvo a entrar, me encuentro a Kayle en cosmética, probando un rímel, tampoco tiene ni idea de por dónde anda el polaco. Lo encuentro finalmente entre los productos de limpieza, sentado en el suelo del pasillo de los desodorantes. Está muy excitado escribiendo algo en el ordenador:

Degree Men Dry Protection Extreme Blast Stick Anti-Perspirant & Deodorant

Secret Invisible Solid Powder Fresh Anti-Perspirant/ Deodorant

Suave Powder Invisible Solid Anti-Perspirant/Deodorant
Old Spice Pure Sport High-Endurance Deodorant
Dove Antiperspirant Deodorant Invisible Solid Powder
Degree Men Dry Protection Cool Rush Stick AntiPerspirant & Deodorant
Sure Unscented Aerosol Anti-Perspirant & Deodorant
Almay Clear Gel Deodorant
Old Spice High Endurance Invisible Solid Antiperspirant/ Deodorant Pure Sport
Degree Shower Clean Women Anti-Perspirant/Deodorant
Right Guard Fresh Anti-Perspirant Deodorant
Secret Spring Breeze Invisible Solid Antiperspirant/ Deodorant
Right Guard Sport Original Aerosol Deodorant
Gillette Clear Gel Antiperspirant/Deodorant Cool Wave
Old Spice Fresh High-Endurance Deodorant
Arrid XX Ultra Clear Cans Antiperspirant/Deodorant

—¿Qué coño escribes?

—Ya me fijé el otro día, ¡tienen más de cincuenta tipos de desodorantes distintos! En Polonia tenemos media docena, y a mí, que no uso, siempre me ha parecido insólito… ¿Pero dos pasillos enteros de desodorantes? ¡Qué locura!

—¿Y por qué los apuntas?

—Poesía experimental.

¿Qué lleva a una sociedad a producir cincuenta tipos de desodorantes? ¿Por qué nos hacen falta quince clases de papel higiénico? ¿Qué mecanismos hacen que me decante por un tipo u otro de pechuga de pollo ultracongelada? Es Las Vegas de nuevo, porque en los supermercados de ahora el producto ha dejado de ser importante. No compras un producto, compras una marca, un reclamo, una promesa de felicidad. No compras un pollo, compras el plato elaborado, la fotografía perfecta de cómo quedará cuando lo descongeles, después del cling final. Y para ganar esta guerra comunicativa es necesario que las técnicas del neuromarketing entren en tromba. La industria tuvo claro enseguida que hacía falta manipular a la clientela, forzarnos a comprar más, ya fuera inventando los carros de la compra o leyéndonos la mente. Branding, packaging, labeling, pricing, advertising, hay anglicismos para todos los gustos, y en las universidades los departamentos de ciencia cognitiva echan humo estudiando el cerebro y sus procesos, sobre todo de cara a condicionarnos la toma de decisiones. Trabajan

con imágenes cerebrales —tomografías, resonancias— que registran qué circuitos neuronales se nos activan ante una decisión, pero también a través de tests y de estudios de comportamiento, en los que se evalúan las respuestas de miles de voluntarios para trazar pautas de conducta globales. Y esos neurólogos, sociólogos y estadísticos son los nuevos alquimistas, trabajando en equipo en busca de una piedra filosofal que también persigue Amazon: si consiguen saber por qué actuamos como actuamos, serán capaces de condicionar nuestras acciones.

Dove Ultimate Go Fresh Cool Essentials Stick AntiPerspirant Deodorant

Degree Sheer Powder Women Anti-Perspirant/Deodorant

Shower to Shower Sport Body Powder

Soft & Dri Soft Scent Aerosol Antiperspirant Deodorantitchum for Women

Shower Fresh Clear Gel Anti-Perspirant & Deodorant for Women

Stetson Deodorant Stick

Right Guard Total Defense 5 Fresh-Blast Power Gel Anti-Perspirant & Deodorant

Mitchum Mountain Air Clear Gel Anti-Perspirant/ Deodorant

Certain Dri Roll-On Anti-Perspirant

Right Guard Powder Dry Anti-Perspirant Deodorant

Lady Speed Stick Powder Fresh Invisible Dry Antiperspirant Deodorant

Arrid Extra Dry Anti-Perspirant/Deodorant Cream

Toda esa labor de condicionamiento inconsciente —también llamada «comida de coco»— empieza antes, mucho antes de llegar al supermercado. Según cuenta Margaret Crawford en *Variaciones sobre un parque temático* (Gustavo Gili, 2004), el norteamericano tipo ha visto una media de 350.000 anuncios antes de los veinte años. Y las estadísticas llegan a anunciantes concretos: un adolescente de los Estados Unidos se traga 269 anuncios de Coca-Cola al año. Eso no provoca ventas directas, pero sí un posicionamiento inconsciente privilegiado en nuestra mente. No es necesario que te guste el producto, sencillamente te resulta familiar. Y ante la necesidad, ante las cincuenta marcas de desodorante, siempre nos decantamos por lo que conocemos, por el producto que hemos visto en la tele o nos han recomendado:

Lady Speed Stick Shower Fresh Invisible Dry Antiperspirant Deodorant

Degree Men Arctic Edge Fresh Solid Deodorant

Suave Wild Cherry Blossom Invisible Solid AntiPerspirant Deodorant

Sanex Deodorant Rollon Dermo Extra Control ← **¿Sanex? ¿He leído Sanex? Éste me suena, es el del anuncio aquel de la chica que morreaba un sobaco, ¿no? Me lo quedo, decidido.**

En el supermercado todo está estudiado, se dedican carretadas de millones. En Francia han construido un súper simulado para estudiar las tendencias de los consumidores, y en 1992 el primer cliente mundial de las cintas de dieciséis milímetros de Kodak era una empresa que grababa los pasillos de las grandes superficies para elaborar estudios de conducta. Tecnología de seguimiento de los ojos para saber qué nos atrae y qué no, análisis tipográficos… Hasta las grandes multinacionales de la iluminación trabajan para manipularte…

> Cuando se trata de su aspecto, todos los quesos exhiben su mejor cara con una luz amarillenta, incluso los quesos blancos. Llaman más la atención, provoca el hambre de los clientes y los anima a comprarlos […]. El pan fresco y las pastas han de dar la impresión de que acaban de salir del horno. Una iluminación en tono blanco-amarillo o rojo-marrón hará que parezcan crujientes y apetitosas, una tentación para el paladar de los clientes. Para conseguirlo, sólo hay que resaltar su frescura con el sistema óptico Philips LED color champán. Para la pastelería, una luz de tono blanco mejorará la apariencia de la mata montada, y hará que parezca fresca y tentadora.
>
> PHILIPS,
> *Catálogo de lámparas LED para propietarios de supermercados,*
> diciembre de 2012

Que la nata «parezca» siempre fresca, que las pastas «den la impresión» de que acaban de salir del horno. La presentación de los productos es el caso más trillado de estrategia comercial, con sus zonas frías y calientes, con sus entradas al supermercado y las cajas registradoras llenas de objetos inútiles, y la leche y los productos de

primera necesidad ocultos donde Cristo perdió el gorro. Y las estanterías también tienen su psicología: lo que quieren que compres lo tendrás a la altura de los ojos, completamente a tu alcance, y, por el contrario, los productos baratos que tú buscas estarán siempre abajo y te tocará agacharte. Sólo hay una excepción a esta norma sagrada: los caramelos y las chocolatinas siempre estarán bajos, al alcance de los niños, para que lo vean rápidamente y te den la tabarra.

—No me acabo de sentir bien aquí —me dice Kayle cuando se encuentra conmigo en el pasillo de los hummus. ¿Qué hago aquí? ¡Maldito inconsciente manipulado, ya vuelvo a estar en la zona de la comida!

—¿Te encuentras mal? —le pregunto—. ¿Habéis vuelto a beber?

—No. Es que me miran. Fíjate en ese de ahí —me dice.

Me doy la vuelta y veo a un hombre enorme que arrastra un carro muy lleno y que nos espía. Y cuando se da cuenta de que me fijo en él, me dedica una mirada aún más afilada, una mirada de profunda mala leche, como si me echara un mal de ojo, un mal de huesos y un mal karma con un solo vistazo.

—¡Pero no te vuelvas con tanto descaro, burro! —me dice ella —. ¡Que lo ha notado!

En ese momento pasa Mateusz a toda pastilla por el pasillo de al lado, parece que haya trucado el motor del cochecito, es un peligro público que grita «¡CANTO A MÍ MIIIIISMO! ¡CANTO A MI CUERPO ELÉCTRICO!» como un poseso. Nos ha visto, derrapa y se nos acerca.

—¿Cómo va eso, Whitmans? ¿Habéis visto a Lorca al lado de las sandías?

—Hay un tío que me persigue —resume Kayle—. No deja de mirarme, querrá que me sienta culpable por estar delgada y venir al Walmart.

—Mujer, mirándolo bien sí que somos los raros —dice el polaco —. Me recuerdan la peli *Wall-E*, ¿la habéis visto?

—Sí —dice Kayle—, es esa de los robotitos que se enamoran en un planeta inhabitable, ¿no?

—Sí —dice Mateusz—, el universo entero está controlado por una sola megacorporación, Buy-N-Large, que empezó vendiendo yogur helado y acabó controlando todos los sectores imaginables, como una macroempresa planetaria.

—¡Exactamente! —dice Kayle.

—Tienen a toda la población mundial bajo control —continúa

Mateusz— y han provocado que todos sean superobesos, la gente ya no puede andar y viven en unas camas flotantes donde les van embuchando la comida…

—Joder, tío, qué dominio —le digo yo.

—La vi hace poco en casa, con mi hija…

—¿Cómo? ¿También tienes una hija?

> La lógica del supermercado induce forzosamente a la dispersión de los sentidos; el hombre de supermercado no puede ser, orgánicamente, un hombre de voluntad única, de un solo deseo. De ahí viene cierta depresión del querer en el hombre contemporáneo; no es que los individuos deseen menos; al contrario, desean cada vez más; pero sus deseos se han teñido de algo un tanto llamativo y chillón; sin ser puros simulacros, son en gran parte un producto de decisiones externas que podemos llamar, en sentido amplio, *publicitarias*.
>
> MICHEL HOUELLEBECQ,
> *El mundo como supermercado*

Mateusz ya va oficialmente bolinga. Entre cerveza y cerveza, se ha comprado un disfraz de beicon gigante y se pasea por el Walmart transformado en una tira de panceta. Busca que alguien le haga una foto, dice que quiere salir en la web aquella.

«Los americanos cada vez cocinamos menos, pero, eso sí, nos encantan los programas de cocina», explicaba Morgan Spurlock en *Super Size Me*. Pasa lo mismo con el sexo: cada vez mojamos menos el churro y vemos más pornografía. Aunque también podría ser que viéramos porno porque nos gusta ver a gente trabajando. Contemplamos las obras cuando estamos jubilados, observamos a los futbolistas que corren tras el balón, miramos a los cocineros de la tele y por la noche nos distraen otros profesionales: los del amor.

17

A la mañana siguiente, mientras me preparo un cóctel bíblico antes de dormir un rato más, le cuento a Jim la excursión de ayer y su vergonzoso final, cuando tuvimos que llevarnos a Mateusz porque le gritaba «¡Soy inmenso y contengo multitudes!» a una cajera barrigona. Creía que le haría gracia, pero noto que se le van hinchando las narices.

—Chato, ¿de verdad no tenéis más sitios adonde ir?

—Bah, ya sabes lo que dicen: si quieres conocer bien a alguien, rebusca en su basura.

—Ya lo veo, os va lo de revolver la mierda —dice él—. Pues ya son ganas.

—¿Pero a ti qué te ha hecho esta gente?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—¡No lo sé, pero siempre que pisamos un Walmart te enciendes!

—¿Sabes que cuando Walmart se instala en un pueblo cierran la mitad de los negocios?

—Sí, lo he leído.

—Yo soy uno de los que acabó en la calle por culpa de ese Walmart que os flipa tanto. Once años trabajando en la ferretería de la avenida Etna.

—Hostia, ¿de verdad? Lo siento…

—Bueno, tampoco hagamos un drama, era un trabajo horrible, y desde que el señor Albee me llamó vivo mucho mejor, pero entonces me tocó mucho los huevos.

—¿Por qué? Es puro darwinismo económico, ¿no? El pez grande se come al chico…

—Pero los de Walmart son unos abusones —dice sin dejar que acabe—. Se ensañaron con nosotros. ¿Sabes lo que nos hacían? Mandaban a gente de incógnito a la tienda, para estudiar lo que vendíamos y a qué precios, y al día siguiente ponían a la venta los mismos productos mucho más baratos, por debajo del precio de coste. No lo pudimos resistir. Eso sí, cuando ya estábamos hundidos, volvieron a subir los precios, los hijos de puta. Y ahora la clientela

no tiene alternativa, el pueblo estará cautivo de Walmart para siempre.

—Ellos dicen que crean puestos de trabajo.

—¡Y un huevo de pato! ¡Pero si son los curros peor pagados de América! Además, cuando tú te gastabas tu dinero en nuestra ferretería, sabías que antes o después esa pasta nos la gastábamos en pescado, en la frutería o, no sé, comprando marihuana. Pero sabías que circulaba. Ahora nada, se ha cerrado el grifo, a los mataos que trabajan allí les pagan una miseria, y para postre no se lo gastan en el pueblo, se lo dejan en el Walmart y la pasta no sale nunca de allí.

El inventor de este agujero negro, el capo di tutti i capi, se llamaba Sam Walton, el visionario agarrado que levantó el mayor imperio de América. Es el tercer emprendedor de la historia, el que cierra la trilogía, y el que ha ganado más pasta que nadie. Jim me cuenta que el tipo tenía setenta años y seguía visitando sus supermercados de incógnito, y cuando acababa se presentaba y estrechaba la mano de los trabajadores, a los que siempre llamaba «socios» aunque ni siquiera los tuviera asegurados. La empresa triunfó zampándose los pueblos más pequeños, de entre 10.000 y 20.000 habitantes; haciéndose fuerte lejos de las capitales se ahorraba la publicidad, y dejaba que el boca a boca de sus descuentos bestiales hiciera el resto. En internet descubro que ahora Walmart se ha diversificado de mil maneras, que tiene centros temáticos, colmados de barrio en las grandes ciudades y supercentros en las afueras en construcciones mastodónticas. El 90 % de la población americana vive a menos de veinticinco kilómetros de un Walmart. En América hay 4.000, visitados cada semana por más de cien millones de americanos. La empresa vende el 30 % del papel higiénico de América y una cuarta parte de los alimentos del país, y con este poder de compra ya os podéis imaginar hasta qué punto tienen a sus proveedores cogidos por los cojones: Walmart fija el precio, y tú lo aceptas o bajas la persiana. Sólo en un día, el Black Friday, la empresa gana tanto como el PIB anual de los treinta y seis países más pobres. Walmart es también un gigante laboral, con más de un millón y medio de trabajadores en los Estados Unidos, de largo la empresa más grande del país. Hoy en día Walmart es el supermercado de América, un gigante intratable capaz de conquistar el mundo. Walmart sería Coca-Cola en un mundo en el que no existiera Pepsi.

Sam Walton, ese gran vendedor: hasta su autobiografía, *Made in America* (Bantam, 1993), está llena de cuñas publicitarias:

> Por cierto, este año estoy promocionando un producto en las tiendas que es un ganador nato: un faro halógeno para el coche por sólo 10,94 $.

Un par de horas más tarde, mientras desayunamos, le comento a Jim que en Change.org he encontrado un montón de solicitudes pidiendo cosas como «No dejéis que Walmart abra un centro comercial en mi pueblo».

—Parece cosa tuya —le digo—, ¡están tan indignados como tú!

—Chato, a mí ya se me ha escapado el tren, a mí no me verás perdiendo horas en internet.

—¿De qué habláis? —pregunta Mateusz, el último en bajar.

—De Walmart —dice Jim—, tu amigo está preparando una tesis doctoral sobre el tema.

—Ah, muy bien —dice Mateusz—, pues apunta que tienen un beef jerky excelente.

—Lástima de esa gente tan gorda —comenta Kayle, que está hirviendo agua para su sopa de miso matinal—. Me acuerdo de ellos y me pongo a temblar.

—¿Pero es que creéis que eso no os pasará a vosotros? —se enciende Jim—. ¿Os parece que todos los borregos están en América? Esperad a que lleguen a Europa o a Asia y ya veréis…

—Bueno, de hecho ya se instalaron en Alemania —dice Mateusz mientras comprueba si la sartén está caliente—. Se establecieron allí hace un montón de años, pero duraron cuatro días y tuvieron que retirarse —dice, y cuando echa las primeras lonchas, el beicon empieza a crepitar—. ¿Dónde crees tú que descubrí el jerky? —me dice mirándome.

—Joder, ¿y cómo hicisteis para que cerraran? —pregunta Jim, maravillado.

—En Alemania no puedes hacer descuentos por debajo del precio de coste —nos explica Mateusz—, y, por lo tanto, no pudieron reventar los precios y asfixiar a la competencia. Se equivocaron de país.

—¿Qué quieres decir? —pregunto yo.

—¡Que deberían haber invadido Polonia! Seguirían allí, porque allí nos gobiernan unos neocons y habrían tenido carta blanca. En Alemania también hay que respetar el salario mínimo.

—¡Joder con los sindicatos! —dice Jim—. ¡Viva el comunismo!

—¡En Europa no estamos para hostias! —digo yo, llevado por un

europeísmo que no tengo.

—¡Eso, no os dejéis pisar, son unos negreros! —exclama Jim, pletórico, a punto de tomar la Bastilla.

—Ahora puede sonar un poco impopular —dice Kayle de repente—, pero… ¿y los precios qué? ¿Cuánto diríais que me costó ayer este jersey que llevo? —Y da una vuelta completa, como si fuera una modelo.

—¡Está hecho en China, chata! —dice Jim—. Ésta es la otra, ¿nunca habéis oído hablar de la campaña «Buy American»?

Gloriosa Wikipedia: todo empezó en 1984 con una llamada del gobernador de Arkansas, el estado donde se inició el imperio Walton. «Oye, Sam, tú que eres un buen patriota, a ver si puedes hacer algo para que no cierre la Farris Fashion, que los chinos se están llevando todos sus encargos.» Este tal Clinton es un jeta, piensa Sam, sólo busca salvar el culo, pero la idea se le queda clavada, le da vueltas durante unos cuantos días y llega a la conclusión de que sí, de que el asunto tiene sentido. Por supuesto que sí, a partir de ahora sólo compraremos productos americanos. Y pone en marcha la campaña «Buy American», inundando los Walmarts con miles de banderolas de «Keep American Working and Strong», carteles «Made in America» y millones de etiquetas en las que dice, entre águilas calvas, estrellas y barras, que «este objeto, antes importado, ahora se lo estáis comprando a un proveedor de los Estados Unidos. ¡Enhorabuena, estáis creando o conservando puestos de trabajo para los americanos!». El golpe es fabuloso, una jugada maestra; se comenta en la calle, lo comentan los políticos, lo comenta la prensa e incluso obligan a la competencia a ponerse las pilas. Las notas de prensa se mandan a la misma velocidad a la que la Ferris Fashion vuelve a fabricar camisas de cuadros. El departamento de marketing de los Walton asegura que han creado «17.000 puestos de trabajo más», asegura que «han generado 6.000 millones para las empresas americanas», y el gobernador Clinton añade también: «Lo que ha hecho Walmart es un acto de patriotismo, y a la vez una gran jugada económica a largo plazo.»

Pero el largo plazo no llegará nunca: seis años después y en horario de máxima audiencia, el programa de la NBC *Dateline* emite un reportaje de investigación que demuestra que buena parte de la ropa que Walmart vende como «Made in America» en realidad está fabricada en Asia por mano de obra infantil. El testimonio de una niña de once años de Bangladesh cosiendo etiquetas de Walmart es demoledor. El programa bate récords de audiencia, pero la

respuesta de Walmart a la polémica vuelve a ser fabulosa. «Lo hacemos por vosotros, familias americanas. Lo hacemos para conseguiros los precios más bajos posibles.» La táctica funciona, la gente les perdona la contratación de unos niños que, total, viven en la otra punta del mundo —¿quién de vosotros ha dejado de calzarse unas Nike?—, y, en cambio, a todo el mundo se le graba en la mente que Walmart hará siempre lo posible para tener los precios más baratos. Y las ventas vuelven a subir.

Desde entonces, Walmart ha seguido importando masivamente desde Asia. De hecho, el 10 % de todo lo que los Estados Unidos importan de China es para Walmart. Directa o indirectamente, los Walton se han cargado unos 20.000 puestos de trabajo americanos que ahora están en China, pero a los usuarios les da igual. Siguen comprando allí, aunque debiliten la economía americana, aunque así sean cómplices del cierre de empresas, aunque pagar menos quiera decir, a la larga, bajarte tu propio sueldo. Es la trampa del low cost: un precio barato lo arrasa todo.

«Ya basta, se acabó», me digo durante la enésima visita reglamentaria al lavabo, entre fórum anti-Walmart y fórum anti-Walmart. «¡Hasta ahí podríamos llegar! ¡Ya se pueden alternar los gobiernos y los regímenes, las dictaduras y las democracias, que siempre mandan los mismos y nosotros a obedecer como borregos!» La incomodidad de soltar discursos sentado en la taza me resulta evidente enseguida, así que me levanto, me planto ante el espejo y continúo de pie. «¡Ya está bien de hacerles caso a las multinacionales! ¡Basta de que nos manipulen y de que hagan lo que quieran con nosotros!» Lo he decidido, cuando llegue a Barcelona me hago de Triodos Bank, me hago de una eléctrica verde, tiro el iPhone y me compro un móvil de comercio justo. «¡Ya está bien de ser un vasallo!» ¿Que a los poderosos les sale a cuenta producir bien lejos? Pues a partir de ahora productos de proximidad: naranjas del Ebro, melocotones de Lleida y fresones del Maresme. A partir de ahora, todo kilómetro cero. «¡Nosotros tenemos el poder!», grito frente al espejo mientras me quito los calcetines de Walmart, seis pares fabricados en China por menos de un dólar y que a mí me han costado tres. «¡Nosotros tenemos el poder!», me quito la camiseta de H&M, cosida en Camboya por señoras que cobran treinta y seis dólares al mes. «¡Nosotros tenemos el poder!», grito mientras me quito mis amadas Nike turbofluorescentes, que han costado diez dólares pero que la empresa me ha vendido por cien. «¡Nosotros tenemos el poder!», y

sigo con los pantalones y los calzoncillos. La valentía se desbrava cuando me veo en pelotas, tan poquita cosa, tan poco valiente. Avergonzado, recojo el montón de ropa y me vuelvo a mi cuarto de puntillas. En el pasillo me cruzo con Mateusz, que baja a comer.

—Caray, Messi, ¿qué celebramos?

De vuelta en la habitación, me doy cuenta de que no es tan fácil ser una persona íntegra y vestir completamente de proximidad. Investigando, constato que el cierre desastroso de nuestro sector textil no es una leyenda urbana, y que las pocas fábricas que aguantan son más bien zombis dedicados a la mercería y no factorías innovadoras capaces de competir internacionalmente. Existe la ropa de diseñador, pero en el mercado de los básicos que puedo permitirme la cosa se complica, porque es prácticamente imposible competir con China. Teníamos la ropa interior Abanderado-Princesa, pero hace cuatro días cerraron las fábricas y se han deslocalizado, ese fantástico eufemismo de «pirarse». Nos queda el fabricante Avet-Set de Mataró, sobreviviendo como puede en el nicho de mercado que queda entre los calzoncillos Calvin Klein y las «tres bragas a un euro, niña». También fabrican pijamas, con otro de los clásicos que todavía perduran, la casa Massana, especializada en pijamas, polos y camisetas. Eso sí, no los encontrarás en el centro de Barcelona, tendrás que ir de la Ceca a la Meca, escapar del parque temático de las franquicias para buscarlos en algún lado, como por ejemplo en las tiendas pequeñas de Sants o del Guinardó. Sucede lo mismo con los zapatos: por mucho que sean de aquí, las grandes casas como Camper o Munich ya fabrican en el extranjero, y si quieres darles trabajo a tus vecinos sólo te quedan marcas como Panama Jack o las zapatillas deportivas J'hayber, el calzado oficial del gremio de electricistas. Por último, también existe la opción de recurrir a las alpargatas del abuelo de toda la vida, con marcas clásicas como La Cubierta, calzados Victoria y todas las variantes termoplásticas. Eso sí, siempre que no se hayan hipsterizado: el lavado de cara que les hicieron los de casa Maians a las zapatillas de yayo se lo cobran a setenta euros el par.

Bajo el jardín con las mejores vistas de Montauk, la mansión Albee oculta una cueva secreta. El dramaturgo más rico de América, sentado frente a una pantalla gigante, acciona el primer botón de un cuadro de mandos lleno de pulsadores y de bombillitas.

De repente, en la pantalla aparece Hank. Está sentado en el suelo de lo que supongo que es su cuarto, en la postura del loto.

Tiene los ojos cerrados, no parece que respire. Albee lo observa unos segundos, pero se aburre. Hace una marca en la columna «medita» de su libreta de control y pulsa el siguiente botón rápidamente.

Aparece Kayle. Está tumbada en la cama, en plena videoconferencia con su portátil. Por el audio se oye cómo habla singlish, una mezcolanza de inglés con fonemas chinos imposible de descifrar. Albee la observa un rato, le gusta cómo se ríe y cómo se exclama. Piensa que si volviera a nacer aprendería chino. Busca la columna «videoconferencia con sus padres» en la ficha de Kayle y le suma otra marquita.

El tercer botón hace aparecer a Mateusz. Está tumbado leyendo, con una copa de vino sobre la cama. La copa se aguanta de milagro; de hecho, durante el rato en que lo tiene en pantalla está a punto del desastre en dos ocasiones, pero él tiene un sexto sentido para pescarla cuando está a punto de derramarse y para llevársela a la boca sin levantar la vista del libro. En este caso, el palito va a la columna «bebe», la más poblada de todas.

A continuación aparece Melissa. Como siempre, escribe, está sentada frente a su portátil, lleva chándal, va descalza y gasta una postura exageradamente ergonómica. Sobre la mesa tiene un par de muñecos, unos diccionarios y una planta que debe de haberse traído de casa. Escribe a cien por hora, poseída, parece una mecanógrafa. Como cada día, la marca de la ficha de Melissa va a la columna «trabaja». Albee suspira, verla tan atareada le provoca un sentimiento agridulce. Por un lado está contento de que alguien aproveche tanto la estancia, pero por el otro está convencido de que esta chica se está perdiendo algo.

Albee se dispone a accionar el último botón, el que me hará aparecer a mí en la pantalla, pero en este caso ya me pone antes la marca, como cada tarde. Y la imagen le da la razón: se me ve a mí en una habitación a oscuras. Las persianas están bajadas y yo estoy de espaldas en penumbra, iluminado solamente por la pantalla del ordenador, que reproduce el enésimo vídeo mientras yo toco la zambomba.

Definitivamente, renuncio a entender el béisbol. Hace ya varias semanas que estoy en la granja y no he conseguido dar con el quid de la cuestión. Y eso de los tiempos muertos… me mata. Nunca sabes cuándo llegarán los momentos de intensidad, sólo ves a tíos que la fallan y la fallan, y cuando me levanto a buscar una cerveza es el único momento en que aciertan con el bate. Me entretengo con

Twitter, el NULLA DIES SINE LINEA de hoy dice:

Cásate con alguien que te quiera y que piense que
ser escritor es una buena idea.
RICHARD FORD

Se lo reenvío a Emma y en unos segundos ella me manda un montón de corazones. Ahora no sé si le ha gustado o es una manera de ignorarlo y pasar de mí.

Los diarios de la vejez de Max Frisch, los años posteriores a Montauk, cuando convivía con Lynn/Alice. Son el último envío que me ha llegado de Amazon, pero tengo excusa, bajé hasta la librería del pueblo y no los tenían. ¿Y de qué van? De los amigos, de cómo echa de menos los paseos con ellos. De ir percatándose de que cada vez hay más muertos que vivos. Del cáncer, de acompañar a un amigo que se marcha, de las cosas importantes. De las mujeres, las de ahora y las de antes. En esos dietarios, la misma mezcolanza de géneros y de voces que en *Montauk*, desde el apunte desestructurado hasta la escena prácticamente teatral. Su distancia con los americanos, el relato de una noche de Thanksgiving sin conversación, entre gente que sólo hablaba de obviedades. Anotaciones sobre el bloqueo creativo y sobre cómo desatascarse. Se compra un loft porque dice que le permitirá escribir, pero no puede hacerlo porque el vecino de arriba tiene un perro y el de abajo la música a todo volumen, y finalmente tiene que buscarse una habitación por el barrio. El contraste entre Nueva York, banalidad y ruido por todas partes, y la calma de Zúrich, donde «me paso la tarde contando bancos y aseguradoras». El miedo a una guerra nuclear. Y también Alice, claro.

«La felicidad perfecta existe», escribe Frisch en el encabezamiento de la entrada. Y a continuación nos cuenta que están en Suiza, de excursión a Sils-Maria, la montaña «en que Nietzsche escuchó su Zaratustra». Hoy no hay viento que rice su superficie y el lago refleja sus siluetas, ella vuelve a caminar por delante de él, a unos cien pasos, como lo hacía en Montauk, como si no fueran juntos, él la oye cantar. Más tarde le pregunta el nombre de una seta, él no lo sabe ni en inglés ni en alemán, continúan andando, etcétera.

Sigo con los diarios de Max Frisch.

¿Estoy enganchado a la vida?

Estoy enganchado a una mujer.
¿Con eso no basta?

Este apunte también se lo mando a Emma, y ella me responde de nuevo con media docena de corazones. Definitivamente, estará atareada y se me está quitando de encima.

18

Hoy Mateusz no está, ha bajado a Nueva York para un recital que se ha montado, y esta mañana Hank ha propuesto que hagamos la última excursión a la playa, como si fuera una despedida. Quiere ir a Turtle Cove, una de las playas más bonitas de Montauk. Me parece perfecto, es la que me falta de las que pisaron Frisch y Alice. Dejamos el coche en un aparcamiento público, a estas horas hay bastante ambiente, un par de furgotecas preparan hamburguesas, y tres Westfalias con surfistas que ya están bebiendo y riendo y se preparan para desayunar. Tomamos uno de los caminos que atraviesan la vegetación. El inevitable cartel advirtiendo de las garrapatas que hace aumentar mi nivel de paranoia. Tomamos un sendero, a veces se ensancha y a veces desaparece. A ratos Hank va el primero, y a ratos voy yo. Ya hace un buen rato que andamos, el Atlántico no debe de estar lejos. Veo los arbustos, a continuación las bermudas de Hank y las malditas flip-flop que no se ha quitado en todo el verano. Finalmente superamos la última duna y llegamos a la playa: antes de verla ya la oímos. El rugir de las olas es la sinfonía enloquecedora de siempre, bienvenidos de nuevo al Atlántico. Me bañaría, todo el mes deseándolo y aguantándome, la semana que viene tendréis que sacarme de la Barceloneta. Es una playa dura, guijarros de todo tipo. Plantas altas, alguna gaviota, un grupito de surfistas flotando en el agua y otro grupito que los observa desde la orilla. Me acerco a un chaval que acaba de salir del agua y que lleva una especie de lámpara de espeleólogo en la frente.

—Hola, colega. ¿Qué, buenas olas?

—¡Ya lo creo! ¿Habéis visto cómo surfeaba esta última?

—Joder, no, nos lo hemos perdido —le digo yo, fingiendo el grado justo de interés para halagarlo, pero sin pasarme, no sea que empiece a hacerme una crónica demasiado detallada—. Una pregunta, ¿esta playa es Turtle Cove?

—No, esto es Ditch Plans. Tenéis que ir un par de kilómetros más arriba. Antes de llegar al faro, más o menos.

—Perfecto, muchas gracias —respondo.

—Oye —le dice Hank, reteniéndolo—. ¿Qué coño es eso que llevas en la cabeza?

—Una Go-Pro, es para grabarlo todo.

Dejamos Ditch Plans atrás, tendremos que recorrer la costa, y no acaba de gustarme la idea, no sé dónde leí que estamos vulnerando la ley, porque en el estado de Nueva York la playa no es pública, sólo es público el trozo en el que rompen las olas, pero la arena —«zona seca», según los juristas— es propiedad privada y podrían echarte. Doscientos metros más allá una mancha amarilla nos llama la atención, y a medida que nos vamos acercando a ella vemos que no es una construcción, sino un muñeco enorme de Urs Fischer, una escultura de diez metros de altura de un osito de peluche amarillo. Están locos, éstos de Montauk. Le saco una foto con el móvil que le mando a Emma —hoy no me devuelve los corazones— y continuamos hacia el faro, esquivamos otro banco de surfistas y cinco minutos después la vegetación desaparece, el paisaje cambia y entre las rocas aparecen una docena de búnkers. No hay ni un alma y todo recuerda a un escenario de película, tal vez unos metros más allá nos encontremos la Estatua de la Libertad hundida en la arena. Pero no son escenografías de cartón piedra, son de hormigón, como los búnkers que quedan en la Costa Brava, con los orificios y las aberturas taponadas. Hank me señala un cartel oxidado, «ÁREA MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: LOS INTRUSOS SERÁN PERSEGUIDOS». Detrás de los nidos de ametralladoras se levanta, cien metros hacia el interior del recinto, una gigantesca torre de radar. Otro cartel: «PRECAUCIÓN: PELIGRO DE RADIACIONES». Al lado de todo este circo hay una especie de pueblecito con cabañas de madera abandonadas. Hank propone que nos acerquemos para chafardear, pero a mí el recinto no me da buen rollo en absoluto, y el último cartel constituye la prueba definitiva: «CAMPO DE MINAS: MUNICIÓN MILITAR EXPLOSIVA».

—Joder, chatos, ¿no podéis dejar de meteros en líos? Nuestros invitados normalmente ESCRIBEN, y como mucho, si se cansan, visitan las tiendas del pueblo. Y vuelven felices a sus jodidos países con collares vintage del Whoa Nellie o habiéndose hartado de langosta a la brasa. Pero no, vosotros no.

—Jim, nadie nos había avisado de que había instalaciones militares en primera línea de mar —le digo—. Eso tendrías que haberlo puesto también en el prospecto de la granja.

—Tenéis suerte de que Rosemary es colega y de que hace años

que la ayudo a podar el jardín —dice Jim—, pero me juego un brazo a que su marido querrá cobrarse este favor. Toda la vida escupiendo a los militares y ahora, a la vejez, me toca reírles las gracias para salvaros el culo.

—No creo que los grandes tiburones blancos fueran una amenaza tan letal como para levantar búnkers y radares —comenta Hank.

—¿Es cachondeo? Durante la guerra todo el mundo creía que los nazis invadirían América, y circuló el rumor de que lo harían por Montauk. Y construyeron un pueblo de pescadores más falso que un dólar de Kentucky, todo para esconder metralletas y obuses de todo tipo.

—Joder, Spielberg no se lo hubiera imaginado mejor…

—Pues no iban tan desencaminados, chato. Dicen que unos cuantos submarinos descargaron nazis en Montauk, espías para cometer sabotajes. Pero no os preocupéis, no reventaron nada, les faltó tiempo para desertar.

—¡Se enamorarían del American Way of Life! —digo yo.

—Qué cabronazos… —se lamenta Jim—. ¡Si me lo hubieran preguntado a mí, les habría pasado los nombres de unos cuantos de nuestros jefazos para que se los cargaran!

Después de comer, le pego una paliza al angelito que imploraba escribir y me pongo a investigar sobre el Camp Hero, ese recinto militar tan extraño. Según leo en el *Times*, la mayor parte del recinto se ha abierto al público y sólo se mantiene vigilada la zona de los búnkers y el radar, pero lo más misterioso de todo es el montón de leyendas urbanas que la zona ha generado. Acerca del Montauk Project —los experimentos ultrasecretos que estaría realizando allí el ejército de los Estados Unidos—, se han escrito libros, se han rodado películas y últimamente hasta se han inspirado algunas series. Me encuentro con un montón de páginas web frikis que cuentan estas teorías conspiratorias. Todo habría empezado con el llamado Experimento Filadelfia.

[Esto hay que leerlo con una voz tipo *La dimensión desconocida*]:

En 1943, el gobierno norteamericano, siguiendo la teoría del campo unificado de Einstein, habría patrocinado una prueba para invisibilizar un destructor entero a partir de un campo magnético lo suficientemente fuerte como para atraer los rayos de luz —como un agujero negro, vaya— que se generaría a bordo con tecnología Tesla. Según la leyenda, la prueba funcionó, pero provocó alteraciones graves en la tripulación. Diversos tripulantes se

volvieron locos, a uno de ellos se le desplazó una oreja al culo y unos marines que estaban en cubierta aparecieron en las cabinas. Todos estos efectos secundarios habrían llevado a los militares a hacer una segunda prueba con la tecnología recalibrada, y en este caso el sufrido destructor *USS Eldridge* no sólo habría quedado invisibilizado, sino que se habría teletransportado trescientos kilómetros, desde la costa de Montauk hasta Norfolk, Virginia. De aquí nacen un montón de historias sobre Montauk como portal dimensional. Pero las leyendas no se acaban aquí. Según los conspiranoicos, el gran radar que vimos desde el mar es, en realidad, una base subterránea ultrasecreta con una docena de pisos, millares de científicos que trabajan noche y día y una central nuclear propia. Allí se estarían llevando a cabo experimentos sobre control cerebral, autopsias alienígenas y todo lo que os podáis imaginar. O sea que tenemos el Área 51 de la Costa Este al lado de casa.

Llamada de Emma. Me reprocha que últimamente pase de ella.

—¡Con lo que llorabas el primer día y lo caro de oír que eres ahora, pendón! —me suelta.

—Tienes toda la razón del mundo, bomboncito mío, pero voy de culo, estoy escribiendo tanto que me olvido de todo el mundo.

Le digo que voy a volver muy pronto, que la echo mucho de menos, que no sé cómo he aguantado sin ella. Para acabar de reforzar el mensaje le suelto, fingiendo que es mía, una frase de Valentí Puig que tenía guardada para la ocasión: «Me gusta estar contigo porque me haces invulnerable.» Le ha gustado tanto que me he ganado un par de días sin que me llame.

La poesía de Mateusz nos interesa más bien poco, pero todos estamos pendientes de cómo habrá evolucionado su amistad peligrosa con la bibliotecaria polaca que lo acoge en Nueva York, una historia freudiana pero interesante: parece ser que esta señora tiene montada una especie de coachsurfing literario y que acoge a todos los escritores de Polonia que pasan por Manhattan. Antes de llegar a Montauk, Mateusz ya se pasó allí unos días y acabó enrollándose con la anfitriona, pero el marido de ella sospechaba algo y nuestro poeta tuvo que pasarse la última noche en Penn Station, compartiendo butacas con toda una delegación diplomática de homeless y de tipos que habían perdido su tren. Él vuelve en el último y hemos quedado con Kayle para ir a buscarlo a la estación, así seremos los primeros en enterarnos de las novedades. Nos compramos unos tés fríos en Starbucks —de esto, ni una palabra a

Jim— y aparcamos justo cuando acaba de llegar un tren, pero todavía no es el del polaco. Desembarcan unos cuantos hipsters, pero muchos menos que hace un mes, y nos entretenemos observando cómo desfilan hacia el Tiburón, gritando y peleándose entre ellos, mientras hablamos de nuestras respectivas novelas. Le cuento que mi proyecto de novela sobre el amigo pintor ha quedado definitivamente aparcado. Que lo he probado con personajes, pero que tampoco me ha salido bien. Pero que no pasa nada, que escribo mucho más libre y que puedo hablar de todo y de nada, sin objetivo y sin presión, tal vez vaciarse es eso. También le cuento una teoría de Emmanuel Carrère que me ha tenido cavilando toda la mañana.

—Carrère dice que cada novela sirve para afrontar algo, para vencer algún miedo. Dice que cada novela debería mejorarte, como mínimo en algún aspecto. Sí, ya lo sé, suena a autoayuda, pero podría ser verdad, ¿no?

—No lo sé —dice ella—. Déjame pensar…

—En mi caso, por ejemplo, la primera novela era muy importante para decirme «he podido escribirla», para vencer ese miedo y poderme decir «eres un escritor». Pero eso ya lo superé, y ahora vuelvo a estar perdido como siempre.

Ella no dice nada y va sorbiendo pensativa su China Milk Oolong.

—Venga, ahora tú, psicoanalízate —le insisto—. ¿Por qué dirías que escribiste tu primer libro?

—Yo creo que lo escribí para recuperar el contacto con las mujeres de mi casa. Y con Singapur, que hace ya casi veinte años que vivo en el extranjero. Me mandaron lejos a estudiar, ¡tienes que hacer carrera, tienes que hacer grandes cosas! Siempre me han educado como a un hombre y yo quise volver a meterme en la cocina, para escuchar a las mujeres de la familia y redescubrir su sabiduría, las cosas que murmuran cuando los hombres no están a la vista. El libro de recetas es la excusa, mi manera de reivindicar un país que me ha expulsado.

—¿Estás expulsada?

—En la práctica, sí: allí no puedo trabajar. Yo siempre digo que aquello es una especie de dictadura sentimental. Cuando el país se independizó, todos confiamos ciegamente en Lee Kuan Yew, y gracias a él el país está donde está…

—Uno de los tigres asiáticos —le digo.

—Exactamente. La educación es gratuita, tenemos la aerolínea más importante del mundo… Pero a cambio se sacrificaron muchas cosas.

—Le cortáis la mano a la gente que roba.

—¡Venga, hombre! Eso es una leyenda urbana.

—¿Los azotáis, por lo menos?

—Eso sí. Y tenemos pena de muerte. No sé, allí se vota pero siempre a un único partido, el de Lee Kuan Yew. Quedarme a vivir allí habría significado renunciar a escribir…

—¿Está perseguido?

—No, pero sencillamente no puedes vivir de eso. El país sólo quiere médicos, ingenieros, oficios técnicos y productivos. La escritura no existe, no hay periodismo, no hay literatura. «La poesía es un lujo que no podemos permitirnos», llegó a decir el dictador. ¡Qué cabrón! En fin, ¿y tú qué? ¿Qué objetivo te has marcado con la segunda?

—No lo sé… Creo que si supero algunos temores me daré por satisfecho.

—En el fondo tener unos cuantos temores siempre va bien, ¿no?

—Yo te los regalaría.

—Si no tienes autocrítica sobre ti mismo, estás perdido. Además, tus temores te identifican, ¿no? Todo eso de la enfermedad de Lyme…

—¿Quién te lo ha contado?

—Fue Jim, el otro día. ¡El tío lloraba de la risa! ¿Te das cuenta? Si dejaras de ser un neurótico, serías un rollo, te lo aseguro.

La historia con la bibliotecaria polaca ha dado un giro inesperado. Bueno, inesperado tampoco, porque estaba cantado que el marido de la anfitriona no aceptaría que el polish lover volviera al sofá. Pero la resolución del conflicto sí que ha sido insólita. El marido le lanzó un ultimátum a la bibliotecaria, «o él o yo», y ella le contestó «no me lo pongas tan fácil, tesoro». La pelea fue monumental y el marido se largó, así que el poeta y la bibliotecaria se pasaron la noche follando. «Follando y temiendo que el tío volviera con un hacha», nos contaba. El panorama pinta bien para Mateusz: la semana que viene tendrá casa y amante en Nueva York, además de a su mujer y a su hija en su querida Polonia.

Martha y yo nos hemos hecho inseparables: ella no ladra tanto y yo no me asusto, treinta días más aquí y me la llevo a Barcelona. Mientras corría antes de la cena, pensaba en todo eso de los temores: si no tuviera miedos, ¿mi escritura sería un palo? Quizá sí. Woody Allen sin neurosis ni psicoanálisis, sin nihilismo ni cinismo, sin sarcasmo ni orgasmo, es insufrible. ¿Qué gracia tiene una peli de

Woody Allen sin Woody Allen? *Match Point*, por ejemplo: es más sosa que una calabaza, sólo les gusta a los que no les gustan las pelis de Woody Allen. ¿Cuántos escritores han dejado el alcohol y han pasado a ser un coñazo absoluto? ¿Cuántos Philip K. Dicks estaban locos o eran esquizofrénicos y gracias a eso escribían lo que escribían? ¿Qué quiero ser? ¿Un escritor con un carro de paranoias o una persona mentalmente sana que se ha sacudido de encima los miedos y no necesita escribir nada?

Sólo se me ocurren dos alternativas: visitar al psicoanalista y parir ficciones suaves e inodoras, o bien perseguir a mis propios fantasmas y excretar una autoficción pestilente, discontinua, espasmódica y dolorosa. ¿Quiero el «pack temores y escritura» o quiero el «especial salud mental»?

No sé por qué me debato tanto, ya hace tiempo que escogí.

No lo he dicho en la casa para no darle más munición a Albee, pero una vez ejercí de profesor de escritura y, a través de los ejercicios que encargaba a los alumnos, me daba cuenta de que volvían siempre a las mismas fijaciones: a una señora mayor se le aparecía, ejercicio a ejercicio, aquella suegra hija de puta que le hizo la vida imposible; el tímido que nunca les dice nada a las chicas escribía siempre textos llenos de mujeres inalcanzables, y la muchacha que perdió a su madre cuando era muy joven la evocaba, dulce y tierna, en todos sus relatos. Una vez más, las historias como heridas que llevamos muy dentro. Tal vez ésta sea la diferencia entre los escritores de verdad y los demás: los de verdad son capaces de liberarse de sus obsesiones, de sobrevolarlas y de inventar otras nuevas. La teoría de Carrère, escribir para evolucionar, enlaza con el concepto de «escritura peligrosa» que explica Tom Spanbauer en sus clases. Para extraer textos genuinos, que destilen verdad literaria, es necesario escribir sobre las vergüenzas y sobre los miedos para poder superarlos. De hecho, ésta ha sido siempre una de las constantes en la literatura de Chuck Palahniuk, el alumno aventajado de Spanbauer: la investigación permanente de filias y fobias —familiares, sexuales o higiénicas— es siempre la terapia que crea una novela.

TEMAS SOBRE LOS QUE REALMENTE DEBERÍA
ESCRIBIR PORQUE SON LOS QUE ME PREOCUPAN
Y ME HARÍAN EVOLUCIONAR

También llamado: «Mis problemas, cuadro sinóptico».

Baja autoestima.

Inseguridad constante.

Insatisfacción crónica.

El miedo a no gustarle a todo el mundo.

El miedo a ofender a alguien.

El miedo a cambiar de trabajo.

El miedo a conservar el trabajo.

El miedo a aburrirme en el trabajo.

Miedos en el trabajo, en general. ¿Me valoran? ¿Creen que trabajo bien? ¿Se notará mucho que hoy me estoy escaqueando?

El miedo a que me despidan.

La salud de mis padres.

La vergüenza. Aún me queda.

El miedo a ir al psicólogo.

El miedo a que la gente sepa que voy al psicólogo.

El miedo a que el psicólogo cuente lo que yo le digo.

El miedo a que Emma se enamore de otro.

El miedo a enamorarme de otra.

El miedo a desenamorarme.

El miedo a que alguien me grabe mientras me masturbo. Mis obsesiones sexuales.

Enfermedades derivadas de la masturbación.

Mi inglés (*He de aprender inglés. Ahorita mismo*).

LA CULPA (así, en mayúsculas, como si fuera una entrada del misal).

Todo lo que le envidio a Emma.

¡El miedo a tener hijos!

El miedo a no tener hijos (bueno, éste en realidad no lo tengo).

El miedo a no tener dinero.

El miedo a morir (accidentes de aviación, bombas, paquistaníes en el metro) → ver novela anterior, páginas 164-165.

Debería empezar por aquí. Basta de fingir, basta de construir historias que me dan cobijo sin comprometerme. Tengo que empezar a hablar de todas estas cosas, de aquello que siempre me he negado a tratar a fondo. Para eso debería servir una segunda novela, y una tercera novela o la novela que haga diez: para evolucionar.

> El escritor siempre recela de los sentimientos que no pueden ser publicados. Supedita sus percepciones a la cuestión de si son dignas de ser escritas, y vive a disgusto todo aquello

que no se pueda poner en palabras. Esta enfermedad profesional del escritor convierte a algunos en bebedores.

MAX FRISCH, *Montauk*

Mientras me enjuago la jambalaya —he descubierto que si la paso por debajo del grifo me llevo buena parte de las especias—, le comento a Jim todo lo que he encontrado sobre el proyecto Montauk, el Experimento Filadelfia, los alienígenas y el reactor nuclear.

—Bueno, tal vez una central atómica no —salta cuando hurgo un poco—, pero en el pueblo han pasado cosas extrañas durante décadas. Cachondéate si quieres, pero aquí lo tenemos clarísimo.

—¿Qué clase de cosas?

—Si lo supiera, chato, los libros los habría escrito yo. Pero los de aquí ya estamos acostumbrados a ver cosas que vuelan. Y, si quieres saber la verdad, algunas las tengo fotografiadas. Además, Montauk es el culo del mundo, ¿a santo de qué tendrían que pasar tantos camiones militares arriba y abajo?

—Experimentación con humanos, ovnis, mutaciones… —le digo yo—. Ahora entiendo de dónde sacó Albee la idea de los anfibios parlantes.

—Yo sólo sé que cuando el gobierno dedica tantos esfuerzos a desmentir algo como esto… Fíjate en las armas de destrucción masiva, por ejemplo.

—¿De qué habláis? —pregunta Mateusz mientras se sirve la cena.

—Del Experimento Filadelfia.

—Es totalmente falso, yo lo he hecho muchas veces. —Los dos nos lo quedamos mirando—. La tostada no siempre cae por el lado del queso cremoso.

19

Melissa se ha marchado hoy, los demás lo haremos mañana. Estos días estamos todos muy blanditos, el clásico lloriqueo de final de curso: no volveremos a vernos nunca, te prometo que te escribiré, bla, bla, bla. Por suerte, a la hora de la verdad todos pasaremos de todos y nunca volveremos a vernos, pero ahora toca simular que esto ha sido muy importante. Ayer le hicimos una cena de despedida a Melissa, y ella nos confesó que estos días ha terminado una novela y tiene otra empezada. Nos quedamos todos boquiabiertos. «¿Tanto has podido trabajar?» «Ya lo creo, incluso he mandado las solicitudes para las granjas del año que viene.» Que se levantaba pronto, se iba a dormir tarde y no tenía distracciones. «Lo siento si he sido poco comunicativa, pero cuando escribo me aíslo y el trabajo lo es todo.» ¿Poco comunicativa? ¡Si es que ha sido un conejo de bosque! No nos hemos tratado en absoluto, pero sólo por descubrirme el programa Freedom ya le estaré agradecido eternamente. Han venido sus padres a buscarla para acompañarla hasta la granja siguiente, río Hudson arriba. Conducen un GMC nuevo y enorme, uno de esos cuatro por cuatro negros de cristales tintados, podría ser el coche de Obama y de su servicio de seguridad. ¿Cuánta gasolina gastará uno de esos monstruos? ¿Qué necesidad tienen de tener un coche tan grande? ¿Sublimación genital?

Después de aparcar el transatlántico —dos minutos completos de maniobras—, del coche ha salido una pareja tirando a cómica. Ella, rubia y retaca, es un clon envejecido de Melissa, mientras que él, alto como un pino y completamente calvo, parecía el anticarisma en persona. La madre ha llevado la voz cantante: «¿Quién es mi hija, entre toda esta gente?», ha preguntado como una pánfila, «¡ah, sí, la que se parece a mí, la que tiene un cabello tan espléndido como el mío!» Lo ha dicho para nosotros, pero sobre todo para ella misma, un «fijaos en lo joven que soy» que de tan entusiasta imploraba misericordia. Y entonces, en un momento de coquetería extrema, la actriz secundaria se ha tocado el peinado por detrás, sopesándolo

como lo hacen en los anuncios de champús, sopesándolo como lo hacía Chantal Goya en *Masculin féminin* de Godard. Se ha sopesado su mata de pelo rubio como se sopesarían unos huevos, como le sopesarías los huevos al *David* de Miguel Ángel. Nos hemos presentado todos y, con la imagen de la progenitora acariciando unos genitales todavía en mis retinas, me he acercado a ella y le he dado dos besos, qué tal, soy el escritor de Barcelona, que sepas que tú hija es simpatiquísima. «¿A que sí?», me ha respondido ella, como si efectivamente su hija fuera simpática y no un ficus benjamina. Melissa habrá querido matarme, pero no he podido verle la cara, porque cuando su padre ha sabido que yo era de Barcelona me ha cogido por banda y ha empezado a bombardearme con recuerdos de su juventud. Que estuvo allí en los setenta, cuando volvía de Vietnam. Primero destinado en Madrid y luego en Barcelona. Que vio a Franco y a Nixon montados en un Cadillac, ovacionados en el paseo de la Castellana. «Entonces todo el mundo murmuraba, no se podía hablar de política.» Me ha preguntado por la independencia, dice que está muy al corriente. «No os lo pondrán fácil, pero si ha de ser para bien, adelante. Nunca habéis sido iguales, siempre ha habido diferencias, Franco intentó asimilaros, pero no lo consiguió.» Entonces se ha puesto a hablar de cortar cuellos, «tal vez lo que hace falta es una buena revolución», ha dicho y, envalentonado, el tipo ya saltaba del 15-M a las primaveras árabes… No me ha parecido para nada el Charlton Heston loco por los rifles que nos pintó su hija. «Tendríamos que irnos», dice su madre, «que este marido mío, cuando se arranca, no para.»

Cuando finaliza la sesión interminable de besos, agravada por la sobreactuación continua de la madre, se montan los tres en el *Ground Force One* y enfilan el camino hacia la carretera, no sin que la próxima ganadora del Oscar a la madre más pesada de América haya bajado el cristal y nos haya saludado con la mano.

—Para despedirlos, tenéis que sacar un pañuelo blanco —nos ordena Hank de repente—. Es una costumbre irlandesa. Agitar un pañuelo blanco hasta que los has perdido de vista. Da buena suerte.

—¡Me encanta! —dice Kayle sacando el suyo y haciéndolo ondear al viento.

—¿Lo ves? En mi ciudad solamente los usamos así cuando queremos que el Barça despida al entrenador. Son las contradicciones de la comunicación intercultural.

Me añado a la despedida, en mi bolsillo sólo hay un kleenex usado, pero como es solamente de mocos, me servirá, y lo agito hasta que el coche desaparece de la vista.

—Mi abuelo murió ondeando el pañuelo así —dice Hank, hacia el final.

—¡Venga, hombre! —dice Kayle—. ¿Cómo se pudo morir por agitar un pañuelo?

—Fue en el funeral de su padre, mi bisabuelo. Estuvo bebiendo toda la tarde con sus hermanos, y cuando ellos ya se iban para volver a Boston, él decidió subir hasta el último piso de la casa para saludarlos con el pañuelo, para poder ver su coche durante más rato, a más distancia calle abajo.

—¿Y? —pregunto yo.

—Se asomó tanto por la ventana que se cayó.

Silencio de estupefacción. Dejamos de ondear los pañuelos.

—¿Y se mató? —pregunta Kayle.

—No se mató porque cayó sobre la nieve —nos cuenta Hank—, pero aquel día cogió la neumonía que finalmente se lo llevó.

Mientras comemos, lo comento con mis compañeros: no puedo quitarme de la cabeza esa idea de que estaré haciendo siempre lo mismo. Creo que debo huir de la literatura pañuelo, del escritor que se lamenta: son miserias que no le interesan a nadie. Kayle me incita a cambiar, a probar otras rutinas, pero Mateusz me dice que no me preocupe, que todos los escritores que conoce se esfuerzan por cambiar de estilo y por evolucionar, pero que nunca lo ha conseguido nadie. Hank toma la palabra el último para reñirme, y me dice que tengo todo el derecho del mundo a quejarme. «Contar miserias es un tema literario clásico: la muerte, el amor, el viaje, el laberinto y las miserias de los escritores.» Dice que seguro que Homero, o el autor del *Poema de Gilgamesh*, ya se lamentaban, que no me crea tan especial, que desde entonces hemos llorado todos.

Bolaño decía algo parecido: «Al final, lo que contamos siempre es una variación de lo que el hombre ha estado contándose a sí mismo desde hace miles de años. Los temas son siempre los mismos, lo que cambia es la estructura, nunca el argumento. Pero en las estructuras las variantes son infinitas, podemos construir obras de mil maneras distintas y aun así todavía estaríamos al principio.»

En los *Diarios* de Kafka, de hace ya cien años, el día anterior a la célebre «sesión de piscina» de Vila-Matas, el escritor checo se lamentaba de que no tenía tiempo para escribir, y esperaba poder hacerlo con la «recompensa de estar solo» una vez sus parientes fueran llamados a filas. «A pesar de todo, escribiré, pase lo que pase, es mi lucha personal», anotaba el 31 de julio. Y al día siguiente comenzó la guerra y él cogió el bañador.

Última tarde en la granja. Me paseo por *La tentación del fracaso* (Seix Barral, 2002), los dietarios de Julio Ramón Ribeyro, un tocho obligatorio que me llevo a todas partes y que constituye la principal causa de sobrepeso de mi maleta. En dos horas de lectura, diez marcas al margen de las páginas:

1) 1 de enero de 1956: «Imposible escribir. Anoche he bebido con exceso. Recuerdo haberme caído a las cuatro de la mañana en medio de la nieve. Pasó gente y no me recogió. Mi instinto maravilloso me condujo a casa. Profundamente confundido, asisto a la inauguración del año.»

2) 25 de julio de 1956: «El acto material de sentarme al escritorio, sea para escribir, leer o trabajar, se me hace por momentos repugnante. La causa es fácil de discriminar: necesito hacer un viaje.»

3) 19 de enero de 1957: «El eterno problema: resignarse o quejarse.»

4) 15 de febrero de 1957: «Casi un mes que no llevo este cuaderno.»

5) 3 de agosto de 1957: «Me pregunto si mi carrera de escritor habrá ya terminado. En lo que va del año, no he escrito absolutamente nada, si exceptuamos este diario.»

También debería recordar que esto de escribir novelas es excepcional, ¿eh? Que si no las escribo, la vida seguirá avanzando. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo me saco la novela de la cabeza? ¿Voy a terapia, finalmente? ¿Medidas más drásticas, tal vez? Me viene a la mente de manera insistente aquel beatnik chiflado que gritaba «¡EXIJO UNA LOBOTOMÍA!» por las calles de Nueva York. Dejar de escribir novelas: y una mierda. ¡Para que las acaben escribiendo otros!

6) 6 de setiembre de 1957: «Los días pasan sin que me resuelva por nada útil. No escribo, leo poco, paso los días de un lado a otro […]. Lo que siento es la humillación de la infecundidad, la ausencia de una fuerza creadora. La causa de todo es la vacilación permanente en que vivo, la pulverización de mis energías entre diversas solicitaciones.»

7) 11 de setiembre de 1966: «He renunciado a proseguir mi novela. […] Una novela es para mí, en las actuales circunstancias, una tarea superior a mis fuerzas.»

8) 16 de octubre de 1973: «Miles de hojas en blanco

esperan desde hace meses en los cajones de mi escritorio.»

9) 20 de abril de 1974: «Muchos días sin escribir una línea, quizá a causa del relativo desorden en que vivo.»

10) 21 de agosto de 1974: «Está visto que la próxima novela que escriba, la última creo —si la escribo—, no la podré concebir mediante el esfuerzo de mi inteligencia sino que surgirá en mí como una iluminación, algo que caiga en mi conciencia como un aerolito, desde territorios ignotos de mi ser. Ello porque inútilmente hoy y en días anteriores he pasado en revista decenas de temas, motivos, personajes, situaciones, tramas que podrían incitarme a la escritura, pero que no despertaron en mí sino desdén o aburrimiento. En estas meditaciones me sedujo por un momento como tema —y título incluso— "La imposible novela", pero rápidamente entreví en ella el peligro de que se convirtiese en cajón de sastre, es decir, en confesión de impotencia, o en esas novelas sobre la novela tan a la moda y que son producto más bien de espíritus mediocres o estériles. Si novela escribo, tendrá que ser novela de verdad.»

Llaman a la puerta. Es Jim, pero esta vez estoy presentable.

—Al final os habéis tenido que beber mi licor, ¿eh, chato?

—Lo siento, pero el polaco hablaba de él todo el rato y no he podido resistirme.

—Te salvas por los pelos, que la cena de hoy no es cosa mía.

—Perdona, Jim, ya sabes que si no te fastidiara no sería yo.

—En realidad, subo porque te quería regalar esto. —Y me da un libro muy grueso y muy pesado. *Roadside America*, de Jim Magnolies, con un edificio en forma de pez en la portada.

—Ostras, Jim, de verdad que no hacía falta… —le digo mientras lo hojeo. Ahora me avergüenzo de haberme pimplado su licor horroroso. El libro es una maravilla, páginas y páginas de restaurantes locomotora o de almacenes escarabajo—. ¡Está de puta madre!

—Hay algunas fotos de los últimos inviernos, y he pensado que te haría gracia.

—¿Te lo has pensado bien? Yo nunca regalo mis libros, y éste, además, cuesta una pasta…

—No digas animaladas, chato, que es un regalo, una manera de agradecerte las charlas que hemos tenido. Cada año, por Thanksgiving o por Navidad, me pongo malo viendo que mis sobrinos ya están perdidos, todo el santo día delante de la tele, enganchados al móvil y sin las más mínimas ganas de cambiar

nada. ¡Y pobre de ti que les digas algo, «qué coño sabrá el tío hippioso»! Así que cuando me encuentro con jóvenes como vosotros o como los de Zuccotti, que sabéis como yo que el mundo es una mierda y que hay que cambiarlo de arriba abajo, pienso que hemos de mantener el vínculo de alguna manera, de construir una red para continuar con la resistencia, tú ya me entiendes. —Y me guiña un ojo.

—Yo también me lo he pasado muy bien —le digo de todo corazón—, y los viajes al Walmart me han hecho abrir los ojos. Ahora mismo no tengo nada para regalarte, pero si vas a Barcelona da por hecho que tendrás donde dormir. Y te prometo que me vengaré de la jambalaya: te atiborraré de paella, arroz a la cazuela y caldereta de langosta.

Finalmente ha llegado la última cena. Y ésta no se celebrará en la granja, sino que volveremos al caserón de las olas, Albee nos ha invitado a su mansión para despedirse de nosotros. Como Kayle y Hank van de tiros largos, yo decido estar a la altura y me pongo la camiseta de las grandes ocasiones. La comida es de catering, y lo negaré siempre delante de Jim, pero consigue que eche de menos su jambalaya. El vino tampoco es Postales, el viejo se ha estirado y nos ha sacado el Château Lafite. El interior del caserón es tan impresionante como creíamos, el Kandinski es de película, hay esculturas de Jonathan Thomas por todas partes, pero lo que vuelve a robarnos el corazón es poder cenar con el mar al alcance de la mano. Hoy todo son elogios, todo son agradecimientos, todos estamos encantados de habernos conocido, hasta que Albee nos pregunta si hemos escrito mucho, y entonces todo son excusas de mal pagador. En un momento determinado, el anfitrión golpea su copa de agua con una cucharilla y se levanta, dice que le ha gustado mucho conocernos, que siempre formaremos parte de su familia. Su discurso también tiene cierto simbolismo: el pequeño Edward, abandonado hace ya ochenta y cinco años, hoy nos adopta a nosotros y prohíja una nueva generación de escritores. Como consejo final, Albee nos pide que nos tomemos la escritura como un trabajo y no como una obligación.

—Queridos míos, ¿verdad que van a la oficina y se pasan allí ocho horas? —sentencia Albee—, ¿y a que no se les ocurre dejar de ir si no les apetece? Pues que la escritura sea lo mismo para ustedes, que sea su oficio. Impónganse las horas que necesiten, y que ningún hobby, ningún compromiso o ninguna otra frivolidad les escatimen el escribir. Mi amiga Susan decía que un escritor es como un atleta, y tenía toda la razón. Queridos, aunque no tengan unos juegos

olímpicos a la vista, hagan el favor de entrenarse todos los días.

Cuando acaba su discurso, aplaudimos, lleno las copas con el burdeos y de repente Mateusz grita: «¡Oh, capitán, mi capitán!» Nos ponemos todos en pie y, mirando a Albee, recitamos los versos de Whitman con él. Es un momento emocionante, y Albee también se conmueve pero nos manda sentar enseguida, dice que no le gustó la película. Y como después de un numerito así nunca sabes qué añadir, yo saco un tema que todavía no habíamos tratado: los finales.

—¿Vosotros cómo sabéis que habéis terminado?

—Simplemente lo sabes, ¿no? —dice Kayle—. No se puede explicar con palabras, pero notas ese *je ne sais quoi*…

—Yo he terminado cuando ya no tengo nada más que decir —dice Mateusz.

—Es que a mí me pasa lo contrario —le respondo—. Pongo el punto final, pero luego siguen llegándome cosas nuevas para añadir, para retocar… No se acaba nunca.

—Valéry decía que una obra no se acaba, se abandona —dice Hank—. O sea que tan importante es parirla como aceptar que debe hacer su vida lejos de ti…

Todos miramos a Albee, que nos ha escuchado atentamente y que, por última vez, reclama nuestra atención. Finalmente, el dramaturgo dicta sentencia.

—Aunque usted sea un adaptador criminal —dice el dramaturgo mirando a Hank—, en eso ha acertado. La obra perfecta no existe, siempre queda algo por hacer, hasta en *El rey Lear* encontraríamos algún fleco por retocar. Otra cosa es que ya estén hartos y quieran pasar página…

Estamos en esa terraza espléndida, con la luna derramándose sobre el Atlántico. Jim y Mateusz se están fumando un porrito, y yo aprovecho para despedirme de Albee. Quería reiterarle la retahíla de agradecimientos, pero me toma la palabra antes de que yo pueda abrir la boca.

—Ha estado muy callado durante la cena. ¿Se va contento de lo que ha escrito en la granja?

—He escrito muy poco, tal como usted me aconsejó. —Él me mira y levanta una ceja—. ¡Pero le prometo que he reflexionado mucho sobre el tema! Además, he tomado muchos apuntes, páginas y páginas de reflexiones sobre los americanos…

—¡No, dios mío! ¡Otra novela sobre América no! —exclama con una sonrisa—. ¡Ustedes los europeos son todos iguales, se pasean unas semanas por aquí y ya se creen que lo saben todo sobre

nosotros!

—No, no es eso…

—Además, sepa, querido, que la gran novela americana está muy disputada. De ninguna manera íbamos a permitir que el título lo ganara un forastero.

—Me llevo una sensación agridulce, la novela que pensaba escribir se me ha deshecho en las manos, y creía que por lo menos descubriría por qué rayos escribo, pero me marcho sin saberlo.

—¿Y qué narices esperaba? ¡Los proyectos ambiciosos necesitan toda una vida! Yo hace cincuenta años que intento entender los mecanismos de la pareja, ¡y ni con treinta obras de teatro me ha bastado! ¡Usted apenas ha empezado, no quiera saberlo todo de golpe! ¿Sobre qué escribiría, si no tuviera dudas?

—Tiene razón, supongo que siempre veo el vaso medio vacío. Yo me imaginaba que escribir era construir, levantar algo, la escritura como arquitectura. Pero ahora me doy cuenta de que me he hartado de excavar, de que, por lo menos para mí, escribir se aproxima más a la arqueología.

—Ése es mejor criterio de lo que usted cree. No mida su trabajo en la granja por el número de páginas que se llevará. Piense más bien en términos de profundidad, en lo que ha descubierto de sí mismo en el interior de ese hoyo.

—Tal vez excavar es mi manera de vaciarme.

—Pues ya lo ha hecho: se ha despachado a gusto.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin la ayuda de la Institució de les Lletres Catalanes y la estancia en la Ledig House que me facilitó el Institut Ramon Llull. Tampoco habría sido posible sin Jim, Rita, Chandrahas, Fredy, Bill, Tom, Razvan, Tadeusz, Cheryl, Anja, Elizabeth, Vanessa y toda la cuadrilla. Vosotros sois el germen de todo esto, la gasolina que encendió esta ficción. Descubrí Montauk gracias a Elias Wagner, que me llevó allí un fin de semana, él mismo me puso sobre la pista de Max Frisch. ¡Te debo una, doctor!

Los ingredientes de la *Jambalaya* he tenido que buscarlos en decenas de libros. Cuando he podido, he incorporado las referencias dentro del texto, pero en muchos casos ha sido imposible. La batalla campal que montaron Vilarasau y Arquillué en el Romea en 2012 me hizo descubrir a Edward Albee, y las conversaciones con él están recreadas a partir de escucharle decenas de podcasts de entrevistas y de charlas en universidades americanas. También me han ayudado mucho la recopilación *Conversations with Edward Albee*, de Philip C. Kolin, la biografía *Edward Albee: A Singular Journey*, de Mel Gussow, y las recopilaciones de obras del autor que tienen en la Biblioteca del Institut del Teatre. Maestro, gracias por tantos ratos que pasamos juntos y por tantas cenas inexistentes.

También quiero referirme a algunos libros imprescindibles sobre Walmart escritos por héroes a menudo demasiado anónimos, desde el clásico *How Walmart is Destroying America (And the World)*, de Bill Quinn, hasta *The American Way of Eating: Undercover at Walmart, Applebee's, Farm Fields and the Dinner Table*, de Tracie McMillan, o *The Wal-Mart Effect: How the World's Most Powerful Company Really Works —and How It's Transforming the American Economy*, de Charles Fishman. También he utilizado las biografías de Sam Walton que tienen en la biblioteca de la Pompeu Fabra para los aprendices de emprendedor. Con todo y con eso, la biblioteca donde he cocinado la *Jambalaya* es la del Ateneu Barcelonès, la única abierta sábados y domingos en el centro de Barcelona. Hacerse socio cuesta lo mismo que un gimnasio, pero ir no da

pereza y la acabas aprovechando mucho más.

También me han ayudado mucho *Obesos: la enfermedad del siglo XXI*, de Rafa Panadero; *Comer animales*, el ensayo vegetariano de Jonathan Safran Foer; *Fast Food Nation* de Eric Schlosser; la traducción del libro de Morgan Spurlock ¡*No te comas este libro*!, y el artículo de George Packer sobre Amazon en el *New Yorker*. Debo confesar que el estudio *Alcohol and the Writer*, de Donald W. Goodwin, me emborrachó durante unos días, y que el libro de fotografías de John Margolies (no Jim Magnolies), *Roadside America*, hace años que me obsesiona.

Si he conseguido recrear un ambiente verosímil en el pueblo es gracias a *In the Hamptons: My Fifty Years with Farmers, Fishermen, Artists, Billionaires, and Celebrities*, de Dan Rattiner, el almanaque de la zona, y para hablar de surfistas y de crápulas me ha ayudado mucho recuperar *Vicio propio* de Thomas Pynchon. Mels van Drier y Román Gubern me han ayudado con las pajas, que no habrían sonado tan de aquí sin el *Diccionari de renecs i pauralotes* de Pere Verdaguer. Todo lo que sé sobre la enfermedad de Lyme es gracias al libro de Pamela Weintraub, y el perfil de Twitter ADVICE TO WRITERS me anima cada día con los consejos del NULLA DIES SINE LINEA. Seguro que me dejo muchos libros importantes, pero lo que no olvidaré nunca en unos agradecimientos son la Wikipedia y a los voluntarios que la hacen posible. Durante la escritura de la novela ha sido la web más visitada desde mi ordenador, superando a las redes sociales y a los portales pornográficos. Es muy meritorio.

No puedo dejar que os vayáis sin agradecerles a los amigos las mil ideas que les he robado en los buenos ratos que hemos pasado juntos, en especial a los compañeros de trabajo, a los Pilares, a los nobles señores de Aragón y al clan de los gemelos. Gracias a los sufridos lectores Miquel Adam y Àlex Santafé por sus consejos, y al jurado del I Premi Llibres Anagrama por su confianza. A mi editora, Isabel Obiols, muchas gracias por el *curraco*. Gracias a Jorge Herralde y a todo el equipo de Anagrama, que trabajará de lo lindo para que esto sea un bestseller y yo pueda retirarme. Mi agradecimiento también para los damnificados de la *Jambalaya*, las brujas de la agencia más simpática de Barcelona y los asistentes al almuerzo de Sant Jordi del Grup 62 (¡madre mía, es que lo pienso y me pongo a salivar de nuevo!).

Para terminar, mi agradecimiento a Gemma. Porque eres el punto y el principio, la paciencia y la alegría, las mañanas y las noches de mi vida. Gracias por los consejos, gracias por las correcciones y gracias por arrastrarme al Ateneu cada fin de semana

durante estos más de dos años en que hemos estado cocinando juntos: hoy la *Jambalaya* y mañana las *Argelagues*.

NOTAS

1 Donde diga *cultura* leed *pornografía*.